

EL COMIENZO

Las Tierras de La Eternidad I



Kenji Wolfman

El Comienzo
Las Tierras de la Eternidad I

Kenji Wolfman



OceanofPDF.com

El Comienzo, Las Tierras de la Eternidad I

Primera edición: septiembre, 2021

© Sergio García Pérez, 2021

Diseño y maquetación © Sergio García Pérez, 2021

Ilustración portada © Sergio García Pérez, 2021

© Sergio García Pérez, 2021

www.wolfmancreations.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

ISBN: 979-84-648878-4-8

OceanofPDF.com

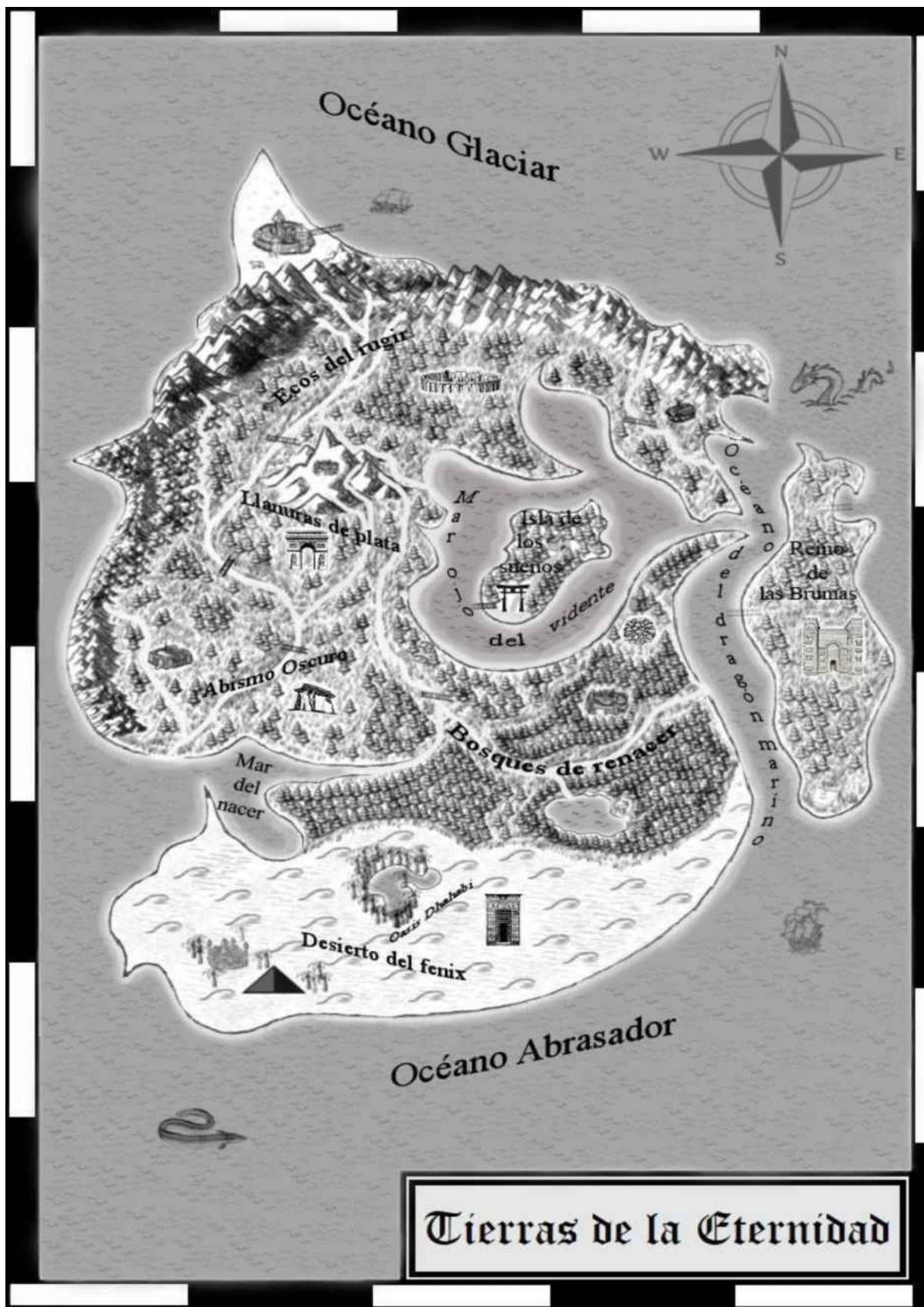
ÍNDICE

<u>PRÓLOGO LA DANZA SANGRIENTA</u>
<u>CAPÍTULO I KENJI</u>
<u>CAPÍTULO II EL REENCUENTRO</u>
<u>CAPÍTULO III LA BECA DE ESTUDIOS</u>
<u>CAPÍTULO IV LA DECISIÓN FINAL</u>
<u>CAPÍTULO V LAS TIERRAS DE LA ETERNIDAD</u>
<u>CAPÍTULO VI LA ISLA DE LOS SUEÑOS</u>
<u>CAPÍTULO VII INICIACIÓN ELEMENTAL</u>
<u>CAPÍTULO VIII LA ENTRADA AL SUBMUNDO</u>
<u>CAPÍTULO IX LA PRINCESA ENELYË</u>
<u>CAPÍTULO X MADRE TIERRA</u>
<u>CAPÍTULO XI NEKO</u>
<u>CAPÍTULO XII LA ISLA DE LAS BRUMAS</u>
<u>CAPÍTULO XIII UNIVERSIDAD DE GLASGOW</u>
<u>CAPÍTULO XIV LA IRA DEL TIGRE</u>
<u>CAPÍTULO XV COMIENZA LA CUENTA ATRÁS</u>
<u>CAPÍTULO XVI LA MAESTRA INTIMIDANTE</u>
<u>CAPÍTULO XVII HIELO CONTRA FUEGO</u>
<u>CAPÍTULO XVIII EL CONCILIO DE LUKWOS</u>
<u>CAPÍTULO XIX FUERTE HELADO</u>
<u>CAPÍTULO XX LA DULCE CARA DE LA MENTIRA</u>
<u>Epílogo</u>
<u>Glosario de Personajes</u>
<u>Agradecimientos</u>
<u>El autor</u>

«Desde mi más tierna infancia me han dicho que para llegar a los lugares que deseamos ver hay que recorrer caminos, carreteras, cruzar puentes e incluso en ocasiones ir campo a través. Lo que nadie te dice es que hay que armarse de valor para dar el primer paso hacia esa aventura, hacia ese destino. Así que, como un buen guerrero/a inspira hondo y pon el primer pie delante del cuerpo. Este, es El Comienzo».

Kenji Wolfman

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

Prólogo

OceanofPDF.com

La danza sangrienta

La Oscuridad se cierne poco a poco en la ciudad de Nueva York, oculta en la sombra de una travesía se encuentra una figura. Una sudadera con capucha nos impide saber su identidad. Pega sin cesar con la punta del pie en el suelo, desgastando la puntera de una de sus zapatillas deportivas. Ese gesto delata su actitud inquieta, como si estuviera esperando a algo... o a alguien. En ese momento se escucha el ruido de coches doblando la calle, son dos limusinas negras con cristales tintados. Se detienen delante de un hotel de lujo. El encapuchado se muestra seguro, sabe que la oscuridad de la noche le ampara. Siente que le observan, aunque no ve a nadie cercano a su alrededor.

Sus pensamientos van de un tema a otro. ¿Debería presentarme? Bueno, la verdad es que mi nombre no es relevante. Tan solo soy un joven de origen japonés de dieciséis años, sujeto al sistema educativo decadente actual y a un gobierno que, por desgracia, no es mucho mejor. Con la mano derecha tira de la capucha hacia atrás dejando al descubierto una tez blanca de gesto serio. Mantiene los ojos rasgados de color azul intenso, fijos en su objetivo. A veces me pregunto, ¿qué hago en Times Square a las cuatro de la madrugada? La respuesta es fácil, mi trabajo. Echa la mirada hacia la calle, a lo lejos ve los dos lujosos coches y unos diez hombres. A ocho de ellos la chaqueta americana les hace un bulto sospechoso. Los otros dos, llevan un bonito maletín bien conjuntado con unas esposas plateadas. Sigue cavilando dentro de su mente, ellos son mi trabajo de hoy. Debería ponerme en marcha, es la hora del espectáculo. Debo moverme rápido, sin hacer ruido, como si mis pies fueran las patas de un gato antes de atrapar a su presa.

El joven sube la capucha negra de la sudadera de nuevo ocultando su rostro. Comienza a correr. Sus pasos son sigilosos, tanto que no hace ni un ruido. Raudo llega hasta la reunión, sin ser visto por los presentes. Cerca de ellos, tres de los hombres trajeados se giran en su dirección. El joven saca dos objetos relucientes, reflejando la luz de las farolas en sus hojas.

Empieza una danza de sangre y muerte. Los hombres de los coches, intentan defenderse. Las dagas vuelan como las alas de la más poderosa ave rapaz de la tierra. En medio de la confusión no consiguen zafarse de su hábil atacante. Instantes después los gritos quedan ahogados por el silencio de las calles. Los charcos del rojo elemento bañan el asfalto. El joven se sienta en la acera, saca de uno de los bolsillos un pañuelo y limpia el filo de las mortales dagas. Se gira mirando la escena, sonríe con amargura.

Su monologo mental vuelve a fluir como un río. No es el mejor oficio que se puede tener, pero me mantiene en forma. Debería irme a casa, es muy tarde, en unas horas tengo clase y he dormido poco. Se levanta de la acera guardando las armas en el mismo lugar de donde las sacó. Quedan apenas tres horas para el amanecer, se recuerda a sí mismo, dando un primer paso.

Recorre el camino de vuelta calle abajo con paso animoso, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones ajustados de color negro. Se aleja sin echar la vista atrás ni una sola vez. El cielo aún lleno de nubes se resquebraja con el sonido de los truenos. La luz de los relámpagos le ilumina por fugaces momentos. Las gotas de lluvia empiezan a caer desde lo más alto del firmamento, armoniosa y rítmicamente, limpiando la cruenta escena, borrando cualquier indicio de la presencia del joven.

Capítulo I

OceanofPDF.com

Kenji

El despertador suena con su incesante pitido. El astro sol, perezoso, se niega a brindar sus rayos de luz y calor a la ciudad de Nueva York. Una mano se alza con torpeza desde la penumbra. Empieza a buscar, sobre una mesilla de noche color caoba, al productor de tan desagradable sonido. Palpa, con las yemas de los dedos, hasta que logra encontrarlo. Pulsa el botón con desgana. Aún son las siete y media de la mañana. La mano regresa a su lugar de origen, justo bajo un edredón nórdico.

Se escuchan unos pasos que se acercan apresurados. En sus pisadas se diferencia el sonido de unos zapatos de tacón. Las pisadas se detienen en la puerta. El pomo gira despacio. Los pasos entran en la habitación. Sin un segundo de descanso, van hacia la ventana, levanta la persiana haciendo ruido, se vuelve en dirección a la cama. Tira del edredón hacia los pies, dejando a su ocupante al descubierto. Este abre los ojos de uno en uno viendo a una mujer de pelo ondulado, castaño. Su tez es blanca, tiene los ojos verdes, le sonríe. Va elegantemente vestida con zapatos de tacón fino, medias, falda negra, camisa blanca y americana del mismo color que la falda.

—¡Kenji, despierta! —dice entre susurros, usando un tono de voz muy suave—. Me acaban de llamar del hospital. La otra pediatra está indispuesta, tengo que ir. Te he dejado el desayuno preparado encima de la isla de la cocina, solo tienes que calentar la leche en el microondas. Bueno, me voy. No tardes en levantarte, el autobús del instituto no tardará en pasar.

Y tal como llegó se fue, dejando el sonido del calzado a su paso. Cerró la puerta tras ella al marcharse. Kenji se estiró en la cama con un gran bostezo, miró al techo del cuarto por un instante, se levantó de un salto para ponerse las zapatillas de casa. Al mirar por la ventana la vista era impresionante, la quinta avenida estaba atestada de vehículos. Con razón llaman a Nueva York la ciudad que nunca duerme, pensó. Se giró, con paso somnoliento aún. Fue al aseo, abrió la llave del grifo del lavabo. Con abundante agua fría se lava la cara. Cierra la llave, apoyando las manos en

el lavabo, se mira al espejo. En el reflejo se ve a un chico joven, de pelo negro cual tizón. Sus ojos azules rasgados tienen una mirada penetrante. Su cuerpo está bien torneado, como el de alguien que hace bastante ejercicio.

—¡Puf, que madrugón! —dice en alto, dejando caer las gotas de agua de su faz. Coge una toalla para secarse—. Apenas he podido dormir unas tres horas. Debería ponerme algo de ropa y preparar mis cosas si no quiero llegar tarde a clase.

El muchacho vuelve en dirección a su habitación. La cocina se ve desde ella. Es la típica cocina americana, abierta hacia el comedor, blanca con una isla. Sobre ella hay un zumo de naranja exprimido, un par de tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos. En el techo, alumbrando la estancia, hay unas lámparas modernas. A un lado, bien alineadas hay tres sillas altas para sentarse. Los electrodomésticos son de acero inoxidable, a juego con el fregadero y la campana extractora. Por fin, después de un rato, entra Kenji vestido con el uniforme del instituto. Deja una mochila negra en el suelo, se dirige al microondas, marca un minuto e inicia. Se sienta cómodamente en una de las sillas.

Se bebe el zumo de un solo trago. Tras posar el vaso, coge una de las tostadas y la muerde. Su mente regresa a la mujer que le ha despertado. Ella es su madre, la doctora Elisabeth Wolfman. De procedencia española, estudió medicina en la Facultad de la ciudad de Oviedo, especializándose en pediatría. Por cosas del destino fue a una conferencia que se celebraba en Londres, donde conoció a su marido y padre de Kenji. Él es un hombre bastante imponente, se llama James, es jefe de la división de Robótica para una multinacional con colaboración japonesa en el ámbito de la salud.

Justo en ese momento suena el pitido del microondas, apartándole de sus pensamientos por un segundo, el desayuno está listo. Se gira, saca la taza, abre un bote de cacao en polvo volcando tres cucharadas en la taza, empieza a remover y da un bocado a la última tostada.

Regresa a su mente, siguiendo con el desayuno. Kenji, es el hijo de una familia japonesa que no podía mantener a su numerosa prole. Por ese motivo le dieron en adopción, cosa que tiene muy presente desde niño, dado que James y Elisabeth nunca quisieron mentirle. Por suerte, cuando llegó a los brazos de los Wolfman era un bebé de apenas dos meses de edad. Los recuerdos con sus padres biológicos son nulos. Los Wolfman son sus

padres, los cuales le han criado cubriéndole de amor y cariño. Hay que decir, que no ha pasado necesidades a su lado.

Levanta el brazo, apurando el contenido de la taza e impaciente mira el reloj. Deja la taza y el vaso en el fregadero. Cogiendo la mochila del suelo, se dirige hacia la puerta. Al lado de la misma hay un mueble con una cesta llena de llaves, toma unas con un llavero ovalado lleno de símbolos celtas. Abre la puerta y la cierra tras de sí, da unos pocos pasos, quedándose frente al ascensor. Lo llama, pulsando el botón que se enciende con luz roja, sube a la planta con el sonido de las poleas al accionarse. Cuando por fin llega, se abre la puerta, Entrando, pulsa el botón correspondiente para bajar. En cuestión de un minuto llega a la planta baja. El joven sale hacia la calle, atravesando una puerta acristalada con marcos metálicos. Gira a su derecha, pero antes de que dé un paso más se escucha a alguien corriendo a su espalda. En un abrir y cerrar de ojos, siente unos brazos que rodean su cuello fuertemente, le dan un beso en la mejilla.

—¡Kenji! ¡Ya tenía ganas de verte! —la voz dulce, viene de una joven de rasgos asiáticos muy bien desarrollada para su edad. Va vestida con el uniforme del instituto. Sus ojos grises azulados tienen un gesto pícaro. Sus labios están pintados de color de fresa. Su pelo negro, lo adorna un mechón blanco de nacimiento. Sonreía, mientras le decía esto.

—¡Ayame, yo también te he echado de menos!, ¿dónde has dejado a Ryoko? —pregunta.

—Viene por ahí, está un poco lenta. Creo que aún no ha despertado del todo —dice Ayame, mientras señala con el dedo hacia atrás.

En esa dirección, de apariencia más mayor se acerca una joven. La faldita gris del uniforme, le llega por la mitad del muslo, las medias negras por debajo de las rodillas, la camisa blanca realza su fina cintura y al cuello un lazo azul cielo, los colores del instituto. Mantiene la mirada fija en Kenji. Tiene rasgos similares a los de Ayame. Su pelo es castaño, largo, le llega por la mitad del torso, lo lleva atado en una cola de caballo. Sus ojos son marrón claro, casi color caramelo, y sus labios finos, los lleva pintados de morado a juego con una leve sombra de ojos. Colgada al hombro, lleva una cartera de piel marrón. Tras un instante llega hasta donde están. Levanta la mano hacia la cara de Kenji, con el dedo pulgar le limpia el pintalabios rosa que Ayame le ha dejado en la mejilla, con su beso.

—Buenos días Ryoko —sonrió, mientras se le entrecerraban los ojos.

—Buenos días, me han contado que ayer alguien se lo paso de miedo en Times Square. Hablaremos luego de eso —Kenji sonríe, se rasca la cabeza con la mano derecha. Gira la cara hacia Ayame—. ¿Cuántas veces te ha dicho tía que no te pintes los labios para ir a clase? —dice en tono de reproche.

—Me da igual, tú también te pintas, ¿qué pasa que por tener dieciséis años puedes y yo no? Además, si no lo haces, Kenji te va a mirar igual —dijo enfadada, mientras la mirada de Ryoko se tornaba llena de furia.

—¿Nos disculpas un momento? —Kenji asiente con la cabeza. Ryoko coge de la mano a su prima y se apartan unos metros para hablar mientras gesticulan con las manos. De vez en cuando dirigen su mirada al chico, por si está atento a ellas. Por el contrario, este mira el reloj, luego al fondo de la calle para ver si viene el autobús, intentando no entrometerse en asuntos de familia.

Pasan unos segundos, doblando la calle aparece el transporte escolar a toda velocidad hacia la parada. Con un leve chirrido se detiene delante de la zona de recogida. Las chicas lo ven, corren hacia él, interrumpiendo su acalorada discusión. Suben con cuidado. Van a sentarse al fondo, una a cada lado de nuestro amigo. El trayecto transcurre sin más incidentes entre risas e historias del fin de semana, sin entrar en los detalles de la pasada noche. De fondo reina el jaleo, el murmullo de todos los estudiantes presentes. Transcurridos unos quince minutos, aproximadamente, llegan al instituto. Se bajan del vehículo. Una vez abajo, con paso acompasado entran en el edificio recorriendo los pasillos para ir a clase. Ayame se encuentra con dos compañeras. Dando otro beso a Kenji se despide bajo la atenta mirada de Ryoko. El joven se vuelve a ella, mirándola mientras se aleja.

—No se lo tomes en cuenta Ryo. Es muy expresiva, le gusta demostrar su afecto. No creo que quisiera faltarte al respeto. Eres su ejemplo a seguir —dijo con ternura, poniéndose a la derecha de su amiga.

—Lo sé, pero ya es bastante difícil el instituto siendo hijos de inmigrantes, como para que la juzguen por parecer lo que no es —contestó Ryoko, mientras se le sonrojaban las mejillas al cruzar la mirada con la de Kenji—. Ahora que el pasillo está más despejado. Mi padre quiere hablar contigo esta tarde en el dōjō. Por lo visto, el líder de la organización ha puesto precio a la cabeza del ejecutor. Ya te dará más detalles. Ahora

vámonos a clase, no quiero que nos castigue el profesor Mccugan por llegar tarde.

Con paso apresurado se dirigen a su aula, donde el implacable profesor Mccugan les imparte historia de Estados Unidos, su vocación, con la cual atormenta a varios de sus alumnos a primera hora de la mañana. Ryoko es la primera en llegar a la puerta. Apoya su mano en el pomo mientras observa que el profesor está regañando, nada más entrar, a uno de sus compañeros. Kenji la mira asintiendo con la cabeza y entran en clase.

—Es usted un zoquete, Señor Connelly, ¿desde cuándo Estados Unidos fue una colonia de Portugal y España? Sus antepasados ingleses, deben de estar removiéndose en sus tumbas por la vergüenza que les acarrea que usted sea de su familia. La próxima vez que reclame la nota de un trabajo, asegúrese de que tiene razón o daré parte a su padre y le suspenderé el resto del curso. ¿Ha quedado claro? —dijo el profesor. Su tono de voz era tan alto que retumbaban las paredes de todo el edificio.

El alumno se sentó en su silla y agachó el cabeza, sonrojado, a causa de la situación tan vergonzante que acababa de sufrir. Callados sin mediar palabra con ninguno de sus compañeros, Kenji y Ryoko habían podido llegar a sus correspondientes asientos sin ser observados por la atenta mirada del profesor. Una vez estuvo toda la clase en silencio, prestando la atención debida, se pusieron en pie como cada mañana para escuchar con la mano en el corazón el himno nacional a través de los altavoces. Tras este breve inciso, se volvieron a sentar abriendo los libros por la página indicada por el Señor Mccugan. Uno tras otro, hasta un total de cinco alumnos, fueron leyendo tramos de la lección hasta que quedaron poco más de dos minutos para el fin de la clase.

—Bien, por hoy es suficiente. Antes de mañana quiero que me enviéis por correo electrónico una breve redacción sobre la Declaración de Independencia y cómo fue capaz de llevarse a cabo. Quiero que especifiquéis de donde habéis sacado la información. Me da igual que sea de una página de internet, la biblioteca nacional o de un veterano de guerra, ponedlo —dijo mientras recogía su maletín y salía por la puerta. Justo en ese momento sonó el timbre que marcaba el fin de la clase.

Una vez se fue, los alumnos se juntaron en grupos para hablar. Algunos se lanzaban bolas de papel en una pequeña guerra. Así, poco a poco, transcurrió la mañana. Las siguientes clases eran menos aburridas, al menos

para Kenji. Matemáticas, música, arte, educación física y por último química. Aunque una vez finalizada la mañana, le quedaban un par de actividades más que hacer. Cuando era pequeño su padre se empeñó en que practicara el deporte nacional, Football americano. Él lo había practicado hasta la universidad y decía que le había aportado muy buenos valores a su vida. Por otro lado, surgió la controversia con su madre, que postulaba que necesitaba aprender a defenderse. Como Kenji era de origen asiático qué mejor para ello que las artes marciales, como el karate. Después de mucho tiempo de pensar y debatir, al final decidieron que practicaría las dos actividades. Así que todos los días desde los diez años, después de clase, quedaba para comer con Ryoko y Ayame para después dirigirse al campo a practicar junto a sus compañeros de equipo. Como era de estatura media, de constitución atlética, el puesto que le asignaron fue el de receptor, en el cual si no eres ágil te llevas muchos golpes. En el último año, para sorpresa de Kenji, sus amigas habían decidido presentarse para ser animadoras del equipo, consiguiendo entrar. No se acostumbraba a verlas en minifalda y top dando saltos, haciendo acrobacias. Pero gracias a ello, se sentía más acompañado.

Una vez finalizado el entrenamiento, después de una ducha refrescante, los tres se dirigieron al dōjō. Este estaba emplazado en el piso encima del restaurante Edo sushi, propiedad del padre de Ayame. El dōjō en cambio, era propiedad del padre de Ryoko, el tío de Ayame. El Señor Aoyama Seiyuro, también era el maestro de karate de los tres. Una vez allí, subieron las escaleras y entrando, saludaron a Seiyuro con una reverencia. Después fueron a sus respectivos vestuarios y se vistieron con el traje para este arte marcial, el karategui, volviendo al tatami para seguir las instrucciones del maestro.

En esta sesión eran alumnos avanzados así que les hizo sudar. La mitad fue ejecutar formas tradicionales repitiendo la más difícil de todas, Unsu. El estilo que practicaban era Shotokan, fundado por el maestro Gichin Funakoshi. Tenía giros, patadas, saltos, equilibrios, todo realizado con una energía constante y fluida. Así una y otra vez hasta que quedó satisfecho. Seiyuro decía, que, si no se practicaba duramente, el entrenamiento no serviría de nada para una situación de lucha real. Viendo como caían las gotas de sudor, resbalando por las mejillas de los chicos, el maestro les puso en grupos de tres para realizar ejercicios de combate en el que uno era

atacado por los otros dos. Cuando estuvo contento con el trabajo realizado, les dejó dos minutos de meditación volviendo a un estado de relajación antes de ducharse y volver a sus casas, hasta el día siguiente.

Kenji salía del vestuario con el pelo mojado, cuando vio en el despacho a Ryoko aun vestida, hablando con su padre. Parecía preocupada por la expresión de su rostro. En un breve instante se dio cuenta de su presencia. Dejó de hablar para hacer una reverencia a su padre e ir a asearse. Pasó a su lado sin mediar palabra. El Señor Aoyama, levantó la mano haciéndole una seña para que entrara. Lo hizo con paso decidido.

—Maestro —dijo cumpliendo con el protocolo establecido, haciendo una reverencia.

—Siéntate, por favor —dijo señalando una silla de oficina de piel marrón, delante del escritorio tras el que se hallaba—. Anoche hiciste un gran trabajo. El Señor Ninetails está muy enojado con el causante de su fallo en las negociaciones, para permitir que se esparzan residuos en las costas de Manhattan. Parece ser que alguien, vio a un joven sin identificar, matando a sus hombres y por ello, ha puesto la cantidad de quinientos mil dólares a quien lo lleve, vivo, ante él.

—¿Qué vamos a hacer? No saben quién soy —dijo, muy seguro de sí mismo.

—Lo sé, es difícil que te reconozcan. Por ello vamos a tener más cautela en siguientes ocasiones —dijo poniendo su mano en la barbilla—. Sabes bien que lo hacemos porque Ninetails no es trigo limpio, no lo fue en Tokio y en Nueva York tampoco. Es la escoria que dirige todo el narcotráfico de cinco estados y parte del extranjero, intentando hundir hasta el trabajo de tu padre, para su beneficio.

—Tranquilo maestro, tendré más cuidado —dijo en tono sereno—. Por cierto, ¿qué le pasaba a Ryoko?

—No está de acuerdo conmigo en cuánto a las decisiones que tomo, sobre todo si te implican a ti —hizo una pausa corta y suspirando, prosiguió—. Por si no lo has notado, Ryoko y Ayame, te han cogido un cariño bastante especial. Si te pasara algo, estoy seguro de que la culpa recaería sobre mí al completo. Hemos tenido suerte de que sus guardaespaldas, los hermanos Kamaitachi, no estuvieran rondando por allí. Así que por el momento vamos a dejar que se calmen las cosas. Pasados unos días veremos cómo va todo y daremos el próximo paso, si es preciso —miró por

la ventana del despacho—. Mira, ya te están esperando —al otro lado estaban las chicas vestidas de calle, con una gran sonrisa, mientras mantenían una conversación—. Creo que tienen una sorpresa para ti. Vete, nos vemos mañana.

—Sí maestro, hasta mañana —se despidió con la protocolaria reverencia.

Salió a reunirse con las chicas, estas se callaron de golpe. Se pusieron una a cada lado. Con paso alegre, fueron en dirección a la calle abarrotada de gente que caminaba a toda prisa y de vehículos que no daban tregua al peatón. Giraron a la izquierda, se apresuraron a una crepería cercana, casi empujando a Kenji para entrar en su interior, dispuestas a merendar. Una vez dentro se sentaron en una de las mesas, dejaron sus mochilas en el suelo al lado de sus respectivas sillas. Ryoko consultaba una de las cartas. Empezó a recitar en voz baja los tipos de crepes, para que Ayame y Kenji lo pudieran escuchar, eligiendo el que más les gustara. Se acercó una de las camareras a tomar nota. Una vez hecho, Ryoko se levantó para decirle algo en voz baja. Pasó un rato, hablando de sus actividades extraescolares y lo bien que se lo pasaban en ellas. Ayame, se apoyó en el hombro de Kenji entrecerrando los ojos, se notaba que estaba cansada. Por fin vino la camarera con lo que habían pedido, también con un batido de chocolate y nata con unas bengalas encendidas. Coreaba al unísono la canción de cumpleaños feliz con dos compañeras, a las cuales se sumaron Ryoko y Ayame. Después de unos aplausos sonoros, las dos chicas abrazaron fuerte a Kenji deseándole feliz cumpleaños, acompañado de un beso por mejilla, mientras las camareras se retiraban.

—Gracias chicas, sois las mejores. Pero mi cumpleaños es mañana —alegó sin pensar en ello.

—Lo sabemos, pero como mañana Ryoko y tú vais de excursión al Jardín botánico de Brooklyn. Pensé que era mejor que lo celebráramos hoy. Por si estáis muy cansados —dijo Ayame, sin dejar de abrazarle—. Eso sí, ya me podéis mandar fotos de la parte japonesa por WhatsApp, porque si no cuando os vea os voy a patear el culo.

—Estate tranquila prima que no nos olvidaremos, te vamos a saturar la memoria del móvil con tanta foto y video que te vamos a mandar —dijo Ryoko, riendo a carcajadas—. Bueno Kenji, ¿qué planes tienes para tus diecisiete? —preguntó con curiosidad.

—La verdad que no lo sé, supongo que seguir adelante con mis estudios. La universidad está cada vez más cerca y quiero dar el máximo de mí mismo. Aunque lo mismo te podría preguntar, ya que cumples el ocho de abril —dijo guiñándole un ojo a Ryoko.

—¿Y de chicas qué tal? ¿Tienes alguna en mente para ser tu pareja? —dijo Ayame, con un destello brillante en la mirada.

—No sé... yo... —titubeó.

—Ayame, siempre con lo mismo. Déjale, tendrá novia cuando quiera o surja —cortó tajante Ryoko—. Vamos a comer que se enfría y luego hay que ir a casa, aún tenemos que hacer las tareas.

Se pusieron manos a la obra, cada uno con lo que había pedido, hasta dejar los platos casi limpios. Recogieron sus pertenencias del suelo, se levantaron de la mesa para pagar en el mostrador y volver a sus casas. Kenji, como buen caballero, acompañó a cada una a su casa. Primero a Ayame que, con quince años, era la más joven. Se despidió con un abrazo y un beso como de costumbre. Luego a Ryoko, que le dio dos besos para seguidamente entrar en su portal bajo la atenta mirada de Kenji. Una vez dentro, este se fue en dirección a su casa. Mientras caminaba reflexionaba sobre su vida. En ese momento se le antojaba rutinaria, sin apenas tiempo de disfrutar, por la cantidad de actividades en su día a día. Con un ligero movimiento de cabeza alejó esos pensamientos y se obligó a pensar que, dada la hora, probablemente su padre estaría en casa. Su mente se desvió hacia el colegio, aun le quedaba por hacer los deberes.

Encaminó sus pasos hacia la quinta avenida, en dirección a su casa. Las aceras estaban repletas de gente que se cruzaba con él sin levantar la mirada. Taxis, autobuses y demás vehículos de motor recorrían la calle en una hilera interminable, como la fila de un millar de hormigas que se recogen hacia su colonia. Por fin, después de un rato caminando, llegó a su edificio el número ciento once. Sacó la llave, metiéndola en la cerradura, abrió la puerta. Una vez dentro dirigió su atención a los buzones, nada para el noveno J, cosa que no le sorprendió ya que todo en su casa llegaba por correo electrónico, aunque lo seguía mirando por costumbre. El ascensor se abrió, justo cuando estaba delante. De su interior, salía una viejecita con la típica vestimenta de las señoras de noventa años de las series de televisión, falda de rayas con blusa y chaqueta de punto. Le acompañaba un terrier con cara de pocos amigos.

—Buenas noches, señora Petrillo, ¿llegó la hora de pasear al bueno de T-rex? —dijo, mientras miraba al canido que le enseñaba los dientes sin cesar.

—Sí hijo mío, ya sabes si no le saco por la noche me marca toda la casa y no es plato de gusto —le contestó con una gran sonrisa, dedicándole una dulce mirada a través de sus gafas redondeadas—. Por cierto, me pareció ver a tu padre llegar hace un rato. No tenía buena cara.

—Le preguntare qué le pasa. Que tenga buen paseo —dijo mientras la señora Petrillo se despedía con la mano, sin dejar de caminar.

Kenji subió al ascensor, levantó el dedo índice para marcar el número nueve. Una vez en su piso se abrieron las puertas de par en par, giró a la derecha hacia la puerta de su casa. Como estaba advertido previamente por la vecina, abrió la puerta suavemente para no molestar a su padre en el caso de que estuviera hablando por teléfono. Cosa que se confirmó según deslizaba la puerta. Por la voz de su padre, hablaba con alguien del laboratorio. Según la luz le ilumina, se aprecia a un hombre de unos cuarenta y dos años de edad, de pelo castaño, ojos verdes, con perilla y trajeado con un Armani gris con corbata a juego.

—No Jones, no es un error. Ayer cuando hice los cálculos en la simulación de M.A.C 458 no dio ningún fallo. Revisa la secuencia, el señor Arimoto nos llamará mañana en conferencia desde Kioto, todo tiene que salir perfecto. Las operaciones avanzadas con láser robótico van a evitarnos muchas denuncias y aumentaran los éxitos dentro de los quirófanos —James seguía hablando, mientras Kenji dejaba su mochila en el sofá blanco del salón—. Jones te tengo que dejar, ha llegado mi hijo. Hablamos mañana —apretó el botón de colgar llamada en su móvil, posándolo sobre la mesa de cristal de centro. Se acercó a Kenji y le dio un abrazo.

—Hola papá, ¿Un mal día? —dijo correspondiendo el abrazo con fuerza.

—Más o menos, no quiero aburrirte con tecnicismos. Cuéntame, ¿Qué tal tu día? —dijo mientras se soltaba del abrazo e iba a la cocina a preparar algo de cena.

—No ha estado mal, la verdad. Las clases han ido como siempre. El profesor de historia regañando a un compañero y el resto normal —se acercó a la nevera, sacó una cerveza para James, un refresco de cola para él, para luego sentarse en una de las sillas de la isla—. El entrenador me ha dicho que he bajado mi tiempo en carrera para la recepción del balón y con el señor Aoyama hemos sudado la gota gorda.

—Eso está bien, sabes que todo lo que vale la pena en esta vida merece un gran esfuerzo. ¿Te apetecen unas hamburguesas con patatas fritas y bacón? —preguntó James.

—¿Crees que a mamá le gustará? —dijo frunciendo el ceño, mientras su padre se reía divertido.

—Haremos también una ensalada, sabes que ella se preocupa más por mantener una figura esbelta y una dieta mucho más equilibrada —antes de terminar la frase, la puerta sonó con el giro de una llave abriéndose de nuevo. Justo detrás, aparecía Elisabeth con su maletín.

—Hola, ¿cómo están mis chicos? —dijo mientras dejaba el abrigo en el perchero de la entrada—. Por cierto, James, yo siempre he tenido una figura estilizada —añadió, mientras se acercaba a su hijo para mesarle los cabellos, dejando claro que lo había escuchado.

—Hola cariño, de mi día hablare contigo más tarde, ha sido un poco duro. Por lo visto a nuestro joven preuniversitario le ha ido genial, incluso le han hecho un cumplido en su entrenamiento de Football. Es muy rápido —dijo James guiñando un ojo a su hijo.

—¿En serio? —dijo Elisabeth—. A ver si ganáis el próximo partido, porque vuestro quarterback decepcionó mucho a tu padre en el anterior, casi os hace perder. ¿Qué tal con Ryoko y Ayame?

—Bien, fuimos a merendar por mi cumpleaños —explicó Kenji.

—Si hoy todavía es veinte de febrero. Tú cumpleaños es mañana —se asombró James.

—Lo sé y se lo dije, pero como mañana vamos al jardín botánico Ayame creyó que estaríamos muy cansados para celebrarlo.

—Bueno ahora te toca contarnos tu día Eli, pero antes de seguir sentémonos que la cena está lista y si se enfría vais a dejarlo en el plato —finalizó James.

Sentados en la isla, con las humeantes hamburguesas en las manos aderezadas con salsas, la doctora les contaba cómo había sucedido su día atendiendo a niños en el Hospital Bellevue. Muchos de ellos eran pequeños, no llegaban los siete años de edad. Elisabeth hablaba con tanta pasión de su trabajo que se la contagiaba rápidamente a los demás. Una vez acabada la cena, los padres de Kenji se dispusieron a ver un rato la televisión sentándose en el sofá. Mientras se despedía, cogiendo su mochila, dando un

tierno beso a su madre y dedicándole un respetuoso gesto a su padre, para ir a su habitación a hacer sus deberes de clase e ir a dormir.

Una vez en su cuarto cerró la puerta tras de sí y encendió la luz. La habitación está más nítida que esta mañana. Bien distribuida, sin demasiados muebles. Al frente, bajo el marco de la ventana, hay un escritorio con un ordenador portátil, una lámpara y un bote con utensilios de escritura. Una silla ergonómica para sentarse cómodamente completa el conjunto.

Se acerca, aposentándose en la silla saca los cuadernos y los libros necesarios. Mientras realiza sus tareas se puede ver que a la izquierda hay un armario ocupando toda la pared. A la derecha hay una cama de metro treinta y cinco de ancho por dos metros de largo, un edredón nórdico de color azul oscuro, con dos cojines del mismo color. A uno de los lados esta la misma mesita caoba de la mañana, con un despertador digital de números rojos. En la pared lateral de la cama tiene colocados varios posters bajo las banderas de España, Japón y Estados Unidos. Uno de los posters es de Bruce Lee, otro de Albert Einstein, otro del padre del karate moderno, Gichin Funakoshi, y por último uno de James Dean, uno de los mayores ídolos del cine a nivel mundial. En la pared de la cabecera, hay unas baldas cargadas con libros variados. Entre ellos hay libros de mitología celta y universal, de artes marciales, de física, pero sobre todo de literatura fantástica. En el techo blanco, solo se ven las lámparas halógenas y en el suelo una alfombra de rayas.

Kenji está muy concentrado terminando la redacción que les había mandado el señor Mccugan. Sus dedos se deslizan sobre el teclado del ordenador como las alas de un pájaro por el aire. En menos de lo que se espera ha terminado con ello, lo guarda en un archivo pdf y lo manda por correo electrónico a su profesor. Cierra el sistema, se levanta y empuja la silla hacia adelante. De debajo de la almohada saca una camiseta, se desviste dejándose solo la ropa interior. Se la pone preparándose para descansar. Sentado en la cama levanta la mirada observando la habitación, tiene el semblante afable.

En su cabeza apareció un pensamiento al mirar alrededor, orgulloso de su cuarto. «No es nada del otro mundo, pero personalmente, me encanta. Tengo todo lo que me identifica a la vista, gente a la que admiro, todas las

cosas que me gustan... Debería irme a dormir, estoy muy cansado, mañana me levanto temprano».

Abre la cama, se mete en ella tapándose despacio con el edredón. Una vez dentro apaga la luz, estirando el brazo derecho para ello. No se ve nada, solo se escucha la respiración acompasada de Kenji mientras entra en la fase del sueño, y el sonido de sus padres hablando entre susurros mientras se van a la habitación de matrimonio. Aparece una leve luz a lo lejos. Es una luz purpura, brillante, similar a algunas de las estrellas del cosmos. Se escucha algo, es como un susurro distorsionado que se confunde con el entorno.

Kenji, aparece de pronto en esa oscuridad viendo el brillo purpura al fondo. Parece que está dentro un sueño, se ve a sí mismo vestido con la ropa del dōjō, mira a ambos lados. Empieza a caminar hacia la luz, a lo lejos se puede oír un sonido ininteligible. Paso a paso, conforme se acerca, el sonido se hace más nítido. Parece la voz de un hombre de avanzada edad.

Más cerca, a escasa distancia, se ve una especie de portal antiguo con una forma colosal, muy cambiante. Al principio se parece a un arco romano, luego a una forma primitiva, luego a un Torii japonés, luego a otra diferente, otra más y otra, sin parar. Justo frente al portal, Kenji detiene su caminar, escuchando la voz de manera clara. Es una voz que parece que viene de la antigüedad, se expresa de forma extraña para la sociedad actual.

—Desde los confines de los siete planos, desde los cuatro puntos cardinales, la búsqueda de tu espíritu, he realizado. El descendiente, del que logró vencer a quien todo ambicionaba mostrando sus colmillos, como poderosas armas de guerra. El que le desterró para evitar un mal mayor. Por fin, aquí estás ante mí. Eres el aprendiz que necesita maestro, aquí está el maestro que necesita aprendiz. Te veo, con la vista certera de un ave de presa. Yo, el hijo de los últimos con poder para llegar al Mundo de los Hombres. El que encerrado fue en el Gran Roble para dejar paso a una nueva era de esperanza, haciendo que todo mi poder se ocultase a los ojos mortales. Convirtiendo mi ser, mis hazañas en simples mitos y leyendas. Ven, aproxímate. Dime si me ves.

—No, no te veo —dice Kenji—. ¿Quién eres?

—Soy el principio, soy el camino. El que aconsejó a reyes. El que obró milagros. Soy un mito que se disipa en las brumas del tiempo. Soy el que hizo de un muchacho rey, por la espada Cantarina. El que vio quebrarse esa

misma espada. El mismo que la volvió a forjar y el que vio como una isla entera desaparecía entre nieblas.

—Hablas como un sabio, un mago o un profeta —comentó Kenji.

—Soy eso y mucho más. Pero tú, bien me conoces. Has leído sobre mí, has leído mi historia —prosiguió la voz—. Ahora ven, te guiaré por el sendero que se ha olvidado desde hace milenios.

Del portal sale un cayado de madera, oscura como el roble. Este tiene talladas runas, reconocibles en cualquier libro de ciencias místicas, tiene engarzada una piedra de color verde, parecida a una esmeralda sujeta con una cuerda de cuero marrón sin curtir y una pluma de algún ave rapaz parecida a la de un halcón. Kenji dio dos pasos. Miró con detenimiento el extremo del cayado tendido ante su pecho, esperando a ser cogido. Alzó el brazo muy despacio. Acercó la mano derecha, dudando si aferrarse a aquel objeto.

—No tengas temor en tu mente. No tengas temor en tu corazón, pues ningún ser te hará daño, en este plano de la existencia, ni en cualquier otro, mientras camines a mi lado —la voz sonaba firme, familiar.

Kenji, obedeció a la voz ancestral que a su persona se dirigía. Agarró el extremo con las dos manos sujetándolo con fuerza. Tras varios segundos de espera en los que no pasaba nada, comenzó a soplar una leve brisa como las que se dan en primavera. Segundos más tarde, se fue tornando cada vez más fuerte en dirección al portal, demostrando su poder de succión. Luego, como los de un ciclón y, por último, como el más poderoso de los huracanes de la historia de la tierra. El cuerpo del joven no pudo aguantar esa presión. Se ve atrapado por la corriente siendo absorbido por el portal, desapareciendo sin dejar rastro tras de sí.

Capítulo II

OceanofPDF.com

El reencuentro

La noche aún no ha terminado. Kenji se incorpora en la cama sobresaltado. Las gotas de sudor le recorren la cara, el pecho y la espalda, como un río caudaloso. Nota la respiración muy agitada, como si acabara de correr una maratón: La mirada perdida, hacia un lugar que no podemos ver, ni desvelar. Se quita de encima el edredón, sentándose en la cama para, seguidamente, levantarse. Va hacia la puerta, la abre con sumo cuidado. Se dirige a la cocina, abre el armario y saca un vaso llenándolo con agua del grifo. Lo acerca a los labios, se lo bebe de un trago, sin dejar ni una gota. Pasados unos minutos, más tranquilo, mira su reloj de pulsera. Apenas son las seis y cuarto de la mañana.

Deja el vaso de cristal labrado en el fregadero y regresa a su habitación. Cierra la puerta tras de sí, se acerca a las baldas llenas de libros. Coge uno muy concreto, escrito por el famoso científico Albert Einstein. Se sienta en la silla de su escritorio, enciende la luz de la lámpara. Abre el texto por una página en específico. Mirando muy atentamente, podemos ver lo que está leyendo, es una compleja teoría llamada «La teoría de los portales dimensionales», que ha sido recientemente corroborada por otros científicos. En ella se explica, ampliamente, que se puede viajar a través del espacio y a veces del tiempo, a través de lo que Einstein llamaba agujeros de gusano. ¿Será por el sueño, que está tan alterado e investigando a esas horas de la mañana? Kenji se sigue documentando. Las frases son recorridas por sus ojos de un lado a otro del texto.

Pasan los minutos sin descanso. Recorre una página tras otra hasta finalizar el escrito. Cierra el libro, apaga la lámpara, lo vuelve a posar en su sitio, en la balda junto a los demás. Vuelve a mirar la hora, esta vez en el despertador, las siete y veinte, quedan pocos minutos para que suene la alarma. Da la vuelta, comienza a hacer la cama y a vestirse, preparándose para el día que tiene por delante. Como dicta el protocolo del instituto, hay que ir vestido adecuadamente con el uniforme oficial. En realidad, no tiene más lógica que la de no confundirse con otros visitantes, sean de fuera del

entorno estudiantil o de otros institutos. Se puso sus pantalones de vestir de color gris, la camisa blanca, la corbata de color azul claro y blanco, los colores del instituto, la chaqueta americana negra, los calcetines oscuros y los zapatos. Una vez acabó de prepararse se miró en el espejo, no era la indumentaria que más le gustaba. Él era más de vestir de forma sencilla o, como diría su madre, de manera informal.

Metió los libros que necesitaba en la mochila, las dos primeras horas seguía teniendo clase antes de ir a la excursión, la cerró y salió de su cuarto directo hacia la cocina para desayunar. Sus padres, dada la hora, se habían marchado. Elisabeth le había dejado una nota, en la que decía lo siguiente: «Hijo te dejo en la encimera el permiso firmado para ir al Jardín Botánico. También te dejo veinte dólares por si necesitas comprar algo. La comida está preparada en la fiambra. Nos vemos esta noche. Mamá». Mientras terminaba de leer la nota sonó el timbre del telefonillo, fue de prisa a cogerlo para ver quién podía ser tan temprano.

—¡Kenji, baja que el autobús no tarda! —era la voz de Ayame que, dando voces de emoción, le avisaba de que se estaba durmiendo en los laureles.

—Ya bajo, no tardo —afirmó.

Colgando el telefonillo volvió a la cocina y se sirvió un zumo de naranja. Lo bebió sin descanso. Había bacón preparado en un plato, tomó un par de lonchas comiéndoselas casi sin masticarlas. Limpió sus manos en uno de los paños de tela que había colgados en la manilla de uno de los cajones, volviéndolo a dejar en su sitio. Colgó la mochila a su hombro derecho como de costumbre, se acercó hasta la puerta y asió sus llaves, saliendo de casa a toda prisa, cerrando la puerta tras de sí.

Llamó al ascensor, este debía de estar bloqueado por alguno de los cuarenta y ocho vecinos que vivían en el bloque, impidiéndole usarlo de manera habitual. Para no esperar más tiempo, se encaminó hacia las escaleras, el autobús estaba por llegar, el conductor no espera a nadie. Sí, en realidad tenía esa fama. Bajó a toda prisa cada escalón para llegar junto a Ayame y Ryoko lo antes posible, no las quería hacer esperar por él. Justo llegando a la planta baja se topó de nuevo con la señora Petrillo que volvía con su perro. Esta le saluda con un leve gesto de cabeza, mientras T-rex le gruñía como siempre. Por fin, después de tanto correr, alcanzó la puerta de la calle. Quiso saludar a sus amigas con un beso en la mejilla como

siempre, pero al besar a Ryoko esta giró la cara e involuntariamente el beso fue a parar a sus labios. Ryoko le miró con cara de asombro, dejando ver un leve rubor que aparecía en sus mejillas. Kenji le hizo una reverencia, antes de hablar.

—Perdona Ryo, no fue mi intención —dijo sonrojado como si fuera un tomate maduro. La voz le temblaba un poco—. Buenos días Ayame.

—¿Le has dado un beso en la boca a Ryoko, Kenji? —dijo Ayame mientras, enfadada, se cruzaba de brazos. Se alejó de ellos hacia la parada del autobús, sin mirar atrás.

—Ryo, ¿Puedes hablar con ella? No quiero que este enfadada. Sobre todo, por algo que no ha sido intencionado —le dijo a Ryoko, que seguía callada, con la mirada baja y roja de vergüenza.

—Sí, pero luego, ahora está muy enfadada. Las hormonas no le hacen mejorar el carácter —su voz sonaba tímida, un poco melosa, cosa poco frecuente en ella—. Cambiemos de tema. ¿Qué tal se te dio la redacción de Mccugan? —preguntó recuperando la compostura y el tono habitual de su voz.

—Bien, la verdad es que apenas tardé una media hora antes de mandársela al correo electrónico habitual. ¿Y a ti qué tal te fue?

—Más o menos parecido, estuve ayudando a Ayame con sus tareas a través de videollamada —mintió, evitando decirle que otra tarde más Ayame le había estado dando la lata con lo guapo que era.

—Mira, ahí viene el autobús —dijo Kenji, mientras este frenaba frente a ellos.

Como en días anteriores, subieron y se juntaron con más compañeros de clase hablando de diferentes temas, que iban desde las materias de clase, hasta quien estaba colado por quien. Durante el trayecto, menos alterado por el sueño y por el beso a Ryoko, comenzó a pensar en ese extraño portal, ¿hacia dónde iba?, ¿quién era el que le hablaba?, ¿por qué decía que le conocía? Todas estas y algunas preguntas más retumbaban en su cabeza mientras el vehículo les llevaba hacia su destino. Ensimismado en tales pensamientos no se había percatado de que habían llegado, hasta que notó una mano en el hombro. Era Ayame.

—Vamos besucón hemos llegado. No estés así, te perdono por besar a mi prima, pero me debes un batido de chocolate —dijo Ayame besándole esta vez en la boca, como venganza. Ese beso hizo que los ojos de Kenji se

abrieran como platos, mientras ella salía apresurada sin darle opción a responder.

Escuchó la alarma de entrada a clase. Encaminó sus pasos deprisa hacia el aula. Ryoko se había adelantado con dos amigas. Giró el pasillo con ímpetu casi cayendo al suelo, puesto que no había visto el cartel de «suelo mojado» a la entrada. Por fin llegó a la clase de la señora Smith, profesora de lengua y literatura universal quien, por suerte para él, aún no había llegado. Entró, sentándose al lado de Ryoko que le miraba fijamente los labios.

—Kenji, límpiate. Tienes lápiz de labios rosa en la boca —dijo riéndose—. Ayame se ha vengado pronto de ti, ¿verdad?

—Sí —dijo mientras se limpiaba con un pañuelo de papel—. Me ha dicho que le debo un batido.

—Te lo dije, ten cuidado con ella tiene las emociones a flor de piel —susurró Ryoko, mientras hacía su aparición en la clase la profesora Smith, cerrando la puerta tras ella, dando por comenzada la clase.

La profesora fue hacia su mesa elevada, posó su maletín, se quitó el abrigo acomodándolo en el respaldo de la silla. Una vez hecho se arremango los puños de su blusa color crema y apoyada delante del escritorio, se dirigió a sus alumnos.

—«En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero» —recitó la maestra—. ¿Quién sabe decirme, cuál es el libro y el autor?

Los alumnos se quedaron perplejos por la dramática entrada de su profesora. Algunos empezaron a deliberar, otros intentaban disimuladamente, buscarlo a través de sus móviles, en sus buscadores predeterminados. Solo uno levantó la mano casi al instante sin dudar. Era Kenji, al cual le daba igual parecer presuntuoso o sabelotodo.

—Señor Wolfman, usted me figuraba que lo sabía por su familia —dijo orgullosa—. Bueno, no le demos más tiempo a los que están buscándolo en el móvil, a pesar de que esté prohibido su uso en clase. Deléitenos.

—El fragmento que acaba de recitar es de un libro clásico de la literatura española de novela caballeresca, «El Quijote» que fue escrito por Don Miguel de Cervantes Saavedra. Este vivió desde el mil quinientos cuarenta y siete hasta el mil seiscientos dieciséis —dijo poniéndose en pie, para que se le escuchase mejor.

—Muchas gracias señor Wolfman, puede sentarse —los demás alumnos, guardaron sus móviles. Se dispusieron a mirar fijamente a la profesora—. Muy bien, ese es el libro que ha inspirado a múltiples autores contemporáneos de literatura. Así que para lo que queda de curso vamos a leer este excelente texto, entrara para el examen final. En sus correos recibirán donde comprarlo, mientras os explicaré algo de la vida del autor. Comenzaremos a leer su obra el próximo día de clase.

Dicho esto, comenzó a escribir en la pizarra el nombre de Cervantes para luego dar una amplia información sobre él. Así se pasó la hora de literatura, dando paso a la siguiente con la salida de la señora Smith por la puerta como si saliera de un teatro después de un éxito rotundo. La siguiente clase era más dura, el profesor Jones era muy rígido en sus enseñanzas de física y química. El tiempo pasó rápido recordando teoría de clases anteriores. La voz del profesor se le antojaba lejana. Una vez sonó el timbre, el Señor Jones les instó a coger sus pertenencias para ir tras él hasta la salida donde les esperaba el autobús.

Los alumnos subieron uno tras otro al vehículo, ubicándose en sus respectivos asientos. Una vez todos estaban callados con la mirada al frente, el profesor Jones comenzó a andar por el estrecho pasillo del autobús, haciendo recuento para evitar que nadie se quedase atrás. Cuando volvió, dio una indicación al conductor, este accionó un botón cerrando la puerta. Empezó el viaje hacia el jardín Botánico, en Brooklyn. Kenji y Ryoko estaban sentados uno al lado del otro, compartiendo unos cascos conectados al móvil, escuchando canciones de los ochenta de diferentes grupos de rock, como *Scorpions*, *Europe*...

El trayecto hasta el Jardín Botánico duraba aproximadamente unos veinte minutos. El día acompañaba pues el sol brillaba ocultándose a ratos tras las nubes, la temperatura era buena, aunque no sobraba la ropa de abrigo. Tras unas cuatro o cinco canciones, el autobús frenó frente a la puerta. El maestro cogió el micrófono para dirigirse a sus alumnos.

—Bien, hemos llegado. Coged vuestras mochilas, la comida y todo lo que podáis necesitar, porque hasta las tres y media no vendrán a buscarnos de nuevo. Primero haremos la visita guiada, cuando termine tendréis una hora para escoger una parte del jardín, buscar tipos de plantas, con sus características y entregarme un trabajo completo el lunes. ¿Alguna pregunta? —dijo mirando a todos los presentes delante de él—. Bueno,

como no hay dudas, vamos que aún nos queda mucho por ver. Una última cosa, comportaos o haré que lo que os queda de curso sea un infierno — dicho esto se bajó del vehículo, demostrando más agilidad de la que parecía tener por su edad, haciéndose a un lado para ver que todos bajaran.

Uno tras otro se colocaron en la acera a la espera de que el profesor hiciera las gestiones pertinentes. Una vez acabó, les hizo entrar al recinto bajo la atenta mirada del guía que les iba a ir dando los datos pertinentes durante la visita. Una vez dentro, el guía empezó a hablar:

—Buenos días mi nombre es Alex, voy a ser vuestro guía por el jardín. Os daré datos de interés sobre sus formas vegetales y el porqué de su formación en cada representación natural. Si me seguís por aquí, comenzaremos por la parte más sencilla para todos, dado que está formada por vegetación de nuestro país, el Jardín Osborne. En este observareis una gran variedad de árboles, de plantas, que podéis ver por toda nuestra geografía. Por ejemplo, ahí tenéis... —el guía, continuaba dando datos sin entrar en mucha terminología técnica, mientras el grupo de alumnos y el profesor le seguían de cerca.

Kenji estaba disfrutando de la visita, no solo por el contenido de la misma sino porque Ryoko y él hacían bromas de algunas de las expresiones del guía que podían tener doble sentido y sacarse de contexto. Poco a poco fue pasando la mañana entre los diferentes jardines, hasta que llegaron a uno muy particular en el que dejaron de bromear, el Jardín japonés de la colina y de la charca.

Llegaron allí a través de un camino de tierra que bordeaba un gran estanque, adornado con pinos y helechos. Según avanzaban, alcanzaron a ver una especie de casa tradicional japonesa, rodeada de una valla de madera de roble, con tejadillo en su parte superior. Nada más entrar a la izquierda la casa estaba abierta, se podía entrar. Kenji no dudó un instante en pasear por su interior. Los suelos y las paredes estaban realizados en madera muy pulida, con un barniz color de cerezo. Dos de los laterales estaban abiertos hacia el estanque. Uno daba a una zona de vegetación, el otro era más espectacular daba a una zona en la que, de derecha a izquierda, se veían unas lámparas de piedra, un puente que cruzaba una formación de agua, también había una explanada y metida en el agua a escasos metros de la orilla, una puerta Tori de templo sintoísta con un haz de luz muy extraño.

—Ryo, ¿te importa que nos acerquemos más tarde hasta el Tori de nuevo? —dijo mirando a los ojos castaños de ella. Esta asintió con la cabeza, sin pestañear.

Salieron de la casa, continuaron por el camino envuelto de arces, bambúes y otras formas de vida. Subieron unas escaleras de fría piedra y siguieron por un camino de tierra con una barandilla de madera a su izquierda. El sonido del guía retumbaba en sus oídos, hablaba de la cultura milenaria de los bonsáis, del clima donde mejor crecía este tipo de flora. Un poco más adelante había una especie de marquesina de madera con un banco para sentarse por si necesitabas hacer una parada o querías disfrutar del paisaje en calma. A poca distancia del camino había una isla pequeña donde estaba el farol de piedra, el acceso a ella transcurría de dos formas, el puente de troncos arqueado o un paseo de piedras planas ambos muy típicos.

Sin demora, el guía siguió caminando hasta que llegaron a otro puente, este era plano con una barandilla a cada lado. Justo a la derecha entraba el agua del estanque y de una pequeña colina caía una cascada de agua. Fijándose en el agua se podían vislumbrar una especie de peces a los que el guía nombró como Koi, una carpa típica de Japón. Llegando al final del trayecto de dicho jardín, vio el arco del templo. Era muy alto de color rojo carmesí, metido en el agua como si fuese un coloso que emerge de las profundidades, demostrando todo su poder y grandeza.

A Kenji le pareció que el agua se tornaba en piedra, que en el interior del arco no se transparentaba el otro lado del jardín, sino que era como un remolino púrpura con trazos dorados, rojos, blancos y azules, como los de una galaxia. Su mirada se quedó fija, sus pies querían ir hacia el Tori. Sin poder evitarlo dio un paso y otro. Una mano le agarró de la muñeca haciéndole salir del trance. Volvió la cabeza hacia quien le agarraba, era Ryoko.

—Kenji, ¿Estas bien? —dijo con cara de preocupación—. Llevas raro todo el día.

—Sí, creo que sí —dijo dubitativo—. Luego te cuento, tenemos que volver aquí, ¿vale?

—Sí, volveremos después. Ahora vamos —contestó Ryoko.

Siguieron la visita, no sin que Kenji mirase hacia su espalda de vez en cuando vigilado de reojo por una preocupada Ryoko, hasta que traspasaron

otra valla que ponía fin a ese jardín. El resto de la excursión no les llamó mucho la atención, seguían pensando en el último jardín. Una vez llegaron a la entrada, el guía tuvo unas pocas palabras con el profesor Jones, para luego despedirse de los alumnos. El guía se marchó, en dirección a otro grupo que le estaba esperando, en este caso, de personas más mayores.

—Bueno, como os dije antes ahora tenéis un poco de tiempo para comer y una hora más o menos para ir a vuestra parte favorita del Jardín Botánico. Tomad apuntes para vuestro trabajo. Recordad que tenéis hasta el lunes para entregarlo y que el autobús sale a las tres y media desde la puerta de entrada —dicho esto el profesor Jones se dio la vuelta en dirección al bar del museo de Brooklyn, dejándoles allí plantados.

Ryoko y Kenji se miraron asintiendo con la cabeza al unísono. Miraron hacia donde se hallaba el Tori, salieron corriendo hacia allí. Tras unos minutos llegaron hasta donde estaba situado, se quedaron observándolo durante un instante. Kenji seguía viendo el remolino púrpura. Ryoko no veía más que el portal sintoísta y sus alrededores. Tras unos segundos, Ryoko le preguntó.

—¿De qué va todo esto? Me empiezas a preocupar —dijo ella abrazándole.

—Anoche tuve un sueño, un portal que se deformaba, como este Tori, pero cambiante. De él salía una voz que me llamaba, me conocía. Me instaba a que cruzara a través de la puerta —dijo con cara de consternación—. Pensarás que estoy loco, pero veo una especie de agujero de gusano dentro de la puerta. En el agua se forma un camino de adoquines de piedra grisácea que va hacia él.

—Yo no lo veo Kenji, ¿Estás seguro de esto? —dijo con la voz algo quebrada—. Puede que tengas algo y tengamos que ir al médico a que te mire.

—No Ryo, creo que es muy real. Solo hay una forma de averiguar si lo es. Quédate aquí, observa por favor —dijo soltándose suavemente del abrazo, besándola con ternura en la mejilla.

—Ten cuidado, si ves que es real vuelve. No sabes nada de ese lugar —advirtió Ryoko, mientras se acercaba hasta la orilla del estanque.

En la orilla, comenzaron a surgir los adoquines de piedra uno tras otro, formando un camino hasta la base del portal. Kenji puso el pie derecho

sobre el camino con la vana ilusión de que Ryoko tuviese razón y se hundiese en el agua fría.

No fue así, su pie se posó firme, como si pisara las rocas de una montaña. Se giró. Miró a Ryoko que no salía de su asombro, con la boca abierta, viendo como su amigo parecía andar sobre el agua. Dio otro paso, otro y otro, seguía siendo estable, así hasta llegar al umbral del Tori. Miró a su interior, el ojo del remolino se hizo aún más grande hasta alcanzar casi el metro y medio de diámetro. En su interior había un hombre de pelo castaño, tirando a color chocolate, con una barba a juego bien perfilada. Era alto o al menos lo parecía, vestía con ropa asiática tipo ninja, cubría sus hombros con una capa hecha de piel y plumas de halcón peregrino. Las botas eran de color marrón, hasta las rodillas. En su mano el cayado de su sueño, con la piedra verde esmeralda brillando. El hombre tendió la mano hacia adelante e hizo una leve reverencia, Kenji le devolvió el gesto por temor a ser descortés si no lo hacía. Entonces el hombre se irguió.

—Has venido, joven guerrero. Pensé que no te tomarías mi llamada suficientemente en serio —dijo con una leve sonrisa en los labios—. Tienes dudas, preguntas que hacerme y te las resolveré. Antes, debo ir a tu mundo para que tú puedas venir al mío. Recita conmigo, por favor —levantó las manos, Kenji le imitó—. «Ábrete puerta del tiempo y el espacio, permite al viajero seguir hacia su destino» —Kenji lo repitió palabra por palabra, gesto a gesto.

Antes de acabar, Ryoko miró la hora en su móvil, eran casi las tres y veinticinco. Tenían que marchar o perderían el autobús de regreso a casa. Por otro lado, no salía de su asombro, veía a su amigo caminar sobre las aguas. Delante de la puerta hablaba con alguien o algo para justo después expresarse en una lengua que ella no entendía acompañado de unos gestos muy concretos. No estaba dispuesta a perderlo, ante lo que fuera que viera, así que decidió actuar.

—Tenemos que irnos. Han pasado las tres y veinticinco. Perderemos el autobús de regreso a casa si no nos damos prisa, corre —Kenji se dio la vuelta haciéndole seña de que ya iba. Volvió la cabeza hacia el hombre que le hizo un gesto de partida, cerrando el remolino.

Volvió corriendo hasta Ryoko. Juntos emprendieron el camino de retorno hasta la entrada a toda velocidad. Sin darse cuenta, Kenji cogió la mano durante la carrera. Ella rezaba mentalmente para que no la soltase. Antes de

darse cuenta llegaron ante la puerta del vehículo donde el Señor Jones les miraba con cara de pocos amigos, apuntando a su reloj de pulsera con el dedo índice. Subieron rápido, recorriendo el pasillo hasta sus respectivos asientos, con una sonrisa en la cara, sin soltarse de la mano.

En el camino de regreso, entre susurros, Ryoko le preguntaba a Kenji por lo que acababa de suceder. Él le contó, retomando desde el sueño, todo con pelos y señales hasta el último detalle, siguió con el estanque del jardín donde le explicó que no se hundía porque del agua, aunque no fuese visible a los demás, surgieron unos adoquines de piedra. Para finalizar narró lo del hombre del otro lado que vestía con indumentaria antigua, hablaba de igual forma. En lo que no entró en detalle es en lo que parecía un breve ritual de apertura de un portal dimensional como los que describía Einstein en sus estudios.

Ella se quedó en silencio un tiempo una vez acabada la historia, la cual por cierto creyó, sino ¿cómo explicar que por unos minutos Kenji se mantuviese sobre el agua? Su cabeza no dejaba de dar vueltas al asunto, ¿qué quería ese hombre de su amigo? ¿De dónde procede? ¿Es amigo o enemigo? ¿Por qué le llamó joven guerrero? Estas y muchas más preguntas rebotaban en su sesera, sin respuesta. Miró a su derecha, Kenji estaba mirándola callado, esperando su opinión sobre el reciente acontecimiento.

—Debemos esperar a ver qué pasa a continuación. A lo mejor no cruza a este lado —dijo relajando la expresión de su rostro, ante él—. Ya estamos llegando. Como hoy no hay entrenamiento de Football, ¿te apetece ir a hacer un poco de saco al dōjō?

—Sí ¿por qué no? Así relajaremos un poco los músculos y descansaremos mejor por la noche.

El autobús frenó con su rechinar acostumbrado frente al instituto, donde se bajaron todos y cada uno de los alumnos, dispersándose en grupos hacia sus respectivos asuntos. Se encaminaron hacia el gimnasio, con paso animoso hablando de otras cosas evitando comentar más de lo sucedido, había sido un día intenso. Entre el beso de la mañana a Ryoko, la venganza de Ayame y el hombre del portal, sus pensamientos se agolpaban en la cabeza sin cesar.

Llegaron al dōjō donde el maestro estaba enfrascado en una clase con los alumnos más pequeños. Repasaban las tres primeras formas básicas del estilo. Al verles entrar les saludó levantando la mano. Como era costumbre

cada uno fue a su vestuario y salieron con el uniforme de entrenamiento. Reunidos en el fondo del tatami comenzaron a calentar para terminar con unos ejercicios de ataque y defensa en pareja, antes de encararse con el saco colgado del techo por un soporte con cadenas.

Se entregaron a fondo contra un enemigo imaginario, representado por el objeto a golpear. Las patadas y puñetazos se intercalaban mezclados en secuencias de tres a cinco golpes ejecutados por cada uno. El sudor no tardó en hacer su aparición, en apenas veinticinco minutos las gotas recorrían sus caras, pecho y espalda. La chaqueta del karategui de Ryoko se abrió dejando ver a Kenji el sujetador deportivo blanco por un breve instante, pues lo cerró rápidamente.

Los niños de la clase saludaban al maestro para finalizar. Algunos de ellos le daban un abrazo antes de ir corriendo con sus pequeñas piernas hasta el vestuario para cambiarse e irse con sus padres, que les estaban esperando en la recepción. Seiyuro se acercó a ellos con paso tranquilo, muy calmado, observando cada secuencia como si fuera una fórmula matemática en la que no puede fallar ningún cálculo. Ante la visión de su entrega y esfuerzo no les hizo ninguna corrección estaba casi perfecto el tiempo, la distancia de ejecución, todo cuadraba. Por algo su hija, su sobrina y Kenji eran sus mejores alumnos, en todo lo que emprendían se entregaban al máximo, pensó haciendo una mueca de orgullo.

—Vale, descansad un poco o tendré que comprar un saco nuevo en breve —dijo con una leve sonrisa—. ¿Cómo ha ido la excursión? —preguntó.

—Bien —se adelantó Ryoko a contestar—. Ha sido muy interesante, sobre todo la parte japonesa del jardín.

—Sí, a mí es la parte que más me impresionó —afirmó Kenji.

—Puede que algún día viajes a Japón y veas lo precioso que es. Yo a veces lo echo de menos, sus costas, la educación de sus gentes, el monte Fuji... —dijo con mirada nostálgica, hizo una pausa—. Pero hablemos de otras cosas —miró a su hija, con cara de ocultar algo—. Tengo una sorpresa para ti, hija.

—¿Qué es? —dijo con una mirada de ilusión en sus ojos.

—Ha vuelto tu madre de su viaje a París. Está en el despacho atendiendo una llamada, tiene quince días de descanso para estar con nosotros.

—¡Bien! —exclamó—. Voy a cambiarme —se volvió hacia Kenji—. ¿Te quedas a cenar con nosotros?, hace mucho que Nicolle no te ve.

—Haré una llamada a mi madre, no creo que haya ningún problema —contestó con ternura, mientras ella entraba en el vestuario.

—Ve a asearte y cambiarte, voy a preparar todo para cerrar —le dijo el maestro.

Kenji fue al vestuario donde se encontraba solo. Se duchó con agua caliente, se puso el uniforme del instituto. Se peinó para desenredar el pelo enmarañado. Mirándose en el espejo mientras terminaba, dirigió su mirada al infinito, absorto en sus pensamientos. Segundos más tarde tocaron a la puerta, es Ryoko que le apremia para que termine, está muy emocionada.

De vuelta a sus pensamientos, se da cuenta de su procedencia, de lo sucedido. Su actitud es un poco ausente. Es hora de ver a la madre de Ryoko, es de origen francés, se llama Nicolle Bellerose. Es una de las grandes diseñadoras de moda de Nueva York, razón por la cual se pasa casi todo el año viajando. Su parecido con su hija Ryoko es impresionante. Prácticamente se las distingue por los ojos, los de Ryoko son rasgados, castaños y por la forma de vestir, claro. Su madre viste más a la moda de París. De ella ha sacado Ryoko su belleza. El mal genio, lo ha heredado de su parte paterna.

Coge su mochila, se dirige hacia la puerta para salir, de nuevo. Sin esperarlo, Ryoko está justo delante de la puerta y se choca con ella. Sus miradas se cruzan, la mano de Kenji se posa en la cintura de la joven. Esta vez ella no se sonroja, al contrario, se le dibuja una sonrisa tímida en la cara, los ojos de Kenji están abiertos como platos. En ese momento recuerda que aún no ha llamado a su madre por teléfono. Le hace solo una seña a su amiga para que espere un momento mientras saca su móvil del bolsillo, desde la lista de llamadas existente, marca. Los tonos empiezan a sonar uno tras otro hasta que se escucha descolgar el teléfono por parte de su madre.

—Dime Kenji —contestó Elisabeth—. ¿Pasa algo?

—No mamá, estoy bien, te llamaba solo para decirte que me quedo a cenar con Ryoko y sus padres. Acaba de llegar su madre de París y me ha dicho que si podía quedarme.

—¡Oh qué pena! Contaba con prepararte una cena de cumpleaños. ¿Nicolle está en Nueva York? —preguntó con alegría.

—Sí, se quedara unos quince días más o menos —le informa Kenji, sobre su amiga.

—Vale pues diviértete entonces, ya lo celebraremos. Dile que me llame, tenemos un café pendiente desde el desfile de moda del año pasado —le indica a su hijo.

—De acuerdo mamá, se lo diré en cuánto la vea, ¿avisas a papá, para que no se preocupe?

—Sí, le aviso yo. No vuelvas muy tarde que mañana hay instituto. Te tengo que dejar, un beso cielo, chao —se despidió su madre.

—Chao —se despidió, colgando la llamada—. Ya lo has oído Ryo, vamos a cenar con tu madre —dijo guiñándole un ojo. Tras lo cual Ryoko le abrazo muy fuerte entre sus brazos.

El señor Aoyama, cerró la puerta del despacho tras de sí al salir. Dio una indicación a Kenji y a Ryoko para que fueran saliendo, mientras terminaba de cerrar el dōjō. Justo al salir se encontraron con Nicolle, estaba tan guapa como su hija, pero con un vestido ajustado al cuerpo de color granate y una chaqueta negra a juego con los zapatos de tacón fino. Agarró de los hombros a su hija Ryoko con sus suaves manos. La miró de arriba abajo con orgullo y le dio un abrazo, dándole dos besos sonoros marcándole con el pintalabios de color rojizo. Luego miró a Kenji, sin dejar de prestarla atención. Nicolle comenzó una conversación.

—Estás preciosa, hija mía, aunque es muy normal has salido a mí —seguidamente se dirigió a Kenji—. Y tú caballero, espero que estés cuidando bien de mi pequeña —bromeó.

—Sabe que daría mi vida por ella señora —dijo riendo.

—¿Qué tal tu madre? —preguntó.

—Bien, precisamente he hablado hace un rato con ella, me ha recordado que tenéis un café pendiente desde el último desfile de moda —comunicó el mensaje de su madre.

—Es cierto —dijo sorprendida—. En el último desfile tuve que irme corriendo a Milán. Mañana la llamo sin falta, antes de que tenga que volver a subirme a un avión.

En ese momento salió del dōjō, por fin, Seiyuro, caminó hasta ellos, dio un beso en los labios a su mujer. Bajaron juntos las escaleras, hablando de las cosas que les había pasado en el día y cruzando la calle subieron al apartamento de los padres de Ryoko. Dentro del piso, se dispusieron a cenar con una serie de platos refinados de comida francesa y japonesa, haciendo las delicias de todos. Durante la comida Nicolle les deleitó con varias

anécdotas de sus viajes por las pasarelas de moda de toda Europa en las que modelos y diseñadores, son el foco de atención. Poco a poco fueron variando los temas, desde cómo iba la vida de su familia y la de Kenji, hasta temas más incómodos para los jóvenes como si tenían pareja o si lo eran ellos después de tanto tiempo. Ese tema sacado por la madre de Ryoko hizo sonrojar a su hija. Una vez terminaron de cenar Kenji miró su reloj. Eran las nueve y cinco. Muy educado se despidió, para volver a su casa, acompañado por Ryoko hasta la puerta. Esta le despidió con otro beso en la boca, esta vez de forma voluntaria.

—Buenas noches, nos vemos mañana —dijo cerrando despacio la puerta, sin dejar de mirarle.

La noche se cerró dejando paso a la oscuridad en su mayoría, exceptuando la luz de las farolas de color ambarino que iluminaban tenuemente las calles. Kenji retornó a la quinta avenida después de pocos minutos. El cielo tras su cabeza se había encapotado, cubierto de nubes negras que retumbaban amenazando tormenta. En su mente mirando hacia arriba solo pensaba en que no tenía capucha ni paraguas con el que taparse.

Ensimismado en tales pensamientos no se había percatado de que más adelante se hallaban tres hombres en traje, idénticos físicamente, colocados en medio de la acera. Eran delgados, con el cuerpo de alguien que se entrena. Tenían los cabellos plateados y los ojos marrón rojizo. En sus muñecas una esclava de plata brillando bajo la luz de los faroles. Kenji siguió caminando, sin darse cuenta chocó con uno de ellos bruscamente.

—¿Qué haces, chaval? ¿No tienes ojos para mirar? —gritó uno de ellos repasándole de arriba a abajo.

—Estos asiáticos se creen que son los dueños del país, deberíamos darles una lección a todos —dijo otro con sorna, sacando de sus casillas a Kenji.

—Dejadle que se marche, seguro que es de esos que sigue las doctrinas del Dalai lama ese —se jactó el tercero, a sabiendas de que el joven estaba molesto.

Kenji se dio media vuelta dejando caer la mochila al suelo. Antes de que se dieran cuenta, la pierna derecha de él había alcanzado la rodilla de uno de ellos que se dobló, haciendo que se diera de bruces contra el suelo. Sonó, sin pausa, el chocar de un codo sobre la mandíbula del mismo individuo. Los otros dos se pusieron en guardia sacando unas navajas curvas mientras su compañero aullaba de dolor, tumbado en el suelo.

—Muchacho no sabes con quien te estas metiendo —alertó uno de ellos —. Vamos, a por él —exclamó el otro.

Antes de que dieran un paso una nube de humo púrpura se formó detrás de Kenji bajo la atónita mirada de todos los presentes. Tras ella salió un hombre de estatura media, cuerpo musculoso, vestido con vaqueros, botas altas, camisa, un abrigo con capucha marrón y negro, ocultando su cara. Este se aproximó a Kenji, apoyando una mano en su hombro. El que estaba en el suelo se incorporó lentamente al verlo, sacando también la navaja. Era alguien muy conocido, para ellos.

—Recoged vuestras pertenencias joven guerrero, aun no estáis preparado para luchar contra las comadreas —dijo con una voz que Kenji reconocía bien. Era el hombre que estaba dentro del portal—. Vete a casa, yo me encargo de ellos.

Obedeciendo al desconocido, recogió su mochila y se marchó a toda prisa echando breves vistazos hacia atrás para ver lo qué pasaba. Lo poco que alcanzó a ver de la escena se resume en lo siguiente, de la mano derecha del hombre surgió de la nada, un bastón largo de metro y medio, más o menos, de color negro, con el que repelía cada ataque de los tres oponentes casi sin esfuerzo, dejándoles desarmados. En pocos ataques les dejó inconscientes sobre el frío asfalto, desapareciendo de nuevo tras la nube de color dejando todo en un absoluto y sepulcral silencio.

Capítulo III

OceanofPDF.com

La beca de estudios

La noche transcurrió sin más incidentes, Kenji había intentado dormir, pero las emociones del día y la sombra de misterio que envolvían a su nuevo... «amigo», si podía llamarse así, le mantenían en vela. Cuando llegó a casa sus padres estaban a punto de irse al dormitorio, para descansar. Le entregaron su regalo de cumpleaños, un libro de fantasía titulado «El juego del dragón». Hacía varios meses llamó su atención en una librería, no esperaba que sus padres se acordaran. Les dio un abrazo de agradecimiento y todos se retiraron a sus dormitorios. No pudo hablar casi nada con ellos. En cierto modo pensaba que era mejor, porque, ¿qué iba a decirles, que había visto un hombre en un remolino dentro de un portal? Seguro que le tomarían por loco o, en el mejor de los casos pensarían que tiene fiebre. Le harían tomar una pastilla y le obligarían a descansar hasta estar recuperado.

Las horas pasaron como si fuesen segundos, concentrado en tales pensamientos. Cuando se quiso dar cuenta las luces de las farolas se apagaron. El sol del nuevo día estaba levantándose como el rey de una montaña, dejando ver los colores que decoraban la ciudad. Kenji ojeó su despertador, era la hora de levantarse de nuevo sin apenas haber dormido. Se levantó de la cama, hizo sus tareas y como todos los días se vistió con el uniforme. Salió de su habitación preparado con la mochila al hombro. Después de asearse, de peinarse, se dispuso a desayunar. Esta vez el desayuno lo había preparado James, se notaba porque difería un poco de la forma de su madre que era más a la española. Había zumo de naranja, café con leche y huevos fritos con jamón. Dejó la mochila en el suelo a su lado y se dispuso a disfrutar de ello.

Una vez terminó, partió hacia el instituto. Esta semana era ligeramente más corta pues el viernes había huelga de profesores. Salió de la casa bajando hacia la calle, andando con paso tranquilo hasta la parada donde le esperaban Ayame y Ryoko. Ayame les cosió a preguntas de cómo había ido el día anterior, dado que no les pudo ver, mientras se agarraba al brazo de Kenji. Le contaron todo con emoción, bueno... todo no, los sucesos

extraños y el último beso de Ryoko no lo contaron. Simplemente, que les había gustado mucho la excursión. A bordo del autobús, se juntaron con los amigos hablando de todos los temas de interés, antes de entrar a sus respectivas aulas. Llegaron al instituto con el tiempo justo, el conductor se lo había tomado como si fuese de paseo.

Se dieron prisa, entrando a la carrera para llegar antes de que sonase el timbre de inicio de la clase. Ayame se despidió con la mano mientras corría con tres de sus amigas, a lo que ella llamaba su tortura diaria: matemáticas. Por su parte Ryoko y Kenji, apresuraron su paso sin mediar palabra para llegar cuánto antes a clase de filosofía con la profesora Lopes, procedente de Puebla de Zaragoza (México), especializada en filosofía y filología inglesa. Llegaron justo cuando ella entraba por la puerta. La aguantó para dejarles pasar antes de cerrarla.

—Gracias Profesora —dijeron al unísono.

Cuando todos ocuparon sus asientos la profesora comenzó a dar paseos de un lado al otro del aula, jugando con un bolígrafo en la mano, mientras les instruía sobre la vida de Platón y su filosofía. De vez en cuando les preguntaba dudas, poniendo a prueba su atención, resolviéndolas a la vez que sus alumnos tomaban apuntes para los exámenes. La verdad, la clase de la señora Lopes era la más amena de todas. No se limitaban a escuchar y tomar apuntes si no que les hacía partícipes de ella, haciendo que se sintieran como iguales.

Terminó la clase y la siguiente, así hasta llegar a media mañana. Tomaron un descanso para tomar algo, evadiendo sus mentes del esfuerzo de estar concentrados en cada asignatura. Se acercaron al bar de enfrente, sentados en una mesa con varios compañeros tomaron un café con algo de comer. Kenji, por ejemplo, cogió un pequeño bocadillo de jamón ibérico, era un poco caro ya que se exportaba, pero le gustaba tanto que de vez en cuando se permitía el capricho. Pasado el tiempo de recreo, regresaron al aula para proseguir con las clases restantes. La hora final era la de tutoría. En ella tenían tiempo de repasar otras materias e incluso de exponer sus dudas al tutor, cosa que pocas veces solía suceder. A poco menos de la mitad de la clase por el altavoz sonó la voz de la secretaria.

—Se ruega al Señor Kenji Wolfman, que se dirija a dirección, gracias —dijo con la voz monótona habitual, como la de quien te atiende en un puesto

de comida rápida. Lo repitió otras dos veces por si no había quedado claro a la primera vez.

El tutor miro a Kenji, asintiendo con la cabeza. El joven recogió su mochila y se despidió de Ryoko, hasta más tarde. Salió de la clase, recorrió uno tras otro los pasillos hasta llegar al pasillo donde se encontraba la sala de profesores, la secretaría, el despacho del orientador estudiantil, el de subdirección y el despacho del director. Se acercó hasta la puerta, las piernas le temblaban como un flan, ¿por qué estoy nervioso? —se preguntó a sí mismo—. No he hecho nada para estarlo —respiró profundo, levantando la mano con el puño cerrado, llamó a la puerta de dirección.

—Adelante —dijo la voz seca del Director Williams. Abrió la puerta despacio, agarrando el pomo con firmeza, asomó la cabeza en primer lugar. Sentados en el sofá había tres adultos, su madre Elisabeth, su padre James y la tercera no la reconocía bien. Era un hombre de casi cuarenta años de edad por el porte que tenía. Justo frente a ellos, detrás de su escritorio, con aire regio, se hallaba el Señor Williams. Iba vestido con su traje negro de todos los días, parecía que estuviese de eterno luto por la muerte de alguien.

—¿Se puede? —preguntó con toda la educación posible y un tono moderado.

—Pasa Kenji —dijo el director levantándose de la silla. Hizo un gran esfuerzo por su gran volumen corporal. A la vez, sus padres y el desconocido le imitaron levantándose del sofá. Kenji pasó al interior, cerrando la puerta tras de sí.

—Hola hijo —dijeron sus padres, mientras el extraño se mantenía inmóvil con aire noble.

—Bien jovencito te presento: Este es el Señor Gael Duncan, Director de la universidad de Glasgow y colaborador de la universidad de Cambridge en estudios científicos —Kenji se giró para dar la mano a aquel distinguido caballero. Este vestía un traje color ocre con coderas marrones a juego con sus zapatos, camisa blanca y corbata a rayas con un elegante nudo. Miró hacia su cara, los ojos se le abrieron de la sorpresa. ¡Era el mismo hombre del portal! Con su pelo corto y barba perfilada. Le dedicó una sonrisa y miró tiernamente con sus ojos amarillos tras las gafas de montura rectangular de diseño.

—Me alegro de conocerle al fin, joven —dijo mientras le estrechaba la mano firmemente, siendo correspondido por la mano de Kenji.

—Es un honor, Señor —respondió, con tono afable. Pero una pregunta retumbaba en su cabeza, ¿qué hace aquí?

—Bien sentémonos, hay asuntos que tratar concernientes a tu futuro —dijo el Señor Williams volviendo a su asiento donde se dejó caer como un peso pesado, haciendo sonar el aire del sillón al salir.

Cortésmente se sentaron en el sofá. Kenji se acomodó en un sillón al lado del mismo. Una vez allí, comenzaron a hablar de la brillante carrera y curriculum del Señor Duncan. El cual, por alguna extraña razón, había aparecido en su instituto para tratar algún asunto que Kenji esperaba no tuviera que ver con lo sucedido en el portal del jardín botánico, ni con la pelea de la noche anterior. Pasados unos minutos, el Señor Williams le cedió la palabra a Gael.

—Bueno dado que nuestra joven promesa está aquí, voy a ser totalmente sincero con ustedes. Aunque puede que las instituciones universitarias a las que represento, queden un poco tildadas de espías —dijo sonriendo—. Desde hace unas dos décadas en Gran Bretaña, venimos hackeando las bases de datos de los institutos de toda Europa y Estados Unidos con el fin de encontrar a los estudiantes más avanzados y ofrecerles una beca especial de estudios en el extranjero con todos los gastos pagados. Estos, por norma general, son genios con notas de matrícula de honor, como es el caso de Kenji. Lo que hacemos es sacar de ellos el máximo potencial para que sean los líderes del mañana en sus respectivos campos. Eso es lo que le queremos proponer a este joven tan prometedor —terminó, guiñando un ojo.

—Si me permite una pregunta —interrumpió Elisabeth—. ¿En qué consiste exactamente la beca? —su voz sonaba preocupada.

—Explíquenoslo, Señor Duncan, por favor —dijo James mientras juntaba las palmas de las manos.

—Sin ningún problema —respondió calmado—. La beca de estudios de la que estamos hablando es la «Beca Stonehenge». Consta de una manutención total del alumno por parte de Gran Bretaña desde el instituto hasta el final de sus carreras. En ella entran dietas, libros de texto, el uniforme universitario, alojamiento en el campus, el viaje hasta Glasgow para que comience sus estudios cuanto antes, con el permiso paterno claro está, y el de regreso en los periodos de vacaciones. La única condición, es que Kenji siga manteniendo el nivel académico como hasta ahora. El cual

será evaluable cada semestre con apoyo de un tutor especializado, en este caso sería yo mismo —la información dejó a sus padres boquiabiertos. Era la beca de estudios más completa que habían escuchado en sus vidas—. No sé qué opinaran, pero creo que es una oferta muy generosa. Les he traído unos folletos muy completos para que les echen un vistazo, anexando también una copia del contrato de la Beca para que vean los pormenores del mismo. El viernes mismo podría pasarme por su casa si lo desean. El lunes iniciaré el viaje de regreso. ¿Alguna duda?

—No, creo que no, la verdad —dijo su madre, en tono pensativo—. ¿Y tú, cariño? —le preguntó a James.

—No, creo que me ha quedado todo claro —asintió, mientras miraba el folleto que les había entregado, en mano, el Señor Duncan—. Estoy seguro de que, si nos queda alguna duda, se la podremos exponer el viernes —comentó.

—Claro que sí. Bien ahora, si me permiten, me gustaría hablar con Kenji a solas, para ver cuáles son sus ambiciones —sugirió Gael.

Los padres de Kenji asintieron mientras se levantaban del sofá acompañados por el director saliendo hacia fuera del despacho e invitándoles a tomar algo en la cafetería del centro docente. Una vez cerraron la puerta de la habitación, Gael se dejó caer en la silla del director con un suspiro que le salió de lo más profundo del alma. Miro a Kenji fijamente, juntando los dedos de las manos a la altura de la boca. Kenji irguió la espalda en el asiento intentando parecer formal. Al verlo Gael se rio a carcajada limpia, relajando la postura.

—No seas tan digno, los lobos del otro plano siempre tan dignos y orgullosos, aunque tú apenas has dejado de ser un joven cachorro —elucubró con su voz firme—. No sabes por qué te he elegido, aunque intuyes quién soy, ¿verdad? —preguntó.

—Sin máscaras, creo por lo que me has dejado ver que eres, o pareces ser, el Mago Merlín. Instructor y consejero del Rey Arturo, ¿no? —le contestó Kenji.

—En cierta manera sí, aunque no tengo mucho aprecio a ese nombre. Pero, no es del todo cierto... —hizo una pausa breve para continuar—. Soy uno de los espíritus primigenios, el padre del cielo, el Gran halcón. En otro tiempo me consideraron un dios mayor, sin serlo, y otras muchas cosas que te explicaré según pase el tiempo —evaluando su propio lenguaje se excusó

—. Perdona si mi habla parece anticuada a veces, desperté apenas hace unos meses, aún me estoy acostumbrando a esta nueva era, aunque con tus padres y el director creo que ha dado el pego. Lo que tienes que saber por el momento, es que tenemos un enemigo común. El que llamas, Señor Ninetails.

—¿Y qué hacemos? —preguntó preocupado.

—De momento, lo dicho, si tus padres aceptan te vendrás conmigo a mi mundo para prepararte con viajes esporádicos para deshacer lo que este tramando Ninetails y hacerlo regresar a mi plano, para anclarle a su prisión —explicó mientras se frotaba la barba.

—¿Y si me quieren llamar para saber cómo estoy? ¿O ver mis notas? ¿O ir a visitarme? —dijo el joven, con tono de consternación.

—Acabas de conocer a uno de tus ídolos de leyenda, ¿Y solo te preocupa eso? —replicó Gael con tono divertido—. Pensé que me ibas a preguntar: ¿cómo salí del portal Tori? ¿Cómo entré en tus sueños? No en esas dudas tan formales. No te preocupes, está todo en el folleto. Soy muy persuasivo.

—Vale, confiaré en ti —dijo frunciendo el entrecejo—. Pero quiero que me lo cuentes todo —dicho esto se levantó dirigiéndose hacia la puerta, antes de salir se giró—. Por cierto, ¿podrían venir Ryoko y Ayame?

—No lo creo, ellas no descienden de un espíritu primigenio. Aunque más adelante, quien sabe —vió una sombra de tristeza en los ojos del muchacho e intentó suavizarlo—. Lo pensaré.

Kenji se conformó con aquella respuesta. Salió del despacho en dirección a la cafetería. Recorrió los pasillos, pensando en la inesperada reunión. ¿De verdad sus padres habrían mordido el anzuelo? No quiso darle muchas vueltas, cuánto más lo pensara más nervioso se pondría, sobre todo por no saber lo que le esperaba. Cerca de la puerta del local, vio a sus padres saliendo por la puerta hablando de forma afable con el señor Williams. Su madre levantó la mano al verlo, parecía que estaba de muy buen humor. Kenji miró a su padre, él también sonreía. Maldito Señor Duncan o Merlín o como quiera que se llamase, sí que era persuasivo. Cuando llegó hasta ellos, el director se despidió y se marchó hacia su despacho para darle las gracias a su visitante.

La hora de fin de clase había llegado anunciada por el timbre que sonaba en todo el recinto. La familia Wolfman se dirigió al aparcamiento donde estaba aparcado el coche familiar. James apretó el mando abriendo el

vehículo. Los focos se le iluminaron brevemente con un destello. Kenji abrió la puerta trasera del lado del copiloto, a la vez que Ryoko y Ayame le saludaban con la mano diciéndole a gritos que se verían luego en el dōjō, Kenji les correspondió al saludo con su mano derecha. Se sentó en el asiento cerrando la puerta, dejando la mochila a su izquierda. Durante el trayecto Elisabeth iba leyendo el folleto de Glasgow en voz alta para que James y Kenji lo escucharan bien. De vez en cuando su padre hacía algún comentario positivo. En definitiva, era una buena oportunidad desde el punto de vista de unos padres que se preocupan por el futuro de su hijo. Se notaba que el que hizo el libreto se había esforzado para que fuera fidedigno y convincente.

El curso terminaba en poco más de tres meses dando paso a la graduación, pensó Kenji. Como no sabía los planes que tenía para él su nuevo mentor, decidió que se enteraría de todo poco a poco. Ahora el único pensamiento que rondaba su cabeza era si se lo contaba a Ryoko y Ayame o si guardarlo para él, revelando solo la versión oficial. Para él Ayame era como su hermana pequeña, aunque sabía que para ella significaba algo más. En cuanto a Ryoko, con ella era distinto habían estado unidos desde niños. Su vínculo era más fuerte, no era capaz de negarse a sí mismo que lo que sentía por ella iba más allá de una simple atracción. Con ella había compartido todo, sus buenos momentos, los malos e incluso su primer beso. A pesar de no haberse planteado nunca una relación seria con ella. Por eso a Kenji le era más difícil ocultárselo. Aún tenía un par de horas para pensar si lo contaba, antes de tener que ir al dōjō a su entrenamiento diario.

Llegó a casa. Mientras sus padres deliberaban qué hacer en un intento de tomar la decisión más adecuada, Kenji fue a descansar a su cuarto. Se dejó caer a plomo sobre la cama. Con la mirada fija en el techo, intentó no pensar en nada. Desvió los ojos hacia una de las baldas reparando en una de las sagas de unos de sus escritores favoritos, «El ciclo Pendragón». Es curioso, hacía unos meses que quería releerlo. De un salto se sentó en la cama, cogió el libro de Merlín, dándole la vuelta leyó la sinopsis, para luego volverlo a dejar en su sitio. Antes de darse cuenta, la hora del entrenamiento había llegado. Salió de su cuarto y se despidió de sus padres, que seguían hablando de la beca.

Una vez fuera del edificio, se puso los cascos del móvil e inició el reproductor de música. Eligió una de sus canciones favoritas y con paso

ligero se encaminó calle abajo. La gente parecía una marabunta organizada, cruzándose en su camino sin apenas levantar la cabeza para mirar a quien tenían en frente o a su lado. Algunos se chocaban sin disculparse, como si la culpa de su estrés social corriera a cargo del resto del planeta, aunque no les conociesen. Kenji cruzó la calle, ante el tumulto de coches en ambos sentidos, acompañado del pitido interminable que salía del semáforo, generando más prisa aún a los viandantes. Antes de llegar a la otra acera una señora se cayó en el medio del paso de cebra, lo vio y corriendo, fue a auxiliarla. La ayudó a levantarse, acompañándola al otro lado.

Volvió a cruzar la acera con el agradecimiento de la anciana, que siguió su camino tranquilamente. Cerca del edificio donde se encuentra el dōjō se cruzó con Ayame, que llevaba su mochila con su actitud llena de energía, dispuesta a darlo todo. Le saludó como de costumbre con un tierno beso en la mejilla, acercándose a la comisura de la boca. Dedicándole a Kenji una sonrisa coqueta, se colocó a su lado agarrándole del brazo y se acurrucó, apoyando la cabeza en su hombro. Le contó cómo le había ido la mañana. Lo pesadas que se ponían sus amigas de clase, con que le diera una oportunidad a un chico que estaba colado por ella. Como buen amigo que se consideraba, le dio un consejo: debes hacer lo que te dicte el corazón. Juntos, llegaron a la puerta del edificio, subieron para comenzar la clase.

Una vez cambiados, en el tatami vieron a Ryoko que estaba entrenando una forma de equilibrio para el examen de grado que tenía el fin de semana siguiente. Ambos sabían que no le hacía falta, porque era su favorita y la practicaba, mínimo diez veces al día. Antes de que pudieran hablar con ella, Seiyuro les llamó para formar filas, dando por comenzada la clase. Colocó a los alumnos por parejas dando las indicaciones precisas para cada ejercicio, realizándolo con el mayor realismo y energía posible. Con esto ocuparon la mayor parte de la hora.

A quince minutos del final, el maestro hizo que se sentaran todos, pidió a Ryoko que se pusiera al frente. Esta procedió a realizar una práctica del examen delante de sus compañeros, preparada para las correcciones de su padre, haciendo un total de cinco formas superiores sin perder el aliento. Una vez concluido le dio un minuto de descanso antes de realizar una rueda de defensa contra cinco compañeros al azar. Primero, sin armas. Ryoko se defendió como una verdadera tigresa, en menos de dos minutos dejó a sus compañeros fuera de combate, en el suelo. Tras otro minuto de descanso

para tomar aliento, Seiyuro señaló a tres compañeros, que tomaron de la pared tres palos de tamaño medio, y se encararon hacia ella. Ryoko tomó un par de espadas cortas de madera para defenderse. Uno tras otro, atacaron a la joven que se defendía exhibiendo seguridad, confianza, dejando a sus compañeros desarmados y agotados por el esfuerzo.

No se podía esperar menos de la hija del maestro, pensó Kenji. Seiyuro saludó a su hija con una reverencia e hizo formar a la clase de nuevo en pose de meditación con los ojos cerrados, dando así por terminada la clase.

Terminada la instrucción, aseados y cambiados de ropa, salieron a la calle en dirección a la crepería, alabando la actuación de su amiga contra cinco oponentes. Ryoko, miraba a Kenji con ganas de hablar, aunque sabía que no podía abordar el tema, al menos no delante de su prima. Ayame era muy joven para explicarle lo sucedido el día anterior, sobre todo porque hasta ella dudaba de si había sido real o un producto de su imaginación. Además, sentía curiosidad por cómo le había ido en el despacho del Director. Disipó la idea de su mente hasta que estuvieran a solas, para poder tener una tranquila conversación sobre ello.

Entraron en el establecimiento que estaba lleno de varios de sus compañeros de dōjō formando grupos en algunas de las mesas. Los tres amigos se sentaron en otra. La simpática camarera les tomó nota de lo que iban a comer. Hablaron largo rato de temas variados. Ayame se iba con sus padres de fin de semana, hasta el lunes no se volverían a ver, quizá por eso estaba más centrada en acaparar la atención de Kenji el mayor tiempo posible. Las campanillas de la puerta del establecimiento sonaron al abrirse la puerta de nuevo. Un hombre trajeado, con un maletín de piel marrón se acercó hasta la barra, saludó a la chica que allí estaba y le pidió con un tono muy estirado un café Escoces.

La camarera lo preparó todo para empezar a mezclarlo. Los ingredientes eran muy concretos: unas cucharadas de azúcar y un poco de Whisky en un vaso, al cual se le echaba un café expreso por encima. Al escuchar el tono meloso que le dirigía la mujer de la barra al recién llegado, Kenji levantó la cabeza para observar. Desde una banqueta en la barra hablando afablemente con ella estaba Gael Duncan, el cual al notar que le observaba le saludó con la mano un instante, sin perder la atención en la conversación. Miro a Ryoko y Ayame, ellas también estaban atentas a la situación con el desconocido.

—¿De dónde creéis que es? —preguntó Ayame, curiosa como un pequeño felino.

—De Nueva York, seguro que no —confirmó Ryoko.

—Es de muy lejos y para colmo le conozco —dijo Kenji mientras Ryoko le miraba estupefacta. Se levantó de la silla, se dirigió hacia el caballero extranjero—. Señor Duncan, un placer verle de nuevo —dijo aprovechando que la camarera fue a servir a otro cliente—. ¿Qué hace por aquí?

—Hola Kenji, me alojo en un hotel cercano. Estaba inspeccionando la zona en busca de un sitio donde tomar un buen café. Por lo que veo estas bien acompañado por unas amigas... —bajó el tono de voz—. Supongo que son de las que me hablaste antes, ¿no? —le sonrió.

—Sí, son ellas —afirmó—. ¿En serio, qué haces aquí? Lo del café está bien, pero parece que me estas siguiendo —Kenji endureció el gesto y las formas.

—De veras que no, no te sigo. Además, el viernes a las cinco en punto tengo cita con tus padres en tu casa. Creo que han tomado una decisión al respecto a la beca. Ve con ellas, las estas dejando un poco de lado al venir aquí a conversar conmigo. Ya tendremos tiempo de hablar.

Kenji volvió sobre sus pasos hasta la mesa. Se dejó caer sobre la silla acolchada. Ryoko y Ayame intentaron no sacar el tema, desviando la atención de este con temas triviales como la temporada de Football americano, la organización de las animadoras para que su actuación fuera un espectáculo. Ryoko sacó el tema de sus elecciones de universidad que, por azar del destino o un plan muy estructurado, coincidían con las de Kenji. Ayame se entristeció al recordar que a ella aún le quedaba un año de instituto. Ante esta situación, sus acompañantes la animaron al respecto, sin darse cuenta de que el caballero extranjero se acababa de marchar.

Tras un rato la joven, más animada, sonreía de oreja a oreja. Levantaron el campamento, saliendo del local y se dirigieron hacia la casa de Ayame. En el camino surgieron las bromas seguidas de las risas de los jóvenes, haciendo el camino tan breve que les supo a poco. En la puerta de la casa, estaban sus padres preparando el coche para comenzar un viaje al día siguiente. El Señor Himura, el padre de Ayame, les saludó efusivo, mientras que la madre de Ayame, hermana de Seiyuro, le saludó más protocolariamente, acostumbrada por su trabajo en el Consulado Japonés. Tenían todo preparado para lo que el padre de Ayame apodaba «el mejor fin

de semana del mundo». Despidiéndose de su prima y de Kenji, Ayame se dispuso a entrar en su casa, abrazando antes a su padre con ternura. Ryoko y Kenji, se dirigieron a un parque cercano para hablar tranquilamente sobre las novedades acontecidas ese día.

Pasearon juntos, con las manos entrelazadas. Ryoko mantuvo el silencio un poco más esperando a que su mejor amigo, comenzase a hablar y la pusiera al día de lo que había sucedido en la reunión con el director. Al poco, casi en la mitad del recorrido del parque, Kenji se sentó en uno de los bancos vacíos, se llevó las manos a la cabeza mesándose el cabello. Ryoko se sentó a su lado, dejando las manos en su regazo. Kenji levantó la cabeza, Ryoko le miraba con la expectación de quien está esperando a que la persona que le gusta le pida una cita para ir al baile de fin de curso.

Entonces sus labios se abrieron para articular palabras, torpemente al comienzo de la explicación, pero según avanzaba fue ganando fluidez. Las palabras surgían como un interminable torrente de información, en dirección a su querida amiga. Le contó lo acontecido la noche anterior con los tres hombres de traje y pelo plateado, cómo apareció el mismo hombre del portal para ocuparse de ellos mientras él se marchaba en dirección a su casa. Haciendo un breve descanso continuó con la narración de lo sucedido en el despacho del director Williams, sin dejarse nada en el tintero. Le brindó una historia detallada del Señor Duncan, que claramente era el hombre del portal. El cual, convenció al director y a sus padres de que era un caballero escocés que dirigía la universidad de Glasgow colaborando con la universidad de Cambridge.

También le contó que les dio un folleto con información detallada de una beca, que hasta días anteriores nadie sabía que existía. Ni siquiera el Director que, se supone, está al tanto de todas esas cosas a nivel académico. Terminó contando a Ryoko la conversación privada que tuvieron en el despacho después de que les dejaran solos. Dio un breve respiro a Ryoko que parecía estar en shock por toda la información que estaba recibiendo de golpe.

—Ryo, ¿estás bien? —dijo preocupado—. Dime algo.

—Vale... bien... sí... esto... —Ryoko no encontraba las palabras para abordar el tema sin parecer que estaba tan nerviosa que salía fuera de sí. Así que le dio un beso para tranquilizarse, dejando a Kenji sorprendido al principio. Aunque él también le devolvió el beso—. Bien —dijo más

tranquila, mordiéndose el labio superior—. En primer lugar, te confieso que me gustas mucho, aunque sospecho que ya lo sabías. Lo segundo, fue una locura intentar enfrentarte a esos hombres tú solo. Son los hermanos Kamaitachi, la guardia personal del Señor Ninetails y los mejores asesinos a sueldo del mundo conocido. Y tercero, ese hombre parece ser más inteligente que toda la gente que conocemos junta. No quiero que te hagan daño. Sé que parece una tontería, pero a lo mejor estás más seguro con Duncan. ¿Crees que me dejara ir contigo?

—No lo sé, pero espero que sí —dijo con voz suave—. Por otro lado, ¿qué hacemos con Ayame? No le hemos contado nada y la verdad, no creo que esté preparada aun para tanta locura.

—Habla mañana con Duncan si no puedo ir contigo cuidaré de mi prima, como siempre hemos hecho. Si me deja ir a ese mundo, pues con la historia de la beca supongo que valdrá de excusa para ella, dejándola tan convencida como a todos los demás.

—Se hace tarde deberíamos irnos a casa, te acompaño —dijo Kenji mirando de nuevo el reloj.

Se levantaron del asiento, uno al lado del otro. Comenzaron a andar en dirección a la casa de Ryoko, cogidos de la mano con los dedos entrelazados de nuevo como el día anterior al correr hasta el autobús en el Jardín Botánico. Ninguno de los dos hacía ademán de separarse del otro. Caminaron en silencio disfrutando de su mutua compañía intercambiando alguna mirada y alguna sonrisa cómplice, hasta que llegaron a la calle donde estaba la casa. Una vez en la puerta, ella abrió con la llave. Antes de que se diera la vuelta por sí misma Kenji la agarró del brazo con ternura. La volteó haciendo que su melena pareciera volar. A Ryoko el corazón le palpitaba tan fuerte que parecía querer salirse del pecho. Ambos aguantaron la respiración un segundo que se les antojó interminable hasta que el joven la tomó de la cintura y le dio un apasionado beso.

—Quiero que lo sepas a mí también me gustas Ryo, sube a descansar. Hablaremos mañana con lo que me digan en casa sobre la beca —dijo mientras se daba la vuelta despacio dejando a la joven atónita, mientras se rozaba los labios con sus dedos intentando asimilar lo que acababa de pasar.

Kenji bajó la calle como tantas veces había hecho hasta su casa después de acompañar a las dos chicas a sus respectivos hogares. Apoyado en el capó de un coche, con los brazos cruzados delante del pecho, Gael, miraba

por encima de las gafas de diseño al joven guerrero, que estaba justo en la acera de enfrente. No llamó su atención, ni siquiera levantó la voz, no hizo ningún gesto. Gael no quería romper el momento que Kenji acababa de tener con su amiga. Estaba claro que poseía un sentimiento muy fuerte hacía ella. Tanto, que estaba seguro de que lo estaba rememorando en ese instante.

—¡Ay, mi joven aprendiz! —suspiró Gael, para seguir susurrando—. Si supieras todo lo que te espera. Las batallas que tendrás que librar, todo lo que tendrás que aprender, los espíritus que conocerás, buenos y malos. No te darán tregua. Mientras tú deberás abordar tu pasado. Descubrirás de dónde vienes y por qué recae tan pesada carga sobre tus jóvenes hombros. Yo en cambio, tendré que sopesar si vuelvo a dejar que influya en mi raciocinio el sentir de mi viejo corazón. Una vez dejé que influyera, haciendo que todo el mundo antiguo se quebrara, pero... ¿Y si esta vez no es así? ¿Si el resultado es distinto? —miró al cielo, como lanzando una súplica a algún dios ancestral. Al contrario de eso, exclamó—. Shika, ¿por qué me sacaste del Gran Roble, en el que estaba encerrado? Siempre que me inmiscuyo en los asuntos de la humanidad, alguien sufre sin remedio alguno.

Se levantó del coche con tranquilidad, comenzando a andar hacia el frente. Hizo una señal con los dedos, sin mediar palabra, dibujando un ovalo en el aire, abriendo una puerta de la que salió humo morado. Pasó a través de ella al otro lado, como quien entra en su propia casa. Esta se cerró tras él, dejando a sus espaldas el sonido nocturno de la zona de Manhattan.

Kenji había llegado a casa, donde sus padres les esperaban con una deliciosa pizza barbacoa de masa fina, con mucha carne picada. Solo le dijeron que habían hablado con el Señor Duncan para quedar con él y darle una contestación. Para su sorpresa el señor Duncan les comentó que se quedaría unos días más porque le mandaron el expediente de un chica llamada Aoyama Ryoko, el cual tenía que sopesar, para ver si podía optar a la misma beca, dadas sus espectaculares notas. La noticia hizo que a Kenji le diera un vuelco el corazón. La alegría que sentía era tal que la comida parecía saber mejor, haciendo que mejorara también su humor.

Una vez acabaron de cenar, se quedó con sus padres un rato en el salón viendo una serie de ciencia ficción que les gustaba a los tres hasta que se fueron a dormir hasta el día siguiente. Kenji entró en su habitación cerrando

la puerta. Se metió en la cama e intentó descansar con una sonrisa en la cara, aunque le costaba por la emoción de la última noticia. Al cabo de un rato su cuerpo cedió al cansancio y se durmió.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

OceanofPDF.com

La decisión final

El jueves transcurrió sin más sorpresas las clases y el entrenamiento de Football fueron casi monótonos. Deberes, entrenamientos... Casi le parecía que el encuentro con aquel hombre tan extraño solo había existido en su imaginación.

La mañana del viernes transcurrió lentamente. La ciudad seguía con su trepidante rutina. Los vehículos avanzaban de un lado a otro de la quinta avenida. Las personas se empujaban unas a otras con el único fin de llegar a donde quiera que tuvieran cita con el estrés acostumbrado. Las nubes ocultaban el sol que acababa de salir para después apartarse y dejarlo brillar un solo momento, así repetidas veces. Kenji vislumbraba esta escena con una taza de café con leche en la mano mirando desde el ventanal del salón con su camiseta azul marino de manga corta y un pantalón blanco. Los pies descalzos apoyados sobre una alfombra de pelo color crema. Sorbo a sorbo miraba la escena urbana, para él, era como ver un cuadro de cualquiera de los grandes pintores del siglo XX. Se giró para acomodarse en el sofá, que estaba cuidadosamente colocado frente al mueble donde se hallaba una televisión plana de cuarenta y seis pulgadas. Cogió el mando de color negro de la mesa de centro que era de cristal con patas de metal dorado y cuerpo de madera. La encendió pulsando el botón. Una y otra vez cambiaba de canal para ver si había algo que le interesase. Por fin, después de un rato, consiguió que algo llamara su atención. Era una reportera del canal de noticias WNBC la cual estaba en frente de Industrias Ninetails Fox, en la que se entrevistaba a una joven morena de pelo largo hasta mitad de la espalda, con ojos marrón rojizos, tez blanca, labios pintados de rosa, vestida como una ejecutiva de colores grises y blancos. Kenji subió el volumen al televisor para escuchar bien lo que decía.

—...aquí tenemos a la joven hija del multimillonario y propietario de industrias Ninetails Fox. La señorita Diane Ninetails —dijo la reportera.

—Buenos días, es un placer —dijo con cara inocente.

—Como encargada del departamento financiero de la empresa de su padre, el señor Ray Ninetails, ¿cómo cree que van a afectar a la compañía los recientes acontecimientos? —preguntó con curiosidad.

—Bueno, la verdad es que estamos muy sorprendidos de que haya personas que quieran agredir a empleados de la empresa para perjudicar los futuros negocios, así como los planes de expansión de la compañía. Hace unos días fueron atacados los abogados de la empresa en Times Square. Hace dos noches el cuerpo privado de seguridad del Señor Ninetails. Estos sucesos han generado un poco de desconfianza en nuestros inversores, aunque podemos asegurar que la producción de la empresa y su calidad van a ser los de siempre —aseguró con una postura firme.

—En cuánto al señor Ninetails, ¿va a tomar alguna medida al respecto?

—En principio, tiene un viaje previsto en unos días que le ausentará un año aproximadamente por negociaciones en Asia y Oriente Próximo. Por supuesto, yo le acompañaré. No vamos a tomar medidas al respecto, estamos seguros de que se debe una minoría que no está de acuerdo con alguna de las inversiones o proyectos que queremos poner en marcha. Eso es todo —dijo despidiéndose cortésmente. Esta se dio la vuelta y entró en la sede central de la empresa.

—Ya lo han oído, por ahora, podemos estar tranquilos tras las declaraciones de la joven hija del propietario de la empresa. Se despide hasta la próxima...

Kenji apagó la televisión sin dejar acabar a la reportera, había escuchado todo lo que necesitaba. La hija de Ninetails, ¿Estaría al tanto de todos los negocios de la empresa de su padre? Su cara de inocente, de niña buena de poco más de veintidós años denotaba lo contrario. Kenji cogió el teléfono móvil escribió un mensaje rápido con el contenido de la entrevista a Ryoko para que se lo transmitiera a su padre. No tardó en contestar. Pasó un rato escribiéndole de nuevo. El maestro estaba tranquilo pues, sin el Señor Ninetails en la ciudad durante ese tiempo, las cosas estarían más calmadas.

Volvió a dejar el teléfono en su sitio después de borrar la conversación. Se levantó del sofá y fue a realizar sus tareas para luego darse una ducha reconfortante. Una vez acabó, se vistió con ropa deportiva decidido a salir a correr un rato. Salió por la puerta de casa con las llaves en la mano. Una vez en la calle conectó el reloj en modo cronometro y empezó a correr. Tenía una rutina con un recorrido marcado en el que se hacía unos quince

kilómetros. Aunque estaba acostumbrado, quería mejorar su marca personal haciéndola cada vez más rápido. En esta carrera esquivaba a toda persona que se le cruzaba en el camino, sin tocarla, así hasta llegar de nuevo a la puerta de su edificio.

La mañana se le estaba haciendo realmente corta. En su mente se decía que era porque estaba ansioso por saber que habrían decidido sus padres al respecto de la falsa beca y qué habría decidido su nuevo amigo, sobre que Ryoko fuera con él a ese nuevo mundo o plano como le llamaba Gael. Con tales pensamientos en su cabeza llegó al final del trayecto. Miró el cronometro, apenas había hecho el recorrido en unos cincuenta y cinco minutos. No está mal, pensó, estaba dentro de una media buena de atletismo. Entró en el portal, subió a su casa de nuevo para asearse un poco y quitarse el sudor.

Pasó el resto del tiempo leyendo por enésima vez el libro de Merlín, mientras descansaba recostado sobre el edredón de la cama. Había puesto una alarma que le avisara a la hora de comer. Sus padres tenían turno intensivo, así que, no llegarían hasta la hora de la entrevista con el rector de la universidad de Glasgow. El plato del día era filetes de ternera con patatas y huevos fritos. La verdad era que no le apetecía mucho ponerse a cocinar, pero algo tenía que comer. Una vez terminó de cocinar y de comer, retiró el plato junto con el vaso y los cubiertos, metiéndolos en el lavavajillas. Regresó al sofá para ver una película de superhéroes en la televisión online, pero se durmió hacia la mitad.

Pronto, sin darse cuenta en su estado de sueño, llegaron las cinco de la tarde. Anunciadas, por el sonido inconfundible del timbre del telefonillo. Sobresaltando a Kenji. Se levantó del sofá para ir a ver quién llamaba. Era el Señor Duncan, puntual como un reloj, para la cita concertada con sus padres. Hasta ese punto tenía la personalidad británica de su personaje. Mientras subía al piso, Kenji recorrió la casa en busca de alguno de sus padres, aún no habían llegado. Miró el teléfono móvil, tenía un mensaje de su madre: estaba en un atasco, llegaría un poco más tarde. Su padre le había dejado tres llamadas perdidas de las cuales no se había enterado porque tenía el teléfono en silencio. Llamó a su padre, que contesto la llamada al primer tono.

—Dime hijo —saludó su padre desde el modo manos libres.

—Papá, el Señor Duncan acaba de llegar a casa, ¿tardas mucho? —preguntó, con la mirada atenta a la entrada del piso.

—No, no tardo. Estoy aparcando a la vuelta de la esquina. Proponle que tome algo de beber mientras subo —sugirió James.

—De acuerdo nos vemos ahora —dijo colgando la llamada. A la vez que se dio cuenta de que no escuchaba el ruido del ascensor al subir.

Pasaron unos minutos hasta que Gael entró por la puerta, con su porte distinguido. Kenji le miró asombrado no había subido en el ascensor, sino que usó las escaleras. Gael le miró a la cara sonriendo mientras se quitaba el abrigo, no sin antes posar el maletín en el suelo con delicadeza. Kenji le cogió el abrigo, lo colgó en la percha cerca de la puerta de entrada, con un leve movimiento de muñeca. Le hizo un gesto con el brazo, para que pasase al salón y se sentara en el sofá. Gael se sentó en uno de los laterales, a la espera de sus padres.

—¿Algo de beber, «Señor Duncan»? —preguntó con sarcasmo mal disimulado.

—Solo un vaso de agua del tiempo, por favor —contestó omitiendo el tono de Kenji—. ¿Y tus padres? —preguntó.

—James está a punto de subir, hablé con él hace un momento, estaba aparcado el coche.

—Bien, entonces no tendremos que esperar mucho para empezar con la reunión —espetó con ganas de comenzar.

Kenji le llevó el vaso de agua hasta la mano. El hombre lo cogió con cuidado a la par que James hacía su entrada atravesando la puerta. Dejó sus pertenencias en la entrada, para luego dirigirse hacia el Rector, estrechando su mano firmemente. Inmediatamente expresó sus disculpas por la tardanza. Nuestro joven amigo se apartó un poco de los dos hombres que hablaban en el salón. Llamó a Elisabeth desde la cocina para ver cuánto tiempo iba a tardar. Contestó al cuarto tono. Estaba seguro de que tenía el móvil en el bolso, en modo vibratorio. Al final le cogió la llamada.

—¿Sí? —contestó Elisabeth.

—Mamá, soy Kenji, ¿sabes cuánto tiempo te falta para llegar a casa? —preguntó—. James está entreteniendo con una divertida conversación al Señor Duncan.

—No creo que tarde más de dos minutos estoy a dos manzanas de casa —aclaró brevemente—. ¿Le habréis ofrecido algo de beber o de comer?

—Sí mamá, solo quería un vaso de agua del tiempo —citó las palabras textuales del hombre.

—Bien, esperadme que ya llego. Comunícaselo a tu padre.

—Ok, en seguida se lo digo.

—Hasta ahora —colgó la llamada sin más palabras.

El joven se acercó a los dos hombres, para darle a su padre el recado de Elisabeth. Una vez hecho esto se sentó en uno de los sillones del salón cercano al sofá donde los dos hablaban animosamente. En esa conversación sentía que sobraba. Hablaban de sus años jóvenes. La conversación era muy fluida, parece que el hombre del portal se había empapado de este mundo en un tiempo récord para una persona normal y corriente. Por fin, para alivio de Kenji escuchó las llaves de su madre abriendo la puerta. Elisabeth entró con toda la calma del mundo pues según ella, y siendo el visitante un caballero británico, es de buena educación esperar a una dama. Saludó a los presentes como era debido, dejó su abrigo, su bolso colgado en la recepción. Se sentó en otro de los sillones del salón, esperando a que la atención de James y del señor Duncan se dirigiese hacia ella.

—Disculpe la tardanza Señor Duncan, el tráfico esta tarde esta imposible, ahora si no le importa podemos empezar —dijo con un tono formal que James y Kenji no habían escuchado nunca.

—Está bien, comencemos. —dijo Gael—. Supongo que han leído el folleto completo de las prestaciones que le brindaremos a su hijo en la universidad de Glasgow, ¿no? —ambos padres asintieron con la cabeza—. Muy bien, ¿tienen alguna duda?

—Después de haber leído toda la información que nos ha facilitado, está claro que es la beca más completa que he visto en toda mi vida. Sólo una pregunta. —dijo con tono más suave Elisabeth—. ¿Por qué es necesario que vaya desde este próximo mes de marzo a Glasgow? La verdad, es que no le veo el sentido —frunció el ceño.

—Es una buena pregunta. —dijo con tono positivo—. Lo hacemos así para que se vaya atemperando no solo al clima, sino para que también se haga a sus nuevos compañeros, dado que según nuestros estudios un cambio no solo de país sino de ambiente, centro docente y compañeros, pueden hacer que se resienta su nivel académico afectado por su condición psíquica, debido a un cambio tan repentino —explicó.

—Me parece la opción más correcta, dada esa explicación. ¿Estás de acuerdo, cariño? —dijo James mientras miraba a los ojos a Elisabeth.

—Si James estoy de acuerdo —miraba con ternura hacia Kenji. Le costaba mucho separarse de él por lo mucho que les costó que llegara a sus vidas, aunque sabía que ese plan era el mejor para su futuro—. ¿Cuándo será el viaje hacia Escocia?

—El día dos de marzo, desde el JFK —dijo Gael—. De todas maneras, les mandaré los billetes o se los traeré en persona un par de días antes —aclaró—. Ahora si me disculpan tengo que ir a ver a los padres de la Señorita Aoyama Ryoko. Estaremos en contacto —finalizó mientras se levantaba dirigiendo sus pasos hacia la puerta. Recogió su abrigo y el maletín de piel. James y Elisabeth se despidieron formalmente, tras lo cual el hombre desapareció tras la puerta de entrada.

Una vez había marchado el visitante los Wolfman se apresuraron a celebrarlo, pidiendo a un restaurante de comida a domicilio. Lo que le apeteciese a cada uno sin excepciones. El joven estaba en una especie de neblina mental. Se marchaba de casa en unos días, sin saber aún si su mejor amiga se iría con él. Todavía quedaba un haz de luz en el horizonte, podía escribirla un mensaje para ver qué decisión habían tomado los Señores Aoyama con el señor Duncan. En su mente no lo tenía claro, ¿debía de seguir llamándole Señor Duncan, Gael, Merlín o algún otro nombre?

La cena llegó en poco tiempo. Un repartidor joven de unos veinte años de edad les entregó el reparto en menos de treinta minutos. El buen humor del que estaban sus padres animó a James a entregar una propina de quince dólares. Se dispusieron a cenar, colocando todo en la mesa del salón. Elisabeth colocó las bebidas. James repartía a cada uno lo que había pedido y Kenji encendía la televisión para ver una de las series cómicas más famosas de los últimos seis años.

Ya en ello, los padres decidieron abordar el tema con su hijo. Kenji estaba evitándolo por razones muy lógicas para él. Aun así, se resignó cuando su padre posó su lata de cerveza en la mesa de cristal. Antes de iniciar la conversación le miró fijamente a los ojos, como quien está escudriñando el pasado de una vasija de la época de la civilización griega.

—Hijo, ahora que hemos hablado con el Rector de la Universidad, quería preguntarte. ¿Te parece bien irte tan lejos de casa? —la voz de James sonaba preocupada. Denotaba ganas de saber la opinión de su hijo.

—Sí, creo que puede ser una buena oportunidad —para sí mismo pensó: sobre todo viniendo de un hombre que viene de otro mundo. En el que parece que hay magia y en el que no sé qué me voy a encontrar—. Además, estaremos en contacto y vendré a veros en las vacaciones.

—Pero, ¿no te sentirás desamparado lejos de casa? —añadió su madre, mirándole fijamente con ternura.

—No te preocupes mamá. Estoy seguro de que haré muy buenos amigos allí. Además, seguramente los padres de Ryoko acepten también la beca para ella así que no estaré rodeado de gente que no conozco —intentó tranquilizarla.

—Está bien —dijo con voz más calmada Elisabeth.

—¿Qué te parece el Señor Duncan? —dijo James.

—Me parece un buen hombre que cumple con su trabajo. Al menos eso parece —por no decir que es un buen mago y guerrero, al que no sabría si enfrentarse alguna vez. Aunque le gustaría saber cuál es la razón de su existencia, pensaba Kenji.

—A partir de mañana tienes que preparar una lista con la ropa que vas a llevar a Escocia. No quiero que en los días no lectivos no tengas ropa que ponerte para ir a visitar los lugares de interés de la zona —comentó su madre.

—Está bien, así lo haré —dijo cerrando los ojos, a la par que mostraba una sonrisa—. Creo que debería irme a la cama, se está haciendo tarde. Me gustaría hablar un poco con Ryoko para ver qué han decidido sus padres con respecto a la beca de estudios.

—Está bien, descansa y dale saludos a Ryoko —dijo la madre mientras él iba de camino a su cuarto—. Ah, dile que le recuerde a su madre que mañana hemos quedado para tomar café —añadió.

—Se lo diré, no te preocupes —contestó a su madre, añadiendo al final—. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo —dijeron casi al unísono. Viendo como Kenji se iba en dirección a su habitación. Cerrando la puerta tras de sí.

Una vez dentro de su habitación, con la puerta cerrada, lo primero que se le paso por la cabeza fue mirar por la ventana para ver qué noche se había quedado. El cielo estaba sin nubes, estrellado, las calles estaban menos llenas de gente, de coches, de ruido... había descendido considerablemente. Visto el panorama bajó la persiana, dio la vuelta y se lanzó sin miramientos

sobre la cama. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y mirando al techo extendió la mano para coger el móvil del interior del bolsillo de su pantalón. Lo desbloqueó, fue al listado de contactos para llamar a Ryoko.

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, inténtelo de nuevo... —saltó al sexto tono de llamada el buzón de voz de su operador. Intentaré llamarla luego a ver si me puede contar novedades.

Cogió el libro que tenía empezado, abriéndolo por la página que tenía marcada desde la anterior lectura, prosiguiéndola. En esta historia, se contaba que el mago Merlín es hijo de un bardo llamado Taliesin, que a su vez era hijo de una bruja que se comió a un niño que le robó una poción de sabiduría. Lo que Kenji llamaba una línea familiar. Todo ello seguido de la eterna confrontación con una archienemiga que casi le igualaba en poder, llamada Morgana. La esperanza de un rey justo, Arturo y su final. Un encierro en un árbol como si fuese una prisión de alta seguridad. Todo esto le llamaba la atención a Kenji, aunque le asaltaba una duda, ¿cómo alguien podría encerrar al hechicero más grande de toda la historia, sin que él se pudiese escapar cuando quisiera?

Habían pasado casi dos horas desde la llamada de Kenji al teléfono de Ryoko, seguía leyendo apenas sin darse cuenta del transcurso del tiempo. Estaba casi al final del libro donde Merlín tiene una visión de un reino dorado lleno de caballeros justos. Donde el honor prevalece sobre todo lo indigno del mundo. Todo comienza con una espada que sale del agua en el centro de un lago, sujeto por la mano de lo que parece ser una mujer o ente similar. Por fin suena el móvil, distrayendo su atención del libro que tan inmerso le tiene, es Ryoko.

—Hola Ryoko —contestó alegremente.

—Hola Kenji, ¿ha pasado algo? —preguntó—. Acabo de ver la llamada en mi móvil. No pude contestar antes, lo había dejado en la habitación.

—No, no ha pasado nada —contestó—. Solo quería saber, ¿qué tal os ha ido con el Señor Duncan? —en su voz la curiosidad de un cachorro que está descubriendo el mundo que le rodea.

—Bueno... —dijo con tono dudoso—. En cierta manera ha ido bien, pero mi madre le ha frito a preguntas, algunas hasta en francés de lo nerviosa que estaba.

—¿Y el Señor Duncan que ha dicho? —preguntó.

—Pues la dejó con la boca abierta, le respondió en francés sin inmutarse ni un poco. Además, tiene una pronunciación perfecta —explicó todavía asombrada.

—Vaya con el Rector, espero que no hablara a tu padre en japonés —comentó Kenji.

—Un poco, de hecho, saltaron algunos chistes típicos del país de papá. Chocando los vasos con estruendo, brindando al sonido de, ¡Kampai! —explicó—. Por lo visto tiene colegas en Osaka con los que estuvo trabajando tres años como residente.

—Entonces, les cayó muy bien por lo que me estas contando, ¿no? —preguntó aun con dudas al respecto.

—Sí, pero... —dijo dejando a Kenji nervioso, con la expectativa de que siguiera la frase.

—Pero, ¿qué? ¿Al final vienes o no? —saltó nervioso.

—No, no voy —dijo seria.

—¿Cómo qué no? —se molestó sobremanera—. Cuando le vea se va a enterar...

—Espera —dijo Ryoko riéndose por lo bajo—. Era una broma, Kenji, si voy. Nos ha dicho que el día dos salimos del JFK, en dirección a Inglaterra —terminó a carcajada limpia, sin esperar más por la reacción de Kenji.

—Eso no se hace, me habías preocupado cuando te vea te voy a hacer cosquillas hasta que me canse —regañó a su amiga mientras se empezaba a reír también.

—Kenji son las ocho, cuarenta y cinco. Hablamos mañana. Voy a ver si descanso. Desde que Nicolle está aquí estoy agotada. Mañana quiere que vayamos de tiendas, ¡cómo a mí me gustan tanto! Pero tendré que hacer un gran esfuerzo, para el tiempo que la puedo ver a lo largo del año...

—También tienes razón, ve a descansar mañana hablamos, y si quieres el domingo podemos quedar para dar un paseo o tomar algo —Kenji esperaba que le dijese que sí a la propuesta, incluso antes de terminar de hablar.

—Me parece bien, mañana lo hablamos. ¡Hasta mañana, un beso! —dijo lanzándole un sonoro beso.

—Otro para ti, ¡hasta mañana! —correspondió antes de acabar la llamada.

El silencio volvió a envolver la habitación del joven guerrero que posó el teléfono en la mesilla. Empezó a leer para terminar las pocas páginas que le

quedaban. Transcurrió poco tiempo, apenas unos veinte minutos, cuando cerró el libro depositándolo de nuevo en su sitio de la balda. Cruzó las manos sobre el pecho, con este gesto meditó acerca de lo que había leído en el libro que se basaba, aunque fuera fantasía, en la supuesta vida del Mago. En realidad, la formación del personaje fue muy esmerada por parte de los sabios druidas del lugar. Le tocó vivir, en el caso de que la historia hubiera sido real, una época muy oscura. Con este pensamiento Kenji se levantó de la cama dispuesto a ponerse el pijama e ir a dormir, metiéndose debajo del caliente edredón.

Los pensamientos seguían surgiendo sin parar en su mente, mientras apagaba la luz para intentar entrar en fase de sueño. Tras largo rato, no lo conseguía, ¿tal vez las emociones del día habían sido tantas que no le permitían descansar? No lo creía, otras veces había tenido emociones que no le impedían conciliar el sueño. Se dio la vuelta boca abajo para ver si era la postura. Tras varios minutos su respiración se serenó, relajando su cuerpo y su mente.

Y soñó, era un sueño muy vívido. En él la luz se volvía tenue bajo el efecto del astro lunar en el claro de un bosque donde apareció el cuerpo de Kenji. Miró a su alrededor estaba rodeado por completo de árboles. El suelo era de césped, sin una mala hierba, como si fuera el recinto de un parque bien cuidado por un excelente jardinero. No se escuchaba ni un solo ruido, ningún ave u otro animal que sus oídos pudiesen captar. Prestó más atención. Nada, sus sentidos no notaban nada fuera de lo normal. De repente salió de la copa de uno de los gigantes de madera, una bandada de pájaros que volaron rápido hacia el horizonte sin mirar atrás, como si huyesen de un enemigo temible.

El joven soñador se giró hacia donde habían surgido los pequeños seres alados. Una sombra le observaba desde la vereda de los árboles con los brazos cruzados delante del pecho, golpeando el suelo con el pie en un gesto impaciente y de manera constante. Kenji se fijó un poco más para distinguir si se trataba de un hombre o una mujer. Antes de lograrlo la figura dio un paso hacia adelante seguido de otro y otro más, hasta quedar bajo la luz de la luna en el claro. Se trataba de un gran zorro de pelaje blanco grisáceo, con nueve colas. Sus ojos son rojos como piedras de rubí y nariz negra cual obsidiana.

Kenji se quedó parado donde estaba, intentando no demostrar temor ante semejante bestia. Viendo cómo el animal se aproximaba hacia él, con paso sereno, como si estuviera midiendo sus capacidades. Observó en sus ojos una leve mirada de depredador hacia su propia persona. El animal se quedó a pocos pasos de él. Comenzó a dar vueltas alrededor, sin hacer ningún sonido amenazante. Olfateó con el hocico su cuerpo, completando la ronda de reconocimiento. Se sentó justo enfrente, cara a cara con Kenji. Tranquilamente levantó una de las patas delanteras y la lamió con mucho mimo, muy despacio, con dedicación, como si no hubiera prisa para nada más.

El joven lo miraba sin decir palabra, calculando cada movimiento que hacía el animal. Por la información de los documentales el zorro es un depredador muy astuto, utiliza artimañas siempre que es necesario. En su mente dudaba si de un momento a otro se iría a abalanzar sobre él, dando fin al macabro juego que había iniciado. Como si hubiese leído sus pensamientos la fiera bajó la pata centrando su atención de nuevo en el muchacho, adoptando un semblante serio. Levantó la cabeza como un noble miembro de la corte.

—¿Qué o quién eres? —resonó la pregunta en su cabeza, con una voz que no podía definir, pero que estaba seguro que provenía del animal. La pregunta le dejó tan asombrado que no pudo articular palabra—. Veo que no contestas, no sé si es por miedo, asombro o descaro. ¿Sabes? cuando alguien te hace una pregunta es de cortesía responderla —recriminó—. En realidad, me da igual lo que seas, solo veo una mancha borrosa. No sé si eres un hombre o una mujer. Por tu estatura y constitución física solo puedes ser un humano o un elfo, aunque hueles más a humano —seguía elucubrando sin más sonido que el de su voz en la cabeza de Kenji—. Tengo más preguntas, aunque sé que no me las vas a contestar, te las voy a formular. La primera es muy fácil de deducir, ¿eres tú el ser que ha liberado a Taka? Perdón, seguro que siendo del Mundo de los Hombres le conocerás como Merlín, el mago. Estoy seguro de que no has sido tú. No veo un aura de poder tan grande en tu forma astral. Bien, seguiré con la segunda. Estoy convencido de que conoces al viejo, ¿por qué te protege? En una situación normal podría ver tu forma completa e identificar quién eres, para luego destruir todo lo que amas, así como tu persona con el fin de alcanzar mis metas como he hecho desde el principio de los tiempos.

Un chillido surgió del cielo tan fuerte como el rugido de un dios iracundo. Tras él apareció una gran ave con forma de halcón peregrino. Se lanzó hacia el claro tan rápido como un rayo que va a colisionar con un árbol para partirlo en dos, haciéndolo arder en llamas. Aterrizó, transformándose en un hombre con cabeza de pájaro vestido con ropas típicas de los antiguos egipcios. Apoyó en el suelo una rodilla y dejó los brazos extendidos a ambos lados. El gran zorro le miró, haciendo amago de echar a correr. El hombre pájaro se levantó sobre sus piernas. Mantenía los brazos a sus costados. Miró, a través de sus ojos negros de ave al oponente.

—Jajaja —se rio el zorro—. En serio, Taka, ¿te presentas ante mí con la forma adorada por esos estirados construye pirámides? ¿Aún quieres que te adoren como al dios Horus? A eso podemos jugar los dos, lo sabes —acto seguido cambió su forma a la de un hombre con cabeza de chacal—. ¿Te acuerdas de Anubis? —sonrió como un loco.

—Deja a este ser en paz Kitsune. Está bajo mi completa protección —ordenó, como si el zorro fuera su subordinado.

—No tengo que obedecerte, Taka. Hace mucho tiempo, eones, a decir verdad, que deje de ser tu aprendiz. Tú, el más cercano a los verdaderos dioses. El espíritu más grande de nuestro plano. Hubo un tiempo en el que mi poder no podía igualarse al tuyo. Ahora eres débil, de otro modo no habría descubierto que habías salido del Gran Roble ni a este ser que con tanto mimo cuidas —espetó despectivamente.

—No soy el único que pudo contigo —aclaró Taka, sin abrir el pico—. Otros eran igual de poderosos o incluso más que yo en aquel tiempo.

—¿Quién? —preguntó con sarcasmo—. Los cuatro no están visibles. El lobo está desaparecido o muerto. Solo quedáis tú y ese ciervo cobarde que se esconde en su bosque sagrado, cuidando de elfos, hadas y otros seres inútiles —sentenció mostrando las dos hileras de sus dientes.

—Tus palabras siguen tan vacías como siempre, no ves la realidad. Lo veras, posiblemente, cuando sea tarde. Mientras hablas mi poder va creciendo. Seguramente no te sorprenda. Fui tu maestro, pero no te lo enseñe todo. Mira a mi protegido, ¿qué ves?

Kitsune volvió su cabeza hacia Kenji que estaba atento a todo como si no fuera un sueño, estaba seguro de que era real. La forma del muchacho había pasado de ser una forma casi definida de color gris oscuro a una forma difusa, blanquecina tipo niebla, que iba desapareciendo

paulatinamente hasta que no pudo ver nada más que el claro del bosque rodeado de árboles. El viento azotó la cara de Kitsune de forma tan violenta que giró la cabeza hacia Taka que estaba suspendido en el cielo por sus alas, en forma de halcón como al principio. Kitsune alzó el mentón para dirigirse a su enemigo.

—¿Qué has hecho? —rabió como un oso, que estaba herido de muerte—. Eres un viejo embustero y tramposo. ¿Tienes miedo de que os derrote? Baja, lucha conmigo.

—No voy a bajar como bien has dicho aún estoy débil, pero me recuperaré. Entonces acabaré con todo lo que has construido, encerrándote por tus delitos en nuestro mundo y por los del Mundo de los Hombres. Nos veremos pronto —terminó mientras ascendía como un cohete a propulsión rompiendo el cielo con un haz de luz, desapareciendo tras él y dejando a Kitsune en el claro, solo, con sus aullidos rabiosos.

Kenji se despertó con dificultad para respirar. Alguien le cogió de los hombros, le estrechó entre sus brazos, era Merlín. Estaba intentando serenarle como mejor podía, dado que no se conocían más que de apenas unos pocos días. Kenji se separó lentamente de su protector mirando a sus manos que se veían completas en su forma corpórea, volteándolas una y otra vez. Merlín, le miró con una expresión divertida en el rostro.

—Joven Guerrero, ¿estás bien? —interrogó preocupado.

—Sí, creo que sí —dudó por un instante—. Parecía tan real.

—Porque lo era, muchacho —aclaró—. Lo que has vivido es una experiencia de viaje astral dentro de un orbe creado por Kitsune.

—¿Cómo es eso? —pidió explicaciones.

—¿Cómo te lo explico? —puso su mano en la barbilla acariciándola—. El ser que has visto es la forma original del Señor Ninetails. Ha seguido el rastro del primer sueño con el que te pude contactar para localizarte. Intentaba neutralizarte de una vez por todas. Creó un espacio de sueño alternativo para llevarte allí, sonsacarte información y matarte para terminar.

—¿Tú eres un halcón y él un zorro? —preguntó aún con asombro—. ¿Y lo de los dioses egipcios?

—Todo tiene su explicación joven... —hizo una pausa—. Pero, cuánto más sepas, más en peligro estarás durante tu estancia en este plano.

—Lláname Kenji por favor, lo de joven y muchacho me suena raro.

—De acuerdo, Kenji —dijo con ternura el mago—. Te prometo que te lo contaré todo desde el comienzo con todo lujo de detalles. Ahora deberías descansar, todavía es de noche y debería hacer acopio de fuerzas en mí ser ancestral para que no te puedan volver a encontrar.

—Bien, descansaré —dijo obedeciendo al hombre que tenía delante.

Gael se levantó de los pies de la cama, iba vestido con la ropa de su personaje como rector de universidad. Se colocó delante de la puerta de la habitación. Juntó las manos elevándolas hacia el marco, mientras las bajaba iba trazando un semicírculo en el aire con ellas para juntarlas de nuevo abajo del todo, con una palmada sorda. Se abrió ante los ojos de Kenji un portal hacia la imagen de lo que parecía una isla llena de árboles. En el centro un camino marcado donde, al fondo, se vislumbraba una cabaña. Se quedó absorto con aquella imagen de un paisaje tan tranquilo, tan lleno de paz. El hombre le miró como leyéndole la mente.

—Tendrás tiempo de recorrer cada palmo de esa isla en breve. Es uno de los lugares más seguros de mi mundo —metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta americana sacando un colgante con una cuerda de cuero marrón y en su centro un medallón de plata pequeño, con forma de lobo, cubierto de runas haciendo de pelaje y los ojos de color púrpura como si hubiera una diminuta galaxia encerrada en él. Tendió la mano a Kenji, para entregárselo.

—Ten, pónitelo al cuello, no te lo quites mientras estés aquí. Te protegerá de posibles incursiones —le explicó—. Nos vemos el día dos, no te olvides —le guiñó un ojo, avanzando el pie derecho a través del portal, seguido del izquierdo. Lo atravesó.

Kenji se quedó viendo cómo se alejaba por el camino que esperaba pisar en pocos días junto a Ryoko. Poco a poco se cerró el ovalo dimensional, hasta que se quedó solo en su habitación agarrando el amuleto con la mano. Lo colgó de su cuello en silencio ajustado a una altura cómoda para él. Miró el reloj de la mesilla de noche eran las cinco y diecisiete, sería mejor dormir otro rato como había dicho Gael. Se recostó en la cama de nuevo, apretando el colgante tan fuerte que la mano se le tendría que haber agarrotado, pero al contrario de lo que pensaba se relajó. Como si fuese parte de su cuerpo, haciendo que se sintiera más fuerte y seguro que nunca en la vida. Se durmió inmediatamente sin más sueños que perturbaran su descanso, hasta el día siguiente.

OceanofPDF.com

Capítulo V

OceanofPDF.com

Las Tierras de la Eternidad

Habían pasado varios días desde la incursión a la mente de Kenji, por parte de Kitsune. El joven no se separaba ni un instante del objeto mágico que le había regalado su nuevo amigo y mentor. Le hacía sentirse más seguro de lo que había estado nunca, incluso con su habilidad para las artes marciales. En su cabeza lo tenía claro, entre ese objeto y él debía haber alguna extraña conexión.

Por su parte Ryoko, le había llamado todos los días desde la visita del Señor Duncan a sus padres. También habían quedado un par de días fuera del instituto para dar paseos por el parque, tomar algo en algún salón de té, de los que tanto le gustaban a ella e intimar, sin la atenta mirada de Ayame sobre ellos. En esos momentos hablaban de temas diferentes incluyendo el sueño del último día, así como la aparición de Gael en su habitación con el amuleto. A Ryoko le preocupaba que alguien tan poderoso amenazara la seguridad de Kenji y todo lo que le rodeaba, por el cariño que le profesaba.

Ayame en esos días parecía estar más distante. Tenía exámenes ocupándole casi todo el tiempo. Estaba encerrada en la habitación, sentada en su silla de escritorio con la luz del foco de la lámpara iluminándola. Los pocos ratos que había podido pasar con su prima Ryoko y Kenji, eran los entrenamientos en el dōjō de su tío y los trayectos del autobús. A decir verdad, estaba un poco disgustada por la noticia de que ambos se fueran a estudiar fuera del país pues no les podría ver tan a menudo como le gustaría, sobre todo a Kenji. Quizás por eso intentaba enfrascarse más en los estudios con la esperanza de que la separación se le hiciese menos dura.

Los padres de ambos habían estado más en contacto que nunca, sobre todo Elisabeth y Nicolle, planeando actividades con los chicos, poniéndose de acuerdo en qué cosas iban a llevar en las maletas para el viaje a Escocia. Por su parte Nicolle, que estaba en su mundo de moda, se le metió entre ceja y ceja que tenían que comprar ropa nueva para la estancia en el nuevo país, aunque la temperatura y el clima eran similares. Tienda tras tienda dejó sin aliento tanto a Elisabeth como a los dos jóvenes en una

interminable maratón de ocho horas por las mejores tiendas de Nueva York Siempre teniendo en cuenta las opiniones y gustos de los mismos, aunque con alguna sugerencia bastante extravagante.

Después de esos días de intensa actividad, había llegado la fecha del viaje. Desde que amaneció, Kenji comenzó a escuchar ruidos de pasos de un lado a otro de la casa. El joven abrió uno de los ojos desde el calor de su cama mirando alrededor, con el otro ojo aun cerrado. Entre el ruido escuchó a su madre, diciéndole a James que le acercara algo para meter en la maleta. Incapaz de dormir más por el jolgorio que estaban preparando sus padres, decidió levantarse de la reconfortante cama. Se puso en pie para estirarse como un gato cuando le sacas de su hora de siesta, boqueando a su vez. Dio dos pasos hacia la ventana para levantar la persiana como todos los días, aún no había clareado del todo, pensó con un poco de rabia.

Sabía que hoy era el día en el que iniciaría el viaje a algo desconocido. Las palabras de Gael retumbaban en su cabeza, «tendrás tiempo de recorrer cada palmo de esa isla en breve». La imagen de la arboleda que flanqueaba el camino hasta la cabaña de piedra y madera le recordaba a historias de druidas, magos y otros seres fantásticos de los que había leído, escritos por las habilidosas manos de escritores de imaginación infinita que despertaban las ansias de aventura de cualquiera.

Se vistió con unos pantalones vaqueros, los mismos que la noche de Times Square, unos calcetines negros, zapatillas deportivas, una camiseta para salir de su cuarto y fue a desayunar. Una vez en la cocina observó, mirando hacia el salón, que sobre el sofá bien colocadas se hallaban sus dos maletas de viaje. En los otros dos sillones, también ocupados, había ropa bien doblada. Alguna sin estrenar del día de tiendas y otra que tenía desde hace algún tiempo. Su madre iba dando tumbos de allá para acá sin dar respiro al pobre James que le ayudaba en todo lo que podía, siguiendo al pie de la letra sus instrucciones.

Kenji se sirvió un vaso de leche metiéndolo en el microondas un minuto para calentarlo. Se detuvo a contemplar la escena con una mueca de desconcierto, dado que el avión no salía hasta las dos y cuarto del mediodía. Sonó el timbre del aparato eléctrico, sacando a su madre de su vorágine preparatoria. Kenji sacó el vaso, lo posó en la encimera, sirviendo dos cucharadas colmadas de su marca de cacao en polvo favorita. Su madre se acercó a él, abrazándole desde la espalda, y le dio un beso en la cabeza.

—¿Qué tal ha despertado esta mañana nuestro joven estudiante modelo? —preguntó con un tono de encumbrada emoción. Girándose para acercarle unas tostadas.

—Bien, he descansado suficiente —dijo con voz de recién levantado.

—¿No te habremos despertado con tanto ruido? —preguntó James, echando una mirada de reproche a Elisabeth. Esta le puso una mueca de descontento.

—No, no te preocupes. De todas maneras, tenía que levantarme para preparar todo para el viaje, aunque mamá ha terminado casi con mis maletas —echó otro vistazo a la escena—. El avión sale al mediodía, ¿por qué lo habéis preparado tan temprano?

—No podía dormir más de la emoción, además pedí cambio de turno en el trabajo, para ir de tarde y así poder ir a despedirte al JFK —contestó Elisabeth. Una lágrima le brotó de los ojos abrazándole de nuevo, pero más fuerte que antes—. Mi pequeño se va a estudiar al extranjero, lejos de su madre. Te voy a echar de menos —sollozó en el oído de Kenji.

—Yo también te voy a echar de menos mamá. No te preocupes estaremos en contacto —dijo Kenji intentando consolarla.

—No le agobies, cariño. Seguro que estará bien, es un chico muy inteligente y hábil —dijo James—. Piensa que tú también emprendiste un viaje para quedarte a vivir aquí y no te ha ido mal —le guiñó un ojo a Elisabeth.

—Estaré bien mamá —Kenji correspondió el abrazo, jamás la había visto derrumbarse de esa manera.

Volviendo a su desayuno terminó de comerse una tostada y bebió despacio el vaso de leche con cacao. Una vez acabado, recogió todo poniéndose manos a la obra. Ayudó a sus padres con los preparativos del viaje. Según transcurría la mañana dejaron preparadas las maletas y las colocaron en el recibidor de la casa junto con el pasaporte, una cartera con dinero para los primeros cinco días en Escocia, así como para comprar los libros de las materias que tenía que cursar en el año vigente.

El resto de la mañana pasó sin más drama haciéndose bromas, pensando en cómo sería la vida que llevaría en su nuevo sitio de residencia. James le contó historias de él y sus compañeros en la facultad, incluso alguna gamberrada estudiantil por parte de su fraternidad. Por otro lado, su madre, Elisabeth, le contó cómo fueron sus años en la universidad de Oviedo,

advirtiéndole del consumo responsable de bebidas alcohólicas, entre otras sustancias. Así hasta que llegó la hora de comer, en la que James decidió invitarles a un restaurante cercano al aeropuerto.

En un momento se pusieron los abrigos, cogieron las maletas para bajar al garaje dejándolas en el maletero del vehículo. Se montaron en el coche y arrancaron para ir en busca del restaurante para saborear la última comida juntos, a la espera del destino de Kenji hacia un mundo en el que le esperaban nuevas y fascinantes aventuras, junto a su compañera Ryoko.

Después de la comida se dirigieron, en familia, hacia el aeropuerto donde les esperaban los pasajes reservados por el Señor Duncan. Una vez consiguieron estacionarse en el parking fueron en dirección a las puertas de acceso donde la familia Aoyama les estaba esperando para despedir a Ryoko. Ayame también estaba allí. Les saludaron con entusiasmo, agarrando las maletas para entrar en grupo hacia la terminal en la que les estaría esperando el Rector de la universidad.

Tras pasar varios minutos, el paseo parecía interminable. El aeropuerto tenía unas dimensiones épicas, en las cuales no dejaban de fluir ríos de gente yendo de un lado para otro recogiendo sus maletas. Unos se apresuraban para ir a sus correspondientes terminales, otros estaban colocados en fila para entrar en los vuelos asignados. Por fin, llegaron hacia donde habían quedado. Allí de pie, con semblante serio, se encontraba el Señor Duncan con los pasajes en las manos y mirando el reloj.

—Buenas tardes Señor Duncan —saludaron casi al unísono.

—Espero que no lleve mucho tiempo esperándonos —se adelantó James para saludarle tendiendo la mano derecha.

—No, la verdad, solo llevo unos diez minutos —dijo correspondiendo al saludo estrechando la mano—. Aproveché para coger el billete de los chicos y el mío.

Uno tras otro saludó cortésmente al caballero británico, hasta completar el número de asistentes. Se aproximó a Kenji y Ryoko para darles en mano el correspondiente pasaje, el cual miraron con ilusión, leyendo con todo detalle la puerta de embarque, el destino y demás detalles. Con el ánimo levantado siguieron las instrucciones de Gael emprendiendo el camino de nuevo hasta la puerta indicada, de forma un poco más amena esta vez. Los padres de Ryoko y Kenji se pusieron a hablar con él durante todo el trayecto, a la par que Ayame caminaba al lado de su prima y su amigo,

cabizbaja, sin mediar palabra, haciendo que Kenji lo notara e hiciera una seña a Ryoko para animarla un poco.

—Ayame —dijo llamándola Ryoko.

—¿Sí, prima? —dijo con voz apagada.

—¿Por qué estás tan deprimida? Kenji y yo vamos a viajar a otro país para aprovechar una oportunidad única. No estarás sola tienes a tus amigas de clase, a los compañeros del dōjō y estaremos en contacto. Además, vendremos en las vacaciones a pasar todo el tiempo que podamos juntos, a tu lado —dijo con la ternura de una hermana mayor que no quiere que sufra su pequeña hermana.

—Lo que dice Ryo es verdad, es más nosotros también te vamos a echar mucho de menos. ¿Con quién vamos a cotillear e ir a merendar por las tardes después de entrenar? —bromeó Kenji, haciendo que le saliera una sonrisa.

—También es verdad —dijo sonriendo más aún—. Sin mí no podríais hacer esas cosas, vosotros no tenéis ni idea de contar un buen cotilleo ni estando dormidos —terminó haciendo que todos rieran a la vez.

Con el ambiente más relajado por parte de la joven Ayame, llegaron a su puerta de entrada, a falta de diez minutos para entrar en la zona de pasajeros. En la zona de control de equipaje comenzaron las despedidas de los familiares, las madres de los jóvenes, así como Ayame, no podían contener el llanto, entre fuertes abrazos y sonoras muestras de afecto. El Señor Aoyama y el padre de Kenji, se limitaron a desearles buena suerte, incidiendo en que les llamasen cuando llegaran para saber que habían aterrizado bien y llegado a su destino. Gael se despidió de los asistentes con toda la educación que su formación académica le había brindado en años, prometiendo cuidar bien de los chicos. Pasaron a la zona reservada para inspeccionar los equipajes, bajo la mirada de sus familias, que les seguían haciendo señas con las manos en alto. Una vez allí, un guardia de seguridad les mando poner las maletas en una cinta transportadora, así como todo objeto de metal en una de las bandejas destinadas para su uso, para pasarlas por un escáner observado por otro compañero.

Primero pasó Gael, por el arco de detección de metales iluminándose la luz en verde sin emitir ningún sonido. Una vez al otro lado, esperó a que sus jóvenes acompañantes pasaran, recogiendo su maleta de la cinta. Ryoko fue la siguiente, pasando sin ningún problema recogiendo sus cosas, echando

una mirada de reojo a Kenji. Pasó mirando el arco de seguridad, no le gustaban esos aparatos, además de ser la primera vez que viajaba en avión desde sus siete años, cuando fue a España a visitar a sus abuelos maternos, y esta vez viajaba sin sus padres. Pasó sin ningún problema, como los anteriores. Recogió su maleta, así como su cinturón y su cartera.

Salieron de la zona de seguridad hacia la zona de espera, precedida de un montón de tiendas de artículos tanto alimenticios como de ropa, aseo personal, etc. Antes de llegar, al final de toda esa amalgama de productos, había una serie de cafeterías. Gael entró en una de ellas sentándose en una de las mesas para descansar las piernas seguido por Ryoko y Kenji, que hicieron lo mismo. Al momento se acercó una de las camareras para tomarles nota de lo que iban a tomar. Los tres pidieron café, cada uno de una manera distinta al anterior. La camarera tomó nota de todo en su libreta. Se mantuvieron en silencio unos instantes, antes de que la chica les trajese lo que habían pedido. Gael pagó con un billete, añadiendo que se quedara con el cambio. Echaron los sobres de azúcar al café removiendo con calma, hasta que Gael tomó el primer sorbo para entrar en calor.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Ryoko impaciente, haciendo que Gael sonriera.

—En principio al avión en dirección a Londres al aeropuerto de Heathrow. Desde allí cogeremos un coche de alquiler hasta Stonehenge y de ahí a nuestro destino —explicó sin alzar la voz, ni entrar en más detalles.

—¿Cómo debemos llamarte? —prosiguió la joven, intrigada.

—Aquí, en este mundo y tiempo, Gael. Olvidaos del Señor o Señor Duncan, eso está bien para las instituciones de educación o para los padres. ¿Estáis de acuerdo? —contestó con voz amigable.

—Estoy de acuerdo contigo, Gael —dijo Kenji—. Solo una última pregunta antes de entrar en materia. ¿Cuánto tardaremos en llegar a nuestro destino?

—El viaje hasta Heathrow desde el JFK sin incidentes son unas siete horas casi ocho. Después de llegar allí, entre recoger las maletas e ir a Stonehenge en coche son casi otras dos horas. Es decir, en total son como unas diez horas de viaje. Luego al otro lugar, unos cinco minutos. Lo dejé todo preparado en los últimos días.

—Parece que lo tienes todo medido al milímetro, Gael —dijo Ryoko sorprendida, a ella le gustaba mucho la vida organizada.

—Solo un poco, hay que estar preparados, para todo — comentó tomándose el último sorbo de café—. ¿Habéis acabado? Deberíamos proseguir hacia la puerta además es mi primera vez en avión, no querría perdérmelo.

Los dos jóvenes apuraron las tazas, dejándolas en la mesa al terminar. Cogieron de nuevo sus equipajes, siguiendo a Gael hasta el área de espera para subir al avión. Allí se sentaron apenas dos minutos cuando por megafonía se anunció la llegada del vuelo, sincronizado en la pantalla de aviso. Un azafato apareció colocándose detrás del mostrador de la puerta de embarque, abrió la puerta e indicó a los pasajeros con embarque prioritario que pasaran, seguidos de los pasajeros de las filas uno a la quince. Una vez comprobó cada pasaje de los asistentes, mando pasar a los pasajeros de las filas dieciséis a treinta y cinco, entre los que estaban ellos. Uno tras otro pasó hasta llegar a Ryoko, Gael y Kenji, revisando el billete de cada uno picándolo, deseándoles feliz vuelo. Siguieron a la fila de personas que había pasado antes que ellos hasta llegar al avión, donde fueron recibidos por una azafata muy simpática que les indicó cuales eran sus asientos para el viaje.

Se sentaron en sus sillones leyendo unos folletos que tenían en los respaldos delante de ellos, que les indicaban las normas de seguridad, así como la forma de proceder en el caso de accidente. Una vez todos los pasajeros estaban en sus sitios correspondientes, el comandante del avión se presentó, pidiendo que prestaran atención a las dos azafatas que estaban colocadas estratégicamente en el pasillo central. Pusieron un video en el cual explicaban como proceder en caso de emergencia, a la vez que las chicas indicaban con gestos las salidas de emergencia y cómo hinchar el salvavidas. Una vez finalizaron su escenografía, solicitaron a los pasajeros que se pusieran los cinturones de seguridad hasta que se apagara la luz. Una vez alcanzada la altitud aconsejada, pasarían con unos carritos llenos de comida y bebida para el viaje.

Gael siguió todas las indicaciones al pie de la letra, sin asombrarse lo más mínimo. El comandante inició la marcha con un leve rugir de los motores, comenzando a rodar por la pista de despegue. La velocidad del aparato aumentaba más y más cada vez, el morro del avión se levantó poco a poco hasta que las ruedas dejaron de tocar el asfalto, recogiendo en la parte inferior del ave metálica. Preparados para un viaje largo a tierras inglesas, Ryoko y Kenji no podían descansar por lo que comenzaron a

charlar entre ellos y a escuchar música de la que tenían guardada en sus móviles. Gael parecía estar acostumbrado a pesar de ser su primer viaje en avión pues en poco menos de media hora, se cruzó de brazos y cerró los ojos para echar una cabezada.

Mirando por la ventana después de unas horas los jóvenes comenzaron a ver el cielo, que pasaba de ser un cielo azul con nubes, a ser un cielo de nubarrones negros bien juntos que ocultaban el sol. Este era el paisaje que siempre habían visualizado en películas de género británico. Pocas veces habían visto alguna en el que el tiempo predominante fuese un sol radiante, que incitase a pasear por las calles de Londres. Hacia abajo, veían lo que parecía una de las islas de Gran Bretaña. Una de las azafatas que paseaba por cabina, les vio tan interesados que intervino.

—Esa isla que veis allí es Irlanda. Apenas nos queda media hora para aterrizar en el aeropuerto de Heathrow — dijo con cara amigable, sonriendo. Ryoko y Kenji le devolvieron la sonrisa dándole las gracias por la información. Miraron a Gael, estaba despierto viendo el panorama por el ojo del avión. Tenía una mirada llena de nostalgia como si estuviera recordando tiempos pasados, tiempos que nadie más que él en el habitáculo podía recordar, dado su origen.

Sumidos en tales pensamientos acerca de su nuevo amigo y mentor, no cayeron en la cuenta del aviso del comandante que les indicaba que en diez minutos aterrizarían en Londres dándoles las gracias por viajar con la compañía y deseándoles una feliz estancia. Las amables chicas de cabina, recorrieron de nuevo los pasillos recogiendo restos de bebidas y comida, pidiendo de nuevo a los pasajeros que se abrochasen los cinturones, para poder iniciar el descenso. Todos los presentes hicieron caso a lo que se les decía, esperando que la bajada a la isla británica fuera tan suave como en otras ocasiones. Gael, se giró a sus acompañantes.

—Chicos, en cuánto aterricemos no os separéis de mi lado. No quiero que os pase nada, como perderos en esta ciudad. Por lo que sé es casi tan vertiginosa como Nueva York —explicó brevemente. Se volvió a sentar correctamente, tras el asentimiento de los dos jóvenes.

Por fin comenzó el descenso haciendo un suave movimiento curvo hacia las luces de la pista de aterrizaje, iluminadas con colores rojo y ambarino. Tras varias vueltas para descender en altitud, el avión se enderezó para tomar tierra abriendo el tren de aterrizaje para tal propósito. Las ruedas

tomaron contacto con el asfalto negro de la pista dando pequeños botes hasta estabilizarse y rodar como si de una carretera se tratase. Paró a los pocos metros, para dejar desembarcar a los pasajeros.

Los viajeros comenzaron a bajar del artefacto volador de uno en uno, bajo la atenta mirada del personal de a bordo, que se despedía con una sonrisa tan blanca como las de los anuncios de pasta de dientes. Una vez habían bajado todos y cada uno de los asistentes, se encaminaron hacia la zona de recogida de equipaje, siguiendo a la marabunta de personas que iban con el mismo objetivo. Agolpados unos contra otros, esperaban mirando la cinta transportadora que traía las maletas, hasta que poco a poco cada uno retiraba la que le pertenecía. Ryoko, Gael y Kenji se armaron de paciencia hasta que pasaron sus maletas cogiéndolas por el asa y sacándolas de la cinta para salir de allí con paso ágil.

Una vez cerca de la puerta, Gael miró una indicación a la salida que mostraba el emplazamiento de un sitio para alquiler de vehículos. Sin mediar palabra dirigió sus pasos hacia allí. Indicó a los jóvenes que esperaran en la puerta de la cabina de información. Entró con una sonrisa en la cara, saludando al dependiente del establecimiento. Tras un breve momento salieron los dos, yendo hacia el aparcamiento. El dependiente abrió un coche de cinco puertas azul claro, entregándole las llaves a Gael, junto con una carpeta llena de papeles. Este le dio la mano deseándole un buen trayecto. Se volvió a la cabina con paso lento y cara seria. Ryoko y Kenji se acercaron a la parte del maletero, lo abrieron, colocando las maletas con cuidado en su interior. Entraron en él, observando a Gael que leía con detenimiento las instrucciones del vehículo, cerrándolo al poco. Metió la llave en el bombín, dio al contacto arrancando con un sonoro rugido. Se puso el cinturón que tenía a su derecha.

—¿Preparados? —dijo con cara de quien ha conseguido un logro—. No os asustéis, es la primera vez que conduzco uno de estos. Necesitare que me indiquéis por dónde ir, ¿alguno sabe?

—Pondré el GPS para llegar cuánto antes —dijo Ryoko con aire de preocupación—. Gael tu ocúpate de que no nos demos un golpe contra algo o alguien —le advirtió—. Kenji, ¿tú no habías conducido con tu padre alguna vez? —le miró, con una súplica reflejada en sus ojos.

—Si he conducido, pero solo he cogido el coche con James unas cinco veces —replicó Kenji.

—Ya son muchas más, de las que lo ha cogido nuestro genio de la lámpara —Ryoko hizo un gesto de ruego, con las manos juntas como si fuese a rezar—. ¿Conduces?, por favor.

—De acuerdo —dijo dirigiéndose a Gael—. Cámbiame el sitio anda. Por cierto, deberías llamar a tus padres para que sepan que hemos llegado a Londres sin incidentes. Si pueden que avisen a los míos, por favor.

—Ahora mismo lo hago —dijo Ryoko, al instante.

Los dos salieron del coche intercambiando los puestos. Kenji ajustó los espejos retrovisores y el asiento hasta que se sintió seguro para iniciar la marcha. Agarró la palanca de cambios, metiendo la primera. Levantó suavemente el embrague, acelerando a la vez, empezando a rodar por la carretera. Salió del aparcamiento, hicieron una primera rotonda indicada por Ryoko, que había terminado de hablar con su madre Nicolle. Se incorporaron a la vía en dirección a la M25 que les guiaría durante varias millas hasta la salida de la M3, en la que transitarían otras tantas millas más, hasta llegar a la A303 que les llevaría al desvío, que entra hasta el monumento megalítico.

Durante el trayecto, el hombre que se hacía llamar Gael miraba por la ventana del copiloto, observando cada mínimo detalle del paisaje. Veía carreteras, poblaciones, campos de golf, entre otras muchas cosas que le dejaban con la sensación de nostalgia en la mirada, cada vez más acentuada.

—Perdonadme chicos, ¿cuánto tiempo ha pasado desde el reinado del Rey Arturo, exactamente? —preguntó sin rodeos. Se miraron mutuamente, antes de dar una respuesta, dejando Ryoko que fuese Kenji quien le hablara, pues tenían más confianza.

—Merlín, muchas personas a día de hoy os consideran leyendas, cuentos, con los que se ensalzó la orden de caballería y sus honorables valores —dijo un tanto entristecido—. Otros como algunos investigadores muy estudiados, situaron la muerte de Arturo y su hijo en el año 537 en la Batalla de Camlann. Con ese dato, han pasado exactamente mil cuatrocientos ochenta y un años desde entonces.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —dijo con voz apagada—. ¿He dormido durante todo ese tiempo metido en el Gran Roble, mientras el mundo se abocaba a los deseos de Kitsune? No he sido el mejor guardián de la humanidad. La verdad, no debí dejarme convencer por mi bella Seiryu, para hacer el sueño del espíritu.

—No te preocupes —intervino Ryoko—. Ahora estas de nuevo entre nosotros, podemos enmendar los fallos de este milenio y medio — le dedicó una sonrisa, poniendo su suave mano en uno de los hombros de Gael.

—Gracias pequeña, sé que en parte es cierto lo que me dices, pero cuesta asimilar tanta información de golpe, la muerte de la que fue la gran promesa de futuro de su tiempo, Arturo, y todo este progreso. Es mucho, incluso para un ser como yo.

—Tranquilo, te ayudaremos en todo lo que podamos —dijo calmado el joven conductor—. Pero necesitaremos que nos enseñes todo lo necesario para poder acabar con esa locura de Kitsune, restaurando el equilibrio que anhelas.

—Eso no lo dudes, joven gue... —dijo cortando al momento, el apodo a mencionar—. Perdón, Kenji —se disculpó, con una leve reverencia de cabeza.

El camino hacia Stonehenge, prosiguió todavía por un poco más de tiempo. Los caminos se empezaron a estrechar, haciendo solo posible el paso de los autocares que llevaban viajeros hasta la cima del monumento, en el horario de visita turística. Kenji aparcó con sumo cuidado, apagando las luces de cruce, en el aparcamiento más cercano hasta el que había podido llegar. Una vez allí miro el reloj del teléfono móvil, eran las doce y veinticinco de la noche, por eso ni un alma se movía por la zona. La mayoría estarían en sus casas, cenados y seguro que metidos en sus camas. Bajaron del vehículo cogiendo las maletas del habitáculo trasero y comenzaron a caminar hasta el círculo de piedras situado a unos pocos metros guiados por Gael, que estaba emocionado al ver que algo de este mundo todavía seguía como él lo había conocido en su tiempo.

Una vez allí, Ryoko y Kenji se pusieron en el centro de la monumental edificación, mientras el hombre recorría cada piedra con la mano paseando alrededor inspeccionando si algo podía haber sido movido de su lugar original. Luego fue al centro haciendo lo mismo con la parte central. Se agachó hacia su maletín, abriéndolo, sacó un cuchillo y un cuenco. Bajo la estupefacta mirada de los dos jóvenes, hundió el filo en la palma de su mano haciendo que brotara una gota del elemento de vida. Apretó, para que cayera en el cuenco la cantidad suficiente para lo que tenía en mente. Ryoko apartó la mirada ante la imagen, para ella, desagradable.

Miró hacia el cielo. La luna llena se dejaba entrever, iluminando la zona brevemente. En la mente de Gael surgió un pensamiento: había llegado el momento. Pasó dos dedos por la herida haciendo que cicatrizase al instante. Tomó el cuenco bañando sus manos en la sangre, las frotó una contra la otra hasta que quedaron bien impregnadas. Se acercó a una de las puertas de piedra posando las manos, una en cada columna, y mirando a la bóveda celeste abrió la boca para hablar. Todo ello sin mirar a los jóvenes que le seguían con los ojos, como si algo grande fuera a pasar en cualquier parte alrededor de ellos.

—Shika, amigo mío. Espero que estés preparado al otro lado. Esto comienza —suspiró de forma suave—. Vamos allá.

Cerró los ojos concentrándose sin decir ni una sola palabra más, solo pasaron unos segundos. De sus ensangrentadas manos surgió un haz de luz estelar, este comenzó a recorrer toda la puerta como si fuese una manta recubriéndolo hasta que estuvo cubierta del todo por el mago. Separó las manos cruzando los brazos sobre el pecho, como en las imágenes de los faraones de Egipto que están expuestos en los museos más importantes del planeta. Alzó los brazos uniendo las manos, entrelazó los dedos haciendo un gesto como si lanzase un rayo hacia las nubes, para luego volver hacia su ser. Bajó con todo el cuerpo para golpear la tierra como si tuviera una gran maza sujeta por los puños haciendo que sonara un gran estallido, del cual nadie podía escapar. La puerta se volvió de un color blanco, como el de una bombilla led. Agachado ante la puerta con la cabeza baja todavía por el esfuerzo, se escuchó una voz haciendo que los tres alzaran la vista hacia su interior.

—Te llevo esperando desde que las ardillas y los alimoches se fueron a dormir, Taka —dijo la voz, en tono de reproche, desde el otro lado—. ¿Dónde están los chicos? Solo te veo a ti ante la puerta de acceso. Tenemos poco tiempo, esto se va a cerrar en nada.

—El tiempo corre de manera distinta aquí Shika, los medios de transporte no son como nuestros portales —dijo separándose un mechón de pelo que se le había puesto en la frente—. Los muchachos están aquí a mi lado. Un momento, ahora vamos contigo —dijo, haciéndole un breve gesto de espera con la mano—. Chicos acercaros, no tengáis miedo este método de viaje es muy seguro y el único para ir a mi mundo. Kenji se aproximó primero, era como el portal del Jardín Botánico, pero más impresionante si

cabe. Ryoko le siguió asombrada, era la primera vez que veía un portal de viaje, ahora comprendía mejor la fascinación de Kenji el día de la excursión. Gael tendió la mano a Kenji y a Ryoko, para ayudarles a pasar. Les hizo una demostración previa para tranquilizarles usando las maletas, que le pasó a su amigo Shika. Estas, llegaron sin rasguño alguno al otro lado. Gael pasó el siguiente, hasta que le vieron junto a Shika haciéndoles señas para que fueran con ellos. Entrelazaron las manos como una pareja de enamorados, tras una mirada cómplice, se lanzaron decididos hacia el portal para ir con sus nuevos amigos.

El cielo era claro, se podían ver las estrellas. No había contaminación lumínica, es lo primero que observaron los viajeros. El sitio era idéntico al monumento de piedras del sitio del que venían, solo que rodeado de árboles, con sonidos de animales, con un camino que subía y bajaba a un lado. Mientras estaban atentos a cada detalle, los dos amigos se dieron un abrazo, riendo por el viaje realizado con éxito. Taka se acercó a los muchachos acompañado de Shika. Era un hombre alto, esbelto, de cabellos rubios, pelo corto, con orejas que terminaban en punta redondeada, tez blanca y ojos color verde esmeralda. Vestía con los colores de la naturaleza verdes, marrones y pajizos, con un atuendo parecido a los de un arquero medieval, armado solo con una gran vara de madera sujeta a su espalda.

—Chicos os presento a mi amigo, el Ciervo Shika, aunque le gusta viajar en forma élfica —dijo, a la vez que este les hacía una reverencia—. Es el Regente del Reino de los Bosques del Renacer, causante de mi despertar y de que pudierais llegar hasta aquí de una sola pieza.

—Encantados de conocerle Shika —contestaron devolviendo la reverencia con total sincronía.

—Es todo un placer, jóvenes guerreros —respondió con una muestra de felicidad en la cara—. Deberíamos irnos de aquí, aunque Byakko no esté, no me siento a gusto entrando en sus tierras sin su permiso —apremió, mientras unas águilas enormes cogían el equipaje de los tres y salían volando hacia el Sur, a toda prisa.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo mío. Emprendamos el camino hacia mi hogar —miró hacia atrás, para tomar medidas de seguridad—. Además, el portal, se ha cerrado como es debido —Taka se volvió a Ryoko y Kenji con confianza, pasó los brazos por los hombros de ambos, dejando colgar

sus manos al aire, elevó su vista hacia el cosmos y animado les dijo—.
¡Bienvenidos a las Tierras de la Eternidad!

OceanofPDF.com

Capítulo VI

OceanofPDF.com

La isla de los sueños

Los pájaros cantan al albor de la mañana. El rocío baña los campos alrededor cubriendo la hierba y las ramas de los árboles. En una casa de piedra de montaña y maderas de gran dureza, comienza el día para sus habitantes. Con fuerza se abre uno de los postigos de las ventanas, dejando ver a un hombre con su barba recortada, ropas de algodón trenzado color marrón, de cierre cruzado como los trajes tradicionales japoneses, pero las mangas se ajustan con brazaletes de cuero negro. Mira en la distancia para observar cómo rompe el alba, buscando indicios de buenos augurios tras su mirada de ojos ambarinos. Se da la vuelta hacia el interior dejando ver la habitación a través de la ventana. Es una sola estancia, una especie de comedor central, con una hoguera, sobre la cual cuelga un caldero de metal negro. Cerca de ella, se hallan cuatro sillas de madera antiguas alrededor de una mesa de tablas.

El hombre camina en dirección a otra estancia con paso decidido, abre una puerta de madera sujetando un pomo redondo del mismo material con la mano derecha. Una vez dentro de la habitación, abre la ventana, como hizo en la anterior. En esta segunda estancia hay una pequeña chimenea para calentar el cuarto en las noches de frío, dos camas hechas por una estructura de madera. La base del catre es una tela de cuero tensado, sobre ella lo que pretende ser un colchón de algodón relleno y una manta de pelo. Las mantas forman un bulto cada una de ellas, que se mueve con un rítmico subir y bajar de la respiración. El hombre se queda mirando las dos figuras, que no se percatan de su presencia allí. Sin mediar palabra, retira las mantas de un solo tirón que deja a Ryoko y Kenji expuestos al aire fresco del recién despertado día. El joven mira a su alrededor, abriendo los ojos para ver a su benefactor.

—Buenos días Taka, podías habernos despertado hablando, ¿no? —recriminó el joven antes de abrir la boca para bostezar. Entretanto, Ryoko se sentó en la cama mirando, aun en su mundo de sueño la escena.

—Sí, pero estoy convencido que no me habríais hecho caso, estáis acostumbrados a una vida más cómoda —comentó estirando los brazos hacia el techo—. Además, en este mundo no existen los despertadores, ni otro tipo de tecnología punta, como los móviles —matizó—. Id vistiéndoos, estoy preparando un poco de leche de uro para desayunar con un poco de pan de avena. La ropa os la he dejado en el baúl detrás de la cama. Espero que sea de vuestra talla, son un regalo de Shika.

Sin decir nada más salió, dejando a los chicos solos con sus pensamientos mientras estiraban los músculos para despertar. Se levantaron de las correspondientes camas, pisando el suelo templado de madera pulida. Hicieron las camas y recogieron la habitación. Una vez terminaron Kenji, dejó a Ryoko sola para que se vistiera sin miradas indiscretas que la pudieran avergonzar. Se acercó hasta donde Taka estaba sentado preparando el desayuno. Echó un vistazo hacia el interior. La leche, era una mezcla blanca con gotas de color dorado como el aceite. Sobre la mesa, había tres cuencos vacíos de barro rojizo, colocados frente a tres de las sillas de madera. Al lado de cada uno, una rebanada de pan con pequeños trozos de cereales, de un centímetro de espesor. Kenji se volvió hacia Taka.

—Una pregunta, ¿qué animal es un Uro?

—Un Uro es una especie de vaca o toro, que en tu mundo está extinta, pero que aquí sigue existiendo. Su leche es exquisita. Los cuernos, tienen ciertas propiedades beneficiosas y mágicas dependiendo de su uso —contestó Taka, removiendo con un cucharón de madera el líquido con cuidado.

—Ya puedes entrar a cambiarte de ropa Kenji —dijo Ryoko desde la vereda de la puerta, apoyada con una mano en el marco. El conjunto que llevaba era como el de Taka, pero la chaqueta de color Aguamarina, los brazaletes de cuero ocre con un cinturón a juego, unos pantalones negros y botas altas hasta las rodillas color marrón oscuro. Después de observar las ropas que cubrían su cuerpo, subió la mirada a los ojos de Ryoko, que le observaba con una sonrisa coqueta en la cara, jugando con los dedos de la otra mano, con su pelo suelto. Taka, que estaba observando toda la escena, dejó el caldero sacando la cuchara. Sentía que debía intervenir. Se acercó al muchacho, le puso una mano en el hombro.

—Kenji, ve a vestirme, el desayuno se enfría. No quiero que te comas a tu amiga —terminó dándole un suave empujón hacia adelante—. Ryoko, ven

ayúdame a poner el desayuno en la mesa, mientras se pone los ropajes. Por cierto, te quedan muy bien las vestimentas del ciervo. Le conozco desde hace mucho tiempo y aun, no sé cómo consigue dar con las medidas de cada uno —siguió explicándole a la joven, que comenzó a caminar hacia él.

Ryoko, rozó con su mano los dedos de Kenji mientras se cruzaban sin perder la sonrisa. Presta fue a ayudar a su nuevo maestro, contoneando las caderas a su paso. Kenji entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí, se desnudó desechando a la maleta la ropa que había traído en el viaje. Cambió la ropa interior por una muda limpia. Comenzó a vestirse por la parte de las piernas ajustándose cada parte de su nueva vestimenta. Se calzó las botas marrones, seguido por una chaqueta de color acero metalizado, totalmente distinto al de Taka y Ryoko. Apretó el cinturón alrededor y se puso los brazaletes. Una vez se vio preparado salió hacia el salón central para unirse al resto.

Ella, fue la primera que miro hacia donde se hallaba guiñándole un ojo, indicando así que le gustaba como le quedaba el conjunto. Taka le indicó que se sentara, apartando una de las sillas, sentándose él en la de al lado para comenzar a ingerir los alimentos. Kenji se acercó. Sentándose en la silla escudriñó en el cuenco que estaba repleto de leche, tomó entre sus manos el trozo de pan y lo partió para desayunar. Una vez acabó con el pan, acercó el borde del cuenco hacia la boca echando un primer trago. El sabor, era poco más fuerte que la leche a la que estaba acostumbrado, pero aun así estaba rica. Al poco rato de terminar, Ryoko dirigió su atención a Taka.

—Taka, ¿cómo llegamos anoche? —preguntó con curiosidad.

—Portales dimensionales, como los que explicó un científico en vuestro mundo hace tiempo —siguió para concretar—. Hay varios tipos. Están los que te llevan de un lado a otro dentro del mismo plano, como de una isla a otra, por ejemplo. Otros son los que te transportan entre mundos. Y por último están los que te llevan a otro tiempo, respetando la época que se vivió por aquel entonces pudiendo cambiar solo las cosas que no pertenezcan a ese mundo o plano.

—¿Entonces el primer tipo nos trajo aquí? —preguntó Kenji, uniéndose a la conversación.

—Exacto —afirmó Taka, señalándole con el dedo, con énfasis.

—Estamos en las Tierras de la Eternidad, ¿dónde en concreto? —añadió Ryoko.

—En mi Reino, La Isla de los Sueños. En el centro mismo del Mar ojo del vidente —la cara de los chicos era la de quien no se enteraba de nada en una clase de matemáticas. Haciendo comprender a Taka que esa simple explicación a ellos no les sería suficiente—. Os lo explicaré desde el comienzo de todo nuestro universo.

«Hace eones el universo era solo un gran vacío de oscuridad. En el centro, con el paso del tiempo se formó una enorme masa que se dividió, tras una explosión, en tres grandes partes. Del centro de cada una salió, un ser recién nacido. De la primera parte una niña llamada Sōzō hermosa, de cabellos rojizos y ojos púrpura. De la segunda, un varón de constitución fuerte, con el nombre de Hozen, su pelo era castaño, sus ojos verdes. Por último, de la tercera, nació un ser sin sexo, delgado, llamado Hakai. Este no tenía vello, sus ojos eran los más negros jamás vistos. Ellos fueron los autodenominados primeros dioses. Como hermanos, según crecieron sus poderes, decidieron crear un cosmos en el que todo fuese perfecto, sin enfermedades, guerras ni hambre, poblado de seres que les venerasen, para no sentirse tan solos en el universo. Comenzaron ordenando el vacío cósmico, haciendo sistemas solares, galaxias... Juntaron varios cuerpos estelares, dándole forma de esfera.

La dotaron de atmósfera, tierra y abundante agua. La primera masa de tierra que fue hecha es esta isla, sembrada de árboles, de vegetación variada y animales. Ninguno de ellos racional. Los dioses cayeron en la cuenta de que estos seres no sabían siquiera de su existencia, así que crearon un ave de caza, de mayor tamaño que sus congéneres, dotándola de habla, razón y poderes sobrenaturales, a la que llamaron Taka. Me nombraron regente de la isla, con la misión de dar a conocer a todo ser su existencia. Con el tiempo crearon múltiples criaturas muchas de ellas racionales, incluyendo al que fue expulsado con el tiempo, pero al final la isla se les quedó pequeña para sus propósitos.

Entonces se embarcaron en la tarea de completar el mundo al que llamamos las Tierras de la Eternidad. Formaron otros cuatro reinos, cada uno con su regente guiándose por los elementos naturales que habían creado. Todo iba como esperaban. Los cinco reinos estaban en paz, pero para Hakai no fue suficiente. Todo era muy armónico, aburrido, sin ningún tipo de emoción. Por otro lado, casi todo el trabajo lo hacían Sōzō y Hozen,

dejándolo al margen de las decisiones importantes. Lleno de rabia y rencor, utilizó todo su poder para destruir en vez de para seguir creando. Arrasó el sur con un fuego más hiriente que la lava de los volcanes. Congeló el norte con una ola de frío polar, acabando con el regente del aire inicial y todos los seres que allí habitaban.

Cuando los otros dos dioses se dieron cuenta, era tarde, Hakai había desaparecido por completo del mundo conocido. Tras mucho tiempo de búsqueda, lo encontraron. Había creado él solo otro mundo lleno de criaturas, idéntico al que habían creado juntos, pero con todo lo malo que podía existir, vuestro mundo. Al principio sus adoradores eran muchos, fieles hasta la muerte. Sōzō y Hozen decidieron encarcelar a su hermano, embarcándose en una dura lucha, que finalizó con Hakai de rodillas, herido y sangrando mientras veía su obra dividida en varios continentes en lugar de uno solo, como en el mundo original. Sōzō y Hozen decidieron ser los guardianes de su hermano para toda la eternidad, pues eran los únicos con poder para controlarlo. Por ello, dejaron a los regentes la misión de gobernar los reinos influyendo en el mundo creado por Hakai, para así intentar llevarlo por el buen camino y convertirlo en un lugar mejor. Y así lo hicimos, siendo un total de siete Regentes, hasta hace unos milenios».

—¿Cuáles son los reinos? —preguntó Ryoko, con la cabeza reposando sobre las palmas de sus manos.

—Venid conmigo —Taka se levantó de la silla, saliendo hacia el exterior de la vivienda, seguido por los dos jóvenes de cerca. Se agachó apoyando una de las rodillas en el suelo. Empezó a dibujar formas sobre el suelo de tierra haciendo que cobrara un poco de vida, pareciendo un mundo en miniatura a la vez que lo explicaba—. Aquí estamos nosotros —señaló—. Esta, es la Isla de los Sueños. Si cruzamos el mar ojo del vidente, hacia el norte encontramos la Playa Colmillo del Tigre por donde entramos al Reino Ecos del Rugir bañado por el Océano Glaciar. Sus tierras, están cubiertas de nieve y de montañas. Es donde se halla la réplica de Stonehenge por la que entramos anoche. Ese, es el reino de Byakko, el Tigre blanco. Hijo mío y de Genbu, otra de las regentes.

Si seguimos hacia el sureste, guiados por la cordillera, La Columna del Dragón o siguiendo el Río Escarlata, encontraremos el Reino Llanuras de Plata. En su centro, se halla Pico Colmillo, la montaña más alta de este

mundo. Su regente, que tiene mucho que ver contigo Kenji, es Ōkami, también llamado Vaél, el dios lobo.

Más abajo está el Reino del Abismo Oscuro, habitado por seres en el subsuelo. La superficie es el inicio de la cordillera. Sus prados y bosques silenciosos, son los dominios de Genbu «la serpiente y tortuga», la madre tierra y madre de Byakko.

Al oeste de este reino, se encuentran Los Bosques del Renacer. Un sin fin de arboledas unificadas en un solo territorio, gobernado por Shika el ciervo, hijo de Genbu y Seiryu, al que ya tenéis el gusto de conocer. Es el más espiritual de los regentes, el más pacífico y el más natural. Si se ve amenazado, hasta el mismo bosque se enfrentará al enemigo para defenderle.

Al sur del mapa, están las tierras más cálidas, El Desierto dorado del Fénix o Desierto del Fénix. En ellas, al igual que en los desiertos de vuestro mundo, el agua tiene más valor incluso que la vida propia. Sus moradores son en su mayoría nómadas. Van viajando de un lugar a otro sin cesar en busca de sustento. Son los territorios de Suzaku, la Fénix, hija de Byakko. Están bordeados por el Océano Abrasador.

Por último, si subimos por la costa hasta la frontera con las tierras del ciervo y cruzamos hacia el oeste, llegaremos a una isla. Esta es la isla más mística de todo plano. No tiene playa alguna, ni río, ni montaña, solo bosques y mucha niebla. En ella, reina Seiryu, la Dragona del Agua. La razón de mi encierro durante tanto tiempo. Vosotros la conoceréis como la Dama del Lago. Es la regente del Reino de las Brumas.

—¿Y están todos aquí? —dijo Ryoko curiosa mientras observaba embelesada cómo se movían las mareas y ríos del dibujo de Taka.

—No, cuando hubo un conflicto interno nos repartimos para buscar al culpable en el Mundo de los Hombres y poder ajusticiarlo. Pero en vez de eso dejamos a las Tierras de la Eternidad sin protección, con todos los portales abiertos. Uno tras otro los regentes desaparecieron en diferentes épocas, quedando solo Shika para gobernar y yo encerrado en el Gran Roble del que me sacó hace unas pocas semanas.

—¿Entonces los portales siguen abiertos? —preguntó Kenji, con aire de preocupación.

—¡Qué va! Shika se dedicó a cerrar uno tras otro con un esfuerzo colosal por su parte, hasta que regresase cada uno de los regentes. Por esa razón

tuvimos que abrir el de Byakko para regresar —explicó Taka, midiendo cada palabra—. La única razón por la que yo podía regresar sin el portal adecuado, era tu amuleto. Al menos hasta recobrar todo mi poder. El amuleto propiedad de Vaél, tiene relación con las tierras de los dioses y del inframundo, así como mi poder del cielo. El amuleto es un buen protector, así como generador de portales. Ahora vamos a ver qué podéis hacer, tenemos mucho camino por andar. Como veis el poder en estas tierras está a punto de desaparecer. Debemos aumentarlo. Vosotros tenéis más potencial del que conocéis. Comencemos por el aprendizaje de las artes de guerra, para no agobiaros demasiado. Sé que algo conocéis de lucha —dijo levantándose delante de ellos.

Se puso en guardia enfrente de los jóvenes, incitándoles a iniciar el ataque. Ryoko y Kenji esperaron a que les atacara. Taka soltó una risita con una mueca divertida, comenzando el ataque. Era más rápido de lo que se esperaban. Incluso sin usar magia, sus manos parecían las alas de un pájaro que cortaban el viento para llegar hasta su objetivo. Kenji se defendía contraatacando, pero Taka le interceptaba casi al momento. Ryoko aprovechaba cada hueco para intentar llegar al cuerpo, pero con un mínimo movimiento Taka hacía que, por muy poco, nunca llegara a hacerlo. Siguieron así largo rato, hasta que el viejo maestro decidió parar, permitiéndoles descansar y recuperar el aliento. Se sentaron en el suelo con la respiración agitada, sudando y mirando a Taka, que se movía como si no hubiese hecho nada. Parecía que venía de un paseo tranquilo.

Se acercó a ellos con dos vasos de barro, uno en cada mano, llenos de agua de un pozo que tenía detrás de la cabaña. Se los ofreció extendiendo los brazos hacia ellos. Los jóvenes se los bebieron con ganas, hidratando sus secas gargantas por el esfuerzo físico.

—No os preocupéis, a modo general peleáis bien. La única pega es el aire, aquí es un cinco por ciento más denso que en la tierra de la que provenís. Por ello, os cuesta más recuperar y oxigenar vuestros músculos, haciendo que os agotéis antes que un habitante nacido aquí. Esforzaos al máximo, en unos días tendréis la producción de glóbulos rojos en la medida justa para no agotaros. Descansad un rato, ha pasado solo media mañana. Voy a preparar la comida aquí fuera, hace buen tiempo para comer a la intemperie.

Taka entró en la casa para preparar los ingredientes para la comida que había pensado cocinar, dejó a los dos jóvenes en el suelo sentados con los vasos en la mano. Ryoko miró a Kenji y abrió la boca para decirle algo. En vez de eso, se mantuvo en silencio hasta que Kenji se levantó. Agarró la mano de la chica para ayudarla a levantarse. Se puso al lado de ella. Ambos comenzaron a realizar una forma elaborada de Karate, la favorita de Ryoko, que ella siguió hasta finalizarla. Volvieron a repetirla una y otra vez, descansando lo justo para hacerse al aire del nuevo mundo. Taka les vio desde la ventana. Sabía que a esos dos jóvenes no les gustaba perder. Sobre todo, al joven lobo. El orgullo iba marcado en su espíritu. Si supiera cuánto tiene de este mundo en realidad.

El poco tiempo que les quedó antes de comer lo pasaron exhaustos, sentados en sendas sillas. Respiraban con dificultad, viendo como el maestro cocinaba, en una hoguera al aire libre, un conejo guisado con hierbas aromáticas. Para su asombro, Taka manejaba los cuchillos mejor de lo que se esperaban. Aunque, pensándolo mejor, ¿qué sabían ellos sobre como los manejaban las civilizaciones antiguas? Poco a poco su respiración se volvió normal, hasta que no necesitaron estar sentados, aunque aún les temblaban las piernas. Se levantaron para ayudar a Taka poniendo la mesa, como en el desayuno, para así comer en cuánto estuviera preparado el guiso. El ejercicio les había abierto el apetito y el olor de la carne no ayudaba.

Sentados a la mesa en silencio, sirvieron la comida. Un plato lleno hasta arriba para cada uno de ellos, de los que al final no quedo más que los huesos. Ryoko pidió que la disculparan una vez terminó. Necesitaba ir a descansar un poco, para sentirse mejor a mitad de la tarde. Con un gesto de asentimiento, por parte de los dos, Ryoko se levantó de la mesa pasando al interior de la cabaña. Kenji se quedó a solas con Taka mientras este último arrebañaba el plato con un trozo de pan de avena. Bebió un poco de agua de su vaso, bajo la atenta mirada de Kenji, que no mediaba palabra. Taka se dio cuenta, al momento, de que algo rondaba por la cabeza del muchacho.

—Dime, ¿qué te pasa? —interrumpió cortando el incómodo silencio.

—Tengo algunas preguntas, aunque no sé si serán las más adecuadas —explicó Kenji, con voz suave.

—Pregunta, no te andes con rodeos. Las dudas no aportan nada al alma y la ignorancia no hace que uno viva durante mucho más tiempo —dijo Taka

con severidad.

—¿Por qué dijiste que tengo mucho que ver con Vaél?

—Porque es cierto, su destino y el tuyo propio están ligados desde hace mucho tiempo. Es mejor que te lo cuente él, en cuánto regrese.

—¿Cómo lo sabes? —Kenji con voz de asombro.

—Soy el señor del cielo. Veo el pasado, el presente y el futuro. Aunque el futuro se puede cumplir o no dependiendo de las acciones de cada ser. Gracias a ello, me adapto mejor que otros regentes a los cambios. Como hice con tus padres y el director del instituto.

—Hum —a Kenji le bastó con esa respuesta sobre el tema, por el momento—. ¿Cómo luchas tan bien?

—Son milenios de conflictos. Entre, los causados por los dioses verdaderos, los regentes, que somos dioses menores, los espíritus de gran poder e incluso las guerras élficas. Por otro lado, ¿quién crees que llevó a los pueblos antiguos las artes guerreras? Golpear a alguien con un tronco de árbol no era un arte. Era efectivo, pero no un arte —sonrió con delicadeza.

—La última pregunta si no te importa, ¿sabes dónde están el resto de los regentes?

—No, por eso os voy a preparar a conciencia. Debemos encontrarlos para restaurar el equilibrio en este mundo, para después ayudaros en el vuestro. Buena parte de ello tiene que ver con las acciones que habíais emprendido contra Ninetails, por orden de vuestro maestro, aunque él no sabía que realmente se enfrentaba a Kitsune. Ahora ve a descansar, luego seguimos otro rato con el adiestramiento, antes de que anochezca.

Kenji se levantó, dejando al dios recogiendo todo, llevándolo al interior de la casa. Dirigió sus pasos hacia el camino de tierra que iba al sureste de la isla para disfrutar con un paseo por el paisaje lleno de árboles de distintas especies. A pesar de que la isla parecía pequeña en el mapa que les había dibujado Taka, el paseo se hizo más largo de lo que esperaba. Tras largo tiempo aún no había divisado el Tori desde el que había visto al mago por primera vez. Decidió dar media vuelta, temiendo que se le pasara el día y le sobreviniera la noche, en medio de un terreno desconocido para él. De camino hacia la casa, se apareció ante él una joven hermosa con un kimono de color carmesí que cubría sus formas femeninas. Tenía negros cabellos que caían en forma de cascada hasta la mitad de los senos. Descalza, se acercó con sus finos y pequeños pies corriendo hasta Kenji, le abrazó. Sus

ojos oscuros estaban bañados en lágrimas, sollozaba con la respiración entrecortada.

—¡Ayúdame, por favor! Vivo en mitad del bosque con mi abuela. Ella está muy enferma, salió un momento y no logro encontrarla. Llevo varias horas buscándola, ¡ayúdame por favor! —suplicó la joven. Era tal la desesperación en su voz que Kenji aceptó ayudarla

—Está bien. Guíame hasta donde la viste por última vez y comenzaremos desde allí —la joven le dio un abrazo más fuerte. Se soltó con delicadeza, se giró y empezó a correr contoneando sus caderas.

Kenji la vio internarse en el bosque, emprendió la marcha para seguirla lo más deprisa posible, sin perderla de vista. La chica era algo más rápida que él en plena carrera. Como si hiciese más ejercicio, parecía una atleta olímpica. Poco tiempo después, llegó a un claro en el bosque en el que había una cabañita bastante más pequeña que la casa de Taka. En ella estaba la joven, parada en la entrada. Miraba a Kenji, como quien observa un cuadro en un museo de arte contemporáneo.

—Aquí es donde vivimos las dos solas en compañía mutua, sin nadie más —dijo la joven, levantó una de las manos y señaló una de las partes del bosque—. Allí es donde la vi por última vez.

—Está bien, vamos a buscar desde ahí, tú ve hacia la izquierda y yo a la derecha. Si la encuentras, avísame con un grito. Nos encontraremos aquí en un rato —terminó de explicar Kenji, viendo el gesto de asentimiento de ella.

Tal y como habían quedado, se metieron en el bosque de nuevo con la intención de encontrar a la pobre anciana, que estaba sola desde hacía tiempo. Kenji estaba convencido que la señora estaría tan asustada como su nieta, por ello se afanó mucho en la tarea de hallarla para que se reunieran cuánto antes y retomar sus vidas sin más percances. La noche se aproximaba a la isla con celeridad, sin que nadie de los alrededores se diera cuenta, ni siquiera él mismo.

Los minutos pasaban rápidos, sin encontrar a la anciana en medio del bosque. El sol abandonaba la zona, dejando poco a poco a la luz de la luna el reinado celeste. Los pasos de Kenji comenzaban a ser cada vez más pesados, a causa del tiempo de búsqueda en un terreno irregular y desconocido. Su concentración no se centró solo en el aspecto visual, también en los sonidos que pudiesen rodearle. Por lo pronto, solo veía

animalillos sobre las ramas tales como búhos, ardillas, pájaros y algunos como ratones de campo por el suelo, cubierto de hierba húmeda y de ramas caídas de las copas de los árboles.

La voz de la muchacha retumbó en la oscuridad, que ocultaba el fondo de la arboleda. Kenji la escuchó con voz prácticamente clara. Apresuró sus pasos en dirección a la casa de la joven, llegando al claro tras recorrer poca distancia. El paisaje estaba vacío. Solo la tenue luz del día que moría lo iluminaba. La voz de la hermosa joven le llamaba desde el interior de la cabaña. Kenji se acercó llamando al marco de la puerta, pidió permiso para entrar y así poder ver si estaban bien, tanto la anciana que tanto habían estado intentando encontrar, como su nieta.

—¡Pasa por favor! —dijo la voz dulce de la joven.

El muchacho abrió tímidamente la puerta, apoyando la mano en las tablas, con suavidad, asomando primero la cabeza para ver su interior. La cabaña constaba de dos únicas estancias. La central que es la que él podía ver, estaba amueblada con una chimenea encendida con un tronco ardiendo, dando calor. Una mesa con dos sillas, todo de madera y mimbre. Una cama grande con un buen colchón y una piel de oso bien tupida, sobre la que estaba sentada la joven. Con la mano le hizo un gesto suave y elegante para que fuera a sentarse a su lado. Kenji se acercó hasta ella, sentándose a su vera. La miró a la cara.

—¿Encontraste a tu abuela? ¿Está bien? —preguntó con un atisbo de preocupación.

—Sí, estaba cerca de un manantial que hay a casi una hora de aquí, estaba sentada temblando, no se quería mover. Pero por lo demás está bien, no tiene ningún rasguño. La he metido en su cama para que durmiese. Estaba muy cansada. Me ha dicho que te dé las gracias por toda la ayuda que me has brindado para encontrarla —dijo mientras acercaba cada vez más su rostro al de Kenji.

Sin darle tiempo a apartarse, la chica le puso una mano en la nuca. Acercó sus labios a los de él apasionadamente, sin darle tiempo a reaccionar. Se separó despacio, sin perder el contacto visual del sonrojado muchacho para darle otro beso, leve esta vez, seguido de otro más. Se puso de pie delante de Kenji, levantando las manos recorriendo la longitud de su larga melena, apartándose el pelo hacia atrás. Acto seguido las manos se deslizaron suavemente por su esbelta figura hasta llegar al lazo que sujetaba

el kimono. El muchacho apartó la mirada fijándola en el suelo, a la vez que se ruborizaba. Con un leve movimiento la joven desató la lazada y dejó caer el kimono. Kenji, al ver caer el ropaje, se levantó de la cama. Sin levantar la vista hacia la muchacha, se dirigió a la puerta.

—Creo que me voy a ir, me queda un largo camino hasta donde me alojo —dijo sujetando la puerta, abriéndola un poco para salir al exterior.

—¡Mírame! —dijo la joven con voz de terciopelo—. ¿No quieres esto? Es tu recompensa por haberme ayudado, ¿No querrás ser descortés conmigo? —le increpó la joven con la voz compungida, denotando que se estaba poniendo triste. Mientras tenía todo su cuerpo expuesto hacia él.

—No quiero ser descortés, hay alguien muy importante en mi vida. Creo que con las gracias me basta —dijo abriendo más la puerta.

—¡Mírame! —gritó esta vez. El tono de su voz cambio por completo. Sus palabras retumbaron dentro y fuera de la estancia—. ¡Esa no es manera de tratar a una joven que te ofrece sus encantos!

Kenji levantó la mirada desde la puerta en dirección a la joven. Esta ya no era tal. Ante él, se hallaba una mujer anciana desnuda. Muy delgada, de cuerpo encorvado, piel grisácea como el frío mármol. Parecía muerta de hambre. Se acercó un par de pasos, tenía larga melena de color oro blanco, los ojos grises y el pecho desnutrido, Kenji se dio cuenta, por la expresión que tenía en la cara, que la decisión que había tomado no era la que ella esperaba. Apretaba los dientes como un perro de caza rabioso. Levantó sus escuálidos brazos hacia el muchacho, enseñando sus largas uñas de color piedra.

—Te he dado la oportunidad de pasar una noche como nunca has pasado. Incluso, te habría dejado partir en paz por la mañana... probablemente —dijo con voz enardecida—. Pero de todos los apetitos que puede tener mi alma maldita, ahora existe uno del que no te vas a librar. ¡Huye si puedes! —sentenció antes de comenzar a andar hacia Kenji.

El joven salió a prisas de la casa para situarse en el medio del claro, encarando a la anciana para enfrentarse a ella. ¿En qué mundo una situación como esta podía acabar en una lucha a muerte? Pensó, mientras la señora abandonaba la casa siguiéndole sin descanso. Kenji se puso en guardia, encarándola, viendo escapar de sus dedos la posibilidad de irse pacíficamente.

La anciana, emprendió una carrera frenética hacia el joven con las uñas afiladas hacia adelante. Uno tras otro sus golpes raudos intentaron alcanzar la carne de Kenji, para desgarrarla y hacerle sangrar. El joven se defendía como le habían enseñado desde bien pequeño, asestando algún golpe para que la anciana retrocediese. Tras varios de ellos, viendo que el ser que tenía delante no dejaba de insistir, decidió darle un buen golpe en la boca del estómago asestándole una patada lateral con toda la fuerza y el peso de su cuerpo. El cuerpo de la anciana, retrocedió unos pasos tambaleante, cayendo de rodillas al suelo. Con el cuerpo encogido como el de un niño al que le han hecho daño, lloró, cambiando su forma a la de la dulce joven, que permanecía desnuda. Levantó la cabeza de nuevo para mirar a Kenji.

—¡Me has hecho daño! ¿Por qué? —exclamó entre lágrimas y gemidos de dolor.

Kenji se acercó con cautela, pero con el corazón en un puño. No soportaba hacer daño a gente inocente. Lo de la anciana demoniaca, ¿Podía haber sido una ilusión? Se acercó un poco más a la joven, cuando se encontró lo bastante cerca de ella la cubrió con su chaqueta. Miró alrededor por si había algo que no hubiera podido detectar. La joven le volvió a abrazar, dándole un beso tierno en la cara.

—Te perdono, joven lobo —le susurró al oído, transformándose en la anciana de nuevo. Esta le clavó las uñas en la espalda, a la vez que le mordía en el musculo que baja hacia el hombro con fuerza. El grito de dolor de Kenji inundó toda la isla, como el rugido de un león. La sangre caliente comenzó a manar de la herida, como un río de agua en la época del deshielo.

El sonido de un golpe interrumpió la cruenta escena, haciendo que el ser demoniaco se apartara de Kenji que puso su mano en la herida a toda prisa y apretó intentando parar la hemorragia. Miró a su espalda, ahí estaban Ryoko y Taka. Este último con cara de pocos amigos. Ryoko, cogió del suelo la chaqueta recién caída y le tapó para que no cogiera frío. Taka dio unos pasos situándose delante de su inocente amigo. Mirando fijamente a la anciana, que tenía delante.

—Buenas noches Señor de la Isla de los Sueños, te presento mis respetos —dijo la anciana con una leve reverencia.

—No tan buenas, Yama Uba —respondió con aspereza—. Creí decirte que te permitía vivir en este claro del bosque siempre que no atacases a

nadie de mi reino.

—Las cosas han cambiado, el lobo ha vuelto. El zorro lo quiere muerto y tú no podrás evitarlo viejo —dijo con voz graciosa como si hubiera contado un chiste que solo ella entendía.

—Eso es lo que tú crees, aquí estando sola y hambrienta en este sombrío paraje. Se acabó, ha llegado tu fin. Te libero de esta existencia —levantó una mano hacia Yama Uba, creando un agujero negro sin objetivo de viaje detrás de ella—. Este es el cosmos oscuro. En él, solo la muerte espera a cualquier criatura que entre, a excepción de los dioses. Este es tu sino criatura.

—Eso será si no te meto en él primero, Rey Halcón —dijo mientras echaba a correr hacia Taka. El viejo extendió los brazos a sus respectivos lados, como si fuesen unas grandes alas y los batió feroz creando una ráfaga de viento huracanado que lanzó a la anciana hacia atrás. Esta intentó agarrarse a la hierba para no entrar en el agujero, sin éxito. Una vez traspasado, Taka estiró de nuevo su brazo con la mano abierta y cerró el puño, haciendo desaparecer el agujero negro. Se volvió a Kenji para ver las heridas y le ayudó a levantarse.

—¿Puedes caminar? —preguntó con voz seca.

—Sí —dijo Kenji apoyado en Ryoko, que no quería mediar palabra.

—Pues vámonos a casa, debemos curarte esas heridas. Así nos podrás contar cómo te has metido en esta situación tan embarazosa —comentó Taka.

Los tres dirigieron sus pasos hacia la vereda del bosque, atravesándolo por completo en tan solo unos minutos, llegando al camino de tierra que llevaba hacia la casa del poderoso maestro. En el viaje de regreso, les acompañaba solo el sonido de los animales del bosque y el lejano rumor de las olas del Mar ojo del Vidente. Cercanos a la casa, Ryoko le acarició la mano suavemente. Kenji levantó la mirada para ver sus ojos. La expresión de preocupación había desaparecido de ellos, haciendo que su vergüenza desapareciera al menos en parte.

Capítulo VII

OceanofPDF.com

Iniciación elemental

Pasaron varios días llenos de confusión. Por la mente de Kenji, no transcurrían más que los recuerdos de la noche en que se enfrentó a Yama Uba. Los sentimientos se agolpaban en su ser. Sentía muchas cosas. Sentía vergüenza, por haberse dejado engañar como si fuera un niño inocente. Debilidad, por haber tenido que ser rescatado por Taka y Ryoko. Él debería haber podido defenderse solo. Esto se juntaba a que, en los últimos días, ninguno de los presentes le hablaba demasiado. Pasaba los días viendo como Taka entrenaba a Ryoko en las artes de guerra que no conocían. Meditando sobre las cosas que les rodeaban, mientras se le curaban las heridas. Se las habían cubierto por una cataplasma hecha de barro, agua y algunas hierbas medicinales aplicadas con cuidado.

Taka estaba combatiendo con Ryoko, como si de un combate real se tratase. Así debía entenderlo ella que también estaba dando lo máximo de sí misma. A la danza frenética, cada vez más rápida, de intercambio de golpes, bloqueos y giros se intercalaba alguna maniobra evasiva, hasta que Taka dio por terminada la lección del día. Ryoko se acercó a donde se hallaba Kenji sentándose a su lado con la cara llena de gotas de sudor que le caían desde la frente. Taka entró en la cabaña sin decir nada, ni siquiera miró al que debía ser su discípulo al que llamaba, en un comienzo, joven guerrero. Kenji le miró, con la esperanza de que le dirigiera la palabra mientras su amiga y confidente le observaba con cara de preocupación por su estado físico. Se acercó para darle un beso suave en la mejilla, como el caer de la hoja de un árbol en otoño.

—Tranquilo, volverá a hablar contigo. Ahora está un poco decepcionado, preocupado. Eres muy importante para el futuro de este mundo y del nuestro, según deja entrever —dijo en tono delicado—. ¿Cómo van tus heridas?

—Mejor de lo que está mi cabeza. Tengo un cacao mental que no te puedes imaginar. Además de mi orgullo herido por no haber podido vencer a esa cosa —comentó avergonzado, con la cabeza gacha.

—¡Anda ya! ¿El mejor alumno de mi padre se hunde por una pequeña derrota ante un ser que ni siquiera conocía? —soltó con ironía, cogiendo la cara a Kenji para obligarle a mirarla a los ojos—. Kenji, cuando llegué y te vi sangrando con ese ser mordiéndote hasta yo me acobardé. Me quedé paralizada. ¿No te diste cuenta de que el único que no se inmutó fue el maestro Taka? —le acarició la cara, siguiendo con su alegato—. Él sabe todos los peligros a los que nos podemos enfrentar en estas tierras. Déjate guiar por él. Los seres que aquí habitan no son como los de la tierra, pero se les puede vencer si aprendes lo necesario.

Taka salió de la casa con un cuenco lleno de agua en las manos y un trozo de tela. Se aproximó a los jóvenes que estaban hablando tranquilamente, con alguna risita de por medio. Por lo que veía, Kenji, estaba de mejor humor. Lo cual era una buena señal para él, podría reiniciar su adiestramiento para evitar futuras situaciones angustiosas. Ryoko estaba avanzando a pasos agigantados. Sus pulmones apenas se fatigaban, lo que le confería la posibilidad de ser más fuerte y rápida. Kenji, sin embargo, había estado en reposo a causa de las heridas. Meditando sobre todo lo pasado, y su fondo físico no se había podido adaptar al mismo nivel.

—Bien, Kenji, quítate la chaqueta. Vamos a ver como tienes esas heridas. Deberían estar casi cerradas para que te pueda dar una paliza por lo sucedido. En concepto de reprimenda —dijo mientras el joven se quitaba la prenda, dejando a la vista el mordisco casi curado. Las incisiones de las uñas en la espalda estaban curadas por completo, aunque le quedaban unas feas cicatrices como recuerdo—. No tiene mala pinta —dijo Taka limpiando los restos de barro y hojas—. Las de la espalda ya no te darán más guerra. La de la clavícula... —hizo una breve pausa—. Bueno, te quedara un bonito molde para dentaduras, aunque podría hacerlo desaparecer —dijo sonriendo con calidez, mostrando sus dientes perfectos.

Apartó el cuenco con una de sus manos hacia a un lado, dejándolo en el suelo con suavidad. Se secó las manos con un trozo de tela. Colocó las manos sobre las cicatrices apretando poco a poco para ver en qué punto le comenzaba a doler. Las heridas de las uñas no hicieron que mostrara en su faz muestra alguna de daño. Sin embargo, la de la mordedura según iba apretando más y más provocó que soltara un leve gruñido. Nunca antes lo había hecho. Era parecido al de un animal salvaje. Mientras gruñía volvió la cara hacia Taka. Este retrocedió unos centímetros al ver como los ojos de

Kenji se tornaban de un color morado, como el de una de las flores existentes más peligrosas. Esas flores solo crecían en las laderas de las montañas de las Llanuras de Plata. Ryoko se extrañó por la reacción de Taka, pero al volver la vista hacia Kenji vio el color morado en sus ojos. Unos ojos que centelleaban llenos de rabia. Esto hizo que se sintiera incomoda, temerosa incluso sin saber la causa de ese cambio en su amigo, aunque mantuvo la compostura lo mejor que pudo.

—¡Si me haces daño otra vez te devoro pajarito! —dijo con voz feroz, como si fuera otro ser. Volvió en sí al momento.

—¡Ya te gustaría! —se rio, relajando la postura para quitarle importancia al asunto desviando el tema—. ¿Te apetece un poco de lucha antes de la comida?

—Claro, ¿por qué no? —dijo Kenji sin darse cuenta de lo que había pasado hacía un instante. Sus ojos volvieron al tono azul acostumbrado. Una mueca de alivio cruzó su rostro. Kenji se levantó sin ponerse la chaqueta, siguiendo a Taka hasta donde momentos antes había estado entrenando con Ryoko. Se colocaron uno enfrente del otro. Se saludaron cortésmente con una leve reverencia y comenzaron el combate. Taka se lanzó hacia él como un alud de nieve de una montaña. Kenji le esperó en guardia, calmado, como si nada malo pudiera suceder. Cuando estuvo cerca de su alcance giró su cuerpo levemente a la derecha evitando el ataque y contraatacó con un puñetazo al costado de Taka con todas sus ganas, dándole de lleno y haciendo que cayera al suelo. Taka, con una rodilla apoyada en la tierra, colocó una mano en el lugar del golpe. Reinició el ataque con el joven otra vez a la espera de su acometida. Esta vez, no fue tan rápido. Las secuencias de uno y otro se alternaron hasta que logró llegar al abdomen del joven, a la par que este le devolvía el golpe con la palma abierta en la cara. Ambos frenaron en el último momento antes del impacto. Se irguieron volviendo a la postura normal. Caminaron al lado uno del otro hasta donde estaba sentada Ryoko.

—¿Cómo has conseguido alcanzarle? —Ryoko estaba tan sorprendida que no cabía en su ser por el cambio de ojos y por el combate—. Llevo varios días entrenando con él. Lo máximo que he conseguido es rozarle.

—Tú has luchado conmigo. Él, ha estado observando todo el tiempo viendo mis técnicas y mi manera de moverme —intervino Taka—. Me ha evaluado, por eso estoy orgulloso. Aunque sus pulmones no se han

adaptado al aire de este mundo, ha aprendido a administrar su energía para sacar beneficio.

—Si soy sincero, estaba más absorto en mis penas y pensamientos que observándoos. Aunque supongo que algo de lo que he visto se habrá quedado en mi interior —dijo Kenji con modestia.

—Vamos a comer, por la tarde tenemos mucho trabajo por hacer. Kenji, ve entrando para poner la mesa. Ahora vamos nosotros —dijo Taka con la mano izquierda apoyada aun en las costillas. Kenji entró en la casa, dejando a Taka a solas con Ryoko—. Sé que lo has visto, no le digas nada aun. Todo tiene que ver con el origen de su nacimiento —ella asintió.

La comida transcurrió tranquila comentando los avances de los muchachos y todo lo que les gustaría hacer en las Tierras de la Eternidad. Ryoko quería visitar las tierras de Byakko y el bosque de Shika. A Kenji, en cambio, le apetecía saber más cosas de la mujer que consiguió encerrar a alguien tan poderoso como Taka, así como ver las tierras de Vaél y saber más sobre él. Taka les advirtió, para que no quisiesen correr tanto por el mundo al que él pertenecía. Aun no estaban preparados para enfrentarse a según qué entes. Los cuales, no les aceptarían más que como invasores de otro plano de la existencia. Tras acabar de comer, recogieron la mesa para dejar todo limpio.

El maestro les indicó que salieran en dirección a unos árboles que se encontraban a poca distancia de la cabaña. Una vez bajo las ramas de sus copas, se sentó a la sombra de uno de ellos apoyando la espalda en el tronco. Kenji y Ryoko hicieron lo mismo cada uno con los árboles adyacentes. Las indicaciones de Taka eran sencillas, coged una postura cómoda para sentaros, reposad las manos sobre las rodillas y cerrad los ojos. A los jóvenes les sonó muy familiar, era exactamente igual que en el final de las clases del dōjō por parte de Seiyuro Sensei. La respiración al principio no estaba sincronizada. Poco a poco, a lo largo de varios minutos, el sonido de los tres se hizo más acompasado hasta llegar a respirar al unísono.

—Es hora de abrir los ojos pequeños —dijo Taka, hablando con lentitud—. Habéis recordado como respirar correctamente. Ahora viene la parte que demostrará que sois dignos de estar no solo ante mí, sino pisando el suelo firme de este planeta o mundo —su tono se volvió severo—. En primer lugar, todo ser creado por los dioses es pura energía. Esa energía, se

puede canalizar. El mayor don de los dioses, fue dividido para que ninguno pudiera obtener un poder tan devastador o creador, que se pudiera asemejar al de ellos mismos. Esta, es la magia elemental. Observad.

Taka juntó las manos frente a su abdomen, dejando descansar una sobre la otra. Con lentitud, la mano de arriba se llenó de tierra. Sacó la mano de debajo de la otra, cerrando el puño dejando solo el dedo índice extendido. Lo bajó hasta tocar el centro de la tierra. Subió la mano unos pocos centímetros, abriéndola y cerrándola varias veces hasta que se formó una nube negra y diminuta. Abrió la mano abanicando como si la nube tuviera calor hasta que se deshizo en una tromba de agua que cayó a la tierra, mojándola. Juntó la palma de la otra mano, elevándola lentamente a la vez que crecía una especie de planta de la tierra y se abría en una hermosa flor de colores dorado y plata. Los jóvenes miraban al mago asombrados por tal prodigio. Había creado vida vegetal. Taka se dio cuenta de que le estaban atendiendo, hasta el más mínimo detalle.

—Pero esto no es todo, también está lo último —terminó con un chasquido de sus dedos, haciendo que surgiera fuego a los pies de la planta y la calcinara por completo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron a la vez.

—El poder más similar al de los dioses verdaderos y que nunca nadie ha conseguido en su totalidad. Es el poder de los siete elementos, la tierra, el agua, el fuego, el aire, el cielo, la madera y por último el metal. Cada regente posee solo uno de ellos, aunque puede dar nociones básicas a los otros regentes, sin llegar a un control total del mismo.

—Pero tú lo has hecho —exclamó Kenji.

—Todos no, el cielo es más complejo. Por eso, no lo he mostrado y el metal, solo Vaél lo domina. Lo que os he mostrado es una simulación de los otros cinco, en combinación. En mi encierro en el Gran Roble vi en el futuro a un joven que podría unir todos en sí mismo, haciéndose poderoso. Con el guía adecuado, podría ser el salvador de muchos.

Nunca le vi del todo la cara, aunque el único con espíritu fuerte eras tú, Kenji —dijo mirándole fijamente—. Ryoko, también eres muy especial. Pronto lo descubrirás, jovencita —dijo con una sonrisa cálida hacia ella—. Por lo pronto os tengo que instruir en el arte básico de la tierra. Si logramos encontrar a Genbu, ella os enseñará el resto.

Taka se levantó haciéndoles indicaciones para que se pusieran de pie en frente de él. Comenzó a realizar una serie de movimientos, típicos de algún arte marcial desconocido para Kenji y Ryoko. Su forma era estática con los pies asentados muy firmemente en la tierra, moviendo solo los brazos, intercalando movimientos de defensa y ataque. Una vez hubo terminado, hizo un gesto para que lo imitaran. Una y otra vez repitieron el ejercicio hasta quedar exhaustos, con los brazos doloridos y las piernas agarrotadas de la postura tan arraigada. El sol, aún no había descendido, sería como media tarde. El maestro les hizo parar, para tomar un descanso bebiendo un reconstituyente hecho de miel y agua.

Descansados sus alumnos, volvieron a formar delante de él. Haciendo acopio de las fuerzas que les quedaban, continuaron con los ejercicios que les imponía. El último de ellos se realizaba en pareja. En él la postura debía de ser tan firme como la de la forma que habían practicado anteriormente. Solo utilizarían las manos, sin apenas separarlas del cuerpo del contrario. Asegurando así, un contacto casi constante para no dejarle tiempo a reaccionar en el caso de que se despistase. Las primeras veces del ejercicio Taka les acompañó. Les enseñó una de las secuencias, para que lo asimilasen mucho mejor, incrementando la velocidad progresivamente hasta que casi no podían pararle. Terminaron el día con un poco de meditación, para relajar la mente, el cuerpo antes de cenar y descansar hasta la mañana siguiente. Mientras regresaban a la cabaña Ryoko seguía pensando en los movimientos del ejercicio e interrumpió el silencio.

—Maestro —dijo.

—¿Sí? —respondió Taka.

—Tengo dudas, ¿cuál es el estilo de lucha que nos estabas enseñando?

—preguntó con el apoyo de Kenji, que seguía repasando los movimientos con gestos leves.

—Es un estilo de combate creado por Vaél. Lo llamó «la Senda del Lobo». Lo más importante, es que se centra por un lado en la ventaja de ser un luchador veloz. Combatiendo cerca del cuerpo del oponente para que no le dé tiempo a reaccionar, vencéndole lo más rápido posible, sin apenas esfuerzo.

—¿Parecido al arte chino del Wing Chun? —preguntó Kenji, dejando ver sus pensamientos.

—Sí, muy parecido. De hecho, la mujer que lo inventó conocía a Vaél. Pero aun así hay diferencias en cuánto al número de formas, a los movimientos de ataque y defensa que son más parecidos a los del Karate antiguo, el To-de. Por otro lado, la Senda del Lobo, se centra también en la forma de absorber la esencia de los siete elementos, para usarlos no solo en el combate, sino también de una forma más mágica. La forma que habéis aprendido hoy es la que se le dedica a Genbu, la tierra. Según avancéis en el dominio de esta, podréis aprovecharos de sus beneficios y usar este elemento —explicó ampliando los detalles.

—Pues habrá que esforzarse al máximo, para asumirlo como propio cuánto antes —dijo Ryoko, con un brillo de ilusión en los ojos.

—Estoy convencido de que no tardareis en hacerlo, pero por hoy basta de entrenar. Tomad algo de carne con verduras e id a la cama —dijo Taka como si fuese una orden directa.

Cuando llegaron a la cabaña, cogieron un cuenco bastante hondo de la estantería de la sala central llenándolo hasta el borde. El ejercicio les había abierto el apetito más de lo que se habían imaginado. Antes de que se diesen cuenta habían vaciado el recipiente, rebañándolo con un poco de pan dejándolos casi tan limpios que se podía volver a comer en ellos. Kenji y Ryoko se despidieron de Taka hasta el día siguiente, respondiéndoles este con un gesto de consentimiento con la cabeza. Se adentraron en la habitación, cerrando la puerta tras de sí lentamente. En esos últimos días en la Isla de los Sueños, se habían acostumbrado a ver como se desvestían el uno y el otro antes de irse a dormir, aunque siempre les salía alguna risita tímida por parte de Ryoko y el sonrojo de vergüenza por parte de ambos.

Los minutos previos a quedarse dormidos, Ryoko hablaba con Kenji de la ilusión que le hacía que Taka le hubiera permitido viajar a esta tierra con él. Al poco se puso nostálgica, recordaba a sus padres, a Ayame y todas las demás personas que había dejado atrás. Debía ser muy duro para ella, sobre todo porque ella veía más a sus padres. Tenía otro tipo de relación con ellos. Tan especial que Kenji, a menudo, no podía más que envidiarla de forma sana. En su vida estaban James y Elisabeth, pero siempre estaban ocupados con sus trabajos. La semana que más les veía, era en la que estaban de vacaciones. El resto del tiempo, podía llegar a verles unas diez horas a la semana. Por otro lado, estaba la duda de saber cómo serían sus padres

biológicos. En su interior siempre había querido llegar a conocerlos y también a sus supuestos hermanos.

Ryoko se levantó de la cama, se puso de rodillas al lado de la de Kenji, susurrándole que no podía dormir. No sabía bien por qué, podría ser por el cansancio o por todo lo que bullía en su cabeza. La razón, en realidad, daba lo mismo. Kenji apartó la manta de pelo, dejando un hueco para que Ryoko se acostara a su lado. Se metió en la cama. Le dio un beso tan tierno en los labios, que pareció ralentizar el tiempo, acariciando su cara con sus suaves manos. Kenji no quería que ese beso terminase nunca, pero no podía evitar el final del mismo. Ryoko le dio las buenas noches, girándose hacia el otro lado, acurrucándose para dormir. Kenji la abrazó a la altura de la cintura, atrayéndola a su cuerpo para darle calor, haciendo que se quedara dormida en seguida y quedándose dormido él también a los pocos minutos.

En mitad de la noche Taka se acercó al cuarto y abrió la puerta echando un vistazo para ver si estaba todo tranquilo por la habitación de los jóvenes. Les vio acurrucados en un sueño tan sereno que se les reflejaba en las caras. Cerró la puerta para volver al calor de las brasas, antes de ir también tras el descanso diario. Posó las manos cerca de las llamas para calentarse, frotándolas, como si fuesen las patas de un hámster lavándose después de comer. La ventana que daba a la zona donde se adiestraban los chicos sonó como si alguien las golpease.

—¿Quién llama? —dijo Taka con cara seria, sin dejar de vigilar la puerta y la ventana.

—Déjame pasar, viejo amigo —dijo la voz de una mujer.

—¿Neko? —preguntó sorprendido el gran mago.

—Sí, ¿puedo pasar o no? —replicó mientras Taka abría la puerta para dejarla entrar.

Una mujer vestida completamente de negro, con el pelo ondulado, de color rubio oscuro, peinado en forma de trenza desde la raíz, ojos verdes como el jade y andares felinos pasó por la puerta, mostrando una sonrisa en sus labios rosados como si estuviesen maquillados. Se dirigió hacia la mesa donde había una jarra con el agua miel. Cogió del asa el objeto y con la otra mano un vaso, vertiendo un poco del líquido dejando ver sus largas uñas. La escena tenía la tenue iluminación de las llamas al bailar, sobre las maderas ardientes. Taka le ofreció asiento. Ella lo aceptó al momento. La mirada de Neko, estaba buscando algo o a alguien. Taka tenía en mente qué

es lo que ella quería, pero prefirió dejar que hablara por los dos. La mujer bebió un sorbo despacio, mirando a los ojos del hombre que esperaba en silencio. Bajó el vaso hasta posarlo de nuevo sobre la mesa. Se pasó la lengua por los labios para que no se desperdiciase ni una gota de tan dulce néctar.

—Hacia muchos siglos que no te veía, viejo amigo, ¿quién te saco del Roble? ¿Fue Shika o saliste tu solito? —interrogó divertida.

—Neko, no tengo muchas ganas de cháchara, ¿qué es lo que quieres? —dijo, intentando que la mujer fuese directa al asunto que la traía a sus tierras.

—Vale, quería que me lo dijesees tú mismo, aunque sé que fue el Ciervo. Iré al grano por la amistad que nos une. Sé que no eres un ratón, con el que pueda estar jugando hasta aburrirme. ¿Dónde está la cría de mi camada? ¿Y por qué la has traído con ese lobezno inocentón? —enrudeció el tono de su voz.

—Para mí alumno ella es muy importante. No podía separarlos, ¿lo comprendes? —dijo con cariño.

—Quise alejar a toda mi prole de este mundo. Kitsune ni siquiera sabe que existen allí —dijo preocupada—. Para ellos no existo desde hace más de tres siglos, pero siguen siendo mi responsabilidad.

—Me ocuparé de que no le pase nada, te lo prometo. Tú ocúpate de regir las Llanuras de Plata, por favor —suplicó Taka.

—Es lo que he hecho desde que Vaél desapareció, aunque no me gusta, sabes que soy un espíritu libre. No me gustan las responsabilidades más allá de mi familia —dijo bebiendo un largo trago.

—Pronto iremos a verte, en apenas unas semanas. ¿Podrás aguantar? —preguntó con mirada serena.

—Creo que sí —dijo Neko frunciendo el ceño, como quien acepta a regañadientes—. Es tarde, creo que me iré a mis dominios para que puedas descansar —se levantó mientras pronunciaba las palabras.

—Puedes quedarte a dormir si quieres —insinuó en tono seductor, Taka.

—Hum, no sé... —dudó Neko mirándole de arriba abajo, mordiéndose el labio inferior—. No creo que me aguantarás el ritmo, estas un poco bajo de forma.

—Podemos descubrirlo juntos —terminó mientras apagaba la hoguera con un gesto de la mano. Se acercó a Neko, posando las manos sobre su

cintura, mientras la oscuridad inundaba la estancia.

Transcurrió otra semana desde la visita de Neko, sin que los jóvenes se hubieran percatado de ella. En esos días seguían repitiendo los ejercicios que les había enseñado. Peleando para mejorar su técnica, meditando... Los días de invierno llegaban a su fin en la Isla de los Sueños. El sol de la mañana se alzaba alto, cada vez más caluroso haciendo que estar fuera de la cabaña fuese placentero, no solo a la vista por el paisaje que les rodeaba, sino también por el calor que invadía sus cuerpos.

Kenji se había levantado más temprano ese día, despertando a Ryoko por el movimiento de sus piernas al intentar levantarse de la cama. Se habían acostumbrado a dormir juntos, abrazados. En cierta manera, aunque ninguno de los dos había abordado el tema, se sentían como si fuesen una pareja formal. Ryoko se tapó un poco más con la manta subiéndola por encima del pecho, mirando como Kenji se vestía justo al lado de la cama, recorriendo su cuerpo con los ojos y siendo correspondida por él. Terminó de abrocharse los brazaletes, se agachó hasta ella para darle un beso en los labios y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—Kenji, ¿a dónde vas a estas horas? —dijo Ryoko con voz de dormida.

—Voy a salir a correr un rato. Desde que llegamos no ha habido un solo día que lo haya hecho. Empiezo a sentirme un poco lento —explicó el joven, dedicándole un guiño a Ryoko.

—¿Quieres que vaya contigo? No tardo en vestirme —preguntó con aire preocupado.

—No hace falta, quédate un rato más a descansar —dijo viendo lo agusto que estaba en la cama.

—Está bien, pero no te alejes mucho de la casa. No quiero que te pase nada —dijo, agarrando fuerte las mantas.

—De acuerdo, nos vemos en un rato —dijo Kenji saliendo de la habitación.

Ryoko se volvió a acurrucar entre las mantas cerrando los ojos de nuevo, hasta que terminase de amanecer el nuevo día. Kenji salió al exterior haciendo unos estiramientos para no sobrecargar los músculos de las piernas y comenzó a correr hasta una distancia prudencial, sin perder de vista la cabaña. Así lo hizo marcando un recorrido que podía realizar varias veces cubriendo tantos kilómetros como anteriormente en su ciudad. Al principio lo hizo al trote como si estuviera comenzando a correr por primera

vez en su vida, a la tercera vuelta aumentó el ritmo hasta notar como el calor invadía sus pulmones, en la siguiente hizo lo mismo, así hasta que en la última terminó con una carrera rápida, llegando hasta la puerta de la cabaña. Se sentó en el suelo a descansar, escuchando los latidos de su corazón, mezclado con el ruido en el interior de la casa. Taka, debía haberse levantado a preparar todo para desayunar y comenzar el entrenamiento.

La puerta se abrió, tras ella salió Ryoko peinada con una coleta alta. Kenji estaba tan atento a su respiración, pendiente de que le bajaran el número de pulsaciones por minuto que no se había percatado de su presencia. Hasta que ella, le echó un poco hacia atrás, dándole un beso de buenos días.

—Buenos días campeón, gracias por haberme dejado descansar un poco más. Lo necesitaba —dijo Ryoko, llena de felicidad.

—No tienes por qué darlas. Tu bienestar es lo primero —sonrió.

—A ver par de dos, dejad de cortejaros y desayunad algo —dijo Taka, saliendo con el desayuno a la mesa de fuera—. Como diría una persona sabia, el que no come se muere. Así que, vamos a ello —añadió.

Los tres se sentaron a la mesa desayunando en un tiempo relativamente breve, para lo que estaban acostumbrados. Recogieron la mesa como de costumbre, con una secuencia muy ordenada, saliendo de nuevo al exterior para recibir la lección acostumbrada. Los pájaros sobrevolaban sus cabezas en formación, algunas bandadas emprendían el regreso a las tierras del norte, hacia las montañas donde no haría tanto calor como en el sur. Los sonidos de las voces de las distintas aves se mezclaban con los gritos de los dos jóvenes practicando.

Taka les observaba sentado desde una silla. Aquel día limpiaba con esmero una flauta travesera de madera típica, bien barnizada. Una vez acabó, dejándola inmaculada, puso el trapo en la mesa. Colocó los dedos en los orificios, cruzó las piernas, cerró los ojos y dejándose llevar por la suave brisa que acariciaba su pelo, comenzó a tocar. La música del instrumento de viento resonó en toda la isla. La bella melodía, tenía un toque de la antigua música celta que intentan emular muchos grupos y bandas europeas. A diferencia de estas, la canción que tocaba Taka era muy auténtica. Denotaba alegría a la vez que una melancolía que apenas se dejaba traslucir tras las notas finamente interpretadas. Los jóvenes pararon de entrenar, mirando

atónitos al gran mago. A sus pies, se estaban reuniendo animales de diferentes especies, que le observaban con interés.

Con los ojos aun cerrados, sin más oído que para la música que tocaba, continuó con la melodía. Kenji y Ryoko, se sentaron juntos atentos a la canción que sonaba, asombrados por la estampa que tenían ante ellos. Según se iba acabando la melodía, algunos de los animales empezaron su regreso hacia sus madrigueras. Dejando poco a poco a Taka como había empezado, sentado en su silla llegando el final de la dulce melodía. Abrió lentamente los ojos, separando la flauta de sus labios y haciéndola reposar en sus rodillas. Miró a los jóvenes con aire distendido, muy relajado.

—La canción ha sido preciosa, maestro —dijo Ryoko, sin poder contenerse más en ofrecer su observación.

—Es muy antigua, tanto que se ha perdido en el tiempo, abandonando las mentes de muchas personas. Excepto la mía, claro está —dijo con un poco de tristeza.

—¿De qué trata? —preguntó Kenji.

—Trata de la creación de un mundo donde los dioses son buenos con sus habitantes. De la llegada de unos dioses oscuros, que inician una guerra con los dioses buenos. Del fin de una Era. Por último, del renacer de ese mundo a otro todavía mejor. Los celtas adoraban esta canción —dijo riendo al final, emulando ese buen recuerdo—. Bueno, habrá que seguir con el adiestramiento. Tenemos tanto que hacer. Vamos a ir a lo importante, la magia. Estad atentos.

Sin levantarse de la silla cerró los ojos, rígido como una piedra sin mover su postura. Su piel se comenzó a tornar de un color claro a uno cada vez más oscuro hasta tornarse de color marrón tierra. Los dos le miraron atónitos intentando articular palabra, pero sin conseguirlo. Taka abrió los ojos. Eran también de tierra. Sonrió ante la graciosa situación, sobre todo viendo las caras de sus alumnos.

—¡Dejadlo! Os empezáis a parecer al tonto del pueblo. Para empezar, cerrad las bocas. Os van a entrar moscas —hicieron lo que les decía al instante—. Para seguir Ryoko dame un golpe fuerte en el pecho, no tengas miedo ni te asustes.

Ryoko se levantó, acercando sus pasos hasta la silla donde se encontraba sentado Taka. Una vez allí le asestó un golpe tan fuerte que este se deshizo en un montón de tierra esparcido por la silla y el suelo. Los granos de tierra

que habían formado el cuerpo del maestro se empezaron a mover mecidas por el viento disgregándolas hacia diferentes partes. Ryoko intentó que no se separasen, pero no lo consiguió. Kenji se acercó a ella para ayudarla, sin éxito. A sus espaldas el montón de tierra se volvía a reunir creciendo en tamaño hasta alcanzar la altura y la forma de Taka. Este levantó una mano, tocando a sus alumnos haciendo que volviesen la cabeza, volviendo a su composición original.

—¿Os asusté? —preguntó.

—¡Un poco, eso se avisa! —le riñó Ryoko enfadada y asustada a la vez.

—Perdón pequeña, no era mi intención —dijo acariciándole los cabellos, con una de las manos—. Lo que acabáis de ver es una transformación de la composición del cuerpo a tierra. Es útil si necesitas ocultarte en algún sitio de campo o si quieres desplazarte sin ser visto por ojos indiscretos. Sentaos en el suelo e intentadlo —hizo una pausa corta para darles indicaciones—. Recordad que todo en esta vida está formado por partes microscópicas de energía y materia. A partir de ella, podéis conseguir cualquier cosa, incluso un puente de tierra que cruce el Mar ojo del Vidente.

Ambos se volvieron a sentar, cerraron los ojos. Acompasaron la respiración, concentrándose en cada parte de sus cuerpos por minúscula que fuera. En su mente podían ver el cambio de materia a un cuerpo de tierra. La energía que emanaban parecía provocar el efecto deseado. Kenji abrió los ojos para ver si lo había conseguido. Ante él levantó la mano derecha, esta era de tierra, pero el resto del cuerpo seguía con su forma normal. Miró a Ryoko seguía con los ojos cerrados. Había avanzado un poco más, las piernas al completo eran de tierra e iba subiéndole por las caderas y la cintura. Abrió los ojos parando el efecto. Miraron a Taka, que les observaba animado y algo divertido.

—¿Por qué habéis parado? Lo estabais haciendo muy bien para ser la primera vez. Normalmente, no sale a la primera. Incluso un habitante que poseyese habilidades mágicas de las Tierras de la Eternidad, le habría costado al menos una docena de intentos —dijo orgulloso—. Cerrad los ojos y seguid. Yo os aviso cuando lo completéis.

Cerraron los ojos de nuevo dejándose llevar por la oscuridad, concentrándose para realizar el cambio por completo. Notaban la energía recorriendo su piel, músculos, órganos... Pasó bastante tiempo, imposible precisar cuántos minutos podrían haber sido. La presencia de Taka se

notaba dando vueltas a su alrededor. El sonido de sus pasos al andar llegaba hasta los oídos de los muchachos con una nitidez increíble, aunque se escuchaban un poco distintos a los que estaban acostumbrados. Hacían vibrar el suelo.

—Bien, abrid los ojos y miraros el uno al otro de arriba abajo, a ver qué os parece —dijo Taka alejándose un par de pasos de ellos, dándoles tiempo para asimilarlo.

Ryoko y Kenji se giraron mirándose. Los cuerpos de los dos se habían transformado completamente en tierra. Aun en esa forma, a Kenji le parecía que Ryoko estaba preciosa. Ryoko se sonrió bajo la atenta mirada de su compañero. Taka se acercó de nuevo para ver todo el conjunto, asegurándose de que lo habían realizado completamente. Al no ver ningún fallo en el cambio, se paró delante de ellos asintiendo con la cabeza a modo de aprobación. Aplaudió con una sonora palmada, satisfecho con los resultados.

—Lo habéis hecho muy bien. Estoy gratamente sorprendido. En verdad sois unos alumnos de matrícula. Ahora quiero que volváis a cerrar los ojos para que volváis a vuestro estado normal. Solo tenéis que pensar en cómo sois en origen físicamente, reteniendo la imagen en la mente para hacer realidad el cambio. Como antes, tomaron posiciones siguiendo las indicaciones de Taka para regresar a su origen sin percances. Les llevó un tiempo, aunque algo menos que la transformación a tierra. Taka les examinó de nuevo, dándole una palmadita en la espalda a cada uno, antes de decirles que se pusieran en pie y abriesen los ojos. Los dos jóvenes se volvieron a ver tal como eran. La joven se abalanzó a los brazos de Kenji celebrando que lo habían conseguido, con un grito de alegría.

—Podéis estar contentos. En solo dos intentos os habéis convertido en tierra y tan solo en uno para la vuelta a la normalidad —comentó Taka situado frente a ellos con los brazos cruzados delante del pecho—. Practicareis un poco más después de comer, pero no demasiado. Mañana partiremos de viaje temprano. Al romper el alba.

—¿Hacia dónde? —preguntó Kenji, mientras Ryoko se seguía aferrando a él con su abrazo.

—Al Abismo Oscuro, en busca de información sobre el paradero de Genbu —dijo encaminando sus pasos hacia el interior de la casa, sin dejar tiempo a los jóvenes para que hicieran más preguntas.

Ante la desaparición de su maestro al interior de la vivienda, sin más preámbulos, Kenji le dio un beso apasionado a Ryoko. Esta le abrazó pasando los brazos alrededor del cuello, mientras él agarraba fuerte su cintura, sin ser conscientes de la aventura que les esperaba al siguiente amanecer.

OceanofPDF.com

Capítulo VIII

OceanofPDF.com

La entrada al submundo

El resonar de sus propios pasos les acompañó cada segundo de marcha en los últimos días. Los bosques, la lluvia, el viento y el sol hacían más o menos llevadero el viaje que habían emprendido hacia las tierras de Genbu. Intentaron convencer a Taka de hacer el viaje a través de uno de los portales para que así resultara más fácil recorrer tanta distancia, pero él se negó. La razón era muy sencilla para Taka. Por una parte, reconocerían el terreno en futuras ocasiones, por otra les hacía más resistentes a los viajes pesados y así tendrían tiempo de practicar lo aprendido.

Ese último día de recorrido habían llegado junto a las costas del Mar ojo del vidente. En el que unas aguas calmadas les dejaron disfrutar de las maravillosas vistas, desde un sitio ya conocido por los dos jóvenes, el Tori carmesí. Allí acamparon esa misma noche para dormir acunados por el suave arrullo de las olas. El fuego de una pequeña hoguera prendida por Taka hacía a su vez de lámpara en la húmeda oscuridad del ambiente. El calor de las llamas reconfortaba a los tres compañeros de viaje calentando su carne y huesos. A mitad de la noche, metido en un saco para dormir Kenji se despertó con la sensación de que alguien cantaba. Se levantó cuidadosamente sin despertar a nadie más, encaminándose sigilosamente hacia donde escuchaba la voz. Era una voz muy suave, casi seductora. Estaba casi al borde de la isla cuando le pareció ver una forma en el agua que desapareció a los pocos segundos. A su espalda sonó una pisada fuerte, seguida de una respiración en su nuca.

—Yo que tú no iría tras ese sonido. Sólo te llevará a una muerte segura —era Taka, mirando hacia el mar por encima de sus hombros—. Las Ningyo, o Sirenas, como las llaman en occidente, no son muy amigables en esta época del año. Están en su época de cría, necesitan sangre lo más caliente posible para que eclosionen las huevas de sus futuras hijas. Por lo demás suelen ser bastante pacíficas, si no se les molesta demasiado —se dio la vuelta regresando a la hoguera para seguir durmiendo—. Deberías intentar dormir, el amanecer se acerca.

Kenji echó un último vistazo al agua en movimiento, en su ir y venir, contra la orilla de arena blanca. Volvió sobre sus pasos hasta su saco, se introdujo en él sin hacer ruido acurrucándose, y cerrando los ojos volvió a descansar.

El alba rompió la tranquilidad de la noche con sus rayos, despertando a todas las criaturas diurnas. Los pájaros comenzaron a cantar como cada mañana desde que estaban allí. La luz se reflejaba sobre las partículas de agua marina haciendo que brillaran como pequeños diamantes, esparcidos por toda su extensión.

Ryoko se levantó la primera recogiendo el saco, enrollándolo bien apretado y atado con una cuerda. Taka y Kenji hicieron lo mismo nada más levantarse. Encendieron la hoguera de nuevo y prepararon el desayuno para después continuar con el camino. Esta vez, cruzando el mar. Se dirigieron hacia la playa donde Kenji había avistado la Ningyo. En ella, atada a un poste, se hallaba una barca con dos remos en su interior. Taka levantó la mano derecha señalando con el dedo hacia la pequeña embarcación, indicando el destino al que se dirigían. Una vez allí, metieron todas las cosas en ella, empujaron el bote hacia el mar y subieron de un salto a bordo.

—Bien, ahora nos toca remar —dijo Taka dándoles un remo a cada uno—. Nuestro objetivo es poder llegar en unos tres días aproximadamente a la Playa Sombría —los dos jóvenes le miraron como quien no sabe el idioma en el que le están hablando—. Está bien, comenzad a remar de una vez y me pensaré si hacer que las mareas nos lleven allí en un tiempo algo inferior —renqueó en su respuesta.

Los remos al principio parecían menos pesados, pero según pasaban las horas se notaba el cansancio de remar con la fuerza del agua en contra. Los brazos de Ryoko y Kenji comenzaban a estar cansados del movimiento continuo. En sus caras, no se distinguía lo que era sudor de lo que eran gotas de mar salada. Casi al atardecer, unas sombras por debajo de la superficie comenzaron a rodearles, dando vueltas alrededor como peces. Una de esas sombras salió a saludar de un salto, apoyando sus brazos en el borde del bote, mirando a cada uno de los ocupantes con sus ojos color coral, menos a Taka.

—Buenas tardes viajeros, ¿qué os trae a estas aguas? —dijo una mujer de pelo negro como el carbón y piel blanca como la leche. Se dirigió a los

jóvenes, sin percatarse de la mirada que el señor del cielo le estaba dedicando.

—Buenas tardes, Lienca —dijo el dios con tono severo mientras ella volvía la cabeza hacia él.

—Señor de la Isla, no sabía que iba con estos jóvenes —hizo una reverencia de cabeza—. ¿Hacia dónde van?

—No creo que sea asunto de una Ningyo, ¿no crees? —contestó poniéndola en su lugar.

—Es cierto, ¿podemos ayudarlos en alguna cosa? —sugirió con aire sombrío, Lienca. Algo de lo que se percató Taka al instante.

—No, por el momento no. Aunque si se me ocurre algo te llamaré. Por ahora, manteneos alejadas de la embarcación.

—Eso está hecho, señor de la Isla de los Sueños. Adiós —dijo alejándose a nado lo más rauda que podía, seguida de sus compañeras.

—Creo que no nos molesten más, pero por si acaso voy a remar un rato. Ryoko. ¿Me dejas tu sitio? —ella accedió de buen grado apartándose, intercambiando su sitio con el del maestro.

Taka marcó el ritmo como si estuviesen metidos en una galera de las películas de la Roma clásica. «Aprisa», decía su cabeza. ¿Qué es lo que podían hacer unas sirenas contra un ser como Taka? Pensaba Kenji, mientras le latían los músculos a causa del esfuerzo al que estaban sometidos. No tardó mucho en llegar la respuesta a su pregunta. Un golpe fuerte azotó la barca sin previo aviso. Luego otro, y otro más. Ryoko se asomó levemente al borde del bote para ver qué estaba pasando. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Lienca y sus seguidoras embistiendo a la estructura del barco una y otra vez. Del sonido de golpes y el movimiento agresivo de la barca, pasaron a escuchar un crujido de maderas al romperse, seguido de un chorro de agua que comenzó a entrar a presión en el interior, por una de las tablas.

Al ver la situación, Taka lanzó el remo contra la siguiente sirena que venía a embestirles dándole en la cabeza, lo que provocó que se hundiera hacia el fondo marino. Cogió el otro remo de las manos de Kenji, justo en el momento en el que Lienca emprendía otra vez la ofensiva para dar un nuevo golpe aún más fuerte que los anteriores, aumentando la velocidad de nado de su aleta. Taka esperó el momento en el que Lienca estuviese más cerca para dejarla inconsciente y así cesar la ofensiva por parte de sus

compañeras. Lanzó de nuevo el remo con tanta fuerza que la sirena no pudo evitar su trayectoria, dándole de lleno en mitad de la espalda. De la sirena surgió un chillido de dolor ensordecedor. Desapareció por un instante de la vista de todos, hundiéndose en las aguas negras.

—Creo que se acabó la travesía en barco, chicos —dijo Taka suspirando—. Estamos a poco más de dos días de navegación hacia la costa, gracias a la tensión generada por Lienca. El bote no va a aguantar más de unas pocas horas, teniendo en cuenta la entrada de agua y las grietas en las tablas. Es muy posible que se haga pedazos.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Ryoko con aire preocupado, mientras Kenji vigilaba que no volvieran las Ningyo al ataque.

—Pues vamos a volar, pero no os acostumbréis —saltó hacia el cielo cambiando de forma. Sus brazos se tornaron en unas enormes alas cubiertas de plumas. Sus piernas se convirtieron en unas garras enormes. Así hasta que, encima de ellos, vieron un Halcón de dimensiones épicas—. En poco más de una hora estaremos en Playa Sombría. Agarraos con fuerza, no quiero que os caigáis en el mar —dijo Taka.

Lienca volvió a salir a la superficie. Esta vez, seguida por más de treinta de las suyas, para acabar con ellos de una vez por todas. Emprendieron a toda velocidad su marcha surcando las olas como si fuesen tiburones en busca de su presa. La distancia entre la barca y ellas se hacía cada vez menor. Taka, descendió cogiendo la embarcación con fuerza entre sus garras. Se elevó hacia el cielo soleado, dejando a las sirenas gritando de rabia y elevando sus puños cerrados hacia ellos en señal de venganza. Los jóvenes, las miraban desde las alturas. Lienca era la única que se mantenía callada, mirando cómo se alejaba surcando el cielo el gran halcón, hasta que desapareció de su vista por completo.

Las nubes se fueron agolpando unas contra otras en el horizonte, siguiendo la trayectoria del vuelo del ave rapaz. Las plumas de este vibraban con el viento al aletear con batidas fuertes y rápidas recorriendo una enorme distancia a cada movimiento de las alas. La Playa Sombría, se veía a lo lejos como un paraíso de arena cobriza, donde podrían descansar de la movida travesía que habían sufrido a través del mar. Al comienzo del vuelo, Kenji y Ryoko no pudieron más que estar nerviosos por el estado en el que se encontraba la embarcación. Temerosos de que se partiese por cualquiera de las tablas resquebrajadas, en cualquier instante, haciéndoles

caer desde gran altura, sin remedio. Aunque poco después, más segura, Ryoko se relajó durmiéndose acurrucada sobre el pecho del joven.

Kenji no dejaba de mirarla, acariciando la larga melena de Ryoko, como si fuera una bella cascada de color caoba. La cabeza del halcón dirigió su mirada hacia el joven sin parpadear. Observando la situación que era, como mínimo, tierna, aunque podía complicar las cosas en ciertas situaciones. Decidió abordar el tema lo más silencioso posible para que no se despertase la agotada muchacha.

«Ten cuidado Kenji», dijo la voz de Taka resonando en su cabeza. «Sé que sois jóvenes. Os atraéis mutuamente e incluso diría que os habéis enamorado por la manera en que os miráis. No es malo, pero recuerda que ella puede ser tanto tu fuente de energía como una debilidad, y lo mismo le pasará a ella contigo».

—Lo sé, pero son muchos años de amistad que se han convertido en algo más. No podemos evitarlo —contestó Kenji entre susurros—. Ella es la mujer con la que me gustaría pasar toda la vida. Aunque, como dicen mis mayores, la vida da muchas vueltas. Nunca se sabe con quién vas a acabar.

«De momento disfrutad de la compañía mutua. Si tenéis un futuro en común lo descubriréis paso a paso. Ahora disfruta de las vistas. Estamos a punto de aterrizar en el Reino del Abismo Oscuro». Terminó mirando al frente, a la par que Kenji.

La gran ave descendió suavemente en dirección a la playa, intentando no despertar a la joven de su descanso. Dejó de aletear, planeando hasta llegar a tierra firme. A pocos metros de altura, agitó levemente las alas para descender lo más despacio posible, notando como poco a poco se hundía la madera de la barca en la arena hasta encallar en un sitio fijo. Se elevó de nuevo en el aire bajando hasta la playa transformado de nuevo en el hombre que bien conocían. Apoyó una de las rodillas en tierra. Su cara denotaba cansancio. Se irguió torpemente y caminó hasta donde estaba Kenji, recostándose en la arena al llegar a su lado.

—Creo que voy a descansar un rato. Si ves algo extraño despiértame —dijo Taka cerrando los ojos dorados.

El sonido de las olas les acompañó relajando sus cuerpos durante unas horas, hasta que el atardecer se ciñó a los cielos. Ryoko se despertó y se estiró después de la reparadora siesta mirando a Kenji con un brillo especial en sus ojos castaños. Miró luego a Taka que seguía tumbado. Sin mover un

musculo, sin estar tapado por una manta para acumular calor, mientras dormía. Kenji y Ryoko salieron de la barca acercándose a la orilla del mar para dar un pequeño paseo por la playa.

Las olas iban y venían ante la callada mirada de los dos. Ni un ser marino asomaba la cabeza por la superficie cristalina del agua salada. Tras ellos, un camino de huellas de pisadas marcadas en la arena a cada paso que daban. Ryoko puso las manos a su espalda agarrándoselas, adoptando una postura coqueta. Kenji estaba con los brazos cruzados al pecho vigilando por si algo más pudiese pasar. En las pocas semanas que llevaban allí, había aprendido que ese lugar no era tan seguro como parecía. Aunque peligroso, ese mundo dejaba traslucir toda su hermosura, brindándosela a los ojos de aquellos que la miren, llenándole el corazón de paz y tranquilidad.

—¿Kenji? —Irrumpió en el silencio Ryoko.

—Sí —contestó Kenji mirándola con cariño.

—¿Cómo crees que acabará esto?

—Creo que tenemos dos opciones. La primera es que juguemos bien nuestras cartas y aprendamos todo lo posible saliendo victoriosos. Volviendo a casa como esperamos —respondió Kenji sin mencionar la segunda opción.

—¿Y la segunda? —preguntó ella sabiendo la respuesta de antemano—. Es que acabemos muriendo, ¿no?

Kenji asintió con la cabeza, descruzando los brazos. Abrazó a su compañera para reconfortarla, ahora que ella también había pensado en los posibles resultados de la guerra en la que se habían visto inmersos. Después de un rato en silencio, sumidos en el abrazo regresaron hacia donde estaba Taka recostado. Una vez llegaron a su lado se despertó, abrió un ojo seguido del otro viendo que a su alrededor estaban solo sus jóvenes discípulos. Se sentó en la arena con las piernas cruzadas, giró la cabeza a un lado y luego a otro.

—Bueno chicos, espero que halláis descansado algo porque tenemos que proseguir nuestro camino, hacia el centro del reino —se puso de pie mientras hablaba.

—¿Por dónde vamos a ir? —preguntó Kenji.

—A la altura que estamos, iremos en dirección a la entrada del Abismo. Cruzaremos el Rio Paseo del Rey hasta llegar al Bosque de los suspiros. Desde allí, seguiremos hasta alcanzar el Rio Escarlata, el cual también

deberemos cruzar. Luego, sin demorarnos estaremos al descubierto campando por el Páramo del Abismo hasta la Roca Oscura, donde se halla la entrada al reino de Genbu —explicó sin miramientos.

—¿Y eso en días de camino cuánto es? —preguntó Ryoko, preocupada.

—A pie es mes y medio de camino, puede que algo más, pero tal y como lo tengo pensado unos siete días serán suficientes —dijo sonriendo, llevándose los dedos hacia la comisura de los labios haciendo sonar un gran silbido parecido al de su forma de ave.

Del cielo surgió el ruido de un batir de alas tan fuerte como un trueno en una tormenta. Tras las nubes, aparecieron tres criaturas aladas tan grandes como unos caballos adultos. La mitad superior de su cuerpo era como la de un águila, la mitad inferior como la de un león. Las tres criaturas aterrizaron cerca de Taka, aproximándose para que les diera unas tiernas caricias. Emitieron un chillido en agradecimiento tras cada pasada de mano por las suaves plumas.

—Os presento: estos son los grifos. Algunos de mis más fieles súbditos —comentó con orgullo—. Pueden llevarnos hasta la linde del Rio Escarlata. A partir de allí, deberemos ir andando hasta nuestro destino, ¿qué os parece?

—¿Puedo tocarlos? —dijo Ryoko con cautela—. Son preciosos.

—Acércate, no tengas miedo. No atacan a no ser que les tires de las plumas. Les molesta mucho —miró al atónito Kenji, para él esas criaturas eran tan mitológicas como la leyenda de Merlín, aunque dado todo lo acontecido... ¿Por qué no creer en todo lo que es mágico? — Acércate también Kenji, necesitan conocer tu olor.

Ambos se aproximaron a los animales con cautela. Uno de ellos se acercó a Ryoko, bajando la cabeza para situarla a la altura de la mano para que le diera mimos. Ryoko le correspondió acariciándole a favor de las plumas, una y otra vez, notando como sonaba un pequeño ronroneo como el de un gatito que se siente a gusto con la mano que le toca. Kenji hizo lo mismo. Otro de los grifos se acercó a donde se encontraba comenzando a dar vueltas alrededor del chico, olfateando cada fibra de su ser hasta llegar cara a cara con el joven. Le miró con sus ojos, como si deseara ver dentro de su alma. Eran de una profundidad negra increíble. Apoyó la cabeza de águila en el hombro del joven rozándose con su cara en señal de amistad, siendo correspondido con un abrazo por Kenji.

Taka se rio a carcajada limpia viendo la escena que tenía delante de sí mismo. Los grifos estaban encantados con sus nuevos amiguitos, dándoles muestras de cariño y respeto. Les consideran unos buenos compañeros de batalla, en tiempos de guerra, y amigos, en tiempos de paz. Los grifos... son unas de las criaturas más fieles y honorables de las Tierras de la Eternidad, pensó para sus adentros.

—Veo que os caéis muy bien —exclamó alegremente—. Eso es maravilloso. En los próximos días seréis compañeros de viaje. Solo unas breves instrucciones —dijo levantado la mano para señalar alzando los dedos mientras enumeraba—. Primero, nunca les tiréis de las plumas, abrazarles el cuello. Segundo, en tierra les limpiareis el plumaje y el lomo. Tercero, os ocupareis de alimentarles en estos días. Para ellos, es una señal de respeto y de agradecimiento. Así que os tocara cazar. Suelen comer carne de rata, conejo, liebre... sobre todo animales pequeños porque de esa forma la digestión es más fácil para ellos. ¿Alguna pregunta?

Los jóvenes negaron con la cabeza, acariciando sin parar a los grifos que no se separaban de las manos que les brindaban su cariño. El grifo que se encontraba al lado de Taka pidió su ración de caricias, después de un rato de aguantar viendo como sus compañeros las recibían de los dos muchachos. Este extendió la mano derecha acariciándole sin dejar de mirar a Kenji y Ryoko que parecían dos niños con juguetes nuevos en el día de navidad. El grifo se dio cuenta. Le dio un leve mordisco con el pico a modo de regañina.

—¡Ah! Está bien, dejaré a los chicos en paz. Me centraré en ti, pero solo unos minutos. Debemos irnos —dijo juntando su cabeza a la del grifo.

Tras varios minutos brindando afecto a las increíbles criaturas, estas se tumbaron en el suelo para dejar que los tres viajeros subieran a sus lomos y reemprender el trayecto. Una vez a lomos de los grifos estos se pusieron de pie sobre sus patas, dirigidos por el que montaba Taka. Comenzaron a trotar aumentando la velocidad de carrera hasta dar un tremendo salto abriendo sus enormes alas, moviéndolas con fuerza, elevándose hacia los cielos. Con los picos de los grifos hacia delante surcaron el aire como si no hubiera nadie que pudiera detenerlos. El vuelo de estos seres resultaba majestuoso a la vista.

Los días pasaban en compañía de los grifos cumpliendo con las tareas encomendadas por el mago. Las grupas de los animales brillaban con cada

cepillado al igual que sus plumas. Su apetito no dejaba indiferente a los chicos. Al día, podían comer unas doce piezas de caza menor en pocos bocados. En el poco tiempo que estaban en tierra firme, seguían aprendiendo de Taka los misterios de la transformación del cuerpo en tierra, así como sus diferentes usos, muy útiles en ocasiones. Ryoko, tras un par de días, había conseguido fundirse con el terreno ocultándose por completo de la vista de Taka y Kenji. Por otro lado, Kenji había terminado de esparcirse en forma de tierra por el campo y reunirse de nuevo en su cuerpo original. Los tiempos de ejecución habían pasado en las últimas semanas de minutos a segundos, haciendo que Taka se sintiera muy orgulloso de ellos.

Habían llegado a la última noche que pasarían en compañía con los grifos. Acampados en la orilla del Rio Escarlata, alrededor de una fogata situada dentro de un círculo de piedras para evitar su propagación por todo el terreno. En el centro del fuego, había unos espetos clavados con unos peces asándose lentamente, para ser cenados una vez estuviesen listos. Frente a ellos, una pila de conejos y liebres de la zona, que hacían las delicias de las criaturas aladas. Estas agarraban cada pieza con el pico y la lanzaban al aire engulléndolas casi de un bocado a pico abierto al caer en su interior. Luego se recostaban sobre la hierba, con las alas plegadas sobre el lomo y la cabeza apoyada sobre una de sus patas, como si de gatos durmiendo la siesta se tratase.

Los peces estaban listos con sus escamas doradas por el fuego. Kenji cogió los espetos repartiéndolos a cada uno de los comensales e hincándole el diente al suyo con ganas. El sabor del pescado era de lo más sabroso que habían probado en los últimos días. Habían seguido una dieta de carne desecada y pan de cereales que tenían en las alforjas desde la Isla de los Sueños. Por fin, se había terminado. Ciertamente la pesca fue más pesada de lo que habían pensado, sobre todo por el tiempo que tardaron en picar en el anzuelo. Estaba hecho con una cuerda de cuero y lombrices de tierra, pero mereció la pena esperar.

La noche oscura instauró su reinado en el Páramo del Abismo. Calmados, poco a poco, fueron relajando los músculos de los cuerpos de los presentes llegando la hora de descansar. Kenji es el único que no terminaba de coger el sueño, limitándose a mirar a su alrededor viendo a todos dormidos. Taka y Ryoko estaban cada uno en su saco. Los grifos, acurrucados como una camada. Dirigió la mirada hacia las estrellas, a pesar

de que entre las nubes muy pocas se dejaban entrever. Las que lo hacían, brillaban con un leve parpadeo, como el de quien te guiña un ojo.

Desesperado por no poder conciliar el sueño, salió de su saco incorporándose bajo la mirada de uno de los grifos, que abrió uno de los ojos para ver qué pasaba. Kenji comenzó a pasear sin alejarse demasiado del campamento, se sentó con las piernas cruzadas apoyando sus manos en las rodillas. Acompasó la respiración para oxigenar sus pulmones todo lo posible, decidiendo practicar un poco. Esta vez quiso hacer algo diferente, algo que no había intentado aun. En vez de transformar su cuerpo en tierra, pensó que sería interesante que fuera duro como una roca, pero móvil, sin volverse una pequeña montaña. Cerró los ojos, comenzando a escuchar a los pocos segundos un crepitar que comenzaba desde sus pies y sus manos. Iba subiendo hasta llegar a su tronco y cabeza, dejando de hacer ruido en tan solo unos segundos. Abrió los ojos mirándose las manos examinándolas hasta el más mínimo detalle, siguiendo por el resto del cuerpo. Este era como el de una estatua de la Grecia clásica, pero de roca pulida.

Se puso de pie, con las palmas de las manos dirigidas hacia arriba. Cerró los puños. Rápido chocó fuerte sus nudillos entre sí haciendo sonar el ruido de las rocas con un estruendo como en un valle de montaña. La piedra era grisácea, como la base del monte Fuji, en Japón. A su espalda, escuchó el ruido de alguien que parecía desvelarse. Al volverse vio que era Ryoko que se estaba dando la vuelta hacia otro lado. Decidió ver lo rápido que era con el cuerpo rocoso. Comenzó a dar veloces carreras cortas de unos metros sin parar de un lado a otro durante unos minutos. Después, comprobó la fuerza de los golpes al aire, ejecutando una de las formas de karate que había aprendido desde niño, haciendo más pruebas hasta quedar totalmente satisfecho.

Volvió a sentarse en la misma postura que al inicio. Comenzando a cambiar, recordando su cuerpo original de nuevo, hasta que escuchó el crepitar que iba desde el centro de su cuerpo hasta los dedos de sus extremidades, dejando en silencio todo a su alrededor una vez terminó con el proceso. Volvió a mirarse, para ver el cambio completado. La roca no cubría un centímetro de su piel. Una mueca de satisfacción asomó en su cara. Regresó de camino a donde se encontraba su saco de dormir con pasos sigilosos. Ninguno de los que estaban durmiendo le prestó atención. Se introdujo en el saco dejándose llevar por la sensación de triunfo tras la

práctica realizada y se quedó dormido mecido por el sonido del agua del río hasta la mañana siguiente.

Al romper el día Taka preparó un desayuno para ellos y los grifos, siendo la última comida que harían juntos. Una vez terminaron de ingerir los alimentos, Taka se despidió de los animales dejando que Kenji y Ryoko les dieran muestras de afecto antes de que estos emprendiesen el regreso a sus nidos con sus parientes alados. Los jóvenes y las criaturas no querían separarse, aunque al final la despedida fue inevitable. Situados junto a su maestro, vieron como comenzaban su trepidante carrera hasta que se alzaron sobre sus cabezas con un chillido de despedida, desapareciendo en el horizonte sin dejar rastro alguno de su presencia. Taka se volvió hacia ellos.

—Recojamos las cosas, tenemos unos días de camino hasta que veamos la entrada a la Roca Oscura —dijo Taka haciendo que salieran sus pensamientos al exterior.

Cada uno cogió todo lo que le pertenecía. Enrollaron los sacos, atándolos con las cuerdas de cuero, fuerte, para que no se soltaran. Metieron el resto en las alforjas, cerrándolas y colgándolas a sus espaldas para continuar con el camino a pie guiados por Taka. El camino se hacía tedioso. A su alrededor todo era campo de hierba baja. No había ni una sombra más que las de los caminantes. A lo lejos se distinguía algún árbol solitario. A veces, algún grupo, pero muy limitado. Se veían pocos animales, algún corzo que salía corriendo al verlos, diminutos ratones de campo, alguna serpiente enroscada que, solo miraba su caminar, sin ni siquiera dignarse a amenazarlos con su siseo.

Taka les animaba a caminar incluso a elevadas horas de la noche para así llegar a una de las arboledas, cocinando algunos hongos parecidos a los champiñones, mezclados con carne de culebra asada, que por cierto tenía un sabor entre conejo y pollo. Las noches de primavera en el Páramo del Abismo no eran tan cálidas como pudieran parecer. Por ello, se agradecía el calor de un buen fuego que sacará el frío de los huesos de los viajeros. Poco a poco, la distancia fue mermando entre ellos y la Roca Oscura, el lugar más desconocido para Kenji y Ryoko, por falta de información aportada por parte de su maestro.

Al fin alcanzaron su destino, después de tres días casi sin descanso. Delante de ellos se alzaba un montículo de piedra negra con vetas blancas y

grises de unos veinte metros de altura, el doble de ancho, de forma irregular como una montaña solitaria. Caminaron a su alrededor hasta que vieron una entrada de la altura de un hombre adulto, a cuyos lados se hallaban un par de antorchas largas clavadas en el suelo, encendidas. Con la mano derecha, Taka hizo una señal para que le siguiesen, entrando en la oscuridad de la roca de obsidiana. Kenji y Ryoko le siguieron sin decir palabra alguna, con actitud vigilante hacia lo que pudiese pasar en el interior.

Se adentraron en la gran roca descendiendo a través de una gruta estrecha, mal iluminada por una luz tenue y vacilante proveniente de cristales en las paredes, avanzando a lo que suponían que era el final del camino. El agua que se filtraba por la tierra les hacía de guía por el camino pedregoso, mojando sus botas, haciendo que sonara el chapotear de sus pies al andar. Delante de Taka no se veía prácticamente nada, a pesar de que Kenji y Ryoko intentaron mirar hacia el fondo para distinguir algo sin éxito. Las horas pasaron como si fuesen días en la oscuridad de la caverna. Por fin, se acercaban a la luz tenue cada vez más visible, apresurando el paso según avanzaban hacia el final del camino.

Llegaron ante un arco de piedra excavado en la pared de la cueva con una enorme hoguera frente a ella. El arco tenía escrito algo en una lengua arcaica, de bella caligrafía que solo el mago pudo entender nada más verla. Pasaron el arco obteniendo acceso a una escalera que parecía bajar a las profundidades más inexploradas de la tierra. Los escalones estaban finamente pulidos recubiertos con placas de mármol blanco e iluminada perfectamente con antorchas clavadas en la pared de piedra. Siguieron paso tras paso el descenso, aumentando poco a poco el calor de la cueva hasta una temperatura similar a la del exterior.

La hermosa escalera parecía no tener final. Solo hacían que bajar y bajar, con cuidado de no resbalar por el mármol que se había humedecido por la condensación del agua y le hacía brillar como el estanque de un parque, filtrando los rayos del sol del mediodía. A su alrededor, solo escuchaban los pasos de los visitantes al caminar, su respiración agitada a causa del esfuerzo y las gotas del techo de la cueva al caer sobre pequeños charcos del líquido elemento, apenas visibles para el ojo humano. Tras largo rato de incertidumbre, la escalera comenzó a hacerse más ancha hasta terminar en una especie de recibidor semicircular, tan grande como la antesala de las murallas de un castillo.

El suelo al igual que el de la escalera, era de mármol blanco rodeado de las paredes de la cueva, pero alisadas como si alguien las hubiera lijado para ampliar el espacio. A pocos metros de distancia un portón de madera tallada con bellas ilustraciones de personas esbeltas, con las orejas terminadas en punta.

Era muy grande, de unos cinco metros de altura y unos cuatro de ancho. Las imágenes mostraban diferentes pasajes como si de una historia se tratase. Abajo del todo, se podía ver como crearon el mundo. Según se elevaba la mirada, veían la creación de reinos... guerras... así hasta llegar a lo más alto, donde tres mujeres se hallaban sentadas en sillas majestuosas. Una de ellas por encima de las otras dos.

Kenji y Ryoko se quedaron embelesados mirando cada detalle de la bien pulida puerta, sin fijarse en nada más, hasta que Taka les hizo una señal para que mirasen a los lados de la misma. El marco era de piedra como el del principio de las escaleras, pero más elaborado. Las letras del dialecto labrado, estaban bañadas en plata reluciente, como si las hubieran limpiado recientemente. A ambos lados de la puerta se encontraban dos estatuas de piedra, poco más altas que Taka, con porte regio, muy elegante.

La estatua de la izquierda era un hombre de larga melena vestido con armadura medieval sin casco. En su lugar, llevaba en la cabeza una cinta que le pasaba por la frente. Sus ojos tenían una mirada inexpresiva. La postura de su cuerpo era erguida, como la de un soldado que cubre su puesto. Empuña una espada grande, tipo mandoble, con las dos manos situando la hoja con la punta hacia arriba por delante de su cara.

La estatua de la derecha era de una mujer vestida con ropa más sencilla, botas altas hasta las rodillas, pantalones de lo que parece simular cuero ajustados con un bello cinturón. También un top con labrados de metal para proteger la zona pectoral dejando el ombligo al descubierto. Sus brazos, están cubiertos de piezas de armadura hasta los hombros, uniéndose en la zona del cuello como una gargantilla metálica. Los dedos de los guanteletes están terminados en forma de garras. En una de ellas, sujeta un arco largo de madera noble, con una cuerda tensada, a juego con un carcaj lleno de flechas que le cuelga a su espalda. Su cara es fina, como la de una mujer joven, con el pelo largo recogido en una trenza que le cae por la derecha del esbelto cuello.

—Creo que deberíamos seguir al interior —dijo Ryoko, comenzando a sentirse incómoda ante las estatuas que guardaban la puerta, dirigiendo sus pasos hacia el portón. Adelantó las manos para empujarlo hacia el interior y abrirlo.

—¡No hagas eso, Ryoko! —gritó Taka mientras corría hacia ella apresurado.

Kenji desvió la mirada hacia Taka y Ryoko, a la par que veía como los ojos de las estatuas se encendían con un fulgor rojo fuego. Comenzaron a caer fragmentos de piedra de sus cuerpos, dejando al descubierto a dos hábiles guerreros de piel grisácea, con una mueca de enfado en sus caras. La espada del hombre se balanceó en el aire en dirección a la muchacha, justo a la altura de la garganta, quedando a pocos centímetros de seccionarla. Evitándola gracias a la intervención de Taka, que la tumbó en el suelo, haciéndola rodar hasta donde se hallaba Kenji, pegada a su cuerpo.

Los guardianes de la puerta se giraron hacia Kenji, Ryoko y Taka, poniéndose en guardia para iniciar de nuevo el ataque, esta vez perdiendo el elemento sorpresa que acababan de tener. El hombre de la espada miró a Taka con aire altivo. Se volvió a su compañera diciendo algo en un lenguaje desconocido, pero que el mago entendió desde el comienzo. La arquera sacó una flecha de su carcaj armándola en el arco, sonriendo como una niña a la que le han contado un chiste muy gracioso.

—Kenji, Ryoko, nos va a tocar luchar —dijo el maestro poniéndose en guardia sin arma alguna, fijando su mirada en el espadachín.

Capítulo IX

OceanofPDF.com

La princesa Enelyë

Corriendo de un lado para otro, el joven, esquivaba los ataques de espada, que se acercaban a toda velocidad, para contrarrestar la desventaja de ir desarmado y poder alcanzar a su enemigo. Kenji estaba dando todo lo que podía dada la escasa información de las formas de lucha de las gentes del Abismo Oscuro. Entre tanto, Taka y Ryoko se enfrentaban a la hábil arquera, dividiendo su campo de visión para conseguir asestarle un golpe lo suficientemente fuerte como para dejarla fuera de combate e inmovilizarla, sin éxito. Las flechas volaban a su alrededor silbando como dardos cerca de sus cuerpos sin tocarlos, por sus ágiles movimientos.

El soldado iba más lento de lo que se esperaba. Deseaba alcanzar al muchacho con su mandoble, pero no lo conseguía. Cada vez que se acercaba a darle un golpe mortal, el adolescente humano lograba evitarlo con un simple cambio de dirección. Todavía no había logrado alcanzarle. Eso le sacaba de quicio. Que una débil criatura como esa le tomara el pelo, a él. Nindrol, el mejor guerrero de los elfos oscuros de la Fortaleza Oscura. Echó un vistazo de reojo. A su hija Anairë tampoco le iba mucho mejor. Aunque a diferencia de él, ella se enfrentaba a Taka, uno de los grandes señores, un dios menor. Ante esta visión, decidió realizar un último esfuerzo para vencer al joven.

Nindrol se quedó en guardia, con la espada en alto, para asestarle un golpe definitivo. Sus piernas se asentaron como las de un guerrero samurái antes de decapitar a un enemigo. Kenji se dio cuenta de la estrategia del elfo, tomó la iniciativa corriendo en dirección al soldado con todas sus ganas. En la cara del viejo elfo se dibujó una sonrisa de victoria, mezclada con admiración por el joven, que arriesgaba su vida sin más arma que sus brazos y sus piernas contra el acero templado. A poco menos de un metro, el descenso del mandoble caía raudo como un rayo destructor hacia el cuello de Kenji.

El sonido del acero resonó en toda la caverna. Tintineó como una campana enorme al chocar contra el suelo. El siguiente sonido fue el de un

hombre adulto al dar con las placas de metal de la armadura, que cubre las rodillas, contra el duro mármol. Un grito de dolor ahogado distrajo la pelea de Anairë, Taka y Ryoko. Desviaron sus miradas hacia donde se hallaban Kenji y Nindrol luchando. Esperando, que el contendiente de cada bando no fuera quien había caído.

La imagen sorprendió a Taka y Ryoko, haciendo que la elfa quedara temblando ante la escena. El guardián se encontraba de rodillas con la cabeza agachada cubierta por su larga melena. Los brazos le colgaban a los costados y su espada estaba tirada en el suelo. Cambió la mirada hacia el joven humano que mantenía la posición de ataque, inmóvil, con el brazo derecho extendido en forma de puño. Este se había vuelto completamente de piedra. Anairë abrió los ojos de par en par, miró a la coraza de su padre que estaba hundida, como si le hubieran metido un mazazo con un martillo de guerra. Kenji volvió la cara en dirección a ella. Sus ojos, antes azules, eran ahora morados e irradiaban furia.

«Elfos irreverentes», dijo con una voz solamente familiar para Taka. Adelantándose a Kenji, el dios comenzó a correr hacia la elfa. «Ha llegado tu turno, guapita».

Anairë sacó otra flecha armándola en su arco, sin prestar atención a sus otros dos contendientes, centrando toda su atención en Kenji. Taka llegó hasta ella, la empujó hacia un lado haciendo que cayera al suelo. Continuando con la vertiginosa carrera hacia su alumno, hizo aparecer un largo bastón de roble en la mano derecha en el trayecto. Sus cuerpos quedaron a distancia de combate. Comenzaron a intercambiar golpes, moviéndose como nunca un elfo o humano habían visto en una batalla. Las gotas de sudor recorrían las caras de Taka y Kenji a los pocos minutos, sin desaparecer ese rasgo animal que habitaba en los ojos del joven.

«Taka, déjame acabar el trabajo. Han atacado a dioses menores, ¿Crees que deben irse sin castigo alguno?», gritó la fiera voz del interior de Kenji.

—Kenji, intenta reprimir el instinto que llevas dentro. Un lobo es honorable. Un lobo sabe lo que es justo —le recriminó Taka—. Respira amigo mío, por favor.

Ryoko miró al joven que se detuvo quedando en postura defensiva. Era la segunda vez que le veía en ese estado y le alteraba no saber lo que iba a pasar. Kenji cerró los ojos para respirar concentrándose en su propia esencia. Poco a poco sus puños dejaron de ser de piedra dura, dando paso a

sus manos cálidas de mortal. Siguió dando prioridad a su interior, sin dejar de oír los sonidos a su alrededor. La elfa se sentó perpleja al ver la escena, justo al lado de Ryoko que se encontraba de pie. No hizo amago alguno de levantarse a coger su arco, ni nada parecido. Tenía curiosidad por ver cómo acababa esa situación. Taka seguía frente a Kenji, observándole, esta vez con una postura natural. Kenji abrió los ojos aun de color morado, clavando la mirada en los dorados de su maestro y amigo, el dios del cielo.

«Taka, este joven no debe morir. Lo sabes, ¿verdad?», dijo con voz más calmada.

—Lo sé, no te preocupes. Yo cuidaré de él —respondió el dios, con total sinceridad.

Kenji asistió con la cabeza, bajándola lentamente, a la vez que sus ojos recobraban el color azul cielo que les caracterizaban. Permaneció en silencio. Taka se acercó con calma hacia su joven discípulo para darle un abrazo. Ryoko dejó a la elfa de lado, echando a correr hacia Kenji para ver si se encontraba bien. Cuando llegó, Taka se apartó para que ella pudiera cuidarle. Las lágrimas recorrieron las mejillas de Ryoko por la alegría de ver que estaba sin un rasguño. Se echó a los brazos de Kenji. Apoyó la cabeza en su pecho, después de besarle en los labios.

Taka fue en dirección al soldado que seguía de rodillas, en la misma posición en la que Kenji le había dejado. Se acercó hasta él, agachándose, ante la atenta mirada de Anairë. Nindrol todavía respiraba con un poco de dificultad. El golpe recibido le había hecho un daño terrible. Un hilo de sangre salía de la comisura de sus labios. Taka vio a la joven elfa con cara de tristeza, haciéndole señas para que se acercase hasta el viejo soldado. Se levantó apresurada hasta donde se hallaba su padre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Taka.

—Mi nombre es Anairë. Soy hija de Nindrol, el guardián de la puerta de la Fortaleza Oscura —contestó haciendo una reverencia con la testa.

—Encantado Anairë. No voy a mentirte, Nindrol esta grave. Debemos quitarle la coraza para evaluar los daños y poder atenderle como es debido. Ayúdame.

Entre los dos, cortaron las cintas de cuero que mantenían la parte de la armadura pectoral pegada al cuerpo, separándola con sumo cuidado, para no hacer más daño al veterano de guerra. Posaron en el suelo la parte trasera y delantera de la coraza. La camisola interior de lino color amarillo estaba

cubierta de sangre. Taka cogió una daga de la bota de Anairë, la metió por el cuello de la camisola y la rasgó hasta la cintura. Sacó de su alforja un trozo de tela y un odre de agua, mojando la tela. Comenzó a limpiar la zona descubriendo una gran herida, que manaba sangre sin parar.

Tras unos segundos, que para la joven hija del soldado debieron de parecer horas, Taka impuso las manos sobre la herida haciendo surgir un fulgor dorado, tras el cual, la herida se fue cerrando poco a poco hasta que quedó solo una horrible cicatriz. Quitó las manos echando un vistazo en el resto del torso, por si hubiese alguna otra contusión. Nindrol levantó la cabeza con un suspiro, como si se hubiera ahogado en una piscina de agua helada, seguido de un grito de dolor. Anairë le dijo algo en élfico que sonó tan cariñoso, que no hacía falta entenderlo para saber qué podía ser.

—Gracias, mi Señor —dijo Nindrol—. Siento haberme enfrentado a vos, solo cumplía con mi deber.

—Lo sé, Nindrol. Ahora no te esfuerces, estás herido. Te he examinado, tienes dos costillas fracturadas por eso escupes sangre. Además, acabo de cerrar la herida que te ha causado mi alumno. Debería cuidarte alguno de los médicos de la fortaleza, hasta que estés recuperado —dijo con preocupación.

—¿Tu alumno? No puede ser, tiene la misma mirada que...

—Shhh, no sigas, no es el momento —dijo Anairë, acallando a su padre.

—Chicos, venid a ayudarnos con Nindrol —les llamó Taka.

Ryoko y Kenji se acercaron hacia donde se hallaban, Kenji se acercó a uno de los lados de Nindrol situándose Taka al otro. Le levantaron pasando los brazos sobre sus hombros, y le pusieron en pie para llevarlo al interior de la ciudadela. Ryoko y Anairë cogieron las pertenencias de los hombres, así como las suyas propias. La hija de Nindrol apoyó la mano en la puerta de la muralla, pronunciando solamente una palabra tan suave que parecía un susurro. Tras ella se escuchó un chirrido haciendo que las dos puertas se abrieran hacia el interior, despacio, como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Al otro lado, una decena de soldados más jóvenes que el guardián de la puerta les esperaban con lanzas en las manos, apuntándoles al ver la escena. A una orden de un soldado de alto rango, les flanquearon el paso por las calles de la ciudad hasta el palacio por mandato de la princesa. Según les explicó el jefe de escuadrón. En poco más de un cuarto de hora habían llegado a buen ritmo, acompañados por el sonido de las botas a paso

militar, hasta las puertas de un palacio. Las paredes eran brillantes, cristalinas. Sus puertas, eran de roble exquisitamente labrado. Ante ellas, al igual que en la muralla, había apostados dos guardias, con las ropas y armaduras más negras que habían visto en sus vidas.

—Bienvenidos al Palacio de Diamante, viajeros —exclamó el capitán, brindándoles el honor de la hospitalidad de la princesa del lugar—. Nuestra soberana os recibirá en unos minutos. Entrad, por favor. Mientras tanto llevaremos a Nindrol con nuestro curandero, para que cuide sus heridas. Dos soldados llegaron hasta ellos, para relevar a Taka y Kenji, llevándose al veterano hacia la derecha, bajando por la calle empedrada. Los viajeros entraron seguidos de dos soldados de la puerta y Anairë hasta el salón del trono. Se mantuvieron a la espera de ser atendidos, dejando al grupo que les había escoltado tras las puertas que se cerraron silenciosamente.

Delante de ellos, se extendía una larga alfombra de color cian con bordados dorados a los lados de la misma. La mirada de Kenji y Ryoko se balanceaba de un sitio a otro, contemplando las columnas que sustentaban el edificio, las bóvedas, las puertas de madera barnizadas en color ocre, las lámparas repletas de velas sujetas por soportes en las paredes y cadenas en el techo... Todo ello, en conjunto, era una imagen digna de admiración. A los lados había un séquito de unos treinta guardias uniformados, quietos como estatuas con sus alabardas levantadas frente a ellos. Al fondo de la estancia, se situaba una plataforma elevada con tres majestuosos sillones. Dos de ellos de madera con dibujos lineales tallados, parecidos a los celtas de los libros que le gustaban a Kenji, con el asiento y respaldo de cuero trenzado. El otro sillón estaba más elevado, sobre otra pequeña plataforma que lo sustentaba. Era más grande, parecido a los anteriores, pero con los adornos dorados que le conferían una apariencia más majestuosa.

Permanecieron en la entrada, quietos, esperando a que les recibiera el dueño del palacio. Aunque esperar no era algo que le gustase a ninguno de los presentes en la sala, dada la situación se tendrían que guardar su orgullo para otra ocasión. Un elfo joven que aparentaba la misma edad que Kenji y Ryoko, salió por una de las puertas laterales con paso firme y la cabeza bien alta. Se acercó a uno de los guardias cercanos al trono, aproximó su cara a la oreja susurrándole algo al oído. Dio media vuelta, marchándose de nuevo al acabar, tras la puerta de entrada. El guardia se separó de los demás soldados. Dio unos pasos hacia el centro de la alfombra. Aguardó dos

respiraciones antes de proseguir. Golpeó la alabarda tres veces fuerte sobre el suelo, haciendo que el sonido de los golpes retumbase en todo el salón, demostrando su buena acústica.

—¡Ante ustedes las consejeras del reino, Lady Amara y Lady Shalendra! —dijo el soldado, gritando el anuncio de su llegada a todo pulmón.

Desde la puerta contraria de la que había salido el joven elfo, hicieron su entrada dos mujeres de unos treinta años de apariencia. Ambas tenían una larga cabellera de color negro azabache. Su piel era más bien grisácea, llevaban unos vestidos de manga larga de color verde oscuro ceñidos a sus cuerpos, remarcando sus formas femeninas, con escote en pico. La única cosa que hacía que se las pudieran diferenciar eran los ojos. Los de una eran verde esmeralda y portaba un collar con un zafiro, mientras que la otra tenía los ojos negros como el tizón y llevaba puesto un collar de rubíes de sangre. Las dos se colocaron delante de las sillas más bajas, manteniéndose de pie mirando a los jóvenes y a Taka.

—Hace su entrada su excelencia, Eldar, Príncipe y Capitán de la guardia real —prosiguió el guardia con su labor.

Por la misma puerta volvió a aparecer el joven elfo, de una altura un poco mayor que Kenji. Su pelo rubio platino, largo hasta los hombros, con un par de trenzas finas que caían a su derecha por detrás de su puntiaguda oreja adornada con dos pendientes de plata. El color de piel era más parecido a la de los humanos. En su cara se veían tatuajes con entrelazados, parecidos a los de los pueblos escandinavos de color negro que acentuaban su mirada de color avellana. La ropa que llevaba era muy sencilla: una camisa oscura con el cuello tipo Thor, brazaletes de cuero marrón, simples hasta la mitad del antebrazo. Los pantalones marrones, adornados con un cinturón que sujetaba una espada con su funda a la izquierda y unas botas hasta la rodilla a juego con los brazaletes. Al ver a Ryoko le guiñó un ojo sonriendo y se situó a la derecha del trono principal.

—Arrodíllense ante la presencia de su alteza, Enelyë, Princesa del reino de los Elfos oscuros y protectora del Reino Subterráneo —finalizó el guardia, regresando a su puesto en la fila lateral.

Por la misma puerta que habían aparecido Amara y Shalendra, salió desplazándose con paso sosegado, como si apenas tocase el suelo, una joven elfa un poco mayor en apariencia que el Príncipe Eldar. Llevaba un vestido de seda, como el de sus consejeras, pero sin mangas, de color

violeta con adornos bordados en hilo de plata y oro, dejando ver un poco de su piel a ambos lados del abdomen. En sus muñecas unos brazaletes de metal trenzado, a juego con un colgante que le caía hasta el busto con un cordón de plata terminando en un adorno con forma de corazón, con el centro de diamante. El pelo platino largo hasta el final de la espalda, sujeto por dos trenzas que surgían a cada lado de la cabeza, para unirse en una sola. Subió a su trono dándose la vuelta para encararles con elegancia, dirigiendo una mirada del mismo color avellana que Eldar. Se sentó dejando reposar las manos en su regazo. Las consejeras y el príncipe hicieron una reverencia, tras lo cual Amara y Shalendra se sentaron.

—Acercaros, viajeros del mundo exterior —dijo el Príncipe Eldar, con voz suave.

Anairë se acercó junto a ellos, siguiendo el paso de Taka que se había adelantado para ir a la cabeza en pos del cuadro real. Kenji y Ryoko le siguieron sin bajar la cabeza, con paso ligero manteniéndose detrás de su maestro y mentor en el arte mágico. Llegaron ante una línea invisible trazada por el protocolo ante la cual hicieron una leve reverencia, para no faltar al respeto ni a las normas de cortesía. Eldar fue a hablar de nuevo, pero a una señal de Enelyë desistió de la idea. Se levantó del trono bajando hasta donde estaba situado el grupo, paseando alrededor de ellos con calma. Les examinó a conciencia, hasta la forma que tenían de respirar. Volvió a su sitio, quedando erguida con la vista clavada en Taka.

—¿Por qué has venido a mis dominios, Señor del Cielo y de la Isla de los Sueños? —preguntó regia.

—He venido a buscar a la diosa de la tierra, Genbu. Necesito hablar con ella —contestó sin miramientos.

—No está aquí, al menos por ahora —comentó Enelyë paseando de un lado a otro de su pedestal, con las manos entrelazadas por delante del cuerpo—. Además, eso no justifica que halláis atacado a la guardia de la puerta, ¿tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

—¡Ellos nos atacaron en primer lugar, sin preguntar siquiera antes de actuar! —a Ryoko se le escapó un grito de indignación por la acusación. Taka giró rápido la cabeza hacia ella con una mirada fría, haciendo que la joven se callase al momento. Esta evitó la mirada del dios.

—¿Ellos os atacaron primero? Qué raro, la orden no es atacar sino matar si el que está ante las puertas es sospechoso —dijo con sarcasmo la

princesa, haciendo que el príncipe se volviera hacia ella.

—¿Quién dio esa orden? Como Capitán de la guardia real se me tenía que haber transmitido, para que yo lo ordenase a mis subordinados —dijo con rabia Eldar. Se habían saltado la cadena de mando. Eso le enfurecía.

—Hermano, aquí mando yo junto con mis consejeras. ¿No lo recuerdas? Aun no puedes ser Rey, te falta mucho tiempo para serlo —dijo la princesa, con desprecio hacia su hermano pequeño.

—Esto no es en lo que quedamos con padre, la nación élfica tiene un tratado de no agresión. ¿Qué será lo siguiente? ¿Invadir a nuestros hermanos de los otros reinos? —le increpó.

—Puede que con el tiempo... ya se verá. Por el momento... —dijo la princesa volviéndose hacia Taka de nuevo—. ¿Fuiste tú quien venció a Nindrol? ¿O le abatisteis entre todos?

—No, no fue él mi señora —dijo Anairë, adelantándose, postrándose de rodillas ante ella—. Fue ese muchacho humano de ahí —señaló a Kenji.

—Eso es imposible, un humano nunca podría contra un elfo oscuro. Sus capacidades están muy por debajo de las de nuestra raza. Por debajo de las de tu padre, un héroe de guerra casi milenario —soltó, dibujando una mueca de puro asco al ver al joven—. Tres soldados, id a por él a ver si es cierto que es tan superior —ordenó, señalándole con el dedo índice.

—Si lo hacen morirán en el acto, Enelyë —dijo Taka—. Él es mi discípulo, no tu juguete.

—Se le pusieron los ojos de color morado, mi señora —añadió la arquera, con temor en la voz.

—¿Morados? —dijo sorprendida Amara, la consejera, sin perder de vista a Kenji—. Mi señora será mejor que no enfademos al joven, solo hay una raza en todas las Tierras de la Eternidad que tenga esos ojos. Son los mejores guerreros de todos los conocidos.

—Me da igual, Amara, ¿cómo le venciste? —rabió con los dientes apretados.

—Es muy rápido Señora y sus puños se volvieron de piedra al golpear a mi padre... —dijo Anairë, siendo interrumpida antes de que terminara.

—Levántate y vete a descansar, luego hablaré contigo personalmente —dijo Eldar, imponiéndose como Capitán.

—Déjala hablar hermano —dijo Enelyë con odio en su voz.

—No —contestó Eldar con voz cortante—. Todos los soldados de esta fortaleza están bajo mi mando. Primero, hablará conmigo y luego yo te lo transmitiré, hermana —terminó mientras la arquera salía del palacio con paso raudo—. En primer lugar, estos viajeros van a ser mis invitados. Así que, les pongo bajo mi protección.

—Cómo desees hermanito, pero ándate con cuidado. Un solo desliz y te ejecutaré junto a ellos —terminó con tono amenazante—. Amara, Shalendra, vámonos.

Las consejeras se levantaron de sus respectivos asientos, siguiendo los pasos de la Princesa Enelyë, que desapareció por una de las puertas tan rápido como si la arrastrase un huracán. La sala se quedó en silencio, dejando la hilera de soldados a los lados de la gran alfombra. El príncipe Eldar seguía ante ellos. Con la mirada fija en su hermana, hasta que la puerta se cerró tras ella y, lo que para él eran, sus insufribles consejeras. Bajó las escaleras hasta donde estaba Taka, extendiendo la mano en señal de amistad, siendo correspondido por el dios que le estrechó fuertemente la mano.

—Soy Eldar, el futuro Rey de mi raza. Podéis considerarme un amigo y aliado —dijo mirando a Ryoko otra vez—. Seguidme, estaréis cansados y sedientos.

Salieron por una de las puertas tras el príncipe. Recorrieron pasillos ricamente adornados. Tanto los suelos como las paredes parecían estar hechos de materiales raros, ricos en belleza artística. Los pasos resonaban mientras avanzaban hasta llegar a una estancia cerrada a cal y canto. El príncipe sacó una llave de uno de los bolsillos del pantalón, la introdujo en el ojo de la cerradura y abrió la puerta de par en par. Se hizo a un lado haciendo alarde de caballerosidad, dejando que sus invitados entraran a la habitación en primer lugar. Sobre el suelo cubierto de alfombras de colores cálidos, se hallaban varios cojines para sentarse alrededor de mesas de baja estatura. Todas, de madera talladas con ornamentaciones de líneas entrelazadas, hasta llegar al centro de la mesa con un nudo circular perfecto, en cuyo centro había una lágrima de cristal. En la pared del fondo, había una chimenea enorme con un fuego encendido que daba calor a toda la habitación. En otra unas vitrinas con teteras, tazas, copas, platos y demás utensilios para su uso. En la otra pared, otra estantería, pero ésta llena de

botellas de diferentes bebidas, con y sin alcohol, tapadas con corchos de maderas refinadas.

—Sentaos, por favor —dijo Eldar con educación—. En seguida vendrán mis criados para servirnos un refrigerio y después, la cena.

Todos los presentes comenzando por el de más edad, se acomodaron alrededor de una de las mesas sobre las piernas como marcaba el protocolo marcial, dejando descansar sus manos sobre los muslos. Eldar se aposentó con el gesto más marcial y refinado que habían visto en sus vidas, Kenji y Ryoko al menos. Llamaron a la puerta con un leve toque de mano, el príncipe ordenó entrar con voz autoritaria. En la sala, varios elfos vestidos de blanco y azul se presentaron a las órdenes de su amo.

—¿Qué queréis tomar? ¿Un vino de moras? ¿Te de Bayas de llama escarlata...? —ofreció con cortesía el joven príncipe elfo.

—¿Tenéis cerveza de miel de los Bosques del Renacer? —preguntó Taka con tranquilidad. Uno de los sirvientes asintió con la cabeza—. Una copa, gracias.

—Para mí algo suave, ¿qué me recomendáis, alteza? —comentó con timidez Ryoko.

—¿Te gustan las bebidas dulces? —preguntó.

—Sí, Majestad —sonrió la joven entrecerrando los ojos.

—Entonces, esta es una bebida que te va a encantar —se dirigió al criado—. Sírvenos una copa de vino dulce de uvas celestes a la señorita y a mí, ¿y para ti, joven guerrero? —miró intrigado a Kenji que aún no había hablado desde que llegaron.

—Lo mismo que mi Maestro, muchas gracias —aseveró.

—Enhorabuena Taka, tienes un alumno merecedor de ti. Es digno de ver —le alabó con alegría.

Dejaron que los elfos a cargo de Eldar les llenaran las copas sin mediar palabra alguna ante ellos. Hasta el príncipe Eldar permanecía callado, balanceando su mirada, siguiendo cada movimiento que hacían con las manos, para evitar cualquier situación inadecuada. Ryoko miró a Kenji que no paraba de escudriñarlo todo con una actitud desafiante e igualmente cautelosa. Por lo que estaba viendo, no le terminaba de caer bien el príncipe de la Fortaleza Oscura.

Los sirvientes posaron las copas sobre la mesa. Mirando hacia el joven heredero, antes de hacer una leve reverencia. Eldar hizo un gesto con la

mano para que les dejaran solos. Una vez salieron de la sala, esperó unos instantes para escuchar con atención, asegurándose de que se habían ido todos y cada uno de ellos. Eldar cogió entre sus largos dedos la copa llevándosela a los labios. Echó un trago llenando la boca con el líquido. Posó la copa con cuidado en la mesa de nuevo, mirando a Taka con seriedad.

—Desde mi más tierna infancia he querido conocerte, Taka. Eres toda una leyenda en todo el mundo. El dios menor que nos abandonó, viajando al Mundo de los Hombres, para reparar el agravio de otro dios. El tutor de un humano con valores morales que están por encima de otros muchos seres y humanos. ¿Por qué has regresado? —preguntó mientras fruncía el ceño.

—Como bien has dicho sigo siendo un dios. Como tal no tengo obligación de responderte, pero veo que estas en una difícil situación, y tu corazón no es para nada como el de tus congéneres. He vuelto para finalizar mi labor antes de rendir cuentas ante los dioses verdaderos. Por ello, necesito ver a Genbu, diosa de la tierra, mi primera esposa y madre de mi hijo.

—¿Qué quieres de ella? Si no te molesta desvelármelo, dios Taka —dijo con curiosidad.

—Es complicado, pero resumiendo necesito que enseñe todos los secretos del elemento tierra a mis discípulos Kenji y Ryoko, ambos de vital importancia para los dos mundos.

—Entiendo —dijo cogiendo la copa bebiendo otra vez con la mirada perdida, en el contenido de la misma, junto con sus pensamientos—. Quiero ir con vosotros, este no es mi sitio.

—¿Cómo que no es tu sitio? —preguntó Kenji hablando por primera vez, voluntariamente.

—Joven Kenji, llevo aquí desde mi infancia, pero mi padre es Rey de los elfos del bosque. Estoy aquí por un tratado en el cual nuestras naciones están unidas por matrimonios y herederos. Sé que en cualquier momento mi hermana me querrá asesinar para quedarse con el trono, rompiendo así el tratado de paz, provocando la guerra. Sin embargo, si me marcho en ayuda de otros evitaré la guerra. Ya tendré tiempo de reinar si me apetece y los dioses quieren.

—Puedes venir, pero nuestra empresa no será fácil, está llena de peligros. Sé que eres un maestro de las espadas gemelas y que, al contrario

de los elfos oscuros, luchas con honor sin usar veneno en sus hojas — informó Taka apoyando una mano en el hombro del elfo.

—¿Cómo sabes eso? —dijo sorprendido.

—Mi poder es grande príncipe, yo lo veo todo.

—Maestro, siento movimiento hacia nosotros —dijo Kenji sin inmutarse.

—¿Cómo? —preguntó Taka, mientras Kenji le señalaba sus pies. Los había fusionado con el mármol del suelo—. Vibraciones de movimiento a través del suelo, ¿qué más has estado probando? Déjalo, ya lo hablaremos. ¿Cuántos crees que son?

—Unos diez soldados con armadura, no tardarán mucho en llegar — contestó ante los presentes.

—¿Qué hacemos? No tenemos ningún arma, solo la magia elemental — dijo Ryoko preocupada.

—Tranquilos os sacaré de aquí —comentó el elfo.

El príncipe se levantó rápido. Acercándose hasta la chimenea tocó una de las figuras labradas sobre la piedra. Sonó como un muelle al abrir un armario moderno. Esta se separó lo justo para que pasara un hombre de constitución normal de lado. Siguieron al príncipe, pasando al otro lado de la pared. Cerró pidiendo a todos que permaneciesen en silencio. El romper de la puerta de la sala donde habían estado resonó con estruendo en toda la estructura, seguido del caer de sus trozos sobre el suelo de mármol. Los soldados entraron alabarda en mano, gritando como si estuviesen entrando en batalla.

—¡Señor, se han ido! Sus copas aún están llenas —exclamó un soldado de voz joven.

—No se irán lejos, no hay rincón de la ciudad que yo no conozca ni salida que no esté flanqueada por mis guardias. Esta noche se los serviré en bandeja de plata a su alteza Enelyë. ¡Vámonos! —ordenó un soldado con cara de pocos amigos.

Los soldados dieron la vuelta, marchando del lugar en formación. Cuando el silencio invadió la estancia, el Príncipe se dio la vuelta en dirección a unas escaleras que bajaban hacia un lugar sin iluminación. Cogió en la mano algo que parecía una lámpara de aceite. En su mano derecha sonó el chasquido de dos piedras de sílex seguido de una chispa de fuego que encendió la mecha iluminando el sitio. Ante ellos se podía ver un

pasillo descendente que no dejaba visualizar su final. Eldar comenzó a bajar seguido de ellos en silencio, atento a cualquier sonido que no fuese el suyo propio o el de sus compañeros. Al poco rato, pararon en seco. Eldar abrió otra puerta. Daba a la armería. Entraron por ella. El príncipe cogió una coraza de piel gruesa y dos espadas bien equilibradas y afiladas que ciñó a su cinturón.

—¿Queréis algún arma para el camino? —susurró. Taka negó con la cabeza, Ryoko y Kenji se negaron al unísono—. Está bien, sigamos, aún debemos de pasar por las cocinas e ir a la caverna de Genbu.

Cerraron el acceso a la armería. Caminando hacia un pasillo oscuro a su derecha, en dirección a las cocinas. Eldar entreabrió la puerta secreta. La cocina estaba repleta de gente, todavía no podían pasar a por viandas para el viaje. Esperaron largo rato hasta que en la cocina no quedó ni un alma. Entraron con todo el sigilo del que eran capaces, llevándose cada uno una alforja llena de carne seca, pan, frutas y bebida, colgándosela a la espalda. Salieron de las cocinas cerrando la puerta, en el preciso instante en el que entraban de nuevo los cocineros para seguir con sus tareas. Volvieron tras sus pasos hasta la gruta principal descendiendo de nuevo sin descanso. Como única guía la lámpara de Eldar. En uno de los puntos pararon. Delante de ellos, había una bifurcación. El príncipe tardó solo unos instantes en seguir por el camino de la izquierda, hacia abajo.

—El camino hasta la caverna de Genbu está a unas horas de camino. Debo decirte Taka, que está en su fase de sueño de la Tierra. Yo nunca la he visto, pero dicen que tiene un poco de mal humor, ¿es cierto? —preguntó con voz baja.

—No, príncipe Eldar, hubo un tiempo en el que era dulce, amable. Pero cuando la abandoné por Seiryu se encerró en sí misma, volviéndose dura como una roca. Si confía en alguien de nuevo como lo hizo conmigo, volverá a ser la que era e incluso mejor si cabe.

—Espero llegar a verlo —dijo con ilusión el Príncipe elfo. La gruta, que les llevaba a lo más profundo de la tierra, estaba húmeda por el agua que se filtraba desde la superficie hasta las estalactitas. Estas, colgaban sobre sus cabezas haciendo caer alguna gota en su recorrido hacia el suelo, reuniéndose con otras en los charcos de agua embarrada. El aire cada vez estaba más enrarecido. Olía a moho, barro y otros olores que taponaban el sentido olfativo de los incursores. Igual que cuando entraron en el reino de

los elfos, se abrió el campo de visión ante sus ojos, pero menos amplio en cuánto a extensión. Delante de ellos, solo una entrada lisa sin ornamentos, ni estatuas, ni guardianes.

Taka decidió entrar solo en la última parte, sin avisar a los jóvenes, dejándoles atrás. Avanzó apenas unos metros. Allí, estaba Genbu. Sentada en un trono de piedra y raíces, sin nada más que su piel morena desnuda. Su pelo color azabache, caía ondulado hasta sus pechos. Las finas manos relajadas encima de los reposabrazos. Las piernas cruzadas. Su cara permanecía serena con los labios color cacao suave y los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo. Taka se acercó a escasos dos pasos del trono, arrodillándose ante ella con la mirada fija en sus ojos.

—Por fin te encuentro Genbu, mi primera esposa, madre de mi hijo Byakko y diosa de la tierra que pisan todos los seres de las Tierras de la Eternidad. ¡Despierta ante tu primer marido Taka, dios del cielo, viajero entre los mundos! —le invocó con voz firme.

El eco de su voz resonó en toda la sala del trono de la madre tierra, traspasando el límite hacia el exterior de la misma. Los jóvenes, incluyendo al joven príncipe, miraron hacia la entrada de la sala. En ella, solo se veía oscuridad y nada más. Unos instantes después el silencio volvía a reinar a su alrededor. Taka observaba minucioso si había indicio alguno de movimiento por parte de la diosa de la tierra, pero no pasó nada. La oscuridad de la sala le recordaba a la negrura del cosmos antes de que se formasen las estrellas haciéndola fría, sin emoción. Taka decidió salir, reuniéndose con los tres jóvenes que le estaban esperando en círculo mirando hacia las posibles entradas a la zona.

—Tendremos que esperar a que despierte Genbu. Si en un par de horas no lo ha conseguido volveré a invocarla —dijo Taka a los tres jóvenes—. Por cierto, pase lo que pase si despierta, no os interpongáis. Seguramente estará enfadada conmigo.

Organizaron un pequeño campamento en la antesala del trono. Juntaron los sacos haciendo un cuadrado en cuyo centro habían colocado tres troncos que ardían lentamente, calentando sus cuerpos con el calor de las llamas, a la espera de que los acontecimientos avanzaran a favor de su causa. Entre tanto los jóvenes intercambiaban anécdotas de sus vidas. Eldar les contaba historias de sus hazañas en el campo de entrenamiento, contra veteranos de guerra que dominaban el arte de la espada. Ryoko combates cuerpo a

cuerpo en el dōjō y campeonatos, con gran emoción al recordarlo. Kenji en cambio, seguía inquieto mirando a lo lejos, esperando que algo malo sucediese de un momento a otro sin previo aviso. Como si un alud de piedras o un ejército enemigo les fuese a caer encima de repente.

—Kenji, ¿y tú que historia nos puedes contar? —intervino el príncipe—. Estoy seguro de que alguien como tú, tiene historias muy emocionantes en su repertorio.

—Hubo una vez que me enfrenté a unos diez hombres dejándoles...

—Silencio —le acalló Taka, haciendo que se callase. Afinaron el oído para escuchar lo mismo que el dios—. Alguien viene, parecen muchos.

Los cuatro se levantaron. Taka hizo aparecer su bastón. Eldar sacó con un sonido metálico sus dos espadas. Kenji y Ryoko se pusieron en guardia. Se colocaron, espalda con espalda, formando una estructura defensiva ante varios oponentes. El sonido de armaduras al bajar las escaleras cada vez se hacía más presente en la estancia. Las voces de una mujer dando órdenes, retumbaban por un único sitio de entrada delante de ellos. Al instante aparecieron, por la misma gruta por la que habían bajado, unos cien guardias armados hasta los dientes guiados bajo las órdenes de la mismísima princesa Enelyë. A una señal, los soldados se dispersaron formando un círculo rodeando a los cuatro viajeros. Les apuntaban con las puntas de las lanzas, permaneciendo inmóviles esperando una orden de su ama para acabar con sus vidas. La princesa se acercó un par de pasos por delante de los soldados. Habló en dirección al príncipe Eldar.

—¡Hermano! ¿Creías que podíais escapar de mis dominios, antes de que os encontrase? —gritó a pleno pulmón.

—¡Aún no son tus dominios hermana, tu solo me calientas el trono hasta que cumpla los trescientos años de edad! —Eldar protestó con ironía en su voz.

—¡Si te mato se acabó ese problema! Es más, puedo decirle a nuestro padre que te despenaste haciendo escalada —sonrió con maldad en la cara—. ¡Soldados, avanzad!

Los soldados comenzaron a cerrar el cerco de lanzas alrededor de ellos, al compás de gritos tribales a cada paso. Taka cerró los ojos concentrándose. En el suelo que estaban pisando, se formó un círculo oscurecido de un metro de ancho, a poca distancia de donde se hallaban marcando el centro. Abrió los ojos de nuevo relajando la postura, pendiente

de lo que estaban haciendo los soldados. No se inmutaron del círculo trazado por el dios del cielo ante ellos, así que, siguieron avanzando. Al borde de este, uno de los soldados dio un paso para ser absorbido por la marca negra. Al verle caer, se pudo vislumbrar como todo lo que le recubría, armadura, ropa y demás, se descomponía siguiendo por el cuerpo del mismo, mientras gritaba de dolor.

—¿Qué has hecho? —preguntó iracunda la princesa.

—Es un círculo que conecta directamente con el cosmos oscuro. Ningún ser, excepto los dioses, pueden sobrevivir —dijo Taka, con tranquilidad—. Solo a una ilusa como tú, se le ocurre enfrentarse a uno de los dioses menores de las Tierras de la Eternidad.

—Soldados no avancéis ni un paso más, arrojadles las lanzas. ¡Acribilladles! —Enelyë tenía desesperación en la voz.

Los soldados cambiaron el peso de sus cuerpos a la pierna atrasada, elevando los brazos con los que tenían armadas las lanzas, dispuestos a clavarlas en los cuerpos del príncipe heredero y sus acompañantes. De la sala del trono salió un crujido como el romper de cáscaras de nueces. Taka y el resto desviaron la mirada de los soldados en dirección a donde descansaba Genbu. En la entrada, apoyada en una de las paredes, todavía desnuda, con los brazos cruzados por debajo del pecho, estaba la diosa de la tierra con mirada divertida.

Levantó la mano con solo dos dedos extendidos, justo en el momento en el que los soldados soltaban sus lanzas a toda velocidad. Un muro de piedra se alzó sobre el círculo de Taka, haciendo que las armas rebotaran clavándose en los cuerpos de sus dueños. Los soldados cayeron al suelo encharcándolo con su sangre. Gritaban como animales a causa de las heridas. Genbu hizo otro gesto con la misma mano. La tierra se agrietó haciendo caer a los heridos en una fosa sin fin, cerrándola una vez desaparecieron todos de su vista.

Enelyë miró hacia la diosa con los ojos llenos de temor, arrodillándose al verse sola ante el peligro. El muro de piedra desapareció a una orden de Taka, deshaciéndolo en arena de playa y eliminando su círculo de cosmos negro. Los jóvenes miraron a la mujer desnuda, como si fuese un ser de otro mundo ajeno a lo que conocían. Genbu se acercó hasta la princesa con los pies descalzos, con paso elegante, calmado. En frente de la princesa, tomó suavemente con la mano su barbilla. Levantó su cabeza para que la mirase

directamente a la cara. Los ojos castaños de la diosa, penetraron en su alma en menos de un segundo.

—Pequeña elfa. Tú, que debías hacer respetar mis dictámenes hasta que tu hermano pudiese ser Rey. Me has decepcionado. Nadie ataca a un dios, querida, aunque sea mi exmarido, el dios del cielo —en su mirada se reflejó la severidad de una madre—. Ve al polvo, piensa en lo que has hecho, hasta que renazcas —la princesa se secó deshaciéndose, hasta quedar un montón de polvo a los pies de Genbu. La diosa saludó afablemente mirando a Taka—. Hola, querido.

Capítulo X

OceanofPDF.com

Madre tierra

Genbu se agachó, estirando la mano derecha para coger el precioso vestido de la princesa, ahora convertida en polvo. Se irguió alzándolo con las dos manos para ver la confección del mismo. Lo sacudió para eliminar los restos y se lo puso. Seguidamente, se puso los zapatos y demás complementos, sin un ápice de remordimiento en la cara por acabar con la vida de aquellos que suponían ser sus devotos. Una vez vestida del todo se atusó el pelo, dejándolo caer hacia atrás con algunos mechones hacia delante, ante la callada mirada de Taka y sus acompañantes.

Ryoko se sentía tensa. Acababa de ver el poder que poseía la mujer que tenía frente a ella... era inmenso. Apenas se había esforzado. Con tan solo dos leves movimientos de mano había terminado con todo. Sumida en estos pensamientos miró a Kenji que permanecía en silencio con los puños cerrados, daba la sensación de que iba a saltar a la batalla de nuevo en cualquier momento. Solo hacía falta una pequeña provocación. Miró al príncipe Eldar, sus manos no habían envainado sus espadas, pero al contrario que Kenji no mostraba intenciones de combatir.

La diosa se dio la vuelta irguiendo la cabeza para verles correctamente. Avanzó unos pocos pasos con los zapatos de tacón, manteniendo los brazos cruzados por debajo de su busto. Sus ojos se centraron en Taka escudriñándole de arriba abajo como si intentase ver lo que a simple vista nadie más pudiese. Se acercó un poco más hacia él, casi pegando su pecho con el torso del dios. Alzó la mano, suave como la seda, acariciando la cara de Taka y se volteó con elegancia dando la espalda a todo el grupo.

—Después de tanto tiempo has venido a mí, Taka, ¿Qué es lo que deseas? —dijo Genbu con voz seria—. ¿No estarás arrepentido de tus actos y querrás volver a mi lado?

—No, Genbu, no es eso. Necesito que instruyas en los secretos del poder de la tierra a mis jóvenes discípulos, ¿me harías el favor? —preguntó Taka con delicadeza, no quería enfadar a la diosa ni enfrentarse a ella de nuevo.

—Así que tus alumnos me necesitan. ¿Y por qué debería enseñarles? Sobre todo, siendo tú su maestro. El hombre que me abandonó, por otra diosa —le recriminó dolida, a causa del recuerdo.

—Porque, lo que no hemos logrado los siete dioses regentes juntos, estoy convencido de que ellos lo conseguirán —hizo una leve pausa, pensativo, para darle tiempo de discurrir a la diosa—. ¿No quieres vengar la muerte y el sufrimiento de tantos súbditos? ¿O la desaparición de tus hijos? —matizó un poco más en el hecho doloroso.

—Byakko y Vaél sabían muy bien lo que hacían enfrentándose a Kitsune. Era su deber como dioses. Shika, en cambio, sigue en su bosque haciendo lo que mejor se le da, cuidar a los suyos sin dejar sus tierras. Incluso te liberó del Gran Roble, sin un motivo lógico... —una lágrima recorrió su mejilla lentamente hasta que se desprendió cayendo en el suelo embarrado—. Por supuesto que quiero venganza pero ante todo soy una diosa. No debo ceder a esos instintos. Si lo hiciese, no estaríamos hablando ahora mismo. Además, ¿cómo van a aprender el elemento tierra con todos sus pormenores unos humanos?

—No son tan humanos como te crees, Genbu —Taka se volvió hacia los chicos que abrieron los ojos de asombro.

—Explícate —insistió la diosa.

—Ryoko, Kenji; siento no habérselo explicado antes, pero la situación lo requería —volvió a centrarse en Genbu—. Ambos son descendientes de dioses menores. Kenji, lleva parte de tu sangre. La joven Ryoko, es familia de Neko.

—Estás mintiendo, Taka. Como siempre haciendo uso de tus artimañas para salirte con la tuya —rabió Genbu, por la falta de información.

—Es cierto, te doy mi palabra —aseguró Taka, sin titubear.

—Que lo demuestren. Si hacen algo que lo verifique les aceptaré. Es más, te perdonare todo lo que ha pasado entre nosotros desde el inicio de los tiempos.

—De acuerdo, mujer de poca fe. No me imaginaba esto de una diosa. Pero no eres una diosa cualquiera, eres la madre tierra, la más severa de todas —Taka se volvió hacia Kenji como primer ejemplo, en su interior sabía que sería suficiente para convencerla—. Kenji, acércate un momento a Genbu, por favor. Querida, cuando quieras, inicia tu prueba.

Kenji se acercó hacia la diosa, relajando los puños, intentando que no se notara que todavía estaba a la defensiva con toda la situación que estaba viviendo. Una vez llegó hasta la mujer esta le puso una mano sobre el hombro sonriéndole con un aire de suficiencia. Recorrió a los presentes con la mirada sin mediar palabra alguna. Acercó la boca al oído de Kenji, susurrándole algo muy lentamente. Cuando se separó, apretó la mano sobre el muchacho haciendo que se desmoronase de golpe en un montón de polvo, como había hecho con Enelyë. Se dispuso a marcharse en dirección a la sala del trono, caminando lentamente.

—Se acabó la prueba Taka, perdona que no te acompañe. Ya sabéis donde está la salida —dijo levantando una mano en señal de despedida.

Ryoko se quedó mirando hacia el montón de tierra, donde antes había estado su amigo... su compañero. En su cara no había ni una gota de preocupación, solo ganas de ver lo que ocurría a continuación. Eldar miraba la escena paralizado como una estatua, el terror se reflejaba en su cara. Taka, sin embargo, estaba seguro de su alumno. No iba a darle la satisfacción a Genbu de verle derrotado.

El montón de tierra comenzó a arremolinarse moviéndose hacia la diosa despacio sin prisa alguna, quedando justo a su espalda. Creció, tomando la forma de un joven de nuevo, dejando ver sus rasgos definidos y regresando a la normalidad en cuestión de unos pocos segundos. Kenji se sacudió la chaqueta con unas leves palmadas sobre ella, levantando una nube de polvo.

El sonido hizo que la diosa se diese la vuelta desvelándole la escena. El joven estaba allí sin inmutarse con la cabeza agachada dejando ver solo su pelo negro. Levantó la cabeza para mirarla con sus ojos azules claro. Estos comenzaban a parpadear cambiando al extraño color morado de sobra conocido por los presentes y que no aventuraba nada bueno para nadie.

—Creo que no es propio de una diosa maltratar a un joven al que los ojos se le tornan morados. ¿No crees Genbu? —dijo Taka con voz divertida, intentando que no saliera a la superficie el lobo que habitaba en Kenji.

—Tienes mucha razón —dijo sin dejar de mirar a los ojos del muchacho—. Lo siento joven, no imaginaba que el viejo halcón me diría la verdad por una vez en su vida.

Los ojos del joven se relajaron, volviendo a su natural azul cielo, dejando ver una sonrisa mezcla de autosuficiencia y extrañeza, ¿sus ojos cambian de color? Genbu abrazó a Kenji como lo haría una madre que

acaba de reencontrarse con un hijo perdido, aun a sabiendas de que en realidad no lo era. Su calor era reconfortante, su respiración serena. La diosa parecía estar en paz con ella misma, con el mundo entero, mientras de sus ojos caían lágrimas de absoluta felicidad. Al ver la escena, Taka hizo un gesto a Eldar para que envainara las espadas, no quería más muestras de desconfianza delante de alguien como la madre tierra.

—Genbu, ¿te apetece hacerle la prueba a la joven Ryoko también? —preguntó el dios del cielo, con ganas de saber la respuesta de la diosa.

—¿Para qué? ¿Para qué se despierten los dos evocando una ráfaga de furia destructiva sobre mí? No, gracias. Prefiero creerte por una vez, viejo loco —lanzó una mirada de agradecimiento hacia el dios del cielo—. ¿A qué rama familiar de Vaél pertenece Kenji? —preguntó, sin soltar al joven que le correspondía en el abrazo.

—Creo que de la de tu nieto Honshū, son los que más han sobrevivido mezclándose con los humanos, aunque a estas alturas ninguno sabe de dónde viene, excepto él.

La diosa se separó lentamente del abrazo en el que tenía atrapado a Kenji, acariciándole la cara con ternura. Comenzó a caminar hacia donde estaba Taka, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Apoyó la mano en la cara de este y le dio un beso tierno en la mejilla.

—No te preocupes, les enseñaré a ambos. Aunque no les queda mucho por aprender. Les has enseñado muy bien —dijo muy orgullosa—. Por otra parte, hay que idear algo, para que los elfos de la Fortaleza Oscura no sepan que la princesa ha muerto, al menos por ahora. Creo que la suplantaré durante un tiempo, aunque no me gusta ni su carácter ni como llevaba el peinado. Para ello, te necesitaré a mi lado príncipe Eldar, ¿me ayudarás? —preguntó Genbu.

—Sí, mi señora —respondió el príncipe arrodillándose ante ella.

—Es un buen plan Genbu. Por cierto, ¿dónde vas a adiestrarles? —dijo Taka.

—Aquí mismo, les diré a los guardias que bajen viandas aquí con la excusa de que está más fresco y que se conservarán mejor los alimentos. Mientras, vosotros os alojareis en mi sala del trono. Allí podréis descansar. Nadie entra sin la orden expresa de un príncipe o de una princesa.

—Bien, pues manos a la obra —dijo Taka.

La diosa elevó sus manos hacia el techo de la caverna con los dedos estirados, haciéndolos bajar poco a poco recorriendo su cuerpo, cambiando la imagen a su paso hasta ser el vivo reflejo de la princesa élfica, Enelyë. Se recogió el pelo rubio en una coleta alta y ajustó bien los adornos que llevaba puestos. Taka, Kenji y Ryoko le miraban con cara de pocos amigos ante la imagen de la princesa, que hace un rato había intentado matarles.

—No me miréis así, ¿creéis que me gusta ir con la imagen de esta paliducha engreída? Nos veremos esta noche después de la cena. Eldar, vámonos —terminó Genbu, mientras dirigía sus pasos hacia la gruta de subida al palacio, seguida por el príncipe.

Una vez desaparecieron, con el resonar de sus zapatos por el estrecho sendero que ascendía hacia el Palacio de Diamante, Taka seguido por los dos jóvenes se metieron en el salón del trono de Genbu para instalarse. Estiraron sus sacos de dormir en la superficie. Guardaron las alforjas con las viandas, que habían recogido de las cocinas de palacio, cerca del trono para no tenerlas muy alejadas en caso de necesidad. Terminados los preparativos para su estancia sin tiempo definido, dejaron solo al dios formando una hoguera para calentar sus cuerpos. Kenji y Ryoko salieron al exterior de la sala, para hacer un poco de ejercicio recordando formas tradicionales de karate que habían aprendido juntos, así como la forma de la tierra que les había enseñado Taka. Los minutos pasaban lentamente, dando paso a las horas. Los jóvenes pudieron relajarse de la tensión acumulada por los acontecimientos del día. Cuando estuvieron satisfechos por su práctica, empezaron a moldear la energía que les rodeaba para cambiar sus cuerpos bajo la atenta mirada del señor del cielo. Este se encontraba sentado, con las piernas cruzadas en la entrada a la sala. Kenji explicaba cómo poder cambiar la forma de tierra a piedra para que Ryoko lo intentase. Probó varias veces, hasta que finalmente consiguió cambiar sus puños cerrados en pura roca, dura, como las de las montañas del norte. Taka se levantó caminando hacia Kenji, con aire de curiosidad e intriga.

—Kenji —llamó.

—¿Sí, maestro? —dijo el joven mirándole a los ojos.

—Antes te dije que teníamos que hablar, ¿cómo has conseguido pasar de la tierra a la piedra sin habérselo enseñado? —dijo Taka frunciendo el ceño.

—Esto... —bajó la cabeza sonrojándose de vergüenza ante lo que tenía que confesar al dios—. Durante el viaje, cuando no podía dormir, practicaba

sin descanso. Hasta que un día se me pasó por la cabeza el intentar convertirme en piedra a ver que sucedía. Al principio no creí que lo fuese a lograr. Me parecía una locura, pero conseguí que mis manos y pies fueran duros como una roca. Lo intenté unas cuantas veces más hasta que conseguí un cuerpo completo del mismo material, pero sin bordes afilados, muy pulido, ajustado a mis proporciones físicas.

—¿Y lo que hiciste en el salón donde estábamos con el príncipe? —continuó Taka con el interrogatorio.

—Recordé un documental que vimos en clase. En él, algunos animales se guiaban por las vibraciones del suelo para saber si se acercaba algo peligroso y así ponerse a salvo. Decidí ponerlo en práctica, fusionándome con el suelo de piedra dado que el recibimiento de la princesa no me había dejado nada tranquilo. También fue la primera vez que lo hacía, sin saber si iba a ser útil como creía.

—¿Alguna cosa más que hallas probado sin mi supervisión?

—En absoluto —terminó Kenji.

—Está bien, a partir de ahora si tienes alguna curiosidad dímelo a mí o a Genbu. No quiero que corras riesgos por no tener el conocimiento suficiente sobre los elementos de poder —Taka se volvió hacia Ryoko que le miraba con admiración—. ¿Y tú, pequeña, has intentado algo sin que yo lo sepa?

—Solo una cosa, pero no me ha salido aún —comenzó a hablar con voz suave—. Desde la primera vez que vi que hacías salir de tu mano un bastón he intentado hacerlo sin éxito.

—Eso tiene una razón muy lógica, cada dios de este mundo tiene un arma que le define, para mi es el Bastón Celeste, en el caso de Genbu es el Báculo Sísmico. En su caso, casi nunca lo saca a relucir. Como veis no le hace falta, sus poderes son más que suficientes. Los otros dioses tienen las suyas, pero las guardan con recelo porque son únicas en el universo. Si alcanzáis un gran poder, se os revelara el arma que os pertenece por derecho propio al forjarla. Por el momento las manos, los pies y lo que aprendáis en nuestras lecciones, serán vuestras mejores bazas —les explicó lo mejor que pudo el dios del cielo.

—Lo entiendo, muchas gracias por explicármelo —dijo Ryoko cerrando los ojos mientras sonreía.

—Dentro de poco llegarán Genbu y el príncipe hasta aquí. Supongo que hoy os dará vuestra primera lección, estad atentos. Mis conocimientos sobre la tierra son limitados y a mi edad no se puede aprender mucho más. Voy a descansar un rato.

El dios se fue hacia la sala del trono con paso tranquilo, metiéndose en su saco de dormir. Ryoko inició de nuevo la práctica de cambiar a piedra, dejando a Kenji a un lado con sus pensamientos. Comenzó a pasear por el área definida por paredes de roca húmeda, debido a las filtraciones de agua que bajaban desde la superficie terrestre. En su cabeza bullían pensamientos sobre las palabras de Genbu y Taka, ¿cómo era eso de que era de la sangre de la diosa de la tierra? ¿Del dios Lobo, Vaél? ¿Quién era Honshū? ¿Por qué se apoderaba de él un espíritu, cambiando sus ojos a color morado? Las preguntas surgían una tras de otra en la mente del joven sin cesar, buscando alguna explicación a tanto secretismo. Entretanto sin apenas darse cuenta había cogido entre sus dedos el colgante de plata con la forma de lobo cubierto de runas, jugueteando con él sin cesar.

«Quieres saber quién eres en realidad, ¿verdad?», dijo una voz en su mente, tan afilada como los dientes de un depredador.

—¿Quién me habla? —contestó en su mente Kenji.

«Alguien que sabe toda la verdad de tu historia pasada, desde antes de que nacieras», respondió la voz.

—¿Cómo es que vengo de la sangre de la misma diosa de la tierra? —interrogó Kenji, intentando ver de dónde procedía la voz que penetraba en su mente.

«Existen tres primeras creaciones divinas, el dios del cielo, la diosa de la tierra y la diosa del agua. De ellos surgieron tres dioses más, como bien sabrás. Uno de ellos, hijo de Genbu, es Ōkami o como todos le conocen Vaél el lobo», comenzó el relato la voz de su mente. «Cuando todo se torció, sus descendientes viajaron al Mundo de los hombres para enderezar el camino. Honshū, el hijo menor, se estableció en las tierras del sol naciente. Allí se le consideró un dios con dos caras. A veces malvado, a veces benévolo, dependiendo de los actos de los hombres. Por esa razón, tomó la determinación de cambiar su aspecto a la forma humana con la que formó una familia extendiéndose por toda la región que lleva su nombre. Tras siglos de luchas internas solo quedó una parte de la descendencia del

hijo de Vaél. Su sangre corre por tus venas, aunque aún no sabes todo el potencial que tienes en tu interior».

—¿Eso me convierte en un dios? —preguntó con asombro.

«No, solo parte de tu sangre es de Vaél. El resto es sangre humana o eso parece, aunque la concentración de tu sangre es mayor que la de muchos que te precedieron». La voz se puso seria, tras la pregunta impertinente del joven. «Debes encontrar al primero de los lobos, encuentra a Vaél. Él te enseñará todo lo que necesitas saber. Si te considera digno de su legado».

La voz se disipó, como las nubes del cielo en un día que se prevé soleado, haciendo que el silencio inundase su cabeza de nuevo. Tardó unos instantes en salir de su ensimismamiento, volviendo a escuchar los sonidos de su alrededor, entre los cuales estaba Ryoko saltando de alegría con su cuerpo cubierto de piedra por completo casi tan pulida como la de él. Soltó el colgante de plata metiéndolo de nuevo en el interior de la chaqueta. Volvió sobre sus pasos hasta donde se hallaba la chica, que estaba celebrando aún su logro. Viéndola tan alegre no sabía si confesarle lo que le acababa de ocurrir o dejarlo para una ocasión mucho más acertada, cuando nadie pudiera escucharles.

El dios del cielo seguía metido en su saco, cuando por la gruta de bajada se comenzaron a escuchar de nuevo las pisadas de dos personas que, en silencio, se acercaban hacia ellos. Al final aparecieron cambiados de ropa la diosa y su fiel servidor, el príncipe Eldar. Esta se había puesto unos pantalones de color negro, con unas botas de media caña a juego y una blusa color verde esmeralda dejándose la melena suelta como a ella le gustaba. Se acercó a ellos con caminar elegante pero firme, hasta que se detuvo apenas a unos palmos de distancia. Eldar giró la cabeza buscando a Taka. Le vio dentro del saco, en el salón del trono de la diosa. Genbu también se había percatado de ello, pero decidió obviarlo en pos de una situación relajada.

—Veo que Taka está descansando. Estará muy agotado aquí abajo. Déjemosle tranquilo, ¿habéis cenado alguna cosa? —habló Genbu.

—Todavía no, estábamos ocupados practicando un rato y se nos había pasado por completo —contestó Ryoko a la diosa.

—Eldar, dales algo de lo que nos han preparado en las cocinas, para comer —ordenó, sin dar opción de réplica al príncipe.

De la bolsa que traía colgada al hombro, sacó un par de bocadillos de media barra de pan blanco. En su interior había una especie de lechuga de color rosado, con carne blanca a la parrilla y una salsa de color morado que chorreaba por los lados. Eldar extendió los brazos dándoselos a Kenji y a Ryoko para que metiesen algo en los estómagos. Ambos comenzaron a comer sin ni siquiera preguntar qué era lo que estaban comiendo. Mordisco tras mordisco, los acabaron en tan solo unos minutos. La diosa le hizo otra señal al príncipe heredero para que les diese algo de beber, sacando este una botella de zumo de bayas del subsuelo, aderezado con miel de abejas madre.

Al igual que los bocadillos, la botella no duro más de lo que dura un suspiro. Los tragos de los dos jóvenes eran tan grandes que dejaron el recipiente sin una gota en su interior. Una vez acabada, se la devolvieron a su dueño original para que la metiese de nuevo en la alforja. La diosa esperó un par de minutos para que pudiesen digerir la comida y les pudiera bajar al estómago. Cuando consideró que había pasado un tiempo prudencial para dirigirse de nuevo a ellos, comenzó, lo que ella creía que sería, una clase magistral de cómo usar su elemento en las múltiples ocasiones que se les pudiese presentar.

—Ahora que estáis saciados, vamos a comenzar las lecciones que debéis superar en apenas tres días. Tiempo tras el cual deberéis marchar de aquí para continuar con Taka allá donde os quiera llevar. ¿Estáis preparados? —terminó su discurso de iniciación, con las manos apoyadas sobre las caderas—. Lo primero será evaluar todo lo que os ha enseñado ese dios dormilón de allí. Enseñadme todo lo que sepáis hacer de la tierra y de la piedra —ambos se miraron sin saber por dónde debían empezar. La diosa se comenzó a impacientar—. Es para hoy, muchachos.

Kenji y Ryoko se colocaron a una distancia prudencial, para no interferir en sus cambios. Ambos cerraron los ojos tan solo un segundo, como les había enseñado Taka la primera vez en la Isla de los Sueños. Habían progresado mucho desde entonces. Lo que antes tardaban varios minutos, ahora lo conseguían en solo unas milésimas de segundo, sin esfuerzo. Abrieron los ojos, Ryoko había elegido enseñarle una versión de ella en tierra rojiza bien pulida sin imperfecciones como si de una figura de barro se tratase. Kenji, al contrario, se mostraba como una escultura de mármol blanco lijada, sin gránulos. Como una estatua de un dios de la Grecia

antigua. Lo único que había dejado sin cambiar, eran sus ojos azules que miraban fijamente a Genbu con expresión curiosa.

Genbu inspeccionó con la mirada el trabajo de los dos jóvenes, acarició la espalda de Ryoko con las yemas de los dedos siguiendo la columna vertebral. Era un cambio muy elaborado. Pocos de los que ella había enseñado, se acercaban a ese nivel de habilidad. Pasó a Kenji, le analizó de abajo arriba desde la planta de los pies hasta la cabeza, por la parte trasera y la frontal. Era aún más refinado que el cambio de la joven. Era capaz de cambiar no solo a roca, sino a la variedad que quisiera dándole unas dimensiones ajustadas a su cuerpo con una consistencia real. No había fallo alguno en él. De hecho, no le extrañaba que hubiera podido con un guardia como Nindrol de un solo golpe en la coraza, tal y como había escuchado de boca de los nobles en el palacio durante la cena. Se separó unos pasos de los dos jóvenes, esperando para usar las palabras más adecuadas.

—Sois unos expertos en el cambio de forma. Pero el poder de la tierra es mucho más que volverse duro físicamente o fundirse con el terreno, cosa que estoy segura de que sabéis hacer. Existen dos variedades aún más poderosas. La primera de ellas es la desintegración de materia tras el cambio a tierra. La segunda es el uso de toda la tierra emergida a placer, por ejemplo, generando un terremoto o una grieta en el terreno. Si domináis la segunda estaréis casi al mismo nivel de habilidad que mi persona, aunque en estos casos la experiencia es un grado —dijo jactándose de milenios de práctica—. Primer ejemplo, Eldar coge una piedra y lánzamelas lo más fuerte que puedas.

El príncipe se separó de los tres unos pasos, buscando una piedra suficientemente dura para proyectar sobre la diosa. Vio una del tamaño de su mano, a escasos pasos a su derecha se acercó agachándose por ella. La tomó entre sus dedos, se alzó para mirar directamente a la diosa, esta asintió con la cabeza para que efectuase el lanzamiento. Eldar giró el cuerpo de medio lado, apretando fuerte la piedra con la mano. Cambió el peso a la pierna trasera para darle impulso. Apretó el pie contra el suelo, empezando una cadena muscular en dirección a Genbu, soltando el proyectil con un latigazo de su brazo.

La roca salió despedida a gran velocidad de la mano. Su velocidad era muy similar a la de un lanzador profesional de baseball. Era una bola rápida, que parecía imparable al ojo humano. La diosa levantó la mano

abierta, colocando la palma hacia el objetivo que se dirigía hacia ella. Milésimas de segundo después la piedra comenzó a tomar contacto con la piel, cambiando a tierra milímetro a milímetro, deshaciéndose en una nube de polvo, cayendo a sus pies ante la mirada de asombro de los tres presentes.

—¿Lo habéis visto bien? Ahora pensad en el proceso, visualizadlo en vuestras mentes e intentad ponerlo en práctica. Mañana vendré a examinar vuestros progresos. Vámonos príncipe, mañana tenemos asamblea con los nobles. Hay que cambiar muchas cosas —sin más preámbulos, los dos se dieron la vuelta regresando por el mismo camino por el que habían venido sin intercambiar más palabras, dejándoles solos con sus apariencias de tierra y mármol.

Ryoko cogió una piedra del suelo sin cambiar de aspecto. Kenji siguió su ejemplo, miraron la piedra que tenía en la palma de la mano pensando en el proceso de cambio de la materia que les explicaba la ciencia y les había refutado Taka. Para cambiar la materia había que recordar que toda cosa creada en el universo está formada por átomos invisibles al ojo. Después hay que reorganizar esas partículas en una estructura lógica para crear el objeto de tu deseo. Ese, es el principio de creación. Pero, ¿y si lo hacemos a la inversa? Cogemos un objeto creado con sus átomos unidos en su estructura lógica y eliminamos las líneas de unión. Todas, hasta las más minúsculas, en una fracción de segundo hallarían el principio de destrucción. Es magia, es ciencia, es un todo, aunque los humanos tendemos a separarlo para tener verdades absolutas. Tenía que intentarlo. Su cabeza no paraba de dar vueltas a las teorías, pensando en grandes científicos y en los dioses que había conocido hasta el momento.

Miró fijamente la piedra, dibujando miles de líneas en su cabeza alrededor de la misma. Cada línea se unía a otras por medio de puntos como si fuesen unas cadenas minúsculas con finas líneas, interminables. Polvo, pensó, eres polvo de la arena del desierto tan fino que no podrías dañar ni a una pequeña planta recién salida de la semilla. Ante sus ojos comenzó a ver pequeñas explosiones en la estructura de la piedra hasta que cesaron. Miró su mano. La piedra se había partido en unos veinte trozos pequeños, pero seguían siendo piedras. Giró la cabeza hacia Ryoko, a ella le había sucedido algo parecido. Tenía muchas pequeñas piedrecillas en la mano. Buscaron otras piedras, muchas y las colocaron en un montón a sus pies. Se sentaron

para continuar con esa práctica destructiva de moléculas, cambiando a sus aspectos originales antes de continuar con el ejercicio para mejorar sus habilidades. Kenji y Ryoko compartieron sus teorías sobre la mejor manera de llegar a conseguir lo que les había pedido la diosa, aunque ambos estaban de acuerdo en que el tiempo era muy limitado para hacerlo como es debido.

Las horas comenzaron a pasar corriendo, como si galopasen a lomos de un brioso corcel libre sobre un campo de trigo. Los montones de piedras cada vez más pequeñas se amontonaban delante de los dos chicos. Estaban a tan solo cuatro piedras de acabar con las que habían recogido, para no dar vueltas buscando más a cada poco. Los bostezos comenzaron a aparecer, más frecuentes con cada minuto que pasaba. Ryoko decidió dar por finalizada la práctica hasta el día siguiente. Se levantó, dio un beso a Kenji en los labios deseándole buenas noches y se fue a dormir al interior de la sala del trono de la diosa. Kenji se quedó solo, sentado mirando la piedra que tenía en la mano, perdido en la privacidad de sus pensamientos, hasta quedar dormido sobre el frío y húmedo suelo de piedra.

Al día siguiente desayunaron junto a Taka que estaba más cansado de lo habitual. Era como si estuviese cayendo enfermo. Las ojeras se le notaban, como si no hubiera descansado bien a pesar de las horas de sueño que había acumulado desde el día anterior. Los jóvenes miraban a su maestro preocupados. A juzgar por su aspecto, algo le estaba afectando. Kenji quería preguntarle qué le pasaba, pero no sabía si la respuesta sería algo en lo que no debía inmiscuirse. Para alegrarle un poco el día, empezaron adiestrándose en artes de lucha tanto humanas como la forma de la tierra practicando un poco de combate esforzándose al máximo. Esta vez incluso se convirtieron en piedra para pelear, hasta terminar exhaustos. Taka les observaba con orgullo reflejado en su cara al ver como se esforzaban por ser cada vez mejores, aun a sabiendas de la difícil tarea que tenían por delante.

Después de un tiempo de descanso, intentaron poner en práctica lo que les había ordenado la diosa Genbu. Cogieron cada uno una piedra en la mano, concentrándose, con energías renovadas haciéndolas añicos tan minúsculos como la arena de la Playa Sombría. Los ojos de Taka se abrieron de par en par al ver el poder que habían adquirido sus alumnos en apenas una noche. Kenji le pidió a Ryoko que le lanzase una piedra, como

había hecho Eldar con la diosa de la tierra. La joven le hizo caso lanzando lo más rápido y fuerte que pudo. La mano de Kenji se interpuso en la trayectoria de la piedra, haciendo que cambiase como si no le hubiesen lanzado nada, solo arena. No era el polvo que había hecho Genbu, pero la arena tampoco daña, pensó el joven.

Hicieron la misma operación a la inversa, el proyectil se acercó raudo hacia Ryoko. Una vez tocó su mano, la arena cayó al suelo, sin dejar rastro alguno de la piedra. Ryoko sonrió chillando de alegría al ver que lo había conseguido, ¿la diosa estaría satisfecha con sus avances? Eso daba un poco igual, el caso es que ahora eran más capaces de hacer frente a los peligros de mundo exterior y eso era algo que hacía palpar su joven corazón. Taka se levantó torpemente, caminando hacia ellos, para darles la enhorabuena con un abrazo fuerte a los dos a la vez.

—Maestro, ¿estás bien? —preguntaron los dos.

—Sí, no os preocupéis es el aire de la cámara y la falta de luz solar, afectan a mi sistema nervioso. Estaré bien en cuánto salgamos de aquí. Os lo prometo —guiñó un ojo a sus alumnos, intentando aliviar la preocupación de los muchachos.

El resto de la mañana transcurrió rápida, hasta la hora de la comida. Habían preparado una hoguera en la cámara de la diosa, para cocinar los alimentos que habían recogido de las cocinas del palacio durante la huida hacia lo más profundo del reino de los elfos oscuros. Taka estaba agotado, cada vez se notaba más por sus torpes movimientos, incluso con la cuchara para comer la sopa de carne que había en su cuenco. Las escaleras sonaron de nuevo, pero en esta ocasión con más algarabía que en veces anteriores. Parecía que alguien se acercaba a toda prisa hasta ellos, con el sonido del chapoteo de las suelas de las botas contra los pequeños charcos de agua del suelo embarrado. Era el príncipe Eldar. Corría hacia ellos con la respiración agitada de quien tiene urgencia por contar algo que pudiera haber sucedido. Llegó ante ellos con un último esfuerzo cayendo de rodillas al suelo ante el agotado dios del cielo.

—Mi señor Taka, tenéis que partir de inmediato. Las consejeras de mi hermana han dado orden de eliminaros, por la falta de noticias de los hombres que vinieron a por vosotros ayer —dijo con la voz de alguien que tiene la boca seca. Ryoko le tendió un vaso con agua, el príncipe lo apuró de un trago.

—¿Y Genbu? ¿Dónde está? —dijo Taka con voz apagada, por la falta de energía.

—Está en su estancia recluida por dos guardias bajo la apariencia de Enelyë. Amara y Shalendra no se fían de ella, desde su regreso la notan diferente. Han mandado que se prepare un escuadrón para bajar a la cámara comandado por la hija de Nindrol. En cuánto me he enterado he bajado a avisaros.

—Genbu, ¿Estará bien? —preguntó Kenji, con cara de preocupación.

—Si se ve en peligro acabara con todos, es más fuerte que toda la fortaleza junta —dijo Taka, sin inmutarse—. ¿Cuándo vendrán?

—Cuando bajé estaban preparándose, no creo que tarden mucho —se apresuró a responder Eldar.

—Entonces deberemos luchar, Ryoko prepárate —dijo Kenji sin esperar.

—Deberíamos irnos —dijo Taka.

—En tu estado nos alcanzarán en menos de una hora

—Kenji dirigió la mirada a Eldar—. Príncipe, coge a Taka y llévale a la superficie. Nosotros os seguiremos en cuánto podamos —Eldar asintió con la cabeza.

Antes de que se dieran cuenta tenían todo recogido en sus alforjas para iniciar el viaje. Los guardias de las consejeras no daban señales de su presencia. Mientras, Taka y el príncipe desaparecían por la gruta que subía a sus espaldas hacia el Páramo del Abismo, por una cuesta interminable. Los jóvenes transformaron sus cuerpos en pura roca pulida como las veces anteriores, esperaban a que la horda de belicosos guerreros elfos surgiera de la oscuridad para enfrentarse a ellos. En la cabeza de los dos solo había una cosa: ganar el mayor tiempo posible, para que Taka saliera de allí ileso.

—Ryo, ha llegado la hora. Vamos a practicar —dijo con una sonrisa de ilusión en el rostro. Estaba ansioso de probar sus poderes ante adversarios reales, al igual que lo hizo con Nindrol el día anterior.

—No les des tregua Kenji, no pienso morir aquí, y dejarte atrás no es una opción —la mirada de Ryoko seguía fija en la entrada de la gruta. Sabía que llegarían de un momento a otro con ganas de entrar en batalla.

Un silbido surgió de la gruta de bajada en dirección al pecho del joven. Este levantó la mano como les habían enseñado. La punta de la flecha tocó la palma, dando la sensación de penetrar en la carne del joven. En cambio, se fue deshaciendo en arena a cada milímetro hasta desaparecer. La arquera

salió de las sombras, era Anairë. En su cara se notaba la frustración de su tiro fallido. Con un grito de rabia ordenó a los hombres atacar, saliendo estos de la gruta gritando enérgicamente para espantar el miedo de sus corazones al ver a dos seres de piedra que parecían no temer a nada ni a nadie. Cada soldado corría a velocidad diferente, llegándoles como si fueran las olas del mar en un atardecer. Ryoko se adelantó para asestar una serie de golpes muy precisos a sus oponentes, dejándoles doloridos en el frío suelo o inconscientes. Kenji esperó, atacando con la punta de los dedos al primero de los soldados a quien atravesó toda la armadura. El soldado gritaba de dolor, mientras unas gotas de sangre recorrían la comisura de sus labios. Los siguientes soldados al ver esto pararon en seco ante él, mirándose unos a los otros.

Kenji dio un paso hacia el frente, dejando caer al soldado herido en el suelo.

—El que quiera salvar la vida que dé media vuelta y corra. No tengo tiempo para idioteces —dijo con voz seria, fijando los ojos en la arquera.

—No le hagáis caso, es un mentiroso nunca podría con todos vosotros —gritó Anairë, de nuevo.

—Como quieras, vas a quedarte sin hombres a los que comandar, Anairë —dijo Kenji, con una afirmación rotunda y aplastante.

Kenji avanzó siendo atacado por otro de los soldados. Detuvo la espada con su mano haciendo que se desintegrara al segundo. Agarró de la garganta al soldado haciendo lo mismo dejando solo un montón de arena a sus pies. La elfa siguió dando órdenes, obligando a sus guerreros a atacar a los dos muchachos. Estos les iban despachando, como quien se come una bolsa de palomitas. La escena se hacía más tétrica por momentos, cuerpos sangrando y arena repartida por toda la explanada, bajo la mirada de una aterrorizada arquera elfa. Hasta que solo quedaron dos soldados y ella misma.

—Ríndete Anairë —dijo Ryoko condescendiente—. Yo soy más benévola que Kenji, como ves yo solo los he herido. A él no le importa acabar con vosotros si se lo ponéis en bandeja.

—¿Cómo sois tan poderosos? Unos simples, asquerosos seres humanos —sacó dos dagas y se las clavó a los soldados restantes en las costillas mientras intentaban huir, matándoles en el acto—. Nosotros pudimos haber gobernado vuestro mundo, pero no lo hicimos por culpa de los dioses. Esto

es una vergüenza para mí y para mi familia. Voy a mataros o morir en el intento.

Ryoko, extendió el brazo frente al pecho de Kenji para que se apartara, ese era su combate. El joven dio varios pasos hacia atrás haciendo desaparecer su coraza de piedra. Se cruzó de brazos con aire de interés, por ver lo que la chica tenía planeado para la elfa. Ryoko se quitó la coraza de roca poniéndose en guardia, queriendo combatir de forma honorable con la mujer.

—Cuando quieras empezamos. No usaré magia de ningún tipo, pero te advierto que perderás —terminó con aires de grandeza la pequeña humana.

Anairë atacó con patadas y silbidos de sus dagas intentando alcanzar a su rival para darle una muerte rápida. Ryoko esquivaba sus afiladas cuchillas, paraba todas sus patadas, golpeándole en las articulaciones para que se fuera resintiendo gradualmente. Las rodillas de la elfa comenzaron a verse afectadas por los fuertes golpes que le propinaba Ryoko con los puños. Sus dagas aun no la habían podido alcanzar, aunque habían estado muy cerca. Inició una nueva secuencia para destruirla. La joven interceptó la daga a media trayectoria despojando a la arquera de ella y ejecutando un corte en la comisura del codo, para que manara sangre. Finalmente, un golpe en la cara derribó a la elfa, dejándola en el suelo perdiendo la otra daga para ver como la humana le apretaba las costillas con una de sus rodillas. La daga que asía en su mano la humana, se posó sobre su cuello.

—El problema de los elfos y otras muchas especies, es creerse superiores al resto, Anairë. Cada ser es distinto a los demás. Si quieres morir suicídate, pero no nos obligues a hacerlo por ti —Ryoko lanzó lejos la daga, separándose de la elfa unos pasos—. Ahora vete, no te seguiremos.

Anairë se levantó del suelo con dificultad a causa de las heridas, con la cabeza gacha como una niña a la que le habían regañado por su mal comportamiento. Dio la vuelta echando a correr en dirección a la fortaleza. Una vez desapareció tras el sonido de sus pies, Kenji y Ryoko, salieron corriendo en dirección contraria en pos de alcanzar a Taka y a su amigo, el príncipe Eldar.

Capítulo XI

OceanofPDF.com

Neko

La oscuridad de la caverna se fue haciendo menos evidente según subían a la superficie de los territorios de Genbu. Tras Kenji solo se escuchaba el respirar agitado de Ryoko, apresurada, preocupada por el estado en el que se encontraba su maestro. Las ganas que tenían de llegar a la salida, se traslucían en sus miradas cómplices. Estaban llegando al final del túnel donde la luz cada vez se volvía más brillante. Por fin salieron de la cueva. El sol del mediodía les dio de lleno en la cara con sus calurosos rayos.

Ante ellos se encontraban las montañas que iniciaban la gran cordillera que rodeaba la costa hacia el norte de las Tierras de la Eternidad. Los pájaros volaban en el cielo despejado, haciendo piruetas y piando sin cesar. Los jóvenes miraban de un lado a otro sin ver rastro alguno de Eldar y Taka. Kenji se dio la vuelta para ver si estaban cerca. Detrás de ellos la cueva estaba silenciosa, pero no se fiaba, puede que les estuvieran siguiendo a una distancia prudencial. En su cabeza surgió la imagen de la diosa levantando una pared de gruesa piedra.

Se colocó a escasos dos pasos de la entrada, cerrando los ojos para concentrarse en lo que estaba intentando hacer realidad. El calor recorrió sus brazos hasta llegar a las yemas de los dedos. Posó las manos en la tierra haciendo contacto con la materia. La tierra comenzó a temblar cada vez más, hasta que notó como una gran masa salía del suelo alzándose frente a la entrada de la cueva. Ryoko se quedó mirándole sin decir palabra alguna, hasta que vio la cueva cubierta totalmente.

—Kenji, puedes abrir los ojos. Lo has hecho, por ahí no podrán seguirnos —dijo Ryoko, buscando indicios sobre el terreno de donde se podían haber ido tanto el maestro como el príncipe—. ¿Dónde se habrán metido esos dos? Se supone que nos iban a esperar en la salida.

—Puede que se hallan internado un poco más en las montañas, para no ser vistos con facilidad —Kenji intentaba calmar a Ryoko como mejor sabía, usando la lógica.

De un árbol cercano surgió un pequeño crujido, como el partir de una ramita. Esto puso en alerta a los dos jóvenes haciendo que mirasen hacia los árboles y sus copas. En una de las ramas, de una especie de pino, había un gato negro con ojos de color verde que les miraba, meciendo su larga cola de un lado a otro. Al darse cuenta de que le estaban observando, se puso de pie sobre sus cuatro patas arqueando la espalda, antes de bajar hasta el suelo con cuidado. Se acercó a ellos con tranquilidad. Las patas se quedaban marcadas en la tierra a su paso. El gato miró a Ryoko, rodeó a la chica restregándose con sus piernas emitiendo un ronroneo muy sonoro, con tono amoroso.

—Ryoko, ¿ves las huellas del gato en la tierra? Podíamos ver si hay huellas para poder seguirlos. Pero deberíamos darnos prisa para no perderlos —dijo Kenji apresurado.

—Estoy de acuerdo. Pero, ¿nos podemos llevar al gatito? —dijo enseñándole la carita del gato, mostrando su ternura.

—Puede venir, pero que sepas que tiene cara de gata —terminó con un beso al aire para Ryoko, que comprobó si Kenji tenía razón y, la tenía.

Kenji localizó las huellas. Iban hacia el este en dirección a los territorios de Shika. Haciendo una señal a su compañera, salieron corriendo a toda prisa para seguir las pisadas. Sin mirar más que el suelo a sus pies, hasta que salieron al Páramo del Abismo. En ese punto las pisadas comenzaron a confundirse con otras de diferente tamaño, de tal manera que parecía que había habido una pelea. Siguiendo la manera de las pisadas, descubrieron que había dos surcos como si hubieran arrastrado dos cuerpos bastante pesados. Esto provocó más preocupación en Ryoko.

Siguieron las huellas, hasta llegar a la orilla del Río Escarlata. En sus mentes solo querían alcanzar al dios del cielo y rescatarlo de lo que parecía un secuestro. Nadie se cruzaba en su camino, ni tampoco había indicios de que fuera a suceder. Ryoko llevaba en sus brazos a la gata negra que les acompañaba, sin quejarse por el ajetreo. Tomaron un pequeño descanso, sentándose cerca del agua para tomar aliento. Kenji sacó de su alforja un poco de carne seca, pasándosela a Ryoko para que comiera algo. La noche se estaba acercando peligrosamente una vez más, tenían ganas de dormir, pero encontrarles era lo más importante. Si pasaban otra noche, no sabían cuánto les podían sacar de ventaja los raptos.

Después de unos minutos, volvieron a ponerse en pie. Cruzaron el río con cuidado, para que no les llevase la corriente. La fuerza del agua era poderosa por el deshielo de la nieve de las montañas. En la otra orilla buscaron las huellas de las pisadas de nuevo. Las encontraron, pero esta vez menos nítidas, aunque en su interior sentían que no debían estar lejos. El cansancio empezaba a hacer mella en sus cuerpos. Llevaban mucho tiempo a carreras forzando al límite sus fuerzas recorriendo la distancia de varios días en un tiempo sensiblemente menor, apenas descansando para dormir. Aun así, no habían alcanzado a los secuestradores. Se sentían frustrados. Kenji, comenzó a acariciar el medallón del lobo con los dedos, sin pensar en más que en avanzar.

«¿Qué te parece si abrimos un portal hacia el Dolmen de Genbu? Estoy seguro de que los que tienen capturado al Halcón van hacia allí», dijo la voz que había conversado con él, dentro de su cabeza. «Centra tu mente en cómo eran los portales que creaba Taka, agarra fuerte el medallón y lo lograrás. Es la única opción para que no terminéis agotados. Al menos así, tendréis una posibilidad de rescatarles». La voz cesó esperando una contestación o al menos una reacción por parte del joven. Su cabeza parecía estar asimilando las palabras que le acababa de decir, para tomar una decisión acertada.

Kenji no contestó, dejando que reinase el silencio, se limitó a hacer lo que le había dicho la voz siguiendo las indicaciones al pie de la letra. Paró en seco delante de Ryoko, que casi choca con su espalda. Ante él, frente a su pecho, salió una pequeña bola que se fue agrandando hasta alcanzar la altura de una persona adulta. Al otro lado, se veía una estructura básica de tres piedras enormes que simulaban un portal entre dimensiones. Allí solo les esperaba el sonido del páramo, bajo la noche estrellada.

—Debemos cruzar Ryo, es la oportunidad de descansar un poco y rescatar a Taka — dijo extendiendo la mano hacia ella, bajo la atenta mirada del felino.

Ryoko le dio la mano dejando que pasara primero, siguiéndole con decisión como siempre había hecho. En menos de un minuto se encontraban delante del portal del Abismo Oscuro. Había unas grandes piedras planas cerca del Dolmen. Se dirigieron allí para recostarse, hasta que llegasen los inesperados visitantes. El gato se acurrucó poniéndose cómodo en el regazo de la muchacha con los ojos entrecerrados, como si permaneciese vigilante.

La noche pasó veloz como un rayo dentro de la más feroz de las tormentas. El astro solar hacía su aparición en el horizonte, desplegando sus haces de luz por todo lo visible. Los jóvenes se desperezaron, después de una velada en la que habían dormido por turnos dejando descansar el uno al otro. El pequeño minino hizo lo mismo, abriendo el hocico para bostezar. Entre los dos prepararon un desayuno, con los pocos víveres que les quedaban, dando un poco de leche al animalillo, el cual lo recibió de buen grado dando rápidos lametazos. Cuando terminaron, Kenji se levantó para observar el horizonte con la ilusión de poder ver aproximarse a los raptos con sus amigos. Nada, solo se veía el páramo, los bosques lejanos y un río en la lejanía. La situación comenzaba a desesperarles, pensaban en la mejor forma de encajar los acontecimientos recientes. En menos de tres meses le habían herido, intentado ahogar en el Mar ojo del Vidente y matar en dos ocasiones en el reino de la diosa de la tierra. Para colmo en estos momentos, el paradero de su maestro era una incógnita para él y Ryoko. ¿Cómo podría encontrarle para seguir adelante? ¿O deberían seguir sin él hasta otro de los reinos? Dejarle a merced de quien le tuviese capturado, sería un acto deshonesto.

El gato se levantó caminando hacia Kenji, con la mirada fija en dirección al paramo. Su espalda se erizó, levantó la comisura de los labios y comenzó a bufar como si tuviese al mayor de los enemigos enfrente. Ryoko se levantó de la roca en la que se encontraba para situarse junto a Kenji y al gato, mirando en la lejanía con la mano derecha haciéndole de visera. Al principio parecía no haber nada en aquella dirección, pero poco a poco logró ver unas sombras que se aproximaban a toda velocidad hacia donde estaban. El gato se situó delante de ellos, como si quisiese protegerlos. Sacó las uñas rascando el suelo liberando parte del estrés que le estaba ocasionando la situación que iba a acontecer en pocos minutos.

—Voy a ir hacia ellos, quédate aquí. Si ves que me superan, deberás detenerlos tu misma — dijo Kenji, cambiando su forma a mármol pulido al instante, chocando los puños entre si haciendo que sonaran fuerte.

—¿Qué te hace pensar que voy a cumplir las órdenes que me des, Kenji? —preguntó Ryoko indignada por la frase de su amigo.

—Por favor Ryo, me siento responsable y no quiero que te pase nada — dijo con cara de preocupación.

Kenji no dio tiempo a Ryoko a contestarle más, salió corriendo al encuentro de las sombras que se aproximaban, tan rápido que no notaron su presencia hasta que a apenas les separaban unos treinta metros de distancia. Ante el joven se hallaban los tres hombres trajeados de Times Square, a los que Taka llamó comadreas o como él les conocía los «Kamaitachi». Uno de ellos llevaba a rastras al príncipe Eldar. El otro, a Taka. Ambos inconscientes. Parecía que no tenían fuerza alguna para escapar, mucho menos para defenderse. El hermano de las comadreas que quedaba libre alzó su mano para darles el alto, deteniendo la marcha por completo. Pero al contrario que ellos, Kenji no detuvo su marcha, sino que apresuró el paso comenzando a correr a tanta velocidad como le era posible, iniciando una ofensiva apoteósica.

El Kamaitachi, pareció adivinar lo qué se proponía la masa de piedra que venía hacia ellos. Advirtió a sus hermanos.

—Id hacia el Portal de la diosa de la tierra, no miréis atrás. Kitsune quiere al dios vivo, para matarlo personalmente. El principito lo podéis dejar, no nos sirve de nada. ¡Vamos!, ¿a qué esperáis? —les apresuró.

Eldar cayó al suelo sin sujeción alguna llevándose un tremendo golpe. Los dos hermanos, cogieron de los hombros a Taka que tenía la cabeza caída mirando al suelo sin energías. La larga melena le cubría casi por completo la cara. Entretanto el otro hombre comenzó a correr con dos dagas en las manos en dirección a Kenji, con la intención de detenerlo. En la cabeza del muchacho comenzó una cuenta atrás, cinco, cuatro, tres, dos... ¡Ahora! Su puño se extendió hacia el estómago de su enemigo con mucha potencia acumulada por la carrera. La comadreja viró en el último instante y evitó el golpe frontal, pero el giro fue lento e hizo que las costillas lo recibieran de lleno. Sonaron huesos rotos. A ese ruido, le siguió un grito inhumano de dolor mientras caía en el suelo. Colocó una mano en el costado, levantándose de nuevo para enfrentarse a Kenji. Lanzó una de las dagas hacia el rostro del muchacho, pero esta rebotó en la piel de piedra como si fuese una pelota de goma. Saltó hacia adelante todo lo rápido que podía, que no era poco, intentando rajar con la daga sobrante sus músculos, sin surtir efecto. Cada golpe que efectuaba era más débil que el anterior. El golpe inicial recibido le estaba pasando factura. Los hermanos se detuvieron ante tal escena. En sus miradas se veía rabia reflejada. Deseaban entrar en combate, pero el hermano herido les miró a los ojos, como quien suplica

para que no intervengan en una batalla personal, que estaba dando casi por perdida.

—¡Idos, rápido! No aguantaré mucho más —miró a Kenji a la cara, echándose a reír, por la increíble coincidencia al lograr reconocerle—. Eres tú, el muchacho que me pateó la cara en Nueva York antes de que apareciese el viejo. No pensé que un renacuajo humano se pudiera volver tan poderoso. Deberías matarme cuánto antes chico. Porque si no, te mataré y destruiré todo lo que te importe en esta miserable vida.

—Deberías medir tus palabras antes de pronunciarlas. Cada sonido que produces, podría ser el último —dijo Kenji muy serio.

Avanzó un paso, agarrando del cuello al Kamaitachi deteniendo a su vez la daga que le atacaba de nuevo, con la otra mano. En solo un segundo, comenzó a caer sobre la hierba polvo y más polvo creando un montículo como el de un topo al excavar su madriguera. El viento comenzó a soplar haciendo que ese polvo se esparciera por todo el páramo sin dejar más que las dagas del difunto enemigo. Kenji se agachó para coger una entre sus dedos, giró en dirección a los hermanos restantes que se estaban acercando a donde se hallaban Ryoko y el gatito, listos para un enfrentamiento.

«¡Lo intentaré! Espero no fallar, es mucha distancia para un lanzamiento», pensó Kenji para sí mismo.

Lanzó la daga que tenía en la mano con gran fuerza, en dirección hacia donde se hallaban los captores de Taka. Voló rauda como un águila en pleno trayecto hacia su presa, aunque se quedó un poco corta. Se clavó en el suelo a pocos pasos de uno de ellos. Esto dio tiempo a Ryoko para comenzar su ofensiva contra uno de ellos. El otro, miró a Kenji con odio, dejando traslucir una lágrima de dolor por la muerte de su hermano desintegrado. El joven corría hasta donde se hallaban Ryoko y la gata lo más rápido que podía. Ryoko había comenzado la lucha contra el otro de los hermanos, dejando a uno solo con Taka. Ella luchaba de forma más limpia, más honorable, sin más que la piel de piedra cubriendo su cuerpo. De esa manera daba la oportunidad al enemigo de no sentirse inferior en la batalla, pudiendo intentar herirla o incluso matarla.

El chico aún no había logrado llegar hasta Ryoko. El otro hermano se aproximaba peligrosamente hasta el dolmen, desde el cual viajaría hasta Kitsune para entregar a su maestro. Delante del Portal se había colocado el gato, erizándose todo lo que podía. Era una acción heroica a ojos de Kenji,

que no deseaba ningún mal a ese ser tan adorable, pero insuficiente. El Kamaitachi, sin soltar a Taka, levantó su arma haciéndola descender hasta el animal sin ningún tipo de remordimiento. Soltó un grito, mientras unas uñas de color negro cromado se le clavaban en el bajo vientre. El filo del arma golpeó sobre la piedra al caer.

—¿Te parece bonito atacar a una pobre gatita indefensa? —sonó una voz de mujer con tono meloso, haciendo pucheros mientras la sangre caliente manchaba sus manos—. ¡Miau! Casi me haces daño, eres una mala alimaña. Suelta al dios del cielo, antes de que me enfade de verdad —mientras hablaba su voz se tornó más severa.

El dios resbaló de las manos del ser, hasta depositarse en la fría piedra a los pies de la dama, parando la pelea entre Ryoko y su contendiente. Kenji por fin había llegado hasta ellos, parándose delante de una hermosa mujer de cabellos rubios oscuros, entrelazados en una larga trenza de raíz. Sus ojos eran verdes, con la pupila típica de un gato. Sus labios rosados. Su vestido de color negro, le llegaba por debajo de las rodillas. A juego llevaba unas botas de media caña. La mujer miró hacia el otro enemigo, pasando por alto la presencia de los jóvenes. El hombre la miró con cara de terror, no se esperaba este giro de los acontecimientos y menos la aparición de ella.

—Os doy una oportunidad, coge a tu hermano. ¡Marcharos de aquí y no regreséis! —espetó enérgicamente—. La próxima vez que os vea será el día de vuestra muerte.

La comadreja que luchaba contra Ryoko se acercó para coger a su hermano. Le pasó un brazo por encima de la nuca y cargó con él. Susurró algo delante del portal, que se abrió ante ellos dejando a la vista un campo fértil. Pasaron sin mirar atrás, cojeando, dejando un reguero de sangre del enemigo herido por la misteriosa mujer. Esta contemplaba paciente como partían hacia el Mundo de los Hombres, sin perderles de vista hasta que se cerró por completo. Se arrodilló delante de Taka, comprobando sus signos vitales, asegurándose de que seguía vivo.

—Menos mal viejo, aun respiras, vamos a ayudarte —dijo la mujer aliviada—. Ryoko, ayúdame a sentarle. Necesita comida y bebida. Kenji ve a por el príncipe, tráele hasta aquí.

Los jóvenes abandonaron sus corazas de piel pétrea regresando a la normalidad, siguiendo las instrucciones, corriendo de un lado a otro sin mediar más palabras con la mujer que les había ayudado a salvarles. Tras

varias horas de cuidados, consiguieron que recuperaran la consciencia dejándoles mucho más tranquilos. Después de comer y beber en abundancia para recuperar la hidratación les dejaron descansando a la sombra. Sentados, tomaron aire encima de una de las rocas cercanas al portal, viendo cómo se acercaba con paso elegante la mujer que antes habían conocido como una tierna gatita de color azabache. Se sentó al lado de ellos, colocando con cuidado el vestido para que no se arrugase demasiado. Dirigió su vista a Ryoko. La joven se sentía muy a gusto con ella, se le veía en la posición del cuerpo que era muy relajada.

—Por cierto, mi nombre es Neko, encantada —sonrió hacia la joven que había abierto los ojos como si fuesen platos. Había escuchado ese nombre días antes en presencia de la diosa Genbu—. Sí, soy tu primera antepasada Ryoko, pero ya tendremos tiempo para hablar de ello en cuanto tenga una breve conversación con Taka. Primero dejaremos que se recupere un poco más. Después, iremos a ver a Shika a sus bosques.

—No hace falta que me recupere mucho más, Neko —los tres giraron la cabeza al unísono, en dirección a la voz que acababa de sonar. Era Taka que estaba de pie justo detrás de ellos—. ¿De qué quieres hablar?

—Creo que no es el momento delante de los niños —dijo Neko intentando posponer la discusión.

—Han demostrado ser muy valientes, inteligentes y maduros, si no es porque eran esos tres, no habrían necesitado de tu intervención para rescatarnos.

—Como quieras —dijo la mujer con voz de resignación—. ¿Te acuerdas de lo que te dije la última vez que nos vimos?

—Perfectamente —dijo el dios con voz seria.

—En los últimos días, os he estado siguiendo allá donde vais dejándome sorprender por los acontecimientos. Solo en el transcurso de estos días mi «hija», Ryoko, ha estado a punto de ser herida, ha sido perseguida por soldados de los elfos oscuros y amenazada de muerte —comenzó a argumentar, aunque Taka sabía cómo iba a terminar—. Te dije que mi estirpe debe sobrevivir al margen de la cruzada de Kitsune contra los dioses. Creo que la pequeña de la camada no va a estar a salvo. Se viene conmigo y no, no es negociable.

—Es mayorcita Neko, ella debería poder tomar la decisión por si sola —miró a Ryoko que se sentía como cuando era una niña y sus padres

discutían delante de ella—. Ryoko, ¿qué quieres hacer tú realmente?

La muchacha entrelazó los dedos de las manos delante del regazo con la vista fija en el suelo. Pensando en la pregunta de Taka. Tenía opciones, eso lo sabía. No estaba allí por obligación. Ella quería ir con Kenji, la persona más importante de su mundo para ella. Con quien quería pasar el resto de su vida, aunque todavía no se lo había confesado. Por otro lado, echaba de menos a sus padres, a sus tíos y a su prima Ayame. Llevaba mucho tiempo sin verles ni saber de ellos. La idea de marcharse con Neko a donde fuese que viviese, era muy atractiva. Nunca había imaginado que descendía de una mujer tan elegante y poderosa. Le gustaría aprender todo lo que pudiera de ella.

Se levantó con la vorágine de pensamientos e ideas que se le pasaban por la cabeza. Comenzó a andar de un lado para otro, como si fuera un león enjaulado, intentando aclararse para dar una respuesta a los presentes que se encontraban en silencio esperando a que dijese algo. Por su mente pasó la opción de que a Kenji le pasase algo si ella se ausentaba. No quería eso de ninguna manera. La sola idea le encogía el corazón. Se colocó despacio al lado de Neko.

—Debería ir con Kenji, ¿has visto lo que ha pasado esta última vez, Neko? Si estoy cerca de él puedo serle de ayuda, sé que corro riesgos, pero es mi elección —dijo con madurez.

—Estás tan loca como lo estuve yo misma hace tiempo, pero si es lo que quieres no seré yo quien me oponga. Aunque no me gusta —dijo la gata con cara de disgusto—. Taka, como dios del cielo, necesito tu permiso para destruir este portal. No podemos arriesgarnos a que entren de nuevo por él.

—Hazlo, estoy pensando en dejar solo un portal de acceso al Mundo de los Hombres —dijo dando su consentimiento—. Apartaros chicos, esto es algo peligroso. Pocos han podido presenciarlo.

Taka y los dos jóvenes se apartaron a varios metros de distancia, dejando a Neko sola de pie delante del Dolmen. La gata comenzó a levantar las manos en dirección al portal. El aire se empezó a poner frío, como si de repente hubiese llegado el invierno con toda su crudeza. De las yemas de los dedos salió una ráfaga de hielo que comenzó a cubrir toda la superficie de la piedra hasta que no quedo nada de roca a la vista. Neko incrementó el frío hasta límites nunca vistos por un mortal. El portal comenzó a crujir como si se estuviese rompiendo. El sonido cesó, por un momento. Neko

bajó las manos, haciendo aparecer en ellas una larga lanza de palo flexible. Su punta de acero brillaba con el reflejo de la luz atravesando el hielo del Dolmen. Neko realizó una serie de movimientos muy elegantes y veloces para terminar con la punta clavada en el centro del portal. Donde antes había estado en pie la edificación, comenzaron a caer pequeños fragmentos de hielo, como los de una lluvia con granizo hasta no quedar nada. Se dio la vuelta lanza en mano para mirar al dios del cielo.

—Con esto creo que será más que suficiente, ¿no crees? —dijo muy orgullosa—. Ahora queda el toque final. Neko corrió al lado de Taka, sin echar la vista atrás. Una explosión se formó en el mismo lugar donde antes estaba la gata, dejando un gran hoyo en la tierra de unos metros de profundidad. Ryoko se sobresaltó por el estruendo y se abrazó a Kenji, siendo correspondida. ¿Qué es lo que acababa de pasar? ¿De dónde surgió la explosión? Neko hizo desaparecer la imponente arma en cuánto llegó al lado de los presentes, serenándose tras el esfuerzo realizado.

—Deberíamos irnos a ver a Shika. Al menos, hasta que estéis recuperados —se permitió recordar la gata.

—Antes de nada... —intervino Kenji—. ¿No se supone que solo un dios puede destruir un portal? —preguntó con asombro sin dejar de abrazar a Ryoko.

—Por supuesto, por eso he podido hacerlo. Soy Neko, hija de la diosa del agua Seiryu, diosa del hielo y hermana de Shika el ciervo, dios del bosque —Neko comenzó a andar por delante de ellos con el paso de un elegante felino. Se giró a mirarlos—. ¿Nos vamos?

El viaje de camino a los Bosques del Renacer se hizo más corto de lo que habían imaginado. En tan solo unos días, a paso tranquilo habían cruzado el Rio Paseo del Rey, alcanzando el margen del bosque. Según habían escuchado, el hogar de Shika estaba cerca de donde se hallaba el Gran Roble, en el que el dios del cielo había estado encerrado durante más de mil años. Las criaturas del bosque se ocultaban a su caminar por la arboleda. Solo algunos les observaban a distancia, ocultos entre la maleza o las copas de los árboles, sin dignarse a aparecer delante de ellos.

Después de un tiempo llegaron a los pies del Gran Roble, donde Shika les estaba esperando sentado meditando con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, mientras el viento mecía sus rubios cabellos. Se aproximaron a él para saludarle, el dios del bosque levantó una mano para que detuviesen su

paso. De lo alto de los árboles bajaron tres elfas, ataviadas con ropas parecidas a madera y hojas simulando sus colores. Con arcos en las manos, les apuntaban con las flechas. Taka se adelantó un paso, las arqueras se pusieron nerviosas tensando más sus arcos de madera robusta.

—Bajad las armas, es el dios del cielo —dijo Shika abriendo los ojos como esmeraldas para saludarles con una agradable sonrisa de bienvenida. Se levantó acercándose a las arqueras posando la mano en el hombro de una de ellas—. Id a preparar las estancias para mis amigos, se quedarán a pasar la noche.

Las tres jóvenes elfas marcharon a cumplir el mandato de su benefactor, tan rápido como pudieron. Shika extendió los brazos para abrazar a Taka, siguió con Kenji, luego con Ryoko a quien dio dos besos en las mejillas. Saludó al príncipe Eldar como mandaba la tradición, aunque tenía dudas de por qué estaba en su bosque, en vez de en la Fortaleza Oscura. Por último, miró a la mujer que tenía delante con su vestido negro, se abalanzó en un abrazo caluroso dándole un beso en la frente.

—¿Qué hace mi hermana pequeña por aquí? ¿Vienes a visitarme? —preguntó muy emocionado.

—En parte sí, llevo más de quinientos años sin verte quería saber si seguías igual de... simpático —dijo con una mueca bromista, hacia su hermano mayor—. Necesitamos que Taka y el Príncipe Eldar descansen, digamos que han tenido un viaje duro hasta aquí.

—He escuchado una rotura en el espacio mientras meditaba. ¿Quién rompió el portal de Genbu? —preguntó el dios ciervo a su hermana.

—Fui yo, hermano, te prometo que fue por un buen motivo y con el consentimiento de Taka. Luego te lo cuento todo —se apresuró Neko a excusarse.

—Eso espero hermanita, vayamos a la ciudad del bosque. Estaréis cansados —dijo Shika haciendo un gesto con la mano para que le siguiesen a través de la espesura.

Caminaron detrás de Shika internándose en el bosque. Los animales que antes se habían escondido al notar su presencia se mostraban para presentar sus respetos. Muy metidos entre los árboles, perdiendo de vista el campo que habían pisado, tres majestuosos fresnos unidos por las raíces se elevaban hasta el cielo como si quisiesen rozarlo con la punta de sus ramas. Shika se acercó al tronco central, cerró el puño y tocó tres veces sobre la

corteza. De la nada surgió una gran escalera de madera y cuerda de esparto que descendió hasta los pies del ciervo. Este se giró a su hermana y a Ryoko, cediéndoles el paso para que subieran en primer lugar.

La subida era larga, unos quince metros de altura les separaban del mullido suelo de hierba, hojas y musgo. El sonido de las maderas de la escalera al pisar con los pies no era muy alentador. Un crujido tras otro, denotaba los años que debían de llevar sin cambiarse los escalones. Poco a poco, fueron llegando a lo que los elfos del bosque consideraban su hogar. Constaba de casas de madera con techos de paja construidas sobre las ramas de los árboles. Los caminos estaban hechos de tablas de madera y cuerda de esparto, como la escalera, conectando unos árboles con otros uniendo toda la espesura que cubría los territorios del dios del bosque. La mayor zona habitada que habían conocido.

Los habitantes de la ciudad caminaban de un lado para otro realizando sus quehaceres diarios. En cierta manera, a Kenji le recordaba el bullicio de su querida Nueva York, en la que solo una de cada miles de personas se para a mirar a otras en su ajetreo diario. Ryoko estaba sonriente, muy emocionada, el ambiente de la arboleda estaba lleno de vida. Veía gente riendo, niños jugando con otros niños, ancianos contando sus historias de juventud. Kenji se había percatado de la emoción que le recorría el cuerpo a Ryoko, compartiendo por un instante una sonrisa al verla tan feliz. Después entristeció al observar a unos padres enseñando a su hijo como agarrar un arco correctamente. El pobre elfo se frustraba cada vez que no lograba dar en el blanco de una diana hecha de paja con sus flechas, a la vez que sus padres le animaban a seguir con la práctica una y otra vez, para dar lo mejor de sí mismo en cada disparo.

La situación le recordaba a Elisabeth y James, sus padres, que desde que era pequeño se habían esforzado por que lograra ser cada día mejor en todo lo que se propusiera hacer en la vida. Él también se desesperaba cuando algo no le salía como quería, pero con el tiempo y las enseñanzas del maestro Aoyama, había comprendido que no hay nada que no se pueda conseguir con horas de práctica y experiencia. Inmerso en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el joven elfo había dado en la diana, hasta que un grito de alegría llegó a sus oídos haciéndole salir de su mente.

—Bienvenidos a Ciudad Arbórea, el centro del reino de los Elfos del Bosque —dijo Shika con ilusión—. La primera de las casas, la más grande

de todas, es la mía. Después, está la del rey Seith, padre del príncipe Eldar. Por cierto, estará esperándote en el salón principal, deberíais ir alteza, habrá sido avisado por las arqueras.

—Tenéis razón dios Shika, no debería hacerle esperar. Estará esperando una explicación de mi presencia aquí, en mi tierra natal. Si me disculpáis —dijo haciendo una reverencia y partiendo de inmediato al encuentro de su progenitor.

—Seguidme, os voy enseñar mi hogar. Espero que os guste, no es tan suntuosa como las que habréis visto en la Fortaleza Oscura, pero es muy acogedora —comenzaron a caminar en dirección sur.

Según se iban acercando a la casa de Shika, este les explicaba cosas de la sociedad en Ciudad Arbórea, modo de sustento, economía, alimentación, educación que recibían sus jóvenes... Kenji y Ryoko seguían quedándose con gran parte de lo que veían y escuchaban al dios. Al contrario que los elfos oscuros estos eran muy alegres y vivarachos, haciéndose bromas, compartiendo sus alegrías. A pesar de la primera impresión generada por las tres arqueras, las vestimentas de los habitantes estaban muy lejos de ser primitivas. Los colores no eran solo de la naturaleza, también los había más llamativos. En cuanto a las telas, había un poco de todo desde lino, algodón e incluso finas sedas. Se fomentaba la cultura, entre sus jóvenes, reunidos en pequeños balcones públicos. Algo parecido a lo que hacían algunos profesores en las clases de universidad. En cuanto a los armeros solo fabricaban arcos, flechas y lanzas para su defensa, impregnadas de ungüentos que paralizan o duermen al enemigo dejándole indefenso ante sus guerreros.

Llegaron a la casa del ciervo. Era muy alta, como de dos pisos, ocupaba unos cinco árboles de terreno. Sus tablas eran de roble macizo barnizado de un tono marrón cobrizo. La puerta era de madera de álamo blanco, sin ningún adorno para que se admirasen sus hermosas betas. Allí les recibió una elfa hermosa, con un vestido liso de seda color rosa claro. Llevaba sandalias de cuero color crema y una diadema de margaritas sujetando sus cabellos ondulados de brillo dorado. Esta les indicó que pasaran al interior de forma muy educada, a la vez que agradable.

—Esta que veis aquí es... —comenzó a hablar Shika, siendo interrumpido.

—¡Keishara! Jajaja —Taka abrazó a la elfa levantándola del suelo con dos besos, lleno de emoción—. ¿Todavía sigues con este cabezota?

—Claro que si Taka, no le puedo dejar. Sin mí, seguro que el día menos pensado, alguien le matará por ser tan pacifista. No me lo puedo permitir —bromeó risueña, bajando al suelo de nuevo—. Aunque veo cada vez más cerca mi final. En unas semanas, cumplo mil seiscientos cincuenta años y como sabes, pocos elfos superan los dos mil años de edad.

—Te quedan años aún para hacerle cambiar de opinión y que aprenda a defenderse —dijo el dios del cielo, guiñándole un ojo a la elfa.

—Cambiano de tema, ¿son estos tus alumnos? —dijo saludando a los dos jóvenes con un abrazo a cada uno de ellos.

—Sí, son Kenji, descendiente de Vaél y Ryoko que es familia...

—Mía, Taka, mi familia —la atención se desvió hacia Neko que estaba sentada, sobre un cojín verde y dorado que había en el suelo, comiendo un pastel de arándanos y frutos del bosque. Keishara se acercó a ella dándole un abrazo muy tierno y cariñoso.

—Menos mal que estas aquí Neko, a ver si me ayudas con tu hermano. Por favor —dijo la elfa.

—Haré lo que pueda, te lo prometo amiga mía —dijo con dulzura—. Perdóname por ser tan brusca, estoy un poco molesta. No me gusta que alguien de mi familia sea expuesto al peligro o que se exponga de forma voluntaria. Estoy preocupada por Ryoko.

—Neko es mi decisión, sé defenderme. Kenji me necesita y yo le necesito a él —informó Ryoko sin darse cuenta de las palabras que salieron de su boca, hasta ser pronunciadas haciéndola sonrojar.

—Intentaré no meterme —dio un respiro a la joven, dándose cuenta de la embarazosa situación, de la que Kenji se había dado cuenta también—. Shika, ¿sabes dónde está madre? Necesitamos su sabiduría, para guiarles.

—Sí, pero no es el momento. Ahora descansad, comed algo y mañana lo hablaremos con más calma. Keishara os enseñará vuestras estancias para que dejéis el equipaje y os quitéis el polvo del camino —dijo bajando la cabeza, ocultando su rostro a los presentes, incluyendo a su amada elfa, que le miraba preocupada por lo que pudiera inquietarle.

Capítulo XII

OceanofPDF.com

La isla de las brumas

Transcurrió la noche, tranquila y leve. Los ruidos de la arboleda, mezclados con el sonido de los animales y el viento hacían que el descanso de una sola velada nocturna fuese más reparador que una semana de sueño normal. Los rayos del astro solar se empezaban a filtrar entre las hojas de los árboles dejando haces de luz por toda la ciudad. Los habitantes se despertaban despacio haciendo que la calma reinante se disipase por momentos, dando paso al bullicio y la algarabía del día anterior.

Kenji se levantó del camastro de madera y cuero en el que estaba tumbado. Se vistió lo más deprisa posible, quería respirar el aire limpio de la mañana en el bosque del dios ciervo. Salió de la habitación, que compartía con Ryoko, hacia el exterior de la casa. Una vez fuera, vio el espléndido día que les deparaba sin darse cuenta de que, a su derecha, sentado sobre un banco pegado a la pared de la casa, estaba Shika. Miraba con ilusión como el joven absorbía cada bocanada de aire puro, como si respirase por primera vez en toda su vida.

—Buenos días joven lobo, ¿has descansado? —preguntó el dios haciendo que el adolescente japonés se sobresaltase y mirara hacia su interlocutor.

—Buenos días Shika, me has asustado. No creía que nadie de la casa estuviera levantado. He dormido bien, gracias —contestó Kenji con toda la educación posible, teniendo en cuenta que estaba en presencia de uno de los dioses regentes de las Tierras de la Eternidad.

—Perdón no era mi intención sobresaltarte, estaba viendo como disfrutabas del aire y quise saludar —dijo el Ciervo con cara de tristeza. Kenji lo notó, sin poder evitar preocuparse por él.

—¿Qué es lo que te preocupa? Te veo cabizbajo —preguntó sin rodeos de ninguna clase.

—No sé si debería comentarlo con alguien tan joven como tú. Pero sé que si no lo saco de mi interior profundizará hasta convertirme en una sombra errante en el mundo —Shika levantó la cabeza hacia las ramas más

altas en silencio, antes de iniciar de nuevo la conversación—. Como sabes Neko y yo compartimos una de mis madres Seiryu la diosa del agua, señora de la Isla de las Brumas o como los humanos la conocen la Dama del Lago. Pues bien, hace más de mil años cuando encerró a Taka en el Gran Roble, decidió que era la hora de ir en busca del dios menor que había causado tanto daño entre los seres de este plano. Nos prohibió que la siguiésemos para darle apoyo en su viaje al Mundo de los Hombres, dejándonos como responsables de que nadie más entrase ni saliese de su portal. Pasaron los siglos, Neko estaba cada vez más ocupada restaurando la paz en las tierras de Vaél y yo, en el bosque. Visitaba el portal de la isla de mi madre de vez en cuando, asegurándome de que nadie había transgredido la norma de paso. Entonces llegó el último día que fui. El portal estaba intacto de nuestro lado, pero del lado humano estaba derruido por la guerra y el tiempo, deshaciendo así sus propiedades para los viajes hasta aquí.

—¿Hacia dónde da la puerta de Seiryu? —preguntó Kenji con tremenda curiosidad.

—Hacia la Puerta de Istar en Babilonia. Los restos que eran útiles se los llevaron, para hacer otras construcciones —miró hacia la entrada de su casa, asegurándose de que nadie de la casa había salido al oírlos hablar—. Ryoko y tú sois los que más confianza me inspiráis, aun no habéis perdido esa inocencia que caracteriza a la niñez, al menos no del todo. Por ello, me cuesta menos hablar con vosotros. Sin embargo, Taka o Neko están curtidos con los sucesos de estos milenios. Se toman las cosas de otra manera, son más severos, menos comprensivos.

—Hablaré con ellos si quieres, no creo que a mí me digan nada que pueda hacerte daño —se ofreció Kenji, para evitar que el dios del bosque pasase por ese mal trago, el cual no era culpa de él.

—No Kenji, creo que es algo que debo afrontar. Gracias por haberme escuchado, ahora estoy más preparado para afrontar lo que me tengan que decir —se levantó despacio del banco, con cuidado, bastón en mano, dirigiendo sus pasos hacia la puerta de la casa—. Deberías entrar a comer algo, si no desayunas pronto te rugirán las tripas —dijo entrando.

—Entraré en unos minutos —contestó Kenji viendo cerrar la puerta de la casa al dios.

Los minutos de recreo al sol pasaron raudos, la brisa de la mañana acariciaba su cara y mecía sus cabellos. Los elfos trabajaban en sus

quehaceres diarios, como siempre, sin descuidar el más mínimo detalle, llevando cada gesto a la perfección como una máquina bien calibrada. En cierto sentido esa forma de actuar le recordaba a la cultura japonesa, que también tenía ese rasgo. A la perfección por la práctica decían los sabios. En el interior de la casa de Shika empezaron a escucharse ruidos de los habitantes de la misma que se empezaban a mover por ella. Por un instante se escuchó la voz de Taka pidiendo algo para desayunar, seguido de Neko que le pedía esperar un poco, llamándole viejo cabezón en un tono severo.

Kenji tomó la decisión de entrar en la casa, antes de que los presentes le dejaran sin el alimento matutino. Una vez dentro, vio a todos sentados alrededor de una mesa baja con cojines verdes alrededor. Keishara estaba en la cocina preparando el alimento con ayuda de Neko, para que fuese algo más rápido de hacer. Ryoko dio unas palmaditas en el cojín que tenía al lado indicándole que se sentara a su lado. Kenji se acercó hasta ella aposentándose en el mullido cojín esmeralda. Ryoko se volvió hacia él con la palma derecha apoyada en la comisura de la boca, para susurrarle.

—Buenos días Kenji, ¿dónde te habías metido? Estaba algo inquieta —preguntó.

—Estaba fuera disfrutando del aire fresco del bosque, también mantuve una conversación con Shika muy interesante sobre su madre Seiryu, luego nos lo contará a todos —contestó también en voz baja.

Entretanto se aproximaron Neko y Keishara, hacia la mesa, para posar varias bandejas ataviadas con frutos del bosque, bebidas de leche con miel, pan de centeno y otros manjares naturales. Una vez todo estuvo colocado en la mesa, se sentaron con los demás. Comenzaron a comer, manteniendo conversaciones diferentes, riendo, contando historias de sus viajes, amoríos y conflictos que entretuvieron a los dos jóvenes.

Acabado el desayuno, Kenji y Ryoko se quedaron ayudando a la elfa a recoger y limpiar las bandejas del desayuno, mientras Taka, Neko y Shika se retiraban a otra estancia de la casa para hablar en privado. Con una especie de esponjas de esparto lavaron suavemente los recipientes bajo la supervisión de Keishara, que les dirigía con la voz suave de una madre orgullosa de sus hijos.

El silencio de la estancia donde se hallaban los dioses cesó de repente. Los gritos de Taka resonaron en toda la casa, recriminando a Neko y Shika el haber dejado que su madre se fuera sola a por el dios de las mentiras.

Neko con voz fría le estaba increpando por enseñar a esa alimaña, echándole la culpa de la situación que todos vivían desde hace más de tres milenios. Shika era el único que permanecía en silencio, dejando que los otros dos se desahogasen a gusto. Tras un largo rato de gritos y discusiones, todo volvió a quedar en el más absoluto silencio.

Keishara cogió a Kenji y Ryoko de las manos sacándoles de la casa. Esperaba que se distrajesen de la situación que estaban generando los dioses en la sala de al lado de la cocina. Fuera de allí, se apoyaron en la barandilla de cuerda a mirar todo lo que les rodeaba. Kenji en voz baja le contó a Ryoko la conversación que había mantenido con el dios del bosque antes del desayuno y de la discusión en la sala contigua. Ryoko permaneció atenta a cada palabra que pronunciaba Kenji, para asimilarlo como era debido. Ahora comprendía mejor el posible motivo por el que los dioses habían estado gritando hace unos instantes.

—¿Cómo vamos a encontrarla Kenji? —preguntó Ryoko, mientras Kenji permanecía apoyado en la cuerda con los brazos cruzados.

—No tengo ni la menor idea, aunque juntos tenemos un coeficiente intelectual muy superior a la media de los de nuestra generación —respondió pensativo.

—Pensemos. Si es la diosa del agua y la llaman la Dama del Lago, debería estar cerca de alguna de las grandes masas de agua del planeta. El caso es, ¿qué le atrae más, el agua salada o el agua dulce? Nuestro mundo está lleno de agua por todas partes —argumentó la joven, mirando al dueño de sus pensamientos.

—La clave creo que está en el nombre que le dieron en nuestro mundo, la Dama del Lago, por lo tanto, debe de ser agua dulce. Si busca al dios de la mentira, Kitsune, debería estar cerca de alguna población con una gran masa de líquido cercana para que su poder sea mayor. De otra manera no tendría sentido, porque la vencerían más fácilmente —la mente de Kenji hacía que las palabras fluyeran por el aire, como si fuese un discurso preparado para una exposición de tesis de carrera a nivel público—. Debemos buscar indicios de hacia dónde ha podido ir, así como las masas de agua dulce más grandes de la tierra, ¿qué opinas?

—Creo que es una búsqueda muy difícil, pero tienes toda la razón. Deberíamos empezar por ir a la Isla de las Brumas para ver si hay pistas y desde allí seguir indagando —Ryoko se giró para besar a Kenji en los

labios. Hacía tiempo que no lo hacía por el estrés del viaje y en su interior lo necesitaba. Kenji le respondió al beso juntando sus labios con fuerza estrechándola entre sus brazos, antes de seguir con sus indagaciones.

El chirrido de la puerta de la casa al abrirse sonó a sus espaldas. Seguían envueltos en el abrazo y el beso. De ella salieron los tres dioses con cara de preocupación, que cambió al ver a los dos jóvenes enamorados en actitud tan efusiva. Los tres se mantuvieron callados hasta que Kenji y Ryoko terminaron con la escena amorosa. Taka se cruzó de brazos intentando reprimir la ira que sentía en su interior por el revés de los últimos acontecimientos. Tenía que trazar un plan, rápido, para poder proseguir con el viaje. Sin aguantar más la situación, Neko carraspeó interrumpiendo a los jóvenes que se volvieron hacia ella, tenía las manos apoyadas en las caderas.

—Siento cortar tan dulce escena chicos, pero tenemos que hablar sobre el siguiente paso para encontrar a Seiryu —dijo la bella mujer haciendo gala de toda la serenidad de la que era posible en ese instante.

—Ya tenemos pensado un plan —contestó Ryoko, sin soltar la mano de Kenji entrelazando los dedos—. Debemos ir a donde estuvo la última vez, al portal conectado a la puerta de Istar. Allí, buscaremos indicios de donde puede haber ido.

—¿Qué te parece Taka? —dijo Neko tras escuchar la propuesta.

—No es una mala idea. Lo único, si el portal está destruido, no podremos pasar hacia el otro lado —comentó Taka posando la mano en la barbilla.

—Lo sabemos, pero allí tus visiones como dios del cielo serán más certeras y tenemos esto —Kenji sacó el medallón del lobo de plata de dentro de su chaqueta.

—Eso es el abre portales de Vaél, ¿por qué razón lo tiene Kenji en su poder? —dijo asombrado el dios del bosque.

—Se lo dí por si estaba en peligro, para que pudiera huir más rápido hacia otro lugar —le contestó el dios del cielo.

—¿Y si se hubiese encontrado en el submundo? En el Mundo de los Muertos solo Vaél tiene poder. Ha sido muy arriesgado Taka —se sobresaltó Shika.

—Estaba seguro de que allí no iba a terminar, además Kenji tiene razón. Dada la situación solo deberíamos dejar un portal abierto y el medallón.

Pero lo primero es lo primero, vamos a por la diosa del agua —terminó de hablar mirando al cielo.

—¿Viajaremos a través del medallón hacia la Isla? —preguntó Neko, mostrando signos de reticencia a esa opción. Le gustaba más viajar por tierra firme, sin trucos.

—Es la opción más sensata, además de la más rápida —aseveró Shika, aunque la sola idea de usar el medallón sin su dueño original no le atraía en absoluto.

—¿Y el Príncipe Eldar? —preguntó Kenji—. ¿Vendrá con nosotros?

—No Kenji, el príncipe tiene mucho que hablar con su padre el rey. Por otro lado, siuviésemos que viajar al Mundo de los Hombres, él no puede cambiar de apariencia, por lo tanto, llamaría mucho la atención. Creedme, es mejor así —alegó Neko ante la pregunta del joven.

—Deberíamos irnos de inmediato. Saldremos del bosque y una vez allí usaremos el medallón para ir exactamente a la ubicación del portal de Seiryu, en la Isla de las Brumas —Taka se volvió hacia Shika para darle un fuerte abrazo—. Gracias por tu hospitalidad, nos veremos pronto. No te descuides y haz caso a Keishara. Ella te cuidará mejor que nadie.

—Nos veremos muy pronto, espero —dijo Kenji, despidiéndose de los dos. Ryoko también lo hizo abrazándoles y dando un beso a cada uno de ellos.

Desde lo alto de su casa, Shika vio cómo su hermana descendía junto con el dios del cielo y los dos jóvenes hasta el suelo lleno de hojas, hierba y ramas. Comenzaban su camino hacia el borde de sus tierras, para ir en busca de su madre. Sabía que la empresa era difícil, llena de peligros, tanto naturales como puestos allí por sus enemigos para masacrarlos. Pero en su interior sabía que debía de tener fe en Taka, el primer dios de las Tierras de la Eternidad. El cual, en cierta manera, era como un padre para el resto de dioses. Nunca les había tratado como extraños, si no como si fuesen de su propia familia.

Metido en estos pensamientos les contempló desaparecer entre la espesura del bosque dejando solo el sonido lejano de su andar. Unos brazos se aferraron a él con fuerza dándole un beso en la mejilla, apoyó la cabeza en su hombro mirando hacia el infinito con la mirada perdida. Ella exhaló un suspiro observando el paisaje boscoso, escuchando el sonido de las aves y de los diferentes animales. El bullicio de la ciudad seguía con su actividad

natural. La elfa se separó del dios para regresar a sus quehaceres, dando pasos suaves hacia su siguiente tarea. Se volvió tan solo un instante, para decir algo a su amado.

—Estarán bien no te preocupes, Neko y Taka les cuidaran como es debido. Tendrías que ir a ver al Rey, para ayudarle con Eldar. Te esperaré aquí mismo —Keishara siguió hacia dentro de la casa sin mediar más palabra, dejando que Shika iniciara la marcha al palacio real, caminando firme sobre las calles de madera y cuerda, para asistir a la presencia del Rey Seith.

A los cuatro viajeros, el curso del río Paseo del Rey les guiaba cada metro que daban hacia la desembocadura en el Océano del dragón marino, sitio desde donde seguirían con sus aventuras hacia la Isla de las Brumas. Con paso acelerado llegaron a la Playa del Descanso Terrenal instantes antes del anochecer del tercer día. En toda la travesía no habían pronunciado más que unas pocas palabras. Neko estaba discutiendo con Taka la mejor manera de evitar riesgos para salvaguardar la integridad física del grupo, esto dejaba poco que decir a los dos jóvenes. Kenji recordaba el enfrentamiento con los Kamaitachi, generándole varias preguntas sin respuesta en la mente. La más importante de ellas posiblemente era, ¿cómo les habían encontrado?

En la playa dispusieron todo para pasar la noche, continuando el camino al romper el alba con los primeros rayos de sol sobre el océano. El sonido de las olas en su ir y venir les sosegaba, introduciéndose en sus oídos como la nana cantada por una madre a su pequeño. Ryoko se alejó paseando tranquila por la orilla. Dejaba fluir sus pensamientos hacia cosas más sencillas. En su interior estaba preocupada por Kenji. En las últimas semanas se había vuelto más frío. No le preocupaba matar, cuando la ocasión lo requiriera. Tampoco hablaba de sus sentimientos, y eso a ella le perturbaba. Sabía que de un momento a otro debería ser sincero con él mismo, asumiendo la situación que estaba viviendo o se derrumbaría a nivel emocional sin poder prever su reacción.

Chapoteó. El sonido del agua salpicando fuerte cerca del margen de la tierra emergida, sacó a Ryoko de sus pensamientos, haciendo que se alejara unos metros del agua salada. Del líquido salió haciendo arcos, un largo cuerpo escamado de color azul y plata que brillaba bajo la tenue luz de las estrellas. Otra vez se hundió en el fondo negro de las aguas del océano.

Ryoko corrió hacia donde se encontraban Kenji y los demás sin parar siquiera para respirar. Taka vio como llegaba con la preocupación marcada en su rostro.

—¿Qué pasa Ryoko? —preguntó el dios.

—He visto algo en el agua, como una enorme serpiente de escamas azules —dijo tomando aliento rápidamente.

—Relájate, seguro que es Ryūjin el padre de los dragones del océano. No te atacará si no le provocas —dijo Neko con voz demasiado calmada, para la impresión que Ryoko se había llevado al verlo—. Hazme caso, es inofensivo.

—Yo no diría tanto como inofensivo, hija de Seiryu, ¿No estás de acuerdo conmigo, dios Taka? —la voz venía de su espalda donde se erguía un dragón azul y plata sobre la superficie marina, mirándoles con unos profundos ojos negros y amarillos.

—¡Ryūjin, buenas noches! —saludó Taka levantándose para encarar a la inesperada visita—. Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

—Sí la verdad, unos cuantos siglos, ¿sigues jugando al ajedrez, dios del cielo? —preguntó la bestia.

—Algunas veces, aunque a decir verdad estoy algo oxidado. ¿Te apetece una partida rápida? —le invitó Taka.

—Por qué no, siempre es bueno encontrarse con viejos amigos. Sobre todo, si suponen un reto intelectual —el dragón sacó un viejo ajedrez a la superficie—. Como recordarás tendrás que mover tú. Mis garras son un poco torpes, para manejar unas fichas tan pequeñas.

Taka colocó las fichas en el tablero haciendo que coincidieran donde debían estar cada una de ellas. Ryūjin eligió las blancas, dejando las negras para el dios del cielo. Comenzaron a jugar como si no hubiera pasado nada, bajo la atenta mirada de Kenji y Ryoko. Los dos hacían jugadas muy interesantes. No dejaban nada al azar. Poco a poco se empezaban a dejar ver las estrategias de cada uno poniéndose más interesante a cada movimiento. El dragón intentaba acorralar a Taka, poniendo en peligro alguna vez a su rey. Taka respondía de la forma menos esperada declarándose un rival digno en este juego de guerra. Por fin, llegó el final, dejando a todos perplejos.

—Reina a Rey, Jaque mate amigo mío —Taka esperó un instante para que revisase la última jugada el padre de los dragones del mar.

—En verdad me has derrotado. Enhorabuena, menos mal que estabas oxidado —rio alegre el dragón—. Ahora vayamos a cosas más importantes, ¿a dónde os dirigís? —preguntó.

—A casa de Seiryu, debemos encontrarla —se sinceró Taka.

—No es buena idea, la niebla se ha espesado en los últimos meses. No creo que halléis nada allí que os indique su paradero. Si a esto le sumamos que hay unos cincuenta esbirros de Kitsune buscando a tus protegidos por toda la isla, diría que es un suicidio —la información del dragón no era nada alentadora para los presentes.

—¿Qué tipo de enemigos son, Ryūjin? —intervino Neko bajo la atención de Kenji y Ryoko.

—Un poco de todo, pero en su mayoría son elfos oscuros, ningyos y un tipo muy raro con alas negras. Este último solo viene de vez en cuando por si hay alguna novedad —continuó.

—¿Y en el portal hay alguien? —preguntó Taka.

—Nadie se acerca por allí. Está en la completa ruina, sus piedras se están desmoronando unas sobre otras —el dragón guardó el ajedrez—. Ha sido muy agradable estar en vuestra compañía, pero tengo mis responsabilidades. Nos veremos en otra ocasión. Que paséis buena noche.

Neko y Taka asintieron con la cabeza dando por terminada la conversación, dejando que el enorme ser se zambullera de nuevo en las oscuras aguas del océano. Todo quedó en calma. La diosa se metió en el saco de dormir sin decir palabra, dando la espalda a los presentes. Taka seguía con la mirada en el agua, su cara no reflejaba nada que dejase ver lo que se le pudiese estar pasando por la mente. Ryoko miró a Kenji siendo correspondida por sus ojos. Parecía que tenían una conversación mental visto desde fuera. Ante la falta de información de sus acompañantes, decidieron irse a dormir hasta el día siguiente.

La mañana les despertó a golpes con gotas de lluvia que caían sobre sus cuerpos, haciendo que se levantasen y recogieran todo el campamento que tenían montado. Una vez tuvieron todo metido en sus correspondientes alforjas, borraron todo rastro de huellas, que pudiera indicar que habían estado allí. Taka se acercó a Kenji, extendiendo la mano derecha para pedirle el colgante del lobo de plata de Vaél. El joven se lo sacó por encima de la cabeza, para depositarlo en la palma de la mano del dios.

Con el collar en la mano, Taka cerró los ojos concentrándose en la acción que debía realizar, para tener los puentes del espacio y el tiempo a su disposición. Al igual que en la habitación de Kenji tiempo atrás, juntó las manos elevándolas hacia arriba, las bajó separándolas trazando un semicírculo en el aire juntándolas de nuevo abajo del todo con una palmada sorda. El portal se abrió. Dejaba ver tras él hacia donde se dirigían. El portal derruido, una réplica exacta del templo de Istar, descolorido y muy erosionado.

Neko fue la primera en pasar hacia el otro lado seguida por su familiar lejano Ryoko, que no dudo en seguirla a través del portal recién creado. Kenji y Taka pasaron justo después de ellas, en ese mismo orden. Una vez se cerró el portal a sus espaldas, con el silencio reinando en el lugar, observaron a su alrededor para ubicarse. La niebla era tan espesa como les había informado Ryūjin en la noche anterior. Ryoko se acercó al portal seguida por Kenji, dieron vueltas rodeándolo intentando encontrar pistas sobre el paradero de la diosa del agua. La exploración de la estructura física del portal tras varios minutos no dio los frutos deseados. La buena noticia, era que las patrullas de elfos oscuros de Kitsune no estaban cerca o al menos no se les escuchaba en las proximidades.

El dios del cielo no perdió el tiempo con el portal. Tras dar varias indicaciones a Neko para que se mantuviese alerta por las posibles incursiones de los enemigos, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, cerró los ojos y se concentró en la respiración, entrando en trance. Los dos jóvenes se acercaron a la diosa con la vista fija en lo que estaba haciendo Taka, sin lograr descubrir en qué consistía exactamente. Kenji se aproximó un poco más a su mentor, siendo detenido por Neko antes de que le tocara con la mano en el hombro.

—No le molestes. En estos momentos, es la única opción que tenemos para salir de aquí con vida y de saber dónde ha ido a parar mi inocente madre —dijo con tono de sarcasmo en la voz—. Ayudadme, haced guardia conmigo. Si escucháis algo fuera de lo normal hacédmelo saber tan rápido como podáis.

—Vale, pero ¿qué está haciendo Taka? —preguntó Kenji con curiosidad.

—Lo que mejor se le da, seguir el rastro del aura de Seiryu. Es una de las múltiples habilidades del dios del cielo, junto con la sabiduría celeste y los agujeros de cosmos oscuros —explicó Neko con un poco de desgana—. De

hecho, si Taka hubiera querido habría hecho desaparecer medio planeta. Pero cree en un futuro mejor. Uno en el que se alzar  un rey de dioses que unirá de nuevo las Tierras de la Eternidad con el Mundo de los Hombres, en uno solo. Tal y como profetizo la diosa S z  antes de retirarse con Hozen a vigilar a su hermano, durante su encierro para toda la eternidad.

— Y cuánto tardará? —preguntó Ryoko impaciente.

—Lo que tarde. Tratándose de madre, puede tardar horas e incluso días. Siempre ha sido una mujer muy esquiva —miró con cara de pocos amigos a los dos jóvenes—. Ahora, si no os importa, manteneos en silencio. No queremos que nos descubran,  a qué no?

Colocándose de forma que pudieran cubrir el mayor terreno posible, dejaron a Taka en el centro con su introspección. El silencio se apoderó de todo el valle, haciendo que la niebla fuese el mayor de los obstáculos. Kenji decidió cerrar los ojos, centrándose en los sonidos a su alrededor. Debido a la humedad, la ropa quedó empapada a las pocas horas haciendo que sus músculos se quedasen fríos al contraste. Por un segundo, le pareció captar sonidos metálicos de armaduras al caminar. El joven se puso en guardia, ante la posibilidad de entrar de nuevo en batalla. Pero a los pocos minutos el sonido se alejó de la zona, sin dejar rastro.

El tiempo seguí corriendo con su interminable tic tac pasando cada segundo por la mente de Neko, Ryoko y Kenji. Sabían que Taka necesitaba tranquilidad para averiguar todo lo imprescindible. De esa manera podrían salir de aquella isla lo más rápido posible sin ser vistos por los enemigos. En realidad, no sabían con exactitud cuánto tiempo había pasado desde que habían llegado, no veían ni el sol ni la luna para determinarlo. Por fin, Taka abrió los ojos, riendo por lo bajo como si se hubiera vuelto loco de repente. Descruz  las piernas poniéndose en pie despacio. Sus músculos estaban agarrotados tras tanta pasividad. Volvió la mirada hacia donde estaba situada Neko e hizo un gesto con los brazos abiertos a los chicos, para que se juntasen en el centro.

Los tres se acercaron raudos, sigilosos, hasta el dios del cielo que seguí con una mueca de satisfacción en el rostro. Una vez a su lado, todo seguí en silencio. Neko intent  hablar, pero Taka levantó el dedo para acallarla antes de comenzar. Juntó las manos con el collar del lobo entre las dos palmas. Miró a cada uno de ellos, haciendo un recorrido de izquierda a derecha parándose en Neko, que parecía estar más interesada por la noticia.

—Chicos, la he encontrado —comenzó susurrando cerca de sus cabezas, enseñando aun los dientes sonriendo—. Está tan viva como nosotros. Esa es la buena noticia.

—¿Y cuál es la mala? —preguntó con resignación Kenji, mirando fijamente a los ojos de Taka.

—Sé que está viva, se dónde está, pero no estoy al tanto del paradero exacto, ni su aspecto actual —dijo encogiéndose de hombros a la vez que levantaba las manos, en señal de duda.

—¿Dónde está mi madre, Taka? —se enfureció Neko agarrándole de la chaqueta con su puño cerrado.

—En el Mundo de los Hombres, en Escocia. No voy a decir nada más, no quiero que nos escuchen oídos indiscretos —terminó cortante el dios, posando un dedo en su boca—. Vayámonos de aquí.

Taka abrió de nuevo el portal esta vez hacia las tierras de Byakko, al otro lado veían de nuevo el portal de Stonehenge por el que habían llegado a las Tierras de la Eternidad. Aunque Taka no lo había dicho, Kenji y Ryoko sabían lo que eso significaba, iban a volver a casa o, al menos, a Glasgow. Los cuatro cruzaron sin más dilación, evitando que cualquier grupo de soldados pudiese llegar a divisarlos entre la bruma. Una vez en el montículo de piedras, Taka cerró el portal con un leve gesto. Volvió a dirigirse a todo el grupo para explicarles el plan que había trazado en su mente.

—Este es el plan, no podemos descuidarnos ni un poco, debe de salir a la perfección. Neko, ¿el hermano de Vaél sigue hibernando?

—¿Kuma, el dios de la roca? Estará en las montañas metido en alguna cueva durmiendo, aunque acaba de llegar la primavera. Es posible que esté despierto —explicó Neko con ganas de saber que tenía pensado el dios del cielo.

—Despiértalo con delicadeza, sabes cómo se pone si tiene un mal amanecer. Que regente las tierras de su hermano en tu ausencia. Necesito que destruyas todos los portales, excepto uno. El de Byakko, debe quedar intacto.

—Espera, hagamos un breve recuento: el portal de Seiryu está destruido desde hace siglos, el dolmen de Genbu lo hice añicos hace unos días y el Gran roble lo dejo inutilizado de por vida mi hermano, Shika. Quedan el Arco del Triunfo de Vaél, el Templo de Suzaku en medio del Desierto del

Fénix y el Tori de tu isla, Taka. ¿Y solo quieres dejar activo el portal del norte? ¿Por qué? —le cuestionó la diosa del hielo.

—Sí, preciosa gatita, solo quiero que dejes activo este —hizo una pausa corta antes de proseguir—. Neko, los motivos que tengo son varios. El primero, es que es el portal con más poder mágico. El segundo, es que fue el primer portal de viaje entre los dos mundos y el tercero, es mi deseo cómo dios del cielo. Una vez acabes con la tarea reúne a unos cuantos y poderosos seres a tu cargo para vigilar este portal día y noche. Si alguien entra pasará por tus manos, si alguien quiere salir también, y si alguien se opone... sabes lo que hacer. Sobre todo, si es enemigo —las palabras de Taka sonaron duras, en comparación a otras ocasiones.

—Está bien, no discutiré contigo, como dice Shika, «si Genbu y Seiryu son las madres de los dioses, tú eres el padre de todos a su vez» y como supuesta hija tuya, te debo respeto y obediencia —empezó a caminar hacia el sur, pero tras unos pasos se volvió—. ¿Y vosotros que haréis?

—Volveremos al Mundo de los Hombres. Seiryu está allí, puede que sola y con su poder mermado. Nos necesita tanto, como nosotros a ella —dijo Taka, denotando tristeza en sus ojos dorados a la luz del sol del atardecer, adornado por nubes rosadas y purpuras en el horizonte—. Te abriré un portal hacia donde quieras para que sea más rápido. No quiero que viajes sola, aunque sé que estas acostumbrada.

—Llévame a Pico Colmillo, desde allí todo será mucho más sencillo —Taka abrió de nuevo el portal con el destino fijado. Neko se acercó hasta el borde, mirándole por última vez antes de cruzar—. Taka te lo advierto, como te mueras te reviviré para darte una patada en el culo. Nos veremos pronto —sonrió pasando a través del portal, cerrándose a los pocos segundos.

—¿Estáis listos los dos, para volver a la civilización moderna? Escocia nos espera —preguntó Taka a los dos jóvenes que, hasta el momento, habían escuchado con atención en absoluto silencio. Aunque estaban tardando en responder, después de la partida de Neko—. ¿Kenji? ¿Ryoko?

—Sí, estoy preparada para volver, aunque me gusta mucho este mundo. Es más limpio, más hermoso, aunque también más cruel como la naturaleza —dijo Ryoko, pensando en voz alta.

—También estoy preparado Taka, iremos donde nos lleves, pero en breves comenzaran las vacaciones de verano.

¿Cómo lo vamos a hacer entonces? —se impacientó Kenji.

—¿Recuerdas que te dije que en las Tierras de la Eternidad las cosas son diferentes? —el dios frunció el ceño al preguntar, manteniendo el suspense.

—Sí, lo recuerdo —asintió el joven.

—Pues esto te va a encantar. Por cada día que pasa en el Mundo de los Hombres, aquí pasan en realidad tres días completos con su sol y su luna. Es decir que, si llevamos casi tres meses aquí desde que atravesamos el portal, allí ha pasado tan solo un mes. Lo cual me recuerda que en abril es el cumpleaños de esta señorita —la cara de asombro de Ryoko y Kenji no tenía precio para Taka. Le hacía mucha gracia su reacción, se habían quedado sin palabras—. Tenemos un poco de camino hasta nuestra nueva residencia, emprendamos la ruta. Recordad allí me llamo Gael y soy el rector de la universidad.

Taka entró en el círculo de piedra de Byakko, caminando hasta la piedra central, realizando el mismo ritual que había hecho meses antes para viajar a las Tierras de la Eternidad. Esta vez no necesitaría la ayuda del dios ciervo para abrirlo hacia el Mundo de los Hombres. El flujo de magia ancestral, creada por los dioses al principio de los tiempos, recorría cada una de las rocas con una fluidez extraordinaria desde la última vez que las vieron. Por fin, a través del arco formado por las enormes piedras, se dejaron ver los verdes campos del monumento megalítico, Stonehenge. El dios de cielo se giró de cuerpo entero, mirando con impaciencia a los dos jóvenes.

—Venís, ¿no? Es para hoy —les llamó haciendo que salieran de su ensimismamiento. Ambos entraron apresurados en el círculo de piedras, cruzando a la vez, una vez estuvieron en frente de la piedra central.

Capítulo XIII

OceanofPDF.com

Universidad de Glasgow

Los días pasaban como el viento huracanado que arrasa todo a su paso. Entretanto Ryoko y Kenji comenzaban a hacerse con los hábitos de la universidad de Glasgow, en la que se encontraban residiendo en diferentes zonas del campus. Cada día, se les permitía asistir como oyentes a clases de las diferentes áreas que se impartían. Pudiendo elegir en qué carreras y posteriores máster estaban interesados en cursar, calculando los créditos que necesitaban. Por las noches una vez acabado el transcurso de la jornada, tenían la buena costumbre de llamar a sus padres, dado el mes que habían estado sin noticias de ellos. Pero, ¿cómo les podían explicar que habían viajado a otro mundo en el que seguían vivos todos los mitos existentes, que eran descendientes de dioses menores y poseían poderes naturales?

Gael, el dios del cielo, se había convertido de nuevo en un dios errante. Buscaba leyendas sobre todos los monstruos cuyo hábitat natural fuese el agua. Hacía tres días que había desaparecido, dejándoles a cargo de una mujer de estatura baja, rechoncha, de pelo rizado y rojo como el sol del atardecer, la señora Coira Mclair. Aunque era muy simpática no querían encariñarse con ella, no sabían cuánto tiempo iban a permanecer en Escocia y mucho menos en el Mundo de los Hombres. Faltaban tan solo dos días para el cumpleaños de Ryoko. Kenji no sabía qué podía regalarle. Sin contar que se sentía un poco desorientado en Glasgow. No conocía ninguna de las tiendas que había en la zona. Solo de pensar en no encontrar en regalo perfecto para ella, le agobiaba un poco.

El campus universitario era enorme, los dos jóvenes habían decidido dar un paseo por la zona de recreo esperando ver los deportes que practicaban los estudiantes. En el área existía una sala de máquinas para hacer bicicleta estática y pesas, múltiples campos para fútbol europeo, así como otras actividades de equipo. En uno de los extremos, un grupo de chicas estaban sentadas sobre la hierba recién cortada observando cómo cuatro chicos atosigaban a un joven de gafas redondas, que portaba unos libros entre sus brazos. Kenji y Ryoko, se acercaron con paso firme pero pausado hasta

donde se desarrollaba la escena de abuso estudiantil. Según se aproximaban pudieron distinguir la conversación entre ellos, así como las risitas crueles de las chicas vestidas de uniforme.

—¿Quién te has creído que eres, Lean, para humillarme delante del profesor? Nadie, no eres nadie. Solo eres un niño de diecisiete años que tiene un coeficiente mental más alto, por eso estas en último año de carrera. Pero por lo demás eres una nenaza, un delgaducho que está a punto de llevarse una tremenda paliza —el chico que hablaba era corpulento. Sus músculos estaban definidos por las horas invertidas en las máquinas haciendo pesas. Gritaba enfurecido mientras sus acompañantes sujetaban al indefenso muchacho que estaba a punto de llorar por la presión del momento.

El joven musculado estaba a un instante de propinar un buen puñetazo a su presa, cuando una mano interceptó su brazo haciéndole girar. Volteó el cuerpo sobre sí mismo, cayendo a la hierba húmeda. Las risitas descaradas de las jóvenes cesaron. El abusón miró hacia donde debía estar su agresor con cara de rabia y frustración, para descubrir con asombro que había sido derribado por una chica de facciones asiáticas, con cara de pocos amigos. La acompañaba un joven japonés que permanecía callado con las manos a la espalda como los maestros de las películas de kung fu que se habían popularizado en los años ochenta.

—¿Y tú quién eres? —ladró como un perro rabioso.

—Solo una chica a la que no le gusta que abusen de los demás. Es algo superior a mí, musculitos —Ryoko se dirigió firme hacia los captores—. Soltadle ahora mismo.

—¿O qué? —dijo otro de los chicos, preocupado tras ver volar al más curtido de los cuatro.

—O me encargaré de vosotros. Y os lo advierto, no seré nada delicada —espetó con voz seca.

Las chicas que estaban sentadas, se pusieron de pie con ganas de abalanzarse sobre la desconocida. El chico que estaba en la hierba se levantó con cuidado, haciendo crujir los dedos de las manos en señal de pelea. Ryoko permanecía en una pose muy natural, sin mostrar nada de lo que pudiese o no saber en cuánto a defensa personal. Una de las chicas se lanzó a por ella rápidamente intentando cogerla del pelo. Ryoko se defendió agarrándole por la muñeca. Con el otro brazo clavó el codo en las costillas

de la joven engreída sacándole el aire de los pulmones. En un solo segundo la chica cayó de rodillas al suelo abrazándose el torso con un grito ahogado. Las otras jóvenes dieron un paso atrás. Se les había quitado de la cabeza acabar como su amiga.

—Dije que no iba a ser delicada, a ver si escuchamos —replicó en voz alta a todos los presentes, mientras la joven del suelo se alejaba a rastras con lágrimas en los ojos.

—Ryo, ¿te echo una mano? —se ofreció Kenji con educación.

—No hace falta, gracias. Vosotros os ibais ya, ¿no? —se dirigió a los abusones de turno.

—Yo no soy el musculito. Tú no eres la única que sabe pelear. Soy Sloan, capitán del equipo de combate de karate de la universidad. Me habías pillado desprevenido, pero ahora te voy a dar una lección.

—¿En serio? ¿Y también te enseñaron a pegar a jóvenes indefensos? —se mofó Ryoko delante de todos—. Cuando veas a tu maestro le envías recuerdos míos.

El chico se puso en guardia de combate comenzando a botar sobre los dedos de sus pies, como hacen en la modalidad deportiva. Ryoko permaneció inmóvil, sabía que sus músculos eran más fuertes desde que habían estado en el otro mundo, a causa de la fuerza de la gravedad aumentada. Además, saltar era un gasto de energía innecesario en una confrontación real. El joven se acercó con una serie de combinaciones de ataques de pierna y puño. Ryoko apenas se movía, solo unos pasos cortos con defensas leves para lo que estaba recibiendo, evitando todas y cada una de las ofensivas. El chico insistía en su ataque intentado llegar a tocar el cuerpo de Ryoko sin éxito lo cual le frustraba. Era considerado el mejor del campus en combate, sin embargo, no lograba alcanzarla. El sudor brillaba en su frente. Su pandilla de amigos le observaban decepcionados. Paró un momento para recuperar el aliento, sin dejar de observar a la bella joven.

—¿Has acabado ya? ¿Eso es todo lo que tenías que enseñarme sobre combatir? —preguntó Ryoko calmada—. Si has terminado será mejor que descanses, bebe agua te estás deshidratando. Lean, ven conmigo, nos vamos de aquí tengo algo de hambre y me gustaría que nos acompañases en el almuerzo —dijo tendiéndole la mano.

—¡No he acabado contigo, asiática de mierda! —dijo Sloan insultándola.

En un último intento desesperado por ganar el enfrentamiento, el iracundo chico lanzó un puñetazo con toda la fuerza que le quedaba en dirección al pecho de la joven. Ryoko esperó hasta el instante final, antes de que pudiera hacer contacto. Se giró, parando con la palma de la mano sobre el brazo a la vez que con la otra ejecutó una luxación a la muñeca. El atacante se agachó intentando evitarlo y se encontró con la puntera del pie golpeándole en la boca del estómago. Sintió un codazo descendente en la espalda al poco. Derribado en el suelo, levantó la mirada para ver a sus amigos que estaban corriendo, dejándole allí tirado, alejándose por el verde campo. Las lágrimas salían de sus ojos, mezcla del dolor y la vergüenza por la derrota sufrida. Una mano de chico apareció justo delante de su cara.

—Levántate... Sloan, ¿verdad? —la voz era la de Kenji, que le miraba con una sonrisa cálida en la cara, entrecerrando los ojos—. A veces es bueno sufrir una derrota, de ellas también se aprende y en tu caso averiguas quiénes son tus amigos de verdad.

—Kenji, vámonos —dijo Ryoko, recogiendo los libros de Lean que se habían caído a la hierba por culpa de los agresores.

—Ahora voy —le contestó al momento.

El chico asió la mano de Kenji, levantándose lleno de dolor en el abdomen y la espalda por los golpes propinados. Asintió con la cabeza, en señal de agradecimiento hacia el joven japonés que le había ayudado, cuando sus supuestos amigos habían huido, como unas sucias ratas de cloaca, sin mirar atrás. Miró a la joven que ayudaba al cerebritito del campus que todavía estaba temblando, por la experiencia vivida. Cojeando se acercó a ella con los ánimos más serenos. Levantó la mano en señal de paz, para estrecharla con firmeza siendo correspondido por ella.

—Lo siento mucho, he sido un bravucón desconsiderado. Si me viera mi padre me regañaría por intentar pegar a una chica e intimidar a un buen chico como Lean. Me disculpo ante los dos —la sinceridad era palpable, en su voz no había ni rastro de rencor.

—Acepto tus disculpas, no pareces mal chico. Además, las personas con las que nos juntamos a estas edades influyen mucho. Ahora es Lean el que debe decidir si acepta tus disculpas o no. Lean, ¿qué respondes? —Ryoko esperó la reacción del joven, ante la disculpa de Sloan que le miraba con cara de arrepentimiento.

—Te perdono Sloan, sé que no querías hacerme daño en realidad. Siempre nos hemos ayudado en clase, cuando algo no era fácil —dijo el muchacho delgado de piel pálida y pelo rubio.

—Todo arreglado, ¿no? —dijo Kenji—. Vámonos a comer algo. Me muero de hambre. ¿Te vienes, Sloan? —preguntó cortésmente.

—Sí, ¿por qué no? Sinceramente creo que no volveré a ver a los que consideraba mis amigos, exceptuando en clase —comentó con tristeza.

—¿Sabes qué Sloan? Tienes suerte de que haya sido yo quien se ha enfrentado a ti, Kenji es mucho más agresivo —bromeó Ryoko entre risas, caminando hacia la zona de descanso acompañada por los tres chicos, dejándole confuso.

La tarde resultó muy entretenida, descubriendo cosas de sus nuevos amigos, bebiendo un batido de chocolate con nata. Sloan estudiaba Biomecánica. Su deseo era poder trabajar en una de las grandes empresas de nano robótica, para poder curar enfermedades desde dentro del cuerpo humano. Lean estaba cubriendo varias carreras a la vez, todas ellas conectadas con la carrera de informática de una u otra manera. Carreras en las que también estaban interesados ella y Kenji, así como la investigación de energías renovables y sostenibles.

Los días siguientes pasaron veloces en la compañía de sus nuevos amigos, llegando a la fecha de cumpleaños de Ryoko rápidamente. Gracias a Sloan, Kenji había podido encontrar una tienda donde comprar un regalo acorde a los gustos de Ryoko. No era nada del otro mundo, pero sabía que le gustaría en cuanto se lo entregase. Esa misma noche, había quedado con ella para cenar a solas en uno de los restaurantes del campus. Este tenía la fama de tener la mejor pizza barbacoa de la ciudad.

La noche era más oscura de lo que habían esperado, según las previsiones del tiempo de la radio nacional. Desde el restaurante, podían ver el cielo repleto de nubes negras que amenazaban tormenta. Se sentaron en una mesa para dos con un mantel a cuadros blancos y rojos, mientras dos velas les iluminaban haciendo la noche más romántica. Ryoko estaba muy contenta de poder tener una cita a solas con Kenji. Hacía tiempo que no estaban solos y no había nada que le pudiese quitar esa emoción. Comenzaron pidiendo al camarero una pizza barbacoa y otra de cuatro quesos que era la favorita de Ryoko acompañado de dos refrescos y pan de ajo.

Una vez servida la cena, comenzaron a comer conversando animadamente sobre las cosas que estaban viviendo en la universidad. Compartiendo sus intereses y anhelos para un futuro que tanto Kenji como ella tenían pensado pasar juntos, a pesar de no habérselo confesado el uno al otro. Kenji tenía en mente hacerle a Ryoko una petición muy importante en ese día, pero le daba vergüenza por el mero hecho de haber tardado tanto en decírselo. Las manos le sudaban, estaba más nervioso de lo normal, ¿cómo él, que se había enfrentado a hombres y bestias, podía sentirse así? Entre tanto pensamiento, Ryoko le había estado contando lo mucho que echaba de menos estar en las Tierras de la Eternidad.

—Kenji, ¿te encuentras bien? —preguntó ella notando el estado en el que se encontraba.

—Sí, perfectamente. Solo que tenía que decirte algo y me da un poco de corte —confesó Kenji intentando sonreír sin que pareciese forzado—. Pero antes, ¿quieres un postre?

—Por supuesto, me gustaría un poco de tarta de queso, no, mejor arroz con leche a poder ser con mucha canela.

Kenji se levantó de la mesa acercándose al camarero para pedirle los postres, de hecho, a él le apetecía un poco de tarta de queso para terminar la cena. El camarero apuntó la comanda, indicándole que en unos momentos se lo llevaría a su mesa. Volvió a la mesa sentándose en su silla, observando a Ryoko que contemplaba por la ventana como los relámpagos comenzaban a surgir de entre las nubes para dar paso a la lluvia. Apoyó la cabeza en una de las manos.

El camarero no tardó en venir con los postres, posó los platos en la mesa con cuidado y deseó buen provecho a los dos jóvenes. Ambos cogieron las cucharas probando los postres uno del otro, para luego centrarse en el propio. Estaba muy rico de sabor, tanto que en menos de cinco minutos lo habían terminado. Kenji sacó de una bolsa que traía consigo un pequeño paquete envuelto con un lacito, en el que iba el regalo misterioso para Ryoko.

—¡Feliz cumpleaños, Ryo!

—¡Gracias! —la joven recibió el regalo con ganas, comenzando a rasgar el papel de colores para descubrir qué había en su interior. El papel ocultaba una caja con una tarjeta metida en un sobre. Abrió primero la caja llegando a un colgante de plata con forma de gato sujetando un corazón entre sus

patas, que tenía inscrito en su interior «You're the Best». Ryoko se lo puso al instante en el cuello, muestra suficiente de que le había gustado el detalle de Kenji.

Inmediatamente después cogió el sobre que contenía la tarjeta en su interior, sacándola para leerla. La letra era inconfundible, Kenji nunca había destacado por tener una letra bonita a la vista. Más bien, parecía la de un médico que no hace más que extender recetas ilegibles, para nadie más que no sean los farmacéuticos que las expenden. Por otro lado, ella estaba muy acostumbrada a ese tipo de letra, llevaba años intentando que mejorara un poco, haciéndola más redonda para que se pudiese leer.

En la tarjeta ponía lo siguiente: «Ryo durante estos años has sido un gran apoyo. Mi mejor amiga junto con Ayame. Gracias a ti no me sentí el raro de la clase por ser el único japonés adoptado por una familia americana. Por ello, quería tener un detalle tierno contigo en el día de tu diecisiete cumpleaños. Espero que te guste el collar del gato, creo que es lo más bonito que he podido encontrar para ti. Muchas felicidades, Te quiero. Kenji». Ryoko cerró la tarjeta metiéndola en el sobre, lo dejó en la mesa junto a la caja.

El camarero se acercó para indicarles que estaban a punto de cerrar cortando un poco la efusividad de la joven, que tenía unas ganas locas de abalanzarse sobre ese chico tan dulce que tenía frente a ella. Kenji se levantó de la silla, ayudó a Ryoko a ponerse el abrigo para salir del establecimiento. Una vez ella estaba lista, se puso su abrigo y salieron juntos al exterior agarrados de la mano. La lluvia afuera era leve, de esa que parece que no te moja, pero que al llegar al hogar te tienes que cambiar de ropa por completo. Pero eso, a los dos jóvenes, les daba un poco igual. Comenzaron un paseo en silencio hasta la residencia donde dormía Ryoko, con la mirada fija en los ojos del otro, haciendo que a la joven le saliesen los colores en las mejillas. El camino se hacía corto para ellos. Delante del edificio había un banco de madera. Se sentaron allí un buen rato, aunque las palabras seguían sin salir de la boca de ninguno de los dos. El silencio se vio interrumpido por las campanas del reloj del campus que anunciaban las nueve de la noche, indicando que quedaban quince minutos para el cierre de las puertas. Kenji se giró agarrando las manos de Ryoko entre las suyas, sin dejar de mirarla.

Sé que llevo mucho tiempo sin ser honesto en cuánto mis sentimientos Ryo, pero creo que tú sientes lo mismo que yo. Quería preguntarte, ¿quieres ser mi novia? —Kenji cerró los ojos tras la pregunta esperando no haberse precipitado en sus conclusiones. En esos instantes se sentía expuesto, desnudo. La respuesta no tardó en llegar en la forma de un beso apasionado en los labios, como solo Ryoko podía dárselo. Se separó tras unos segundos, haciendo que Kenji abriera los ojos de nuevo.

—Ya estabas tardando en pedírmelo. Me empezaba a desesperar un poco. Llevo esperándolo desde hace meses —hizo un gesto acompañando sus palabras, delante de su cara, aproximando el dedo índice y el pulgar—. Tengo que entrar, en breve cerraran las puertas, no quiero quedarme fuera. Gracias por la cena y el regalo, nos vemos mañana, novio mío —le dio un último beso. Se levantó y salió corriendo hacia la puerta de la residencia. Asió el pomo abriéndola para entrar, echando una última mirada al joven hasta el día siguiente.

Kenji se quedó mirando como cruzaba el umbral del edificio hasta desaparecer de su vista. Se levantó del banco para ir a su edificio, que se encontraba a unos cinco minutos a pie del de Ryoko. Comenzó a andar a paso rápido, para no quedarse a la intemperie a pasar la noche. Cruzó los campos de césped que separaban dicha distancia, mojados por la lluvia que parecía querer amainar de un momento a otro. El edificio se podía ver a lo lejos. Un grupo de jóvenes, parecía estar esperando a algo o alguien con expectación, montando gran algarabía. Kenji decidió pasar la situación por alto, apenas le quedaban unos minutos para que se le prohibiera la entrada al interior de la residencia. El grupo de jóvenes se volvió hacia él en cuánto le vieron aparecer. Uno de ellos se adelantó, gesticulando con las manos al aire.

—¡Eh tú! El inmigrante, te estábamos esperando. No está bien que los campeones de Karate universitario se peguen con una mujer, pero a ti sí podemos darte una buena lección —dijo mostrando su enfado—. Nadie derrota a uno de nuestro equipo.

—Dejadme en paz, si queréis luchar conmigo que sea cuando no vayan a cerrar las puertas de mi residencia —Kenji dirigió la mirada al frente evaluando a cada uno de los presentes, dejando entrever en sus ojos al asesino que habitaba en su interior, con las manos aún metidas en los bolsillos del pantalón. Varios de los jóvenes se apartaron a su paso

desviando la mirada, sin mediar palabra alguna ni hacer intento de atacarle. Logrando abrir la puerta para cruzarla, se despidió del grupo con educación —. Buenas noches a todos.

Los pasillos estaban tenuemente iluminados. Kenji tenía que subir las escaleras hasta el último piso, donde se hallaban las habitaciones reservadas para los estudiantes de intercambio. Entre ellos había una gran diversidad, españoles, ingleses, daneses, americanos y así una larga lista de las mejores mentes adolescentes a nivel mundial.

Como las habitaciones estaban casi completas con dos estudiantes por cada una. A Kenji le había tocado una habitación para él solo. La única que quedaba, para ser sinceros. Esto le daba más intimidad para recordar los ejercicios de la tierra, aunque en el Mundo de los Hombres los poderes estaban mermados casi hasta no poder usarlos a voluntad. Algo que le resultaba muy frustrante.

Kenji entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí. Colgó el abrigo en el perchero de la pared. Seguidamente se quitó las deportivas y los calcetines, dejándolos a un lado de la cama. Se acercó a la ventana, el grupo de jóvenes se había dispersado. La lluvia había cesado por fin. Bajó la persiana para poder dormir sin la molesta luz de una farola situada justo enfrente de la ventana. Como aún estaba contento por la contestación de Ryoko, el sueño se estaba retrasando más de lo habitual. Se tumbó sobre la cama sin abrirla mirando al techo, con las manos detrás de la nuca. Un crujido sonó en la habitación haciendo que Kenji se sentara en la cama. De la nada apareció un portal del que salió Gael. Este parecía muy cansado, llevaba una barba bastante tupida, como si no se hubiese afeitado desde hace varios días.

—Hola, Kenji. Estoy de vuelta, creo que se dónde está Seiryu. Pero no va a ser fácil sacarla de donde está metida —dijo con premura—. Descansaré aquí, mañana os daré más detalles a los dos. Por cierto, ¿a qué viene esa cara de bobo?

—He pedido a Ryoko que sea mi novia, ha dicho que sí —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ah, ya estabas tardando. Pensé que nunca se lo ibas a pedir. Lo llevo notando desde que te conocí. Ahora, vámonos a dormir —Gael apagó la luz recostándose en la otra cama que había en el cuarto.

Transcurrieron tan solo unos pocos minutos hasta que su amigo y mentor se quedó sumido en un sueño profundo. El joven se acostó sobre la cama boca arriba, con la vista en la pintura blanca del techo de la habitación, pensando en todo lo que habían vivido al otro lado del Tori intentando vislumbrar si había sido un sueño o una realidad. En esos momentos estaba seguro de donde se hallaba y de todo lo que estaba en juego. Por un lado, sentía un anhelo irrefrenable de conocer el pasado de su familia biológica. Por otro, deseaba dejarlo atrás como un tema cerrado para seguir hacia delante con su vida, aprendiendo todo lo posible de este y el otro plano. En cualquiera de los dos casos, tenía claro que quería que Ryoko estuviera a su lado.

—Lo sé... —susurró al aire—. Siento que la vida es como una cuerda que te aprieta el cuello, mientras buscas la manera de que todo acabe bien. Siempre existe otro reto que releva el siguiente, siendo este más duro que el anterior, así es la vida que nos toca vivir.

El sonido de la tormenta le acompañó toda la noche hasta el amanecer. Los charcos se acumulaban en el césped ubicado frente al edificio. Kenji se despertó en la cama, abriendo un ojo para ver si Gael seguía acostado. Pero en la otra cama de la habitación no hay nadie. Está estaba hecha, como si hubiera sido abandonada de forma temprana, sin prisas. Ni una arruga se dejaba entrever en la colcha, ni tampoco en la almohada. Kenji se levantó de un salto, hacía días que no descansaba tan bien como aquella noche. Se acercó hasta el armario, cogió el uniforme de la universidad disponiéndose a vestirse. En cinco minutos, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí, vestido y aseado.

Bajó las escaleras en dirección a la salida con paso alegre. Llegó a la puerta de metal negro cromado, asió el agarradero tirando hacia adentro. Fuera, bajo un paraguas de color azul marino, estaban Gael y Ryoko, parecían esperarle desde hacía bastante tiempo. Descendió las escasas escaleras hacia el cemento húmedo, metiéndose con ellos bajo el paraguas. Comenzaron a caminar hacia la parte más alejada del campus, en la que casi ningún estudiante se aventuraba a personarse, mucho menos con el clima actual. El caer de las gotas de lluvia les marcaba el paso al andar, como si de una banda de tambores se tratara.

Una vez alcanzaron el extremo, en la vereda de los dominios del complejo universitario, Gael sacó el amuleto con forma de lobo

comenzando a abrir un portal en dirección a una zona cercana. Ryoko y Kenji lo traspasaron como habían hecho en múltiples ocasiones hacia donde fuera que les llevase. Gael les siguió con premura, asegurándose de que nadie les hubiera visto. Una vez en el otro lado, se dirigió hacia ellos, apoyando una mano en el hombro de cada uno.

—Chicos, perdonadme por no daros explicaciones hasta llegar a esta población. Nos encontramos en Fort Augus, una pequeña población al sur del mítico Lago Ness. Os he traído aquí porque he encontrado a Seiryu, pero tenemos una tarea difícil ya que se encuentra ahí —dijo señalando al fondo del agua, justo donde acababa el lago—. Está amaneciendo aún en esta parte del país. Hay que atraparla cuando salga del agua y salir de aquí a toda prisa, sin ser vistos.

—¿Por qué razón? —quiso saber Ryoko.

—Fácil, por el día es mucho más sencillo que al atardecer. En estos últimos siglos se ha hecho pasar por una florista de origen chino que se llama Mei Ling. Suele vestir con un vestido azul eléctrico y dorado. Los habitantes de este lugar le tienen mucho afecto. No la dejarán ir por las buenas, por eso las prisas.

—Y por la noche, ¿qué pasa? —Kenji tenía un aire de curiosidad inmenso.

—Por la noche es mejor que no te acerques o te ahogará. Al anochecer se convierte en la dragona que es en origen. La diosa del agua mantiene un porcentaje alto de su poder por los minerales que comparte este lago con los mares, océanos y ríos de nuestro mundo. Eso sin contar que, si te muerde estas perdido. Aquí, la llaman Nessi —sacó a relucir con su encanto particular.

—Entonces habrá que ceñirse al plan, sin fallos, ¿cuándo saldrá de ahí dentro? —dijo Ryoko, con precaución.

—En aproximadamente... —Gael miró su reloj de pulsera, calculando todas las variables posibles—. Cinco o siete minutos. Escondeos cerca del muelle.

Siguiendo las instrucciones de su maestro, se escondieron ocultándose lo máximo posible para que los ojos de Mei Ling no les detectaran a primera vista. Con la mirada fija en la superficie del agua, esperaban a que la mujer que un día logró encerrar al dios del cielo apareciese ante sus ojos. El espejo superficial del agua se rompió con el surgir de unas burbujas que

salían de forma continua, sin pausa entre unas y otras, explotando en la superficie. Salió del agua un poco de lo que parecía ser la cabeza de un ser con escamas, azuladas y doradas. Sus ojos eran negros como la noche más oscura. Escudriñó a un lado y luego al otro, muy despacio siendo tan precavida como el mismo dios del cielo o incluso más, si cabe la posibilidad de serlo.

La cabeza volvió a sumergirse, para acercarse al muelle. De la superficie salieron dos manos blancas de aspecto delicado, se agarraron a las tablas de la plataforma con fuerza para subirse a ella. Apareció, por fin, la cabeza de pelo negro largo, muy liso, seguido del cuello, los hombros... hasta que dejó ver su cuerpo por completo. Iba vestida con un elegante vestido de colores como los de sus escamas, acompañado por unas sandalias a juego. La diosa se agarró el pelo con las dos manos escurriendo toda el agua sobrante, hasta la última gota. Lo colocó hacia atrás pasándolo por encima de los hombros al terminar. Este le llegaba por más de la mitad de la espalda, casi rozando la parte final de esta.

Una vez arreglada, se dirigió a un viejo carromato de madera repleto de flores de diferentes clases y colores, que parecían mustias por la falta de hidratación. Mei pasó una de sus manos sobre las flores casi marchitas, haciéndolas revivir al instante, dejándolas tan bellas como si hubieran sido recién cortadas del campo. Cogió una pequeña banqueta que tenía atada al carro, la desató y se sentó sobre ella con la mirada puesta sobre el horizonte, justo por donde se estaba alzando el sol.

Sin darle tregua, Kenji y Ryoko, salieron de sus escondites. Corriendo hasta donde estaba Mei derribándola de su asiento, para llevársela cogida fuerte del tronco y de las piernas. Gael les esperaba a unos pocos metros de distancia, donde abrió apresurado un nuevo portal hacia Stonehenge. Mei pataleó con energía, intentando librarse de sus captores, sin más éxito que el de molestarles en su traslado. Rápido alcanzaron el otro lado del portal, donde Gael les ayudó con la diosa del agua inmovilizándola con fuerza.

—Soltadme y os aseguro que no os haré daño —les advirtió la diosa, con ánimo más calmado.

—¿Más que el que ya me hiciste en un pasado, Nimue? Lo dudo mucho —añadió Gael, indicándole a Kenji y Ryoko que se separasen de la florista.

—¿Merlín? —se sorprendió al escuchar una voz que nunca había podido olvidar—. ¿Eres tú?

—En esta época me llaman Gael. Abre los ojos, aquí nadie te va a dañar, Dama del Lago —terminó de hablar el dios del cielo.

Mei abrió sus oscuros ojos desde su posición acostada en el suelo, como la habían dejado. Ante ella estaba el hombre que hacía más de mil años había amado. Con la misma cálida sonrisa, mirándola con los ojos más dorados que habían existido jamás. Se levantó despacio, como si estuviese sumida en una alucinación provocada por algún ente externo. Dio unos pasos con cautela hasta estar a un palmo de distancia del cuerpo de él. Elevó la mano, rozando la barba de este con las yemas de los dedos. Era muy real, demasiado, pero no podía ser. Nadie habría sido capaz de sacar al dios más poderoso del Gran Roble. Aun así, ahí estaba el padre de todos, el consejero del Rey Arturo de Bretaña. Separó la mano del rostro del dios, colocándola en el costado, bajó la mirada con timidez intentando evitar la mirada de Gael.

—¿Cómo lograste salir? No deberías haber vuelto —exclamó con dolor.

—Tu hijo me sacó de allí, consideró que alguien debía reparar lo que un milenio y medio de encierro no ha solucionado. Por eso estoy aquí, con mis discípulos — señaló con la palma de la mano hacia arriba uno por uno—. Ryoko y Kenji.

—¿Ahora das clases de cómo ser un dios? Eso no es posible, como mucho llegaron a ser magos mediocres, ya que aquí los puentes invisibles que unían los dos mundos han desaparecido casi del todo —miró a los dos jóvenes—. Nos os ofendáis, es solo una realidad.

—No, si descienes de ellos, de alguna manera —los ojos de Mei se abrieron de par en par, examinando a los dos jóvenes de pies a cabeza, buscando algo que le indicase lo cierto o falso de las palabras pronunciadas por Gael—. Este ejemplo te va a ser muy gracioso. Seiryu una vez diste a luz a Neko, tú hija. Ella a su vez tuvo a sus propios hijos, que envió al Mundo de los Hombres, y tras varios siglos, nació la joven que tienes delante, Ryoko. Por otro lado, Genbu tuvo a Vaél, este a su hijo Honshū y de su rama, nació Kenji. Son los más puros e inteligentes de todo este mundo, aunque no saben usar todo su potencial.

—Estas mintiéndome, eso no puede ser verdad —exclamó la diosa.

—Puedes creerlo o no. Pero en este momento, la única entrada que va a quedar a nuestro mundo es esta que ves —dijo Gael señalando a su alrededor con los brazos abiertos a ambos lados del monumento—. Ellos

son la última oportunidad de cumplir la profecía del inicio del tiempo. Ellos acabaran con la red de mentiras de Kitsune.

—Tenía que haberte matado cuando tuve oportunidad, en vez de encerrarte. Mis sentimientos interfirieron demasiado. Casi nos llevas a un periodo de eterna oscuridad con ese mocoso de Arturo. Le entregué mi espada y ni siquiera supo darle un uso adecuado —su enfado se transmitía a través de gestos y por el tono de sus palabras.

—No fui yo quien os traiciono, Kitsune y Moldred casi acaban con todo. Es más, Arturo hizo todo lo que pudo para ser un simple mortal. Nadie tenía derecho a pedirle más, murió en mis brazos, herido y traicionado por sus allegados. Entonces, cuando me disponía a terminar con todo, me encerraste sin dejar que te lo explicara —le increpó Gael.

—Tú enseñaste a Kitsune a usar su poder, todo lo que sabe. Ese fue tu error —Mei miró a los dos jóvenes, que observaban la escena, callados, sin tomar parte por ninguno—. Les daré una oportunidad, pero no viajaremos hoy. Tenemos algo que hacer aquí antes de volver. Byakko está en este mundo, usó uno de tus portales para viajar, aunque todavía no sé su ubicación.

—Te daré un puesto en la universidad, hasta que lo encontremos. Habrá que esforzarse. Seguro que sigue tan esquivo como siempre. Chicos, nos volvemos al campus universitario —dijo mirándoles, antes de volver a hablar a la diosa—. Por cierto, Mei, ¿qué tal se te dan los conocimientos de biología marina? —se rio a carcajada limpia, por el chiste que acababa de soltar ante los tres.

—Decidme que no me toma el pelo o lo mato aquí mismo —dijo la diosa dirigiéndose a los dos jóvenes.

—Creo que está de broma, no te lo tomes a mal. Con el tiempo se ha vuelto muy chistoso —aclaró Kenji con aire despreocupado.

Gael se colocó en posición, abriendo de nuevo el portal para regresar al campus donde seguía diluviando, las negras nubes les acosaban desde lo alto. Los alumnos seguían metidos en sus residencias, preparándose para acudir a las clases que tenían en sus correspondientes horarios. Los cuatro, con la recién incorporada diosa del agua, traspasaron el umbral caminando con paso animado hacia el edificio principal, esperando poder proseguir con su aventura lo más pronto posible.

OceanofPDF.com

Capítulo XIV

OceanofPDF.com

La ira del tigre

La lluvia no permitió el paso a los rayos de sol en los días siguientes al reencuentro con la diosa, Mei. Por su parte Gael la había presentado a la comunidad educativa como una de las mayores expertas en biología marina a nivel mundial. Mei cambió su aspecto, ahora llevaba zapatos de tacón fino, medias, una falda de corte recto, blusa blanca, chaqueta a juego con la falda y un maletín con mucha información sobre el mundo que ella mejor conocía, el acuático. Para parecer más profesional en su papel de maestra, además de la imagen de refinada ejecutiva, se maquilló. Llevaba unas gafas de ver adecuadas a su graduación visual, recogió su pelo apretándolo bien en una cola alta de caballo y refinó los términos para explicar a nivel de vocabulario de un catedrático del siglo actual. La primera vez que impartió temario fue ante la presencia de unos ciento veinte alumnos de biología, que esperaban con expectación. No era habitual que una eminencia como ella, aceptara dejar el trabajo de campo estudiando los seres marinos, para dar clase a aspirantes. Kenji y Ryoko asistieron a varias de las intervenciones de Mei. En ellas hacía gala de su extenso conocimiento, teniendo a toda el aula atónita ante sus explicaciones sobre las formas de vida acuáticas. Al tercer día dado la fama que había recabado entre los universitarios, decidieron acudir algunos de los catedráticos junto con Gael para disfrutar de la magia de su trabajo. Al final de la exposición de la forma de vida de los cetáceos, del silencio sepulcral de la sala, comenzaron a surgir una marea de aplausos por parte de los presentes.

Mei era parada por alumnas de ciencias de la naturaleza sin importar su especialidad para que les firmase sus temarios. Se había convertido en una estrella mediática en el campus, en tan solo unos días. Los comentarios que rondaban por todos los lados iban desde su aspecto de profesora sexy, hasta genio de la fauna acuática, entre otros. Para Gael era algo incómodo, pues había pretendido que fueran discretos hasta poder regresar a su mundo. Mei se lo estaba poniendo difícil con la fama que adquiría por momentos. A Ryoko le parecía una mujer de bandera, siendo grande donde hasta el

momento solo habían destacado los hombres. Kenji estaba un poco más preocupado por encontrar al hijo del dios del cielo. Sabía que, si se querían esconder en la tierra, los dioses podían ser muy esquivos.

El ordenador más potente del aula de meteorología había sido puesto bajo su cuidado con los permisos pertinentes del rector, así como del jefe de departamento para aprender a usarlo. Estuvo leyendo durante horas compendios de las estaciones activas como el Meteosat, así como manuales de instrucciones de los programas específicos, lecturas de gráficos y mucho más. Interesados por lo que quería buscar, sus amigos Sloan y Lean, le habían acompañado en las horas de lectura, también con las simulaciones. Por el momento, no encontraba nada en los radares en ninguno de los cinco continentes.

Ryoko se había limitado a estar con Mei, manteniendo largas conversaciones sobre todo lo que había vivido la diosa tanto en su mundo como en el actual. Mei le contó cómo había sido conocer a Gael cuando eran jóvenes, tenía mucho en común con él. El carácter de ella era algo cambiante, tan pronto podía ser como un estanque en calma o como un tsunami que arrasa todo lo que encuentra su paso. Ryoko la entendía a la perfección. Era complicado mantener siempre la compostura según que situaciones. Siguió con algo un poco más turbio, el principio de la decadencia de la magia por culpa de Kitsune, pero a las pocas frases dio por zanjado el tema cayendo en la cuenta de que no le correspondía a ella hablarlo y dejando a la joven con ganas de saber más.

—Esa es una historia que os tendrá que contar Gael cuando sea el momento, no es adecuado por mi parte que lo cuente —dijo Mei, que levantaba la mano para mirar el reloj—. Deberíamos ir a ver a Kenji a la estación meteorológica. Esperemos que tenga buenas noticias para nosotras.

Kenji seguía haciendo prueba tras prueba. Los parámetros estaban dentro de los baremos normales en cuanto a precipitaciones, borrascas, ciclones, anticiclones y demás efectos atmosféricos. Se llevaba las manos a la cabeza por enésima vez al comprobarlo, con los ojos irritados de mirar la pantalla, negándose a tomar otra taza de café con leche para aguantar el ritmo infernal al que estaba sometiendo a su cuerpo. Dentro de su corazón tenía la certeza, la sensación, de que en algún momento el dios Byakko tendría un desliz, desvelando su paradero actual. Era el dios del aire, en algunas culturas del rayo, en otras del trueno, lo cual le daba poco margen de acción

para la discreción en caso de enojarse. Por lo que le habían comentado los dioses, su carácter era complicado e impulsivo.

De la entrada del edificio de investigación meteorológica del campus, comenzaron a escucharse risas y voces de dos mujeres jóvenes, conversando animadamente. Tras los cristales de observación, aparecieron la profesora Mei y la chica que más le apetecía ver cada día, Ryoko. La profesora llevaba en la mano un vaso de plástico con un batido de fresa, que se bebía a través de una pajita. Ryoko llevaba otro, pero de chocolate con nata. Ambas se acercaron hasta donde Kenji estaba tecleando en el ordenador, visualizando las diferentes estadísticas otra vez. Ryoko se pegó a su cuerpo, dándole un beso en los labios.

—Hola cariño, ¿qué tal vuestra tarde? —preguntó con voz cansada el joven.

—Bien, nos hemos contado muchas cosas. Os hemos puesto a ti y a Gael de vuelta y media. Vamos, lo normal en conversaciones de chicas —Ryoko hacía claramente una broma a su novio, pero la cara de este apenas hizo un gesto alegre—. Era broma, Kenji. Se te ve cansado. ¿Cuánto tiempo llevas observando?

—En la última semana, cuatro horas por la tarde y otras tres después de cenar aproximadamente —confesó Kenji con humor apagado—. Me estoy cortando con los cafés. Hoy, llevo tres bien cargados.

—Deberías dormir, no creo que aparezca pronto —Mei le pasó el vaso de batido, para que bebiese un trago largo, cosa que Kenji hizo sin mediar palabra alguna—. Tienes que cuidarte, sino, nos va a caer una buena lobito. No sé si te has dado cuenta, pero Gael no tiene el mejor carácter del mundo.

—La verdad es que, si no me lo llegas a decir, no me habría dado cuenta. Teniendo experiencia con él, como punto de partida... solo tengo que agregar que hay que saber llevarle. Es un buen tipo —intentó bromear con la diosa.

—Buen intento Kenji, te faltan siglos de tratarle —le guiñó un ojo, cogiendo de nuevo su batido—. Por cierto, ¿sabes que en ese botón de ahí se programa para que si hay alguna anomalía se te pueda informar con un mensaje al móvil?

—¿Cuál? —dijo Kenji despejándose del todo.

—Ese de ahí —señaló con el dedo en la pantalla.

Kenji miró a la pantalla justo donde le había señalado la diosa del agua. Movi6 el cursor hacia 6l, puls6 abriendo una pantalla que le daba opci6n de marcar el rango de par6metros espec6ficos que buscaba y un correo electr6nico o n6mero m6vil de contacto que eligiese. En menos de cinco minutos dej6 todo listo, con ayuda de Ryoko, para que fuese m6s r6pido dado su cansancio. Una vez terminado mir6 a la mujer m6s adorada en toda la universidad, cogiendo la chaqueta del uniforme del respaldo de la silla.

—Muchas gracias Mei, no hab6a ca6do en ello. Estaba tan obcecado en encontrarle estando presente que olvid6 la programaci6n de alertas —le dijo Kenji en tono de agradecimiento.

—De nada, jovencito —dio una palmadita suave a Kenji en el hombro—. ¿A alguien le apetece una hamburguesa? —les sugiri6.

—Yo me apunto a una, tengo algo de hambre —contest6 Ryoko con mucho 6nimo—. ¿Kenji?

—S6, pero no me quedare mucho, me gustar6 descansar un poco apenas s6 en qu6 d6a vivo —respondi6.

Los tres se fueron a una de las hamburgueser6as de la zona, en la que Mei invit6 a la cena. Tras una agradable velada acompa6a a las dos mujeres al edificio donde resid6an, tanto alumnas como profesoras. Las dej6 en la puerta, regresando a su habitaci6n donde se desplom6 sobre la cama con todo el peso de su cuerpo. Se qued6 dormido sin quitarse la ropa, a los pocos segundos de estar tumbado.

Al principio sinti6 como si cayese a lo m6s profundo de la tierra, durante una eternidad, sin oponer resistencia alguna. Lleg6 a un cuarto con dos sillas y una 6nica mesa. En una de las sillas hab6a una sombra sentada. Sus ojos rojos le miraban mientras el cuerpo de Kenji permanec6a de pie junto a la otra silla. La sombra le hizo un gesto para que se sentase levantando la mano derecha. Kenji se sent6, separando la silla despacio del margen de la mesa. El extraño sac6 un papel tendi6ndoselo al joven y retir6 la mano de inmediato. Con el papel delante de los ojos, comenz6 a leer.

Te he encontrado joven lobo, la 6ltima vez Taka intercedi6, por eso no consegu6 acabar con tu vida en mi forma de zorro blanco de nueve colas. Pero aqu6 estamos de nuevo, ahora gracias a tus aventuras en las Tierras de la Eternidad, s6 qui6n eres, s6 qui6nes son tus padres, amigos y amigas. S6 que conociste a mis cong6neres Genbu, Seiryu, Shika y Neko. S6 que tus

poderes crecen bajo su tutela. Por ello voy a darte una oportunidad. Acude a la torre de Londres en treinta días del Mundo de los Hombres para tu ejecución y te prometo que no dañaré a nadie que te importe de tu mísera vida. Una vez acabes de leer esta carta, regresarás a tu cama a descansar. No les digas nada a los demás dioses o la promesa quedará invalidada. Hasta pronto hijo de Vaél.

P.d: Los hermanos Kamaitachi supervivientes tienen muchas ganas de verte.

Se incorporó sobresaltado de nuevo, pero con el corazón mucho más calmado que la última vez que se habían encontrado en el mundo de los sueños. Kitsune podía ser muy persuasivo, sobre todo ahora que sabía todo sobre él y sus allegados. Debía encontrar a Byakko cuánto antes, regresar a las Tierras de la Eternidad y aprender más sobre los elementos dominados por los dioses. ¿Cómo se lo iba a ocultar a Ryoko? Nunca le había ocultado nada de lo que le preocupaba desde que eran niños.

Apenas faltaban cuatro horas para ponerse en pie de nuevo, siguiendo con el horario marcado por la universidad para cumplir las seis horas lectivas diarias. Dado que no iba a poder dormir, se puso ropa deportiva, cogió los cascos colocándolos en las orejas, abrió el reproductor de música y eligió una de sus canciones favoritas de rock internacional. Le dio a reproducir saliendo de la habitación para ir a correr por el campus. El cielo seguía la línea de días anteriores, sin brindar la oportunidad para que los rayos del sol hicieran su aparición, aunque todavía no había empezado a llover.

Una vuelta completa, dos, tres... Correr a velocidad aumentada de menos a más, era una de las pocas cosas que hacía que su mente se desconectase de todas las preocupaciones que pudiese tener. En ocasiones había llegado a recorrer una distancia similar a las que podía trazar en un día un lobo de la península ibérica, unos treinta kilómetros. El sudor comenzaba a recorrer su torso y espalda, como un río empapando la camiseta por completo. Llegando casi al punto de partida, los estudiantes comenzaron a salir de sus residencias correspondientes para acudir a las aulas.

Levantó la mano del reloj. Quedaban unos veinte minutos para que empezase la primera clase. Subió a su habitación para darse una ducha

rápida, cambiarse de ropa por el uniforme de la universidad y acudir puntual a la clase, junto a sus compañeros. Las horas pasaban raudas sentado junto a Ryoko, escuchando explicación tras explicación de los diferentes catedráticos de la universidad. La última exposición se estaba haciendo eterna mientras el profesor discurría en su monólogo de la evolución del hombre hasta la actualidad, divagando por la época de las cavernas. Kenji vio a Ryoko varias veces tapándose la boca con la mano, evitando que así el resto de los presentes notase el aburrimiento al que se veía sometida.

Antes de terminar la tortura una bola de papel voló desde el asiento de Lean, que tenía la asignatura como complementaria, dando en la cara de Kenji. Este la cogió del suelo bajo la atenta mirada de Ryoko, lo abrió viendo un dibujo hecho por su amigo superdotado en el que figuraba un neandertal con un garrote al hombro arrastrando a sus espaldas al profesor de antropología. Los dos no pudieron evitar una sonrisa silenciosa, levantándole los dedos pulgares a Lean que se estaba aguantando la risa, lo mejor que podía.

El timbre sonó por fin, dejando que los alumnos salieran a toda prisa del aula para huir de los comentarios del profesor. Este les despedía con un chiste que solo él podía entender, ya que estaban seguros de que su especie original no estaba extinta porque él seguía vivo. A la salida del edificio Lean estaba esperándoles con ganas de hablar. En esos días no había tenido tiempo porque tenía exámenes finales de las diferentes carreras que cursaba a la vez.

—Hola chicos, ¿algo mejor con mi tira cómica? Vi que estabais algo aburridos, además sé que es uno de los profesores más monótonos de todo el campus. Yo estudio su materia porque me sube puntos al ser optativa —dijo Lean ajustándose las gafas con el dedo índice de su mano izquierda.

—Sí, fue de lo más graciosa —dijo Ryoko recordando el dibujo—. Muchas gracias, eres un buen amigo.

—Lean, nos has salvado de dormirnos en el aula, eres un genio. ¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Kenji.

—Claro, dispara amigo —respondió alegre, por la posibilidad de ayudar.

—Si quisiera encontrar el mayor cambio atmosférico visto con la estación meteorológica, ¿bastaría con programarla?

—Sí y no, me explico. Deberías encontrar las mayores en los últimos cincuenta años y reprogramarlo con unos grados por debajo del mínimo y por encima del máximo. De esa manera evitarías avisos con falsos positivos, encontrando lo que buscas en específico. ¿Tiene que ver con lo que no nos cuentas a Sloan y a mí en estos últimos días? —contestó Lean con aire preocupado.

—Es lo mismo que he hecho, pero tenía mis dudas. Sí, tiene que ver con ello, pero no quiero poneros en riesgo. Algún día os lo contaré, lo prometo —respondió con suma sinceridad Kenji.

—Estaré esperando —dijo riendo—. Me voy a estudiar. Nos vemos pronto, chicos —Lean salió corriendo, despidiéndose con la mano en alto.

Kenji y Ryoko comenzaron a caminar hacia el área deportiva para entrenar un poco entre ellos. Hacía mucho tiempo que no hacían nada de kata, ni de combate y empezaban a estar algo oxidados. Una vez en ella vieron un cartel que indicaba donde se hallaba la zona de lucha. Entraron para ver un área lo suficiente grande para albergar a unos cien alumnos por clase. En esos momentos estaba solitaria, sin un alma que pisase el acolchado suelo. Los dos se descalzaron al borde del tatami dejando los zapatos bien colocados. Entraron en la superficie, calentaron durante unos pocos minutos para adecuar los músculos al ejercicio. Continuaron por un poco de combate suave entremezclando todo lo que sabían, terminando con la práctica de sus formas favoritas de los katas superiores.

Durante el estiramiento final, los luchadores del club de boxeo y lucha libre, comenzaron a entrar rompiendo el silencio imperante en la sala. Varios se les quedaron mirando, pero sin mediar palabra. Seguro que pensaban que se habían colado en el gimnasio para darse el lote, cosa que no les importaba lo más mínimo. Salieron del área de entrenamiento. Se pusieron los zapatos para poner rumbo hacia el comedor. De camino el móvil comenzó a vibrar de manera muy continuada. Kenji sacó del bolsillo el aparato, habían llegado unos ocho mensajes de texto del centro de control meteorológico. Habían sido registrados dos cambios en las presiones atmosféricas muy por encima de la media habitual, en cualquier punto del globo terráqueo. Lo curioso era la zona en donde habían sido localizadas. Estaban en el norte de España, en la zona de Galicia. Para tener un poco más de información debían ir al ordenador y ver las coordenadas exactas. Al verlo Ryoko sacó el móvil de su cartera, comenzando a escribir un

mensaje para Gael y otro para Mei. En él, les indicaba que se presentasen en el centro de control a la mayor brevedad posible. Kenji borró los mensajes, para que nadie pudiera acceder a esa investigación desde su teléfono personal, pidiendo a Ryoko que pospusieran la comida una hora para ver los datos en el programa. Ella accedió. A toda carrera salieron en dirección a su objetivo, cruzando las puertas y subiendo las escaleras hasta la planta en donde se encontraba dicho ordenador. Sin pausa, Kenji se sentó en la silla ergonómica de color negro, abriendo todo lo necesario, para ver los datos de la alerta.

Entre tanto Ryoko se sentó a su lado, para que le pudiese explicar de qué iba todo eso con palabras comprensibles para alguien que no supiera nada de isobaras, presiones atmosféricas y demás palabrería que salía en la televisión de la boca de los hombres y mujeres del tiempo. Por fin, llegaron a través de la puerta, Mei y Gael. Vestidos como si fuesen los magnates de la mejor empresa de tecnología puntera del mundo. Gael se acercó a la pantalla observando los datos junto a sus discípulos. La cara se le iluminó, por los registros del programa, hasta que vio la ubicación donde se habían detectado.

—¡No fastidies! ¿Es una broma? —exclamó Gael con un claro tono de indignación en su voz—. En serio, ¿sigue siendo su sitio favorito en este mundo? —se giró hacia la diosa en una búsqueda de apoyo a sus palabras—. Mei, mi hijo es tonto. Sigue aferrado al lugar donde su culto alcanzó el máximo esplendor, está en Finisterre —al escuchar esas palabras, Mei se abrazó a Gael para calmarlo, antes de que montara en cólera.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ryoko, sin dar tiempo a pensar a nadie en lo sucedido.

—Deberíamos borrar los datos de los últimos días o al menos los de las últimas horas, para que nadie pueda acceder a ello. Todavía no sé en cuanta gente podemos confiar —indicó Kenji, para ver si los demás estaban de acuerdo con esa determinación.

—Kenji está en el camino correcto, no sabemos si alguno de los esbirros de Kitsune anda cerca. Bórralos del todo. —dijo Mei sin dejar de calmar a Gael entre sus brazos—. Una vez lo hagas, vosotros dos seguiréis con la vida normal de un estudiante de intercambio, Gael y yo nos encargaremos de localizar en Finisterre a Byakko. Una vez lo consigamos iremos los cuatro a por él.

—Muy bien Mei, haremos lo que se nos dice, como siempre, pero por una vez me gustaría que no nos trataseis como a unos niños indefensos. Sé que somos jóvenes, pero no somos inútiles —le recriminó Ryoko molesta a la diosa del agua, mientras Gael se separaba del abrazo.

—Ryoko, no quiero que os sintáis así, pero por el momento mi máxima prioridad es que estéis a salvo hasta que logréis dominar vuestros poderes. Es más, a día de hoy habéis logrado más que muchos de los dioses menores, domináis la tierra y la roca, ¿quién sabe hasta dónde podréis llegar? —dijo Gael, en tono tranquilizador, mirándola a los ojos con ternura.

—Lo siento, no quería alterarme —se disculpó con tono de arrepentimiento.

—No pasa nada pequeña, os prometo que antes de que anochezca hoy, estaremos aquí de vuelta con noticias sobre el paradero de Byakko y serás la primera en saberlo —apoyó una mano sobre la cabeza de Ryoko mesándole los cabellos—. Nos vamos. Borra los datos, por favor.

Mei dio un beso a cada uno en la mejilla despidiéndose. Acto seguido salió por la puerta con Gael. Una hora más tarde se encontraban sentados en una cafetería comiendo un bocadillo de jamón serrano con un refresco. Después de lograr borrar, no solo los datos del mismo día, sino también de las semanas anteriores. Kenji había decidido no pasar por allí hasta que no fuese estrictamente necesario. Por otro lado, no entraba en ninguna de las materias que había decidido cursar al comienzo del año lectivo. Ryoko estaba mucho más calmada, animada, especulando sobre qué aspecto tendría el hijo de Gael y si tendría el mismo mal humor que él.

—¿Cómo crees que será Byakko? —le preguntó a Kenji, sin darle ocasión de contestar por el momento—. Yo creo que será alto, musculoso, espero que con los ojos de Gael no de Genbu. No sé, me intriga, tengo mucha curiosidad —sonrió la joven.

—Solo espero que tenga un carácter un poco mejor que el de Gael, porque si no estamos apañados —contestó el joven tomando un sorbo del refresco.

—Llevamos una hora desde que se marcharon del centro de meteorología, ¿cuánto crees que tardaran?

—Si Gael hace lo que tengo en mente no creo que tarden más de otras dos horas. Lo más seguro es que Gael se situó en uno de los lugares donde tuvo más culto su hijo en la región y desde allí escaneara la zona de forma

mental, como hizo en la Isla de las brumas para encontrar a Mei. Esta vez le costará mucho menos dado que está en el mismo plano y cerca de la zona en concreto —especuló Kenji, dejando a Ryoko pensativa por la relación tan lógica que había realizado.

—Entonces la única opción que nos queda es esperar a que regresen con buenas noticias. Mientras, ¿te apetece que vayamos a ver a Sloan como entrena con sus compañeros de equipo? —preguntó Ryoko, proponiendo un plan para que el tiempo les pasara más rápido mientras esperaban.

—Sí vamos, así veré de lo que es capaz nuestro amigo —Kenji dejó un billete sobre la mesa, para cubrir las consumiciones y los bocadillos.

Se levantaron de la mesa poniendo rumbo hasta la zona deportiva donde Sloan, estaba realizando una rueda de defensa uniformado con el karategui homologado por la WKF, mostrando su cinturón negro. Los compañeros le atacaban desde varios ángulos, ejecutando diversas formas de defensa, como paradas, esquivas, luxaciones y derribos. Al terminar les saludó levantando la mano, haciendo un gesto para indicar que luego hablaban. El entrenador se acercó hacia sus alumnos, para darles unas sencillas indicaciones, introduciéndoles un tiempo correcto de reacción y ritmo para que las técnicas fueran más realistas a ojos de los posibles espectadores.

Los alumnos volvieron a saludarse tal y como marcaba el protocolo, comenzando de nuevo la rueda defensiva, con Sloan en el centro. Esta vez por las indicaciones la realización fue mucho más dinámica, llena de energía. Una vez los compañeros de su amigo estuvieron por los suelos, finalizando así la práctica, se levantaron para saludar, recibiendo la enhorabuena por parte de su maestro. Sloan se acercó hacia ellos, que estaban sentados en las gradas disfrutando de la escena. Se sentó al lado de Ryoko, justo después de darle dos besos y saludar a Kenji.

—Hola chicos, me alegra veros por aquí. ¿Qué os ha parecido el entrenamiento? —preguntó entusiasmado.

—Ha sido interesante cuánto menos —dijo Kenji siendo amable, tras ver el ejercicio.

—A mí me ha gustado, pero contra diez contrincantes habría sido más emocionante, ¿no crees? —contestó Ryoko, con una sonrisa.

—Sí, pero no creo que pudiese combatir con tantos enemigos a la vez —dijo de forma simpática, elevando una mano y rascándose la cabeza—. Bueno, voy a ducharme, tengo los minutos contados. Al igual que muchos

tengo exámenes mañana y me toca estudiar, pero de aquí a unos días estoy totalmente libre, ¿nos escribimos para quedar?

—Por supuesto, ve tranquilo. No te preocupes, y suerte con los exámenes —dijo Ryoko.

—Nos vemos —añadió Kenji.

Sloan salió corriendo al trote en dirección a la zona de los vestuarios, desapareciendo de la mirada de sus dos amigos. Estos salieron del polideportivo, para dar un paseo por los terrenos de la universidad dado que el día, aunque seguía nublado, les estaba dando un respiro para estar a la intemperie. Dando vueltas sin rumbo concreto, se dieron cuenta que habían pasado casi tres horas desde la partida de Mei y Gael, sin tener noticias de ellos.

El móvil de Ryoko comenzó a sonar con el tono que tenía predefinido, la canción Belfast versionada por el grupo español Mago de Oz. Sacó el terminal del bolsillo de la chaqueta para ver de qué se trataba, justo cuando se cortó la llamada. Era Mei. A los dos segundos llegó un mensaje, en el que se le especificaba que hicieran algo muy concreto. Una vez leído le pasó el móvil a Kenji para que lo leyera también, estando así al tanto de lo que debían hacer.

Ryoko, id a la parte más apartada del campus para que os podamos abrir un portal, necesitamos vuestra ayuda con Byakko. Es urgente, en diez minutos os esperamos aquí. Mei.

Los dos salieron corriendo, estaban en la otra punta del campus, debían llegar en un tiempo muy corto al otro extremo, evitando los posibles alumnos que pudiesen ver la apertura del portal. Llegaron a los pocos minutos, aún no se había abierto el puente hacia su nuevo destino. Apoyados en las rodillas por el esfuerzo realizado en la carrera, intentaron recuperar la respiración, acumulando aire en sus pulmones. El portal se abrió con un leve crujido. Mei les tendía la mano instándoles a que cruzasen raudos para cerrarlo, evitando así sospechas.

Una vez al otro lado, lejos de miradas indiscretas, comenzaron a caminar despacio, como si estuviesen dando un paseo por una playa de arenas blancas. Mei les estaba llevando al final de un campo, pegando a un acantilado de roca maciza. En él, había un hombre tirado en el suelo

agarrándose uno de los costados, se trataba de Gael. Cuando llegaron hasta donde se hallaba, estaba con los ojos cerrados. Las gotas de sudor caían por su frente, el dolor se hacía presente en su cara.

—Por esto os he hecho venir tan rápido, chicos —comenzó Mei a hablar—. Resulta que, aunque nuestros poderes en este mundo se ven mermados, por la ruptura de los puentes mágicos hasta nuestro mundo, Byakko ha descubierto una manera de canalizar la energía de las tormentas a su favor pudiendo así usar sus poderes. Cuando Gael le instó a que volviera con nosotros a las Tierras de la Eternidad, se enfadó sobre manera. Le atacó consiguiendo canalizar un rayo en dirección a Gael rozándole las costillas.

—¿Cómo ha conseguido eso? ¿Y qué podemos hacer al respecto? —preguntó Kenji.

—Ryoko, Gael y yo, nada de nada —explicó Mei—. Gael y yo no podemos canalizar nuestros poderes hasta ese nivel. Ryoko aún no es tan poderosa en este plano. Solo nos queda una opción y no es la más agradable, deberás ponerte el collar de Vaél dejando salir al lobo que habita en tu interior para derrotarlo o convencerlo.

—¿Cómo? —exclamó Ryoko—. Gael nunca ha estado a favor de que salga esa parte de Kenji. Es peligroso. Es más, ¿cuántas probabilidades tiene de vencer?

—No muchas, pero si no lo intentamos no podremos seguir adelante —dijo Mei, cogiendo el colgante del Lobo de plata del cuello de Gael. Tendió la mano hacia Kenji para que se lo pusiese—. Ten cuidado. Está un poco más adelante. Nosotras cuidaremos de Gael.

Kenji asintió con la cabeza, situando el colgante en su cuello a través de la cabeza. Se dio la vuelta en dirección a donde había señalado Mei, para encontrarse con el hijo de su mentor y maestro. Los pensamientos comenzaron a surgir en su mente, se iba a enfrentar al dios del aire. Un ser capaz de crear un rayo, que le podría partir en dos de un solo golpe. Sus dudas hicieron que el colgante comenzase a brillar con un fulgor casi cegador. Un zumbido empezó a invadir su mente haciendo que cesaran sus pensamientos. De repente escuchó un bostezo de algo que comenzaba a desperezarse.

«¿Qué está pasando? ¿Dónde está el Halcón?», dijo la voz animal que había escuchado en varias ocasiones. «No me lo digas, no está en condiciones para protegerte. Sabía que en algún momento debería actuar.

Escúchame con atención y no me interrumpas. Este collar que pertenece a tu antepasado, no solo es capaz de abrir portales, también es capaz de amplificar por un tiempo muy limitado los poderes en este plano, gracias al material del que está hecho. ¿A quién nos enfrentamos?».

—A Byakko, el dios del aire e hijo de Taka —hizo resonar la respuesta en su mente.

«Mierda, no podía ser otro. Centrémonos: el poder que has aprendido hasta ahora es el de Genbu la diosa de la tierra. Con él debería ser suficiente para hacerle hincar la rodilla en el suelo. Déjame salir a la luz, me encargaré de todo, pero no te puedo asegurar que no suframos algún daño físico», pidió la voz con tono preocupado.

—Toma todo el control, pero no le mates. Sé que eres muy peligroso —confió Kenji en su lobo interior, dejando salir a la bestia.

«Tranquilo, en nuestro estado no creo que le pudiésemos dañar tanto. Vamos allá», dijo la voz antes de actuar.

Paso a paso los ojos color cielo de Kenji se tornaban del color más temido en todas las Tierras de la Eternidad, el morado del dios lobo Vaél. Un color que, cuando salía a la luz, no indicaba nada bueno para quien dirigieran su furia. A unos doscientos metros, acicalado con la vestimenta de un monje de color marrón, atado por una cuerda blanca a la altura de la cintura, se encontraba un hombre alto, musculado, con el pelo liso y largo de color blanco, con la cara morena como si hubiera estado tomando el sol y con los ojos ambarinos de su padre. Allí encontró a Byakko. Kenji se detuvo a escasos diez metros del dios del aire. Este se giró al escuchar los pasos a sus espaldas.

—Te dije que no voy a volver a casa hasta que acabe con Kitsune —dijo, sorprendiéndose al ver que no era su padre el que tenía de frente—. ¿Quién eres?

«Alguien que no le gusta que falten al respeto a los progenitores, un hermano disgustado usando el cuerpo de uno de sus hijos. Deberías ir a ver a Taka, pedirle perdón y volver a casa», dijo la voz a través de Kenji.

—Tú no podrías conmigo. Te voy a desgarrar la carne —Byakko se puso en posición, iniciando un ataque a toda carrera.

Los ojos morados relucían más a cada centímetro que se acercaba hacia él. Una serie de ataques consecutivos se abalanzaron sobre Kenji por parte del dios. Siguiendo los dictámenes del amuleto, el cuerpo del joven los

rechazó todos con una facilidad pasmosa, dejando a Byakko más enfadado que antes si cabe. Kenji inició la ofensiva obligando al dios a retroceder, para mantener una posición segura ante el joven.

Las nubes se comenzaron a arremolinar formando un ojo en el centro, justo por encima de Byakko. Comenzaron a sonar truenos dejando entrever cargas eléctricas que se hacían cada vez más intensas. Una de ellas salió despedida hacía el suelo. El dios, levantó su puño derecho hacia él reconociéndolo como quien coge un objeto en el aire. Una vez su puño se halló cargado, lo desató hacia el joven de ojos morados que ni se inmutó por lo que estaba sucediendo. El rayo pasó rozándole la pierna izquierda, haciendo que saliera humo y sangre. El dolor causado hizo que su rodilla cayese sobre la tierra, siendo iluminado por las llamas que se habían generado al prenderse la hierba a su espalda, sin perder de vista al dios que iniciaba una carrera vertiginosa hacia él para rematarle.

Los brazos del joven se elevaron hacia el cielo, justo cuando el tigre iba a descargar su ira sobre él, empleando un golpe colosal con los puños sobre la tierra, a la vez que una tromba de agua se desprendía de las nubes. Desató un temblor que desequilibró al dios haciendo que cayese. Con la rodilla en el suelo Kenji hizo un último esfuerzo, abrió los brazos apoyando las manos a poca distancia de su cuerpo. Una ola final recorrió la tierra hasta donde se hallaba Byakko cubriéndolo con una capa de roca maciza, dejando al descubierto tan solo su cabeza, inmovilizándole. El dios miraba asombrado a su captor.

«Kenji, esto es todo lo que he podido hacer, creo que estamos al límite de nuestras fuerzas», dijo la voz en su mente, tocándose la pierna, elevando la mano enfrente de su cara, viendo los dedos cubiertos de sangre. Miró al suelo, estaba apoyado sobre un charco de su propia sangre que manaba sin descanso de la herida. «Espero que nos veamos pronto hijo mío, adiós, la voz del Lobo se desvaneció por completo».

—Suéltame, rápido, necesitas que te cautericen la herida, ¿me oyes? —dijo el dios, que recobraba la compostura— Si sigues así, morirás.

Kenji no perdió de vista al dios, casi sin entender lo que le estaba gritando, cambiando a su color de ojos habitual. La vista se le empezó a nublar dejando todo borroso a su paso. Su cuerpo se debilitaba, ya no sentía el dolor, no sentía correr el rojo elemento, ni siquiera el viento que

acariciaba su cara hacía unos instantes. Entonces sin darse cuenta... se desmayó desplomándose sobre el campo.

OceanofPDF.com

Capítulo XV

OceanofPDF.com

Comienza la cuenta atrás

El sonido de una maquina ensordece los oídos de Kenji con su repetitivo pitido. Cada segundo, uno tras otro recorre el tiempo sin que, en la cama, el joven pueda evitarlo. Dos veces al día alguien llega a regular un gotero, volviendo a marcharse sin decir ni una sola palabra. En su mente se daba cuenta de todo lo que pasaba, era consciente de que estaba ingresado en un hospital, seguramente en cuidados intensivos. La pega era que sus músculos no respondían, no era capaz ni de abrir los ojos para ver qué tenía alrededor.

Unos días después, notó el tacto de una mano tocando la suya, era suave, delicada. La persona que le estaba tocando estaba claro que era una mujer. Un hombre, por mucho que se cuidase las manos a base de las cremas más refinadas del mercado, no conseguiría el mismo efecto. El aliento de su boca se acercó a la oreja izquierda de Kenji haciendo que notara el aire cálido, antes de susurrarle unas palabras. Nadie más pudo escucharlas a su alrededor, o eso esperaba.

—Creo que has descansado suficiente remolón, tienes un destino que cumplir, muchos seres te necesitan. Vamos, despierta o sino, todo acabará aquí, junto con tu vida —dijo una voz tan fría e intimidante como femenina.

Kenji esforzó su consciencia al máximo para abrir los ojos, así podría ver quien había proferido esas palabras tan amenazadoras que le habían sacado de sus casillas. Nunca había soportado que nadie le hablase de esa manera, siempre les ponía en su sitio, era una cuestión de orgullo. Aunque a estas alturas no sabía si el orgullo servía de algo, sobre todo cuando luchas contra un dios como Byakko. Por fin después de varios angustiosos segundos, consiguió abrir muy despacio sus ojos azules para ver quién, en su sano juicio, era capaz de hablar así a un joven hospitalizado. Sorpresa, esa era la definición de lo que estaba viendo en esos momentos. La joven que tenía ante él vestía muy elegante, con el pelo rubio suelto hacia atrás, la mirada de ojos felinos permanecía fija en su semblante.

—¿Neko, eres tú? —preguntó Kenji, consiguiendo articular las primeras palabras desde hace días.

—Sí, soy yo, zoquete. Llevas cuatro días ingresado por una herida que podíamos haber curado en el otro mundo en cinco minutos —dijo con cara de indignación, mientras miraba hacia la pierna lesionada cubierta por la sábana blanca—. Entre tú y Taka... perdón Gael, me sacáis de quicio, sois los dos tal para cual, maestro y alumno.

—¿Está aquí? —dijo el joven sin pensar en nada más que el bienestar de su mentor.

—Ya no, le dieron el alta ayer mismo. Volvió con Byakko o como él quiere que le llamen aquí, el padre Aarón, tienen mucho de qué hablar. Por cierto, tardé más de lo que me esperaba en romper tu prisión de roca. Le diste un poco de tiempo para pensar —levantó la mano para ver la hora en su reloj fino de muñeca—. Voy a avisar a la enfermera y al médico, a ver si te dan el alta después de la hora de comer.

Sin dejar que dijera más palabras, Neko salió de la estancia pasando el umbral de la puerta. La arrimó, para que nadie que pasase enfrente pudiera ojear el interior de la habitación. Levantó la sábana para ver qué aspecto tenía la herida, estaba envuelta con una venda gruesa y gasas alrededor del muslo. Volvió a taparla cubriéndola con la tela. La enfermera abrió la puerta de par en par seguida de Neko, a quien la auxiliar llamaba señora Smith. Miró el gotero al que mantenían conectado a Kenji por una vía. La bolsa de suero estaba vacía por completo. Neko le dirigió un gesto de impaciencia, la enfermera le devolvió el gesto con cara de disgusto.

—El chico se podrá ir si el doctor firma los papeles. Por el momento le voy a retirar la vía y daré orden para que le preparen el menú de planta para la hora de comer —dijo comenzando a retirar el esparadrapo que fijaba el apósito de plástico de la vía. Sacó la vía de un solo tirón suave, volviendo a cubrir el agujero con una gasa—. Aprieta durante unos minutos, jovencito, así dejara de sangrar. Nos vemos a la hora de comer y señorita a usted le recuerdo que el paciente debe descansar, no alargue demasiado su visita —miró con rabia a Neko, marchándose de la habitación.

—Algunas, no saben tratar con suficiente educación a las personas —escupió Neko por la boca como si sus palabras estuvieran expulsando veneno—. Bien, estas un paso más cerca de salir de aquí y dejar que te cure alguien más eficaz. Tu «abuela», Genbu. Te aseguro que no le va a gustar que te hayas dejado hacer eso por mucho que su primogénito haya sido el

causante. Nos vemos en un par de horas, por cierto, Ryoko está al llegar no se separa de tu lado ni a sol ni a sombra.

Kenji vio como Neko se fue de la sala dejándole solo de nuevo con sus pensamientos. En su mente todo pasaba a una velocidad que ninguno de los superhéroes de los comics de su infancia, podía igualar. Revivía cada instante de la llegada a Galicia. Gael estaba herido en el suelo agarrándose el costado sangrante. Ryoko y Mei cuidándole mientras él iba al encuentro del dios del aire. Su lucha épica contra el dios Byakko, resultando herido por un rayo de este y él atrapado bajo las rocas. De pronto solo hubo oscuridad, silencio y una fría sala de hospital. ¿Cuánto tiempo llevaba allí exactamente? Cuatro días según Neko. Eso, le dejaba con menos tiempo para prepararse.

Kitsune, los Kamaitachi y quien sabe quién más le quería muerto, por ello se estaban tomando tantas molestias para conseguirlo. Sus motivos, a saber, cuáles eran. Podría ser por la profecía en la que su maestro creía, la unión de todos los poderes en un solo ser, haciéndole casi igual a los dioses verdaderos o simplemente por estar relacionado con los dioses menores. Lo que estaba claro es que Kenji no iba a dejar que hicieran daño a nadie de su círculo cercano, fuese dios, humano, amigo o familiar.

Con tales pensamientos circulando por las terminaciones nerviosas que se ramificaban por todo su cerebro, no había caído en la cuenta de que el calmante que le evitaba sentir el dolor de la pierna estaba desapareciendo, haciendo que el dolor hinchara de rabia sus pensamientos hacia los que se habían proclamado abiertamente como enemigos suyos.

Un carro metálico sonó en el pasillo, se escuchó ruido de bandejas de comida que eran repartidas por las habitaciones de los pacientes del hospital. La enfermera traspasó la puerta bandeja en mano, le colocó la mesa sobre las piernas y quitó la tapa. Era puré de verduras de primero, carne guisada con champiñones de segundo y una pieza de fruta de postre.

—Que aproveche, jovencito —dijo saliendo del cuarto con una amplia sonrisa al ver que Neko no estaba con él.

Cogió la cuchara que venía junto con los otros cubiertos comenzando a comer el menú del día. Apenas había llegado a terminar el segundo plato cuando llegó Ryoko, peinada con dos trenzas como el día en que la conoció. Había cambiado de ropa, no llevaba el uniforme de la universidad. Iba vestida con unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca, con el dibujo de

un gato que llevaba escrito «I Love my Cat» y unas zapatillas de deporte también blancas. Le dio un beso en los labios y se sentó a los pies de la cama, dejándole terminar de comer antes de dirigirle la palabra. Kenji no dejaba de mirarla, estaba preciosa, no era como la veía vestida de forma habitual, era más sencillo y aun así estaba más guapa que nunca. Terminó la pieza de fruta. Se limpió las manos en una servilleta de papel. Ryoko tenía ganas de hablar con él, se le notaba.

—Me tenías preocupada, no despertabas —dijo Ryoko con voz temblorosa—. Pensé que no ibas a despertar nunca, tenía miedo por primera vez en mi vida. No quiero que me dejes —las lágrimas de la joven comenzaron a rodar despacio por sus mejillas—. Prométeme que no me dejaras. Prométeme que tendrás cuidado, Kenji.

—Te lo prometo Ryo, haré todo lo que esté en mi mano para que así sea —dijo intentando tranquilizar a la mujer que más le importaba en el mundo, en cualquiera de los mundos. Entre tanto entró en la habitación un hombre vestido de verde, el uniforme del quirófano, portando una carpeta en la mano. Al verlo Ryoko secó sus lágrimas.

—Bien jovencito, soy el doctor Nogueira, ¿cómo te encuentras hoy? —dijo por cortesía, sin dejar tiempo para que Kenji pudiera responderle—. Espero que mejor, no todos los días nos ingresa un adolescente con una herida causada por un rayo y sobrevive. Cuando entraste hace cuatro días, presentabas un cuadro clínico de quemaduras de segundo y tercer grado, con una herida abierta por la que perdías mucha sangre. Conseguimos cauterizar la herida tanto a nivel interno como externo, dándote un total de veintidós puntos. Hemos tratado las quemaduras, haciendo que mejoren considerablemente. Te vamos a dar el alta. Has digerido la comida perfectamente, pero durante los próximos días será mejor que te lleven en silla de ruedas o andes con muleta, sin forzar. Los puntos se caerán solos en unas dos semanas. Cuando vuelvas a Nueva York que te lo revise tu médico, este es el informe —dijo dándoselo a Ryoko, posándolo en sus manos—. Un último consejo antes de dejarte marchar. No salgas a pasear por el campo si ves que puede haber tormenta. Es muy peligroso.

Una vez se hubo marchado dejándolos solos, Ryoko ayudó a Kenji a vestirse con la muda que le había traído días antes en una bolsa de una de sus tiendas favoritas, que por cierto también la había en España. Se trataba en concreto de unos vaqueros, camiseta y una sudadera, aparte de unas

deportivas. Un celador les trajo una silla de ruedas acompañándoles a la salida, donde les estaba esperando Neko con un coche de alquiler para ir donde estaban Mei, Aarón y Gael, a la espera de que el joven lobo, como llamaban a Kenji, se uniera a ellos de nuevo.

Tras una largo trayecto repleto de un silencio incomodo por parte de Neko, llegaron a una casa solitaria en medio de un pasto verde, sin arboles cercanos. El coche frenó de golpe sobre un charco formado por la lluvia de los días anteriores que la tierra no había logrado absorber. Apagó el motor, sacó la llave del bombín y salió para ayudar a Ryoko a sacar a Kenji, aposentándolo en la silla de ruedas. Ryoko cogió de los asideros de la silla, empujándola en dirección a la casa, siguiendo los pasos de la rubia malhumorada. Tras unos pocos metros llegaron a la puerta de color caoba.

Neko levantó la mano cerrándola en un puño, llamó enérgicamente para que los de dentro de la casa le abrieran la puerta. En el interior se escuchó arrastrar una silla al levantarse alguien de ella, haciendo sonar sus zapatos hasta la entrada. Un chasquido del pestillo de la cerradura se hizo notar, para seguidamente abrirse la puerta, dejando ver a quien la abría. Era el dios del aire, que con una sonrisa tímida al ver a Kenji delante de él, les dejó pasar. Una vez dentro, acercaron al joven al salón donde estaban sentados Mei y Gael conversando sobre posibles planes futuros.

—¿Qué tal estás Kenji? —preguntó Mei al verlo, levantándose para darle un abrazo muy caluroso de bienvenida.

—He estado mejor la verdad, Byakko pega duro —contestó mirando al joven dios, que a pesar de su edad aparentaba unos treinta años como mucho.

—Tampoco te quedas atrás hijo de Vaél. Me hiciste trizas la espalda sepultándome con tanta roca. Ni siquiera mi hermano pudo hacerme eso de niños —sonrió mientras levantaba la camiseta para enseñarle el gran hematoma de la espalda—. Una pregunta, ¿y tus ojos morados?

—Vienen y van, pero si tengo puesto el colgante de Vaél aparecen al estar en peligro —intentó explicar lo más claro posible.

—Me alegro de verte, Kenji —dijo Gael que por el momento no había dicho ni una palabra, sentado con el brazo puesto en cabestrillo—. Hemos hablado, lo más sensato, sería volver a las Tierras de la Eternidad para curarnos. Luego buscaremos a Suzaku, mientras Ryoko y tú os entrenáis

con Mei. Supongo que nos costará bastante, sobre todo si está oculta en el Mundo de los Hombres.

—En eso te equivocas, padre —intervino Byakko, sorprendiendo a todos los presentes—. Mi hija está encerrada en la Pirámide del fuego, en el Desierto dorado del fénix. Tras la vergüenza de lo que pasó se encerró allí sin posibilidad de que nadie la encontrase, excepto yo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Neko, perdiendo la poca paciencia que le quedaba en el cuerpo.

—Porque, me lo dijo ella misma antes de encaminarse hacia allí. ¿Comenzamos el viaje o seguimos con este interrogatorio? —dijo en tono provocador hacia Neko, haciendo que esta apretase los puños para entablar combate. El rechinar de sus dientes, junto con un leve bufido llegó a los oídos de Kenji.

—Neko, no creo que sea necesario luchar ahora —dijo Kenji con una mueca de dolor al intentar mover la pierna para levantarse—. Estar enfrentados unos contra otros no ayudará a nuestra causa, debemos permanecer unidos o Kitsune nos destruirá —Ryoko logró impedir que continuase, haciéndole sentarse de nuevo con cuidado.

—Kenji tiene razón chicos, vamos a ver a Genbu para que os cure. Es lo más importante en estos momentos, sois cuatro dioses y nosotros dos. De los cuales, a tres, da pena veros a causa de las heridas —inculcó un poco de sensatez Ryoko, tal y como le había enseñado de niña su padre—. Kenji, voy a mandar un mensaje a Lean y Sloan, para decirles que nos vamos de viaje. De esa manera, no estarán preocupados por nosotros.

—Me parece bien —asintió el joven, mientras ella sacaba el móvil comenzando a escribir.

—Kenji, déjame el colgante por favor —dijo Gael extendiendo la mano hacia el muchacho. Este se lo quitó del cuello agarrándolo con la mano derecha, alargando la mano para dárselo a su maestro.

Gael se levantó con un poco de ayuda de Mei, aún le dolían las costillas por el golpe recibido por el rayo hacía unos días. Sacó el brazo que tenía en cabestrillo, preparándose para abrir el portal que les llevase de camino hasta Stonehenge. Siguió los pasos que tantas veces había realizado, delante de los dos jóvenes, haciendo aparecer el puente entre el tiempo y el espacio, vislumbrando el último lazo existente que conectaba los dos mundos. Uno tras otro pasó a través de él llegando hasta el otro lado. Una vez allí

reunidos, en el medio del verde campo donde se alzaba el gran monumento megalítico, permanecieron a la espera.

Mei y su hija Neko, dejaron al grupo atrás mientras abrían el portal hacia las tierras de Byakko. En menos de lo que habían esperado el grupo de piedras centrales comenzó a relucir con gran intensidad, dejando al descubierto la puerta hacia su mundo. Kenji, había sentido un hormigueo al ver de nuevo el mundo mágico en el que había vivido durante tres meses. Sus dudas, después de tantos días, se disiparon de repente. No había sido un sueño, era muy real.

Antes de lo que podía recordar, estaban en presencia de la diosa de la tierra, de nuevo en la Fortaleza Oscura. Estaban rodeados de elfos que la obedecían ciegamente, sin rechistar, esta vez bajo su forma original. Byakko explicó toda la situación vivida, postrado con la rodilla hincada en el suelo y la cabeza agachada, en señal de respeto hacia su madre. Genbu decidió darles cobijo. Levantó la mano levemente, repartiendo tareas a varios de sus súbditos para aposentar a sus huéspedes llevándoles a sus diversas estancias y haciendo llamar a sus ayudantes de cámara para las diferentes curas que debía de realizar.

En la habitación donde se hallaba Kenji, habían dejado que durmiese Ryoko por ser la única que era capaz de hacer que se sintiese mejor, distrayéndose del dolor que aun sentía con diferentes temas de interés mutuo. Al otro lado de la estancia se escuchaban gritos de dolor del rabioso tigre blanco, Byakko, al sanar las heridas, su madre, no tenía el menor reparo en hacerle un poco de daño por su bien. Kenji sabía que de un momento a otro Genbu aparecería por la puerta para sanarle, posiblemente haciéndole chillar como a un niño pequeño cuando le duele algo.

Pasaron las horas, la diosa no había hecho presencia en su cuarto. Algo debía de estar pasando o eso le parecía a él, ni un grito más de sufrimiento al otro lado de la estancia, nada más que silencio como el que precede a una tormenta a la que nadie puede parar. Aunque tal vez, solo tal vez, esa era la impresión que el joven tenía tras los acontecimientos que habían ocurrido en su última visita, teniendo que huir a toda prisa de allí. Al fin escuchó cerrarse una puerta al otro lado del pasillo, seguido de unos pies que se acercaban hasta su alcoba. Se abrió la puerta y allí estaba. Genbu hizo su aparición, sin más acompañantes detrás de ella.

—¿Cómo dejas que te metan en estos líos, Kenji? —dijo Genbu, sentándose cómodamente en un cojín cercano a él, junto a Ryoko—. He de reconocer que le has dado una buena tunda a Byakko, te aseguro que no lo olvidará. Es muy orgulloso. No está acostumbrado a que nadie le golpee con fuerza —sonrió, sirviéndose una copa con zumo de arándanos que había en la mesa, bebiendo un sorbo—. Ahora lo importante es que te cures. ¿Recuerdas tu forma con claridad?

—Sí, por supuesto —alegó el joven.

—Pues descomparte por completo en un montón de arena y luego recomparte omitiendo, claro está, las heridas de esa imagen —le explicó, para que surgiera el efecto deseado. Kenji se centró en las palabras pronunciadas por la diosa. Cerró los ojos concentrándose en el ejercicio, cayendo poco a poco hasta ser un montón de granos finos como la arena de un reloj. Pocos instantes después, volvió a estructurarse en su forma de joven adolescente, sintiéndose mucho más aliviado, sin la presión del dolor en la pierna. Elevó los párpados para mirar su pierna izquierda, la movió un poco sin molestias. Se levantó del cojín en el que estaba, apoyando firme el pie en el suelo dejando caer el peso de su cuerpo por completo, igual que antes, nada de nada. Miró a Genbu con cara de no saber qué había pasado, como si se hubiese vuelto loco de repente. Al verlo curado, la diosa suspiro aliviada.

—Se ha curado, no te asustes. Al dominar mi poder puedes volver a un estado anterior al daño ocasionado regenerándote por completo. Por eso lo has conseguido —dijo Genbu orgullosa de su alumno y descendiente.

—Pero, los gritos de Byakko... —intentó buscar sentido a lo que había oído.

—Solo si dominas mi poder puedes hacerlo. Mi hijo, aunque es el más fuerte de nosotros no lo domina, por eso he tenido que curarle yo misma. Antes de que me preguntes por qué no ha gritado Taka, simplemente es mucho más fuerte que Byakko, él... no grita, nunca, aunque le duela a mares —Genbu se levantó de su asiento para irse, miró a Ryoko con ternura reflejada en sus ojos—. Gracias por cuidarle, eres un sol de niña, ¿necesitas algo? —le preguntó amablemente.

—No, gracias —asintió Ryoko con la cabeza—. Le cuido con mucho gusto, es muy importante para mí.

—De acuerdo, si necesitas algo solo tienes que decirlo. Ahora os dejo un poco a solas —respondió la diosa.

Genbu sonrió una vez más despidiéndose con la mano, dejándoles solos en la habitación. Kenji estaba muy aliviado al ver que estaba curado por completo. Se sentía lleno de energía. La conversación siguiente con Ryoko se había vuelto animada, bailando de un tema a otro, haciéndose notar que estaban muy cómodos el uno con el otro. Por un segundo, se le pasó por la cabeza confesarle la nota de amenaza que le había mandado Kitsune en sueños, pero desistió rápidamente dado que no quería meterla en más problemas que en los que ya se encontraban. Incluso si ello implicaba una amenaza de muerte hacia ella, una de las personas más importantes de su vida.

Había pasado largo rato, desde que les habían dejado en la habitación hablando de sus cosas. El sonido de sus estómagos comenzó a hacerse eco en toda la estancia, dando por finalizado el tiempo de relax. Los jóvenes se levantaron y salieron de la estancia, recorriendo los largos pasillos del Palacio de Diamante. Pasaron por alto múltiples puertas que daban a diferentes tipos de estancias. En una de ellas, se escuchaba hablar a Taka con la que parecía ser Genbu. Estaba confiándole que había terminado con la farsa no le gustaba ir disfrazada de la princesa Enelyë. Por otra parte, las consejeras comenzaban a sospechar de ella por su actitud. Así que a una de ellas la intimidó de la manera más brutal. La disfrazó de la princesa y la ejecutó delante de todo el pueblo después de su supuesto despertar por no cumplir sus designios. La otra, se supone que huyó lejos de la capital, no había noticias sobre ella después de días de búsqueda intensiva, por parte de la guardia real.

Como no querían escuchar conversaciones a escondidas que, en cierto modo, no les incumbían al menos por el momento, prosiguieron camino hacia donde creían que se encontraban las cocinas para coger algo para comer. Después de varios minutos dando vueltas por el palacio sin encontrar lo que buscaban se toparon con una de las sirvientas que llevaba unas sábanas dobladas cogidas en los brazos, para una de las habitaciones. Al verlos se les acercó despacio.

—Disculpad jóvenes señores, ¿puedo ayudarles? —dijo de forma muy diligente al hablar.

—Sí, estábamos buscando las cocinas, tenemos algo de hambre y queríamos algo de comer —se apresuró a decir de forma muy educada Ryoko.

—Está en la planta baja del palacio, bajando las escaleras a la izquierda hasta el fondo del pasillo —les indicó la elfa con seriedad.

—Gracias por su amabilidad —contestó Kenji. Siguiendo las instrucciones precisas de la sirvienta, bajaron los pulidos escalones hasta llegar a la planta baja. Recorrieron el eterno pasillo hasta el final, llegando a una puerta de madera envejecida, la abrieron para entrar en su interior. Con los ojos como platos observaron la gran maquinaria que formaban un equipo de veinte elfos y elfas, organizados en la cocina, preparando los múltiples platos para la degustación de Genbu y sus invitados. Ejecutaban un baile frenético, que no paraba yendo de un lado para otro de la gran cocina, sin prestar atención a los dos jóvenes que acababan de entrar en la sala. Una de las cocineras les miró con cara de pocos amigos, aunque debió de notar que tenían hambre porque sin más que un gruñido de oso, les dio un trozo de pan y embutido de la zona, haciéndoles salir de la cocina y cerrando la puerta ante sus narices.

Ryoko y Kenji se dieron la vuelta sin intentar reprender a la elfa ni entrar en la cocina de nuevo. Comenzaron a caminar de vuelta a sus estancias, salieron por error fuera del palacio a una especie de patio interior donde los soldados se entrenaban con ahínco. Alrededor había bancos de piedra donde podían sentarse a observar. Se sentaron en uno de ellos comiendo lo que les había proporcionado la cocinera. Vieron a un joven elfo uniformado que les daba indicaciones de cómo usar las dos espadas gemelas en combate repitiendo los ejercicios hasta que todos y cada uno de los soldados caían desfallecidos en el suelo adoquinado a causa del cansancio. El joven elfo se enfadó con ellos entrando en cólera, indignado por la falta de forma física de su escuadrón. Al girarse le pudieron ver mejor la cara, reconociéndole como uno de los elfos que rendía cuentas ante el príncipe Eldar, este se giró hacia ellos.

—Tú, el joven humano, acércate por favor —dijo a Kenji apuntándole con la punta de una de sus espadas, se levantó del asiento para ir a su encuentro. Una vez llegó a la altura del elfo, este se presentó—. Me llamo Sudryl, soy el Capitán de la guardia real, mano derecha del príncipe Eldar. Eres Kenji, ¿verdad?

—Sí, soy yo, encantado de conocerte —Kenji miraba a los pobres soldados que intentaban levantarse del suelo, apoyados sobre sus espadas por el agotamiento.

—Has visto como están de forma, ¿qué crees que debería hacer con ellos? —le pidió consejo, con un tono un poco menos marcial.

—Deberías darles un poco de descanso. Un entrenamiento intensivo no es efectivo hasta que tienen una buena base, deberían mejorar su forma física día a día, ¿cuánto llevan en adiestramiento? —preguntó el joven lobo.

—Apenas una semana. Genbu hizo una criba de todo aquel noble, soldado y plebeyo que estuviera a favor de las consejeras o de los planes del dios traidor. Lo que ves aquí es una nueva remesa de los que serán la guardia de palacio. Acaban de cumplir su mayoría de edad —le explicó Sudryl a Kenji.

—Yo comenzaría por los conceptos básicos, a partir de ahí todo irá mucho mejor —continuó con serenidad. Por cierto, ¿Eldar ha regresado?

—Aún no, sigue en los Bosques del renacer junto a su padre, nos envió una misiva hace unos días. ¿Me ayudas con los aprendices? Creo que me serás de gran ayuda —le propuso el elfo emocionado.

—Me temo que eso no será posible, Capitán —habló una voz a sus espaldas. Era la voz de Seiryu que se encontraba apoyada en la pared del otro extremo del recinto—. Kenji tiene su propio entrenamiento que realizar conmigo. El cual, puedo asegurar que será muy duro, puede que más agotador incluso que el que ha tenido hoy esta soldadesca. Y la señorita Ryoko también, ahora que la veo ahí al fondo sentada —Ryoko se había levantado al escuchar la voz de la dama del lago, que resonaba en todo el espacio—. Con su permiso, Kenji, Ryoko, nos vamos.

Siguieron a la diosa del agua por múltiples pasillos tras la estela de su vestido azul hasta llegar a campo abierto, en él había un pequeño lago lleno de nenúfares. Por el borde lo regaban dos cascadas, rodeado de varios arcos de hojas rojas y azules. El sonido del agua al caer tenía un efecto de lo más relajante en los presentes, siendo la diosa la que estaba más atenta a cada detalle de la zona de entrenamiento que le había cedido Genbu para enseñar a los jóvenes. Se dio la vuelta para encarar a sus jóvenes y recientemente nombrados discípulos, dirigiéndoles la palabra lo mejor que sabía pues nunca había enseñado a nadie.

—Os voy a explicar la situación —dijo sin florituras de ningún tipo—. Taka, Neko y Byakko acaban de emprender el camino hacia las tierras del sur para traer a Suzaku de vuelta, destruyendo de paso el portal que allí se halla. Mientras regresan de su viaje, espero que sanos esta vez, voy a enseñaros a usar el poder que me caracteriza, el del agua. ¿Alguna duda? —terminó mirando a los dos jóvenes que permanecían callados—. Bien, pues comencemos.

Con paso ligero se introdujo en la pequeña masa de agua, hasta colocarse debajo de una de las cascadas. Una vez allí, el agua comenzó a bañarle el pelo bajando por todo el cuerpo hasta dejarla empapada. Cerró los ojos dejando que la serenidad invadiese su espíritu y haciendo que la respiración fuese, posiblemente, la más tranquila del universo. Entonces el agua de las cascadas se detuvo por un instante retomando su movilidad, pero en dirección contraria a su curso natural. Siguió con su demostración. Hizo que se secara el diminuto lago. Luego, lo inundó haciendo que creciese más que cuando lo encontraron. Abrió los ojos, saliendo del agua, llegando hasta ellos con el vestido goteando.

—Esto es una pequeña parte de lo que deberéis aprender. Primero os enseñaré la forma guerrera del agua, esta es una forma de defensa. Debéis asimilar el fluir de sus movimientos en vuestros cuerpos, después podréis hacer uso de su poder. Ryoko ponte a mi derecha y Kenji ponte a mi izquierda, si os perdéis en algún punto decídmelo.

Comenzaron una forma parecida a la de la tierra en los primeros movimientos, pero mucho menos rígida. Los movimientos se seguían unos a otros, como la corriente de un río que no descansa jamás hasta llegar al mar y que, aun así, dentro de esa inmensa masa acuática no descansa con su ir y venir de olas. Una vez acabaron el ejercicio después de cinco minutos a ritmo lento para aprender los movimientos, lo repitieron tantas veces como Seiryu creyó necesario para que su ejecución calara bien hondo en sus aprendices. Como no había sol que les marcara el punto en el que se encontraban del día, no habían caído en la cuenta del número de horas que habían estado entrenando con la diosa hasta que apareció Genbu en el umbral de la puerta hacia el jardín natural para ver cómo progresaban.

—Seiryu es suficiente por hoy. Id a asearos, la cena será servida en un rato —dijo la madre tierra, alegre al ver a su vieja amiga en el papel de

maestra. Tras asegurarse de que la habían escuchado se dio la vuelta, desapareciendo en la oscuridad del pasaje.

Seiryu dio por terminada la lección del día, acompañándolos a sus habitaciones para arreglarse para la cena. Kenji se limpió hasta el último recoveco de su cuerpo con el jabón de flores que le habían dejado y agua fresca. Se vistió con las ropas de colores cálidos que le habían dejado encima de la cama, enfundándose unas botas altas de color marrón de cuero. Al salir de la habitación, se encontró de bruces con Ryoko que llevaba puesto un vestido largo de color blanco con un cinturón dorado a juego y unas sandalias que dejaban ver sus delicados pies. Al mirarla a la cara, vio que tenía el pelo recogido con dos trenzas que nacían de los dos laterales uniéndose en la parte trasera.

Se juntaron, uniendo las manos con los dedos entrelazados, caminando con el mismo ritmo por el pasillo bajando al salón central para cenar junto con Genbu, Seiryu y el resto de la aristocracia de la Fortaleza Oscura.

Capítulo XVI

OceanofPDF.com

La maestra intimidante

Las mañanas pasaban despacio al igual que la corriente de un riachuelo en calma, practicando la forma del agua que Seiryu les había enseñado el primer día. La diosa se empeñaba en dejarles exhaustos, tanto que no les quedaban fuerzas en el cuerpo ni aliento que les llenara los pulmones. Durante el entrenamiento, Seiryu se sentaba a meditar con las piernas cruzadas sobre la hierba del jardín. Abría los ojos de vez en cuando para ver cómo iban evolucionando, metidos en el pequeño lago con la presión de la cascada sobre ellos, para que aprendieran a concentrarse más aún si cabe. Les mandaba repetir una vez más. En ocasiones incluso se unía a ellos en la práctica para que se pudiesen fijar en la ejecución correcta, ritmo y corregirles si lo estaban haciendo mal, agotándoles incluso antes de lo que estaban acostumbrados. Una vez terminado el ejercicio de la mañana con una duración de tres a cuatro horas totales, Seiryu les dejaba que fuesen a asearse y cambiarse de ropa para estar limpios antes de ir al salón a comer con la diosa de la tierra. En la hora de la comida se les hablaba de historias de las Tierras de la Eternidad desde su creación, vida de personajes históricos, leyendas... Otras veces, sin embargo, les preguntaban cómo les iba el entrenamiento, compartiendo experiencias de combate y uso de poderes, haciendo que, en varias de esas veladas, se produjese una discusión entre Genbu y Seiryu, por los diferentes métodos empleados en las diferentes áreas por cada una de ellas.

Por las tardes la cosa era mucho más relajada, Ryoko y Kenji se dedicaban a pasear por el palacio e incluso a veces por las calles de la Fortaleza Oscura. Los elfos oscuros que se les cruzaban en su camino les miraban como si no se fiasen de ellos, por ser de otra especie diferente a la suya. Algunos de los soldados se apartaban de los jóvenes haciendo una reverencia, de alguna forma debía de haber llegado a sus oídos la última lucha de los jóvenes contra los soldados en el santuario de Genbu, habiéndose ganado el respeto como guerreros. Sospechaban que había sido

cosa de Anairë. Era la única que había logrado salir de esa carnicería con vida. Actualmente, estaba desaparecida del mapa.

Después de unos días con la rutina a cuestras, la diosa del agua comenzó con la aplicación de las técnicas de combate del agua aprendidas, para que fueran mejor comprendidas por los dos jóvenes, pudiendo así interiorizarlas antes de poner a prueba su capacidad con dicho elemento. Para que no fuese tan fácil como lo que estaban acostumbrados hasta el momento, los combates debían de ser dentro del agua, teniendo una resistencia en contra a la fuerza ejercida por sus cuerpos al moverse. Al comienzo, les molestaba el tener que moverse en el líquido elemento. Sus pasos eran torpes teniendo que calcular mucho más sus movimientos para no desequilibrarse, cayendo al agua eran un blanco más fácil.

Ryoko estaba muy atenta a pisar firme sobre el fondo del suelo embarrado, centrando sus movimientos de ataque y defensa en la parte superior. Kenji, no se resignaba a poder usar las piernas para patear. Una gran parte de la potencia muscular del cuerpo estaba en la parte inferior, haciendo de ella casi la más poderosa. Sin menospreciar los brazos. Pero el agua dificultaba mucho mantener una estabilidad para lanzar un golpe efectivo de pierna, dejándole menos maniobrabilidad.

Seiryu dejó que se esforzasen al máximo, como siempre que se juntaban a entrenar. En su cabeza tenía claro por qué estaban juntos, no solo a nivel emocional. Ambos hacían que saliera a flor de piel lo mejor del otro, haciéndoles cada día mejores en todo lo que se proponían. Por esa firme razón, era mejor no separarlos nunca, a menos que ellos así lo decidiesen. Los movimientos, después de unos pocos días, eran más fluidos, más rápidos y certeros. El agua casi no les impedía moverse, era apenas como un soplo de brisa de primavera sobre un campo de hierba. Estaba claro que el entrenamiento de Seiryu estaba dando sus frutos, se veían brotes verdes en la cima de los árboles frutales. La diosa estaba muy contenta por los progresos que habían realizado en tan solo una semana en el Palacio de Diamante. Genbu se reunió con Seiryu en el jardín del lago. Caminó hasta llegar a ponerse al lado de su amiga y rival por el amor de Taka. Observó con orgullo como se esforzaban los jóvenes que semanas antes habían sido sus alumnos, aunque hubiera sido solo por unos escasos días y suspiró de emoción.

—Son unos jóvenes increíbles, ¿no crees? —dijo Genbu con la voz llena de orgullo, que solo puede salir de una buena madre al ver a sus hijos.

—Sí, lo son. Estoy muy feliz por ver su entrega, aun sabiendo el destino que les espera. Son unos luchadores natos —contestó Seiryu, sin dejar de mirar a la descendiente de su hija Neko.

—Si siguen así ni siquiera nosotras seremos rivales para ellos, incluso Taka y Byakko lo van a tener muy difícil —continuó Genbu con la conversación, meditando sobre el futuro.

—Eso da igual, ¿no crees? —miró Seiryu a su acompañante por un momento—. Si las cosas siguen así, si nadie se enfrenta a Kitsune y lo derrota pronto, en un par de siglos o menos estaremos todos muertos o esclavizados. No creo que Kitsune se pare en el Mundo de los Hombres, su ambición es mayor.

—Es muy probable que tengas razón, pero ellos siguen con vida, lucharán y nosotros a su lado si es preciso —aseveró Genbu devolviendo la mirada—. ¿Aún te acuerdas de como pelear vieja amiga? Todavía tenemos pendiente el asunto de que Taka se fuese contigo, dejándome completamente sola.

—Sí, me acuerdo, pero no es necesario que luchemos entre nosotras, es una lucha demasiado igualada. Además, no sé si lo has notado, pero en cuánto mi hija se enteró de que Taka estaba herido le faltó tiempo para ir a su encuentro. Para mi está claro que están juntos o por lo menos se acuestan. Además, Taka nunca ha sido hombre de una sola mujer. A pesar de que tanto tú como yo hemos intentado acapararlo, en el momento que estaba con nosotras —sentenció con voz triste Seiryu.

—Está claro que las diosas no nos libramos de estos sentimientos, siempre nos enamoramos de quien menos nos conviene o de quien más admiramos —dijo Genbu abrazando a su amiga, dándole un beso en la mejilla.

—Tienes mucha razón amiga mía, mucha razón —afirmó Seiryu, correspondiendo al abrazo de Genbu—. En unos días si siguen así estarán listos para pasar al siguiente elemento, si los chicos pueden regresar con Suzaku. Solo me preocupa una cosa, Ryoko no sé si podrá avanzar mucho más en el entrenamiento, el agua e incluso el hielo lo lleva en sus venas, el resto de elementos le costarán mucho o no los conseguirá aprender —especuló la diosa delante de Genbu.

—Eso da igual, lo importante es que estén juntos todo el camino. Piensa que la pequeña Ryoko siendo maestra de la tierra, roca, agua y hielo, será una ayuda muy poderosa, más que nosotras dos juntas —calmó Genbu a la diosa que, por algún motivo, estaba más sensible de lo habitual ese día.

Dejaron la conversación en ese punto para no ponerse más melancólicas, centrando su atención en los enamorados que seguían luchando dentro del agua, haciendo que salpicaran gotas hacia la orilla. Los minutos pasaban rápido contemplando el espectáculo, pasaron horas hasta que llegó el momento de ir a comer, siendo informados por una de las sirvientas de Genbu que bajó para avisar a su señora. Los jóvenes se detuvieron, dejando atrás la masa de agua. Salieron a tierra firme pisando la verde hierba con el gotear de sus ropas como acompañamiento, hasta donde se hallaban las diosas mirándoles. Ryoko agarró con las manos su larga melena para escurrir la mayor cantidad de agua, evitando así coger frío y resfriarse. Kenji se quitó la chaqueta empapada, dejando su torso al aire, para secarse con más rapidez. El torso del joven era escultural, muy bien definido y las gotas de agua caían por sus musculados pectorales. Las diosas admiraron con los ojos la forma física del joven, sin dejar indiferente a Ryoko que les lanzó una mirada de pocos amigos, dejando claro que era su pareja, no un juguete.

Como siempre después del entrenamiento fueron a sus respectivas habitaciones, se prepararon para bajar al salón a comer junto con el resto de los presentes. Una vez en el salón, sentados a la mesa se sirvieron diferentes platos, para el disfrute de los comensales, sin dejar indiferente a nadie el asado de pato con un toque de naranja dulce que estaba muy jugoso y tierno. Las conversaciones de los aristócratas de confianza de Genbu iban desde negocios privados, economía de la Fortaleza Oscura, temas militares, siguiendo por un amplio repertorio de temas similares, para regir la vida en la ciudad. Kenji bailaba de un tema a otro de la mesa escuchando atento, sin mediar palabra. Ryoko estaba atenta a lo que comentaban las diosas, siendo más de su agrado que el resto de conversaciones.

Poco a poco los nobles fueron pidiendo permiso a Genbu para retirarse de la mesa con el objetivo de continuar con sus quehaceres diarios. La diosa los despachó con elegancia. La mesa cada vez estaba más vacía, hasta que llegó el momento en que quedaron solo dos nobles señoras que se despidieron a la vez para salir del salón en dirección a las puertas del

palacio. Ryoko se había unido a un tema interesante: cómo hacer que los viajes en el tiempo fuesen posibles utilizando un tipo de mineral aun no conocido en el Mundo de los Hombres. Por suerte, se encontraba en las profundidades de las tierras de Genbu. Kenji se había quedado solo en la compañía de las tres mujeres, escuchando hablar de ese extraño mineral que estaba convencido tenía muchas más utilidades, estando dispuesto a explorarlas más adelante. La conversación fue aminorando su interés por no tener más información sobre dichas propiedades. Aunque sabían que ese mismo material lo había fundido Vaél para forjar su amuleto del lobo. El cual, le permitía abrir portales en la misma dimensión, para recorrer grandes distancias en un tiempo muy breve. Una duda surgió dentro de Kenji, ¿Cuál era la historia que inició el conflicto? Debía saberlo para enfrentarse a su rival.

Genbu había caído en la cuenta de la mueca de duda que había aparecido, de manera inconsciente, en la cara del joven durante la conversación que mantenían sobre el material. Las otras dos mujeres seguían hablando entre ellas, pero la diosa de la tierra se levantó de su asiento para acercarse hasta donde estaba sentado Kenji. El objetivo era intentar discernir qué se le pasaba por la cabeza. Agarró la silla de al lado, la levantó apartándola de la mesa para sentarse junto al joven. Kenji giró la mirada hasta toparse con los ojos de la diosa de la tierra, que le miraba intrigada.

—¿En qué estás pensando? Te veo meditabundo, no sueles ser así — preguntó indagando Genbu, mesándose el largo cabello.

—Estaba pensando en unas dudas que me vienen a la cabeza. La primera, ¿cómo surgió la guerra de los dioses? —la pregunta hizo que la cara de simpatía de Genbu se tornara seria, incluso Seiryu que estaba animada con Ryoko cesó su parloteo de forma brusca para dirigir su atención hacia el muchacho. Ryoko les miró, no sabía qué estaba pasando, pero le podía la curiosidad.

—Me haces preguntas que son un poco humillantes para nosotros, por el acontecimiento en cuestión, es más no sé si debería contártelo en detalle sin permiso de Taka —Genbu intentó evitar contar la historia bajo la atenta mirada de la diosa del agua.

—Cuéntaselo todo Genbu, tienen derecho a saber por qué van a hacer tanto esfuerzo, por qué van a luchar —dijo suspirando Seiryu, ante la

mirada expectante de Ryoko.

—Como quieras, pero si a Taka le parece mala idea tú cargaras con toda la responsabilidad —advirtió Genbu, echando el pelo hacia atrás. Se acomodó mirando alrededor para evitar miradas y oídos indiscretos—. Supongo que ya sabéis cómo se creó el mundo de las Tierras de la Eternidad por los tres dioses verdaderos. Pues bien, cuando Hakai fue apresado por sus hermanos, el mundo quedó en manos de Taka como cabeza de los dioses menores, haciendo que hubiese un periodo de paz ininterrumpida. Aquí es donde empieza lo curioso. A mi descendiente Ōkami, también conocido como Vaél, le gustaba investigar sobre nuevas formas de potenciar su poder y conocimiento para el bien común, siendo muy respetado por ello.

Una noche cayó un meteorito que profundizó hasta muy cerca del corazón del planeta. Cambió las moléculas de cierto metal con base de carbono, cambiando a su vez su estructura molecular a algo totalmente desconocido. Vaél siguió su estela rápidamente hasta las profundidades, extrajo un trozo bastante grande de esa materia, llevándola a su hogar para realizar experimentos. Luego, se encerró en su caverna cerca de la entrada al Mundo de los Muertos durante mucho tiempo, delegando su regencia en varios de sus súbditos. Kitsune, súbdito de Vaél, fue enviado para aprender de Taka. Después de muchos años preparándose y aprendiendo de la sabiduría del dios del cielo, regresó a casa para presentar sus respetos a su regente.

Cuando entró en el salón del trono, vio que el dios tenía un amuleto al rojo vivo y una daga. Con el amuleto, abría un portal para viajar a cualquier zona del mundo. Con la daga, acrecentaba su poder interno. Kitsune al verlo, quiso la daga para sus propios fines. Una noche se coló en la cámara de su señor sustrayéndola y viajando al sur donde se hizo amigo de la diosa Suzaku. Vaél se centró tanto en las propiedades del amuleto que no se dio cuenta de la desaparición de la daga. Anhelando más poder, Kitsune apuñaló en el vientre a la diosa del fuego cuando estaba descuidada, haciendo que la daga absorbiese parte de su poder y lo transmitiera a su portador. Kitsune hizo gala de sus grandes dotes como futuro dios del engaño y la mentira, haciéndose pasar por la diosa del fuego, tomando su forma corporal, subyugando a todos los súbditos del Desierto dorado del fénix e iniciando una cruenta guerra. La horda de seguidores de Kitsune se

enfrentó a mi reino abalanzándose antes de que lo pudiésemos ver, provocando que nos replegáramos hacia las tierras de Shika. Los elfos y criaturas del bosque apenas pudieron contener los envites de los seres de fuego que acompañaban al ejército. Estos calcinaron todo a su paso hasta llegar al océano del dragón marino. Ante la imposibilidad de ver la Isla de las brumas de Seiryu, oculta por la niebla, se dirigieron a la Isla de los Sueños. Allí no pudieron conquistar nada todos los habitantes habían viajado a las tierras de Byakko, donde Taka y su hijo esperaban para repeler el ataque con todas sus fuerzas. Los poderes de los dos dioses unidos, contuvieron a Kitsune en las tierras del norte durante muchos meses. Pero el astuto dios del engaño se transformó en una elfa del bosque herida, traspasando las líneas enemigas. Una vez dentro inició varios fuegos, oculta por la cortina de la noche, distrayéndonos mientras sus tropas entraban en la fortaleza, masacrando a cualquiera que se cruzaran a su paso.

Nuestro fin estaba muy cercano, huimos con gran pesar. Todos nuestros reinos habían sido destrozados por la ambición de uno solo. Un dios que tenía menos poder que todos nosotros juntos, de no ser por la daga del extraño metal. Llegamos a las puertas de Vaél en Pico colmillo, solicitando asilo y ayuda a mi propio hijo menor. Salió de las profundidades de la caverna con el amuleto del lobo a su cuello, accediendo a nuestras peticiones y ordenando a sus súbditos que cuidaran a los heridos y los enfermos. En pocos días Kitsune se encontró, daga en mano, ante nosotros con su gran ejército de seguidores. Su número de fieles se había incrementado. Todos sabíamos de las cosas que era capaz, pero antes de que pudiéramos enfrentarnos, Vaél salió de su casa con los dientes apretados caminando firme sobre la tierra en dirección a Kitsune. Le increpó con palabras muy duras intentando hacerle entrar en razón por todas las atrocidades que había cometido, hasta el momento. Contra la integridad de nuestro mundo. Contra los dioses y todos los seres que lo pueblan.

El dios de la mentira se rio en la cara del que había sido su señor desde el mismo día de su nacimiento. Al dios lobo no le quedó más alternativa que retarle a un duelo, en el que si vencía sería reconocido como el rey de los dioses, pero si perdía sería expulsado del mismo mundo para siempre. Kitsune estaba tan seguro de su victoria que aceptó el reto de Vaél, ordenando a sus tropas que disfrutasen del espectáculo. Antes de empezar mostró por vanidad su ser original, un zorro blanco de nueve colas que se

incendiaron solo por la punta dejando ver el fuego de Suzaku, volviendo a su forma casi humana después de ello mientras sonreía con malicia.

Comenzó la pelea, un poco desigual para Kitsune pues las artes de guerra del dios lobo eran muy superiores a las del dios de la mentira. Vaél era el más diestro de los dioses en la lucha con y sin armas, incluyendo su sistema novedoso basado en los poderes de los elementos naturales. Tras largo rato sufriendo golpes certeros, Kitsune sacó la daga lanzando una ola de fuego abrasadora sobre el cuerpo de su enemigo. Vaél levantó un muro de piedra como los que solía hacer su hermano mayor Kuma, parando el ataque con certeza. Inició otra vez la ofensiva, cargó con todo el peso de su furia. Otra llama salió de las manos de Kitsune en el justo momento en que un puño de metal se clavaba en su abdomen, haciendo que se doblara con lágrimas en los ojos, exhalando todo el aire que llevaba dentro. Vaél miró a su antes fiel sirviente, tenía la cara quemada por las llamas y una sonrisa de victoria le cruzaba el semblante, en su comisura una gota de sangre. Con dolor cogió entre sus brazos al dios de la mentira. Lo llevó a través de un portal, creado por su amuleto, hasta el arco del triunfo. Desde donde, fue enviado al Mundo de los Hombres. Allí no tendría casi ningún poder, mucho menos sin la daga.

Después de esto Vaél se dedicó a enseñarnos el nuevo arte de guerra a los dioses regentes, incluso a Suzaku antes de su encierro por la vergüenza y el deshonor sufrido, desapareciendo a las pocas semanas sin dejar rastro alguno de su presencia. Sus hijos sospecharon que podía ser cosa del desterrado dios de la mentira, viajaron a los diferentes rincones del Mundo de los Hombres sin regresar jamás. Todo lo demás, es historia de tu mundo entre mitos y leyendas de las diferentes culturas, hablando de todos nosotros en diferentes incursiones a vuestro mundo. Eso es todo lo que te puedo contar.

—¿Seiryu, por qué no luchaste? —preguntó Ryoko un poco indignada, mirando a su benefactora.

—Sí, luché y fui derrotada como todos los demás, pero mi pueblo no puede luchar en la tierra. Son seres acuáticos en su mayoría —le explicó con total calma.

—¿Dónde está ese metal? —la pregunta rechinó en todo el salón desde la boca de Kenji—. Podríamos necesitarlo para luchar contra Kitsune de nuevo.

—No, debes aprender todo lo necesario para derrotarle de nuevo. Sigue estudiando junto a Ryoko, como habéis hecho hasta ahora —le contestó la diosa del agua, en un tono tajante—. De hecho, aún nos quedan unas horas para que acabe el día, deberíamos seguir con vuestro adiestramiento. Con tu permiso Genbu —Seiryu se levantó, señalando con su mano abierta la puerta de salida hacia el recibidor del Palacio de Diamante.

Con el asentimiento de la diosa de la tierra, se levantaron de la mesa para recorrer de nuevo los pasillos sombríos del palacio hasta llegar al jardín del pequeño lago, donde se entrenaban a diario. Sin preámbulo alguno, con la conversación todavía en la cabeza, se introdujo en el agua para practicar la forma de lucha del agua. Una vez tras otra, por orden de Seiryu, repetían el ejercicio, hasta que el sudor de sus cuerpos y el agua se confundían entre sí. La diosa les hizo pelear entre ellos hasta que el aire les comenzaba a faltar dentro de los pulmones, dejándoles descansar unos minutos una vez acabado.

—Vamos a seguir con la lección. Os va a parecer un poco fácil. Lo habéis hecho miles de veces con Taka y Genbu. Transformaos en agua, sed agua —dijo la diosa ansiosa de ver si eran capaces de lograrlo—. Si lo conseguís, os enseñare todo lo que queda entre hoy y mañana. Así veréis que no es necesario el metal del cosmos para ser más poderosos.

Los dos jóvenes, se acordaron de las primeras palabras de Taka cuando les enseñó a convertirse en tierra. Se concentraron aun metidos en el agua, cerraron los ojos pensando en el líquido elemento, hasta que por unos segundos notaron como cambiaba todo su ser. Cuando los abrieron de nuevo el objeto de sus estudios con el dios del cielo había dado sus frutos de nuevo, sus cuerpos eran de agua pura, limpia, cristalina. Les recorría una serie de corrientes que mantenían la forma humana en estado líquido, permitiéndoles moverse con total libertad como si tuviesen un cuerpo sólido. Seiryu elevó las palmas de las manos al centro de su torso, aplaudiendo con satisfacción por el resultado obtenido.

—Taka os enseñó muy bien. Genbu tenía razón, sois unos estudiantes modelo. Merecéis toda mi admiración. Os enseñaré todo lo que sé. Estoy segura de que mi poder, en vuestras manos puede adquirir nuevos límites que mi persona no alcanza a realizar. Hoy os mostraré como lanzar un torrente de agua de vuestras propias manos. Según asimiléis el poder,

podréis llegar a ser devastadores. Solo una cosa antes de empezar, recordad los ejercicios de lucha. Se basa en ellos, como el poder de Genbu.

La diosa del agua se metió con ellos en el pequeño lago, encarando una de las cascadas que caían con la fuerza suficiente para arrastrar a un ser humano por ella. Levantó la mano con elegancia hacia el frente, girando la palma y empujando hacia delante con suavidad, pero sin perder energía. De ella salió un chorro potente de agua que atravesó de forma continua la cascada hasta que la diosa cesó el ataque. Se giró a sus alumnos, haciendo un leve gesto con la mano derecha indicándoles que era su turno de practicar. Salió del agua hacia la orilla para sentarse a observarles, sin hablar más.

Ryoko y Kenji se encararon cada uno frente a una de las dos cascadas, se colocaron e imitaron los movimientos de la diosa. Tras varios intentos consiguieron que saliera un chorro como el de una pistola de agua, de esas con las que se juega en verano para refrescarse. Siguieron practicando sin darse cuenta de que la diosa se había marchado, dejándoles entrenar sin supervisión por una única vez. Repetidas veces consiguieron el pequeño chorro de agua. Ryoko estaba un poco frustrada y cansada de no ser capaz de conseguirlo. Lanzó un puñetazo hacia adelante, como en las clases de karate de su padre, logrando un torrente descontrolado que dividió en dos la catarata. Los ojos de Kenji se abrieron como platos. Ante el resultado obtenido, Ryoko decidió probar con las diferentes técnicas que conocían centrándose en el poder del agua para ver si funcionaba tan bien como el golpe anterior. El experimento fue todo un éxito, demostrando que las patadas hacían salir un torrente aún más poderoso que el anterior. Siguiendo las indicaciones de su novia, Kenji se centró en la energía que fluía desde su interior, sacándola fuera, consiguiendo unos resultados excelentes tras varios intentos antes de que regresase la diosa por la puerta que daba al jardín del lago.

Les hizo parar el entrenamiento nada más llegar para que se tomaran un breve descanso. Alabó los progresos que habían realizado en su ausencia. Sabía la dificultad que entrañaba dicho ejercicio, el cual, era la base de su poder. Retomaron el ejercicio con la ayuda de la diosa que se colocó enfrente de ellos en la orilla del lago. Desde el agua, metidos hasta la cintura, Seiryu pidió a Kenji que se apartara un momento haciendo que quedara su descendiente frente a ella.

—Ahora quiero que intentes lanzarme un chorro lo suficientemente fuerte en dirección a mi pecho —dijo Seiryu alzando la voz hacia ellos, para ser escuchada de forma clara, convencida de que no lo habían logrado todavía.

Ryoko se concentró mirando fijamente a su maestra, respiró bien profundo para tener carga suficiente de oxígeno en el cuerpo y con un grito lanzó un puñetazo directo del que salió una tromba acuática describiendo una espiral de destrucción que se aproximaba a toda velocidad ante la diosa. Esta, tras el primer momento de sorpresa, puso una mueca de orgullo mezclada con autosuficiencia. Elevó la mano con suavidad, como cuando lanzó su devastador ataque contra la cascada recibiendo toda la fuerza del ataque y disipándolo casi sin esfuerzo. Sonrió haciéndole una señal a Ryoko, que cedió el puesto a Kenji para que realizase el mismo ejercicio y ver de lo que era capaz el descendiente de Vaél. El joven imitó los mismos movimientos anteriormente vistos, con la única diferencia del ataque final que salió en forma de una patada lateral liberando toda la energía con una gran ofensiva, bloqueada por la diosa como si no fuera más que la hoja de un árbol al caer en otoño.

—Lo habéis hecho genial, pensé que tardaríais más tiempo en conseguirlo. He de admitir que me equivocaba, ahora debéis conseguirlo a la inversa. ¿Preparados? —dijo extendiendo los brazos, uno hacia cada uno de ellos, haciendo que se pusieran en guardia para recibir el ataque de la diosa—. Estoy de broma, salid de ahí e id a descansar mañana seguiremos con la última lección. Una vez la dominéis, todo lo que imaginéis hacer con mi elemento, lo podréis conseguir. Podréis incluso dominar los movimientos de un enemigo, dado que el cuerpo está formado por un porcentaje muy alto de agua. Vamos, que os vais a quedar helados en el agua.

Temprano, al sonar la campana del despertar, Seiryu fue a buscar a cada uno de ellos a su habitación. Bajaron a la cocina de camino a su lugar de entrenamiento, aprovechando para tomar algo de desayuno. Recorrieron los pasillos hasta llegar a la entrada del jardín donde habían estado los últimos días. Ryoko y Kenji se dispusieron a entrar en el agua, cuando la maestra les detuvo con unas pocas palabras, indicándoles que esta vez iban a intentar permanecer secos en vez de empapados. La mujer movió sus pies hasta la orilla del agua metiéndose en ella hasta la mitad de la masa de

agua. Una vez allí, con la elegancia que la caracterizaba levantó una mano hacia cada uno de ellos con la palma hacia arriba. Los dos jóvenes se mantuvieron de pie en la forma natural que habían visualizado el día anterior, cuando la diosa repelió cada uno de sus ataques, intentando imitar sus movimientos. De las dos manos de la diosa salieron dos chorros de agua, más fuertes que los de unas mangueras de bomberos a toda su potencia, llegando hacia Kenji y Ryoko justo cuando levantaron las manos para repelerlos. Al ser la primera vez llegaron tarde, siendo despedidos hacia atrás, como si recibiesen el manotazo de un dios violento. Cayeron a varios metros de distancia. Se levantaron torpemente del suelo, que se había convertido en barro, goteando cada prenda de su vestuario. Miraron a la diosa que parecía divertirse con la situación que estaban viviendo en esos momentos, tras el intento disuasorio. Se colocaron de nuevo en posición para recibir un nuevo ataque de la diosa. Estaba esperando con los brazos cruzados en el lago, viendo con cara divertida como se preparaban para una nueva embestida.

Otra vez los chorros de agua salieron de las manos de la diosa hacia ellos. Elevaron las manos en otro intento de detenerlo. Esta vez lograron llegar a tiempo, pero no usaron suficiente poder para pararlo, siendo arrastrados otra vez por el elemento natural. Sucedió lo mismo la tercera vez, la cuarta, la quinta y así un montón de ocasiones más hasta perder la cuenta. La diosa estaba al darse por vencida esa mañana, empezando a salir del lago para que descansasen hasta que llegase la tarde para proseguir, con la esperanza de que se lograsen progresos esperanzadores. Kenji se le acercó con cara de abatimiento, antes de que lograra salir.

—Seiryu, por favor, solo una vez más antes de terminar por ahora. Podemos hacerlo, te lo prometo —por un momento la diosa dudó, viendo a Ryoko agachada con las manos apoyadas en las rodillas, conteniendo el aliento al respirar.

—Solo una vez —dijo levantando un dedo señalando la cara de Kenji, para luego tocarle el pelo mesándole los húmedos cabellos—. Luego nos vamos a comer, aunque no lo parezca yo también me agoto y necesito reponer fuerzas.

Por última vez, se pusieron en posición para intentar repeler, por no se sabe el número de vez, el poderoso ataque de la diosa que se encontraba con cara de concentración dentro del agua. Levantó las manos para finalizar de

una vez por todas con aquel entrenamiento. Se estaba volviendo más duro de lo habitual para todos. El agua recorrió el espacio entre ellos como un relámpago en un cielo negro que amenaza tormenta. Los dos levantaron las manos rápidamente tomando contacto con el agua. En sus mente recordaron las lecciones de Taka, Genbu y Seiryu en su conjunto, desglosando la estructura molecular del agua, haciendo que se deshiciese en la realidad quedando de pie frente a la diosa e intactos. Paso a paso la diosa salió del lago, hasta llegar donde los cansados alumnos que estaban sentados sobre el frío suelo recuperando la compostura.

—Chicos lo habéis conseguido. Pero sé de una que necesita un baño, ponerse ropa limpia, comer algo y dormir una siesta reparadora para poder patearos el culo por la tarde en una de vuestras ultimas lecciones o más bien la última—dijo pasando al lado de ellos en dirección al pasillo que subía hacia el palacio—. Os aconsejo que hagáis lo mismo. Vuestro aspecto en estos momentos es horrible.

Los dos subieron a sus respectivos cuartos, aseándose a fondo. Se cambiaron de ropa para sentirse mucho más limpios y relajados. Los músculos les dolían como si les hubiese pasado un camión articulado por encima, así que decidieron llamar a una de las sirvientas para que les llevasen algo de comida a la habitación, no tardando en volver. Almorzaron juntos y siguieron con la siesta en la cama, abrazados hasta que les avisasen para entrenar al avanzar la tarde.

Haber dormido durante unas horas había hecho que estuviesen más descansados, cuando volvieron al precioso jardín del Palacio de Diamante. Preparados, los minutos pasaron raudos realizando ataques y defendiéndose de los que les lanzaba la diosa, cada vez más poderosos para que se acostumbrasen a su máximo poder. En el exterior el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte mientras Seiryu, bajo la mirada de una recién llegada Genbu, lanzaba su ataque más potente contra los dos jóvenes. Estos cada vez estaban más confiados en lo que podían hacer, con todo lo que habían aprendido. Levantaron las manos para detenerlo de una vez por todas. Justo antes de llegar a tocar las palmas de sus manos el agua se evaporó sin llegar a ellos, como si acabase de salir de una tetera que tenía agua hirviendo.

Genbu miró hacia todos los lados de la caverna natural, Seiryu hizo lo mismo sin bajar la guardia. Ryoko siguió a las diosas en su investigación a

nivel ocular, no era normal que un ataque como el que estaban a punto de recibir, desapareciese de forma misteriosa, sin hacer ellos nada. Kenji escuchó el ruido de rodar de una piedra a la izquierda, dirigió su mirada hacia allí. En un saliente de la pared había sentada una joven, aparentaba unos veinte años, les miraba divertida a través de sus ojos marrones mientras jugaba con una bola de fuego en la mano. Tenía el pelo castaño trenzado, le llegaba hasta el final de la espalda, de piel blanca vestida con pantalones verdes ajustados, una camisola blanca y oro.

—¿Quién eres? —preguntó Kenji alzando la voz en su dirección, llamando la atención de las tres mujeres hacia la desconocida.

—Soy... puro fuego, joven lobo. Por cierto, deberíais prestar más atención, podría haber sido un enemigo —contestó la joven, desapareciendo en una ola de llamas, reapareciendo al lado de Genbu, dándole dos besos—. ¿Cómo estas abuela?

—Te he dicho millones de veces que no me llames abuela, eso le va más a tu abuelo —saludó la diosa de la tierra a su nieta.

—Lo sé —se jactó con una risita traviesa.

—Chicos os presento, ellos son Ryoko, hija de Neko y Kenji, hijo de Vaél —dijo Seiryu señalando a cada uno de ellos, volviéndose a la joven de fuego—. Ella es Suzaku, la diosa del fuego y del hogar.

—Hola —saludó levantando la mano, con un movimiento ágil de dedos.

Capítulo XVII

OceanofPDF.com

Hielo contra Fuego

En los días siguientes a la aparición de Suzaku se había decidido por unanimidad de los dioses el traslado a Caer Lukwos, una fortaleza a los pies de Pico colmillo en las tierras de Vaél, las cuales regentaba Neko hasta el regreso de su legítimo señor. Genbu se quedaría manteniendo el orden en la Fortaleza Oscura, vigilando el adiestramiento del nuevo ejército y las actividades de sus nobles. Taka no podía permanecer bajo tierra mucho tiempo, su salud empeoraba cuando no podía recibir la luz de las estrellas y del astro solar, así que el traslado era la mejor opción. Una vez allí, descubrieron que Caer Lukwos es una réplica de las mejores aldeas celtas de la historia. Con su empalizada hecha de troncos de madera, sus almenas las recorrían hombres fornidos con lanzas. Las puertas se abrieron al paso de los viajeros haciendo crujir los troncos a cada milímetro. Al entrar, vieron las casas de madera con techo de paja, las mujeres y hombres iban de un lado a otro. A lo lejos un hombre anunciaba a voz en grito sus productos de caza, una mujer sus telas para confeccionar vestidos, otra sus piezas de pesca fresca. El tintineo rítmico de un martillo contra un yunque guiaba sus pasos en dirección al edificio central, una casa tan grande como seis casas normales juntas.

En el rellano, vestida de guerrera con las manos apoyadas en las caderas dejando ver su larga melena rubia, se encontraba Neko. Su semblante se volvió serio al ver a la nueva integrante del grupo. Taka se adelantó para saludar a la mujer que le había curado las heridas y salvado la vida en Finisterre, dándole un abrazo muy fuerte y un beso en la boca. Esta le recibió con gran afecto, aliviada al ver que se encontraba de nuevo en buena forma física, aunque no perdía de vista a Suzaku. La diosa del hielo estaba algo incomoda por esa situación desconocida por todos los demás, hasta que su hija Ryoko se abalanzó sobre ella quedándose colgada de su cuello en un abrazo interminable.

—Tenía ganas de verte de nuevo —le dijo alegre la joven mientras los pasos de Byakko sonaban a su lado para entrar en la casa, Seiryu observaba

la escena—. No me dijiste que había una fortaleza de humanos aquí —sonrió al ver tanta gente a su alrededor.

—No son humanos, Ryoko, son los llamados descendientes de Vaél. Decidieron venir del Mundo de los Hombres al nuestro para que no les exterminasen por completo. Son Licántropos, pero a diferencia de los del Mundo de los Hombres aquí controlan por completo sus instintos, así como sus transformaciones, además no son esclavos de ningún otro ser mágico o humano. Son el pueblo de estas tierras —explicó Neko con orgullo—. Ellos me ayudan a proteger el reino y la Puerta del Caos, hasta que regrese su guardián, haciendo que sea más llevadero.

—Hija —intervino Seiryu en la conversación—. Tenemos que hablar en privado —giró la cabeza hacia Suzaku, que estaba quieta de pie frente a Neko con la mirada fija.

—Suzaku por favor, entra con Ryoko. Ahora mismo os alcanzamos —dijo Neko como respuesta. Las dos jóvenes entraron en la casa del jefe dejando atrás a Seiryu y su hija Neko en silencio, hasta que pudieron hablar sin distracciones. Seiryu miró fijamente a la joven diosa.

—No quiero peleas entre tú y ella. Sé que no te gusta lo que hizo después de la traición de Kitsune. También sé que la consideras una cobarde, pero esto que estamos haciendo es mucho más importante.

—Lo intentaré, pero a la mínima que me fastidie me hago una estatua de hielo con su cuerpo. ¿Entendido? —aclaró Neko dando su opinión al respecto.

—Entremos, nos están esperando —su madre hizo caso omiso, para ir a asuntos más urgentes.

Las dos entraron al gran salón de la casa del jefe viendo como todos los presentes esperaban su llegada, todos menos Ryoko y Kenji que estaban recorriendo cada rincón de la sala, repleta de tapices que representaban la vida en Caer Lukwos en las paredes. Las antorchas iluminaban el espacio de una silla elevada desde donde se tomaban las grandes decisiones. Se llegaba a ella por una alfombra de pieles. Detrás del sillón, a ambos lados, había dos puertas que llegaban a diferentes habitaciones aun no visitadas por los jóvenes, aunque estaban seguros de que una de ellas era un dormitorio. Reunidos delante del trono, en círculo, comenzaron a deliberar sobre los siguientes pasos a seguir para que todo fuese según habían

planeado para el futuro de los dos muchachos, permaneciendo lo más seguros posibles ante los peligros que les acechaban.

Un hombre entró en la sala aproximándose a Neko para darle una noticia al oído. Esta le dio las gracias y le hizo una seña para que se retirara, haciendo que regresase a sus quehaceres. Taka la miró con curiosidad. Neko estaba pensativa discurriendo en su cabeza un plan para algo que le acababan de decir. No fue el único que lo notó, Byakko desvió su atención hacia ella con la esperanza de que les contase qué estaba sucediendo, pero no paso en absoluto. Neko se centró en lo que estaban hablando sentando las bases de lo que iba a ser el adestramiento de Kenji y Ryoko en el siguiente elemento: el fuego de la diosa que tenía en menos estima en todas las Tierras de la Eternidad, Suzaku.

Les explicó que al norte de la fortaleza había un lugar, destinado para que los hijos de Vaél desarrollasen sus poderes hasta que alcanzasen su máxima expresión y consiguieran un dominio total. El recinto estaba formado por paredes de piedra y metal, evitando así que se expandiese al resto del pueblo y evitando posibles daños. Ese era el futuro próximo de los dos jóvenes junto a la diosa del fuego. Al escuchar su nombre Kenji se acercó dejando atrás un tapiz con imágenes de guerra. Los licántropos luchaban contra unos seres que jamás había visto en la mitología universal. Eran alados, parecían reptiles, pero tenían garras de león, cabeza de águila y cola de tigre. Pero ahora su atención se centró en las palabras de Neko y todo lo que tenía que ver con el plan de los dioses para su formación, sin darle opción a elegir lo qué quería o no hacer. Esto le irritaba sobre manera, no era un niño de pecho al que le pudiesen ordenar las cosas. Era casi adulto, tenía derecho a tomar parte en las decisiones que afectaban a su propia vida.

—¿Por qué no puedo aprender el poder de Byakko antes que el de Suzaku? —preguntó Kenji recordando el combate con el dios que en otra época fue invencible.

—Porque no quiero enseñártelo, aún. Te lo vas a tener que ganar muchacho. Con mucho sudor y esfuerzo —rugió el dios del aire y el trueno, con los ojos clavados en los de Kenji.

—Te vencí una vez, en el otro mundo —intentó intimidar al dios con su razonamiento lógico.

—Kenji, en cierta forma eres mi sobrino —inició su discurso Byakko, intentando no alterarse al pronunciar cada una de las palabras—. No quiero herir tu orgullo, pero atraparme bajo una tonelada de piedras mientras tú te desangras hasta casi morir... No es una victoria, es una insensatez. Cuando logres derrotar a mi hija, entonces y solo entonces valoraré enseñarte, sobre todo si aprendes a ser más humilde. De hecho, voy a ser bueno contigo, si sigues estas reglas, aunque no la puedas derrotar me planteare enseñarte —Byakko le tendió un pergamino. Kenji lo abrió leyendo siete normas: Justicia, Valor, Compasión, Cortesía, Sinceridad, Honor y Lealtad.

El joven lobo, como le seguían llamando en muchas ocasiones, cerró la boca tras el último comentario del dios enrollando el pergamino tras leerlo con detenimiento. Ryoko estaba pendiente de Suzaku, que prestaba toda su atención a la reunión, pero de vez en cuando su mente se dispersaba para recorrer el sitio con la mirada. Neko les instó para que se dieran una vuelta por la fortaleza. Así, podrían conocerla mejor y socializar con sus gentes. Ella tenía que atender unos asuntos para la gestión del pueblo. Seiryu se retiró, junto a los demás dioses saliendo de la casa, dejando a Neko con los asuntos de gobierno. Kenji y Ryoko salieron también para ir en busca de nuevas emociones, por las calles de la fortaleza.

Aunque desde fuera pudiera parecer que Caer Lukwos era una pequeña aldea, en realidad no era así. La fortaleza estaba situada a los pies de Pico Colmillo subiendo por la ladera, haciendo unas grandes escaleras circulares donde se ubicaban tanto los negocios como los hogares de sus habitantes. Corrieron escaleras abajo hasta llegar al portón de entrada, desde allí caminaron recorriendo cada barriada por llamarlo de una forma conocida.

En el primer semicírculo se encontraban las casas de los oficios más básicos de la sociedad, agricultores, ganaderos, mineros... En el segundo los artesanos, curtidores de pieles, ceramistas, herreros, entre muchos otros. En el tercero se encontraba una línea divisoria en la que habitaban los soldados del pueblo que se pasaban el día entrenando, las artes de guerra difundidas por Vaél. En el cuarto vivían los nobles, gente apoderada con un buen estatus en la sociedad, aunque, la verdad, eran muy pocos casi todos consejeros de Neko para finanzas, asuntos militares y diplomacia. A ojos de los dos jóvenes era una sociedad de las que habitaron mucho tiempo el viejo continente como las que habían estudiado en el instituto.

La ciudad rebosaba actividad entre los diferentes negocios que no cesaban su trabajo ni un solo segundo, amas de casa que no paraban por la cantidad de labores que tenían, entre otras muchas actividades. En algunos sitios de Caer Lukwos el bullicio era incluso mayor. El corretear de los niños por las calles jugando mientras gritaban como locos por la emoción de sus pasatiempos favoritos era contagioso. Apetecía unirse a sus juegos como si nada más fuese importante en ese momento. Ryoko vio una niña de unos once años de edad, sentada en una fuente de piedra cosiendo con un aro de madera que sujetaba una tela blanca de lino. Se acercó a ella, para ver qué estaba bordando. En el centro de la tela había hecho con hilo gris un gran lobo que protegía a sus lobeznos ocultos detrás de él. Al fondo había hecho un bosque bien definido con tonos marrones y verdes. La niña levantó la cabeza al notar la sombra de Ryoko, dedicándole una amplia sonrisa que la joven le devolvió.

Ryoko se sentó junto a ella que, sin palabras, le enseñaba como daba cada puntada con una aguja muy fina de color plateado. El dibujo cada vez le parecía más bonito, las puntadas se entrelazaban unas con otras formando la imagen deseada por la niña, que estaba tan acostumbrada a esa actividad que no le parecía nada fuera de lo normal. Varias puntadas después, le pasó el aro de madera a Ryoko, seguido de la aguja haciendo un gesto para que diese unas puntadas ayudándola con el precioso bordado. Ryoko lo cogió entre sus dedos mirando el dibujo, fruto del trabajo de la niña.

—Yo no sé cómo hacerlo pequeña, nunca he hecho trabajos de costura de ningún tipo —dijo Ryoko a la niña, bajo la atenta mirada de esta. Kenji, a su lado, escucho el rítmico golpear de martillo sobre un yunque a unos pocos metros, miró en dirección al sonido con ganas de ir hasta él. Se giró hacia las dos jóvenes que seguían conversando.

—Es muy fácil, yo te enseño —le dijo la niña a Ryoko, poniendo su manita sobre la de ella, intentando enseñarla la manera correcta de llevarlo a cabo.

—Ryo, voy a la forja. Vengo ahora —dijo Kenji dejándolas solas en la fuente. Dando puntada tras puntada, guiada por la diestra mano de la joven de once años.

—Ve, te espero aquí —contestó Ryoko.

Los pasos del joven se dirigieron por el camino empedrado hasta el sonido metálico, que se iba mezclando con el sólido de un fuelle que

avivaba el fuego de la forja. Llegó a la entrada del establecimiento, donde había un hombre fornido, ancho de barriga, de pelo negro corto y barba tupida. El herrero golpeaba con energía una barra de metal, que se encontraba candente, haciendo que saltasen chispas por todos lados. Algunas se estrellaban en el mandil de cuero grueso de color claro, apagándose al momento. La forma de lo que estaba martilleando con tanto ímpetu se parecía cada vez más a una punta de lanza o una hoja de un cuchillo, pensaba Kenji observando su trabajo. El herrero cogió con las tenazas que sujetaban el metal y lo sumergió varias veces en un cubo de madera laminada lleno de agua, creando una nube de vapor que sacó al joven de su estado hipnótico.

—¿Quién eres tú? ¿Y que deseas? —preguntó rudo el hombre, con las tenazas aun en la mano—. Muchacho no tengo toda la mañana, debo terminar el trabajo para que me paguen. No quiero ser grosero.

—Soy Kenji, acabo de llegar a Lukwos. Me he quedado fascinado por tu manera de trabajar el metal.

—No es nada del otro mundo. Hay mejores herreros en la fortaleza que yo. Pero si quieres te puedo forjar lo que quieras, una espada, una daga...

—No se preocupe aún no, pero si me animo a ello vendré a usted antes que ningún otro, lo prometo —dijo Kenji siendo todo lo sincero que podía demostrar—. Me voy, no quiero molestarle.

—Gracias por la visita, espero verte pronto —se despidió el herrero, volviendo a meter el metal en el rojo carbón de la forja para continuar con el trabajo.

Un soldado estaba junto a Ryoko y la niña cuando Kenji llegó a la fuente de nuevo desde la forja del buen herrero. Resulto que estaba buscándolos por orden de Neko para que regresasen a la parte alta de la fortaleza, donde se hallaba la casa central. El soldado no sabía por qué se les hacía llamar, solo cumplía órdenes como solía pasar con la mayoría de la soldadesca. La niña estupefacta no sabía si lo que estaba pasando era bueno o malo, solo sabía que Ryoko había sido muy amable con ella. La abrazó fuerte para que no se fuese.

—Tranquila, no pasa nada. Es solo una audiencia con Neko, si quieres mañana volveré aquí mismo para ver como terminas el bordado, ¿quieres? —dijo Ryoko acariciándole el pelo con suavidad. La niña levantó la cabeza

y mirando a la cara de Ryoko asintió enérgica—. Pues nos vemos mañana aquí, en la fuente.

Se levantó dejando a la niña sentada e iniciaron la marcha ladera arriba acompañados del soldado que les había ido a buscar con tanta premura. Los pasos del soldado sonaban por toda la calle al chocar las piezas metálicas de su armadura, haciendo que la gente se volviera a mirarlos. Suponía que, aunque estén acostumbrados a ese jaleo y el pasar de los soldados a la gente le gustaba saber qué es lo que se cuece en la ciudad, pensó Kenji. En menos de veinte minutos habían alcanzado de nuevo la cima de la ciudad, donde Suzaku y Neko les estaban esperando, sin mirarse la una a la otra.

—Habéis tardado más de lo que deberíais, vamos —dijo Neko que tenía cara de pocos amigos.

Caminando por detrás de la diosa del hielo, rodearon la casa central hasta llegar a la parte trasera, donde unas escaleras de piedra subían más alto hacia la cima. Escalón a escalón llegaron hasta un portón negro de metal sin adorno alguno ni ilustración. Tras un empujón se abrieron las dos puertas de par en par dejando a la vista una gran sala circular, con el suelo de mármol grisáceo, las paredes de bloques de piedra rocosa unidos por argamasa y barras de acero forjado. La sala estaba completamente vacía, fría y solitaria. Al fondo, había otra puerta de dos hojas de color obsidiana, con tres maderos reforzados que la atravesaban de lado a lado con la posible intención de que nada entrase al interior, pero sí que se pudiese salir hacia el otro lado. Neko les permitió recorrer la sala vacía de lado a lado durante un rato, sin intervenir para nada en su observación.

Suzaku, por su parte, se colocó en el centro, calculando las distancias. A su parecer era un círculo perfecto en todos sus lados. La diosa del fuego chasqueó los dedos haciendo salir una pequeña llama de ellos, elevó la mirada hacia el techo abovedado y lanzó la llama a lo alto aumentando su potencia. La llama estalló a los pocos segundos contra la piedra disipándose tal como ella estaba esperando. Neko la tenía vigilada, como si al más mínimo fallo fuera a atacarla, como una avalancha que arrasa un pueblo entero en la montaña. Ryoko se acercó a donde estaba parada Neko notando su actitud, solo le faltaba erizar el pelaje como un gato furioso.

—Neko, ¿qué es lo que te pasa con Suzaku? Te noto muy incómoda —preguntó Ryoko preocupada por la diosa.

—Nada que deba preocuparte, hija —contestó evitando dar la respuesta a lo que se le pasaba por la cabeza cada vez que veía a Suzaku—. Os dejaré que iniciéis vuestro entrenamiento. No os esforcéis demasiado y si ves que no consigues hacerte con su poder, no te frustres. Ven a mí. No todos podemos acuñar todos los poderes de los dioses.

Neko giró sobre sus talones saliendo de la estancia, cerró las puertas tras de sí, dejando que se escucharan sus pasos atenuándose al descender colina abajo. Kenji inspeccionaba la otra puerta con curiosidad, no sabía qué había al otro lado. En cierta manera, no creía que fuese bueno saberlo, aunque el saber no ocupa lugar. Suzaku se centró en lo que venía a hacer. No tenía claro si estos dos jóvenes, por muy inteligentes que fuesen, iban a ser dignos de aprender su poder. Taka le había contado todo lo que debía conocer sobre ellos, así como su trayectoria por las Tierras de la Eternidad. Lo primero para ella era que le mostrasen lo aprendido de las otras dos diosas, a partir de ahí podría enfocar el aprendizaje a algo que ellos conociesen, para que lo asimilasen en un tiempo récord.

—Chicos venid aquí —les llamó haciendo que se reunieran con ella en el centro de la sala—. Necesito que me enseñéis lo que habéis aprendido con Genbu y Seiryu, para saber cómo dirigiros en las clases de mi poder, así podré hacer que os sea más sencillo. Comencemos por las formas de lucha, seguido por el poder de cada una de ellas. Si os han dado alguna pista teórica, me la decís luego.

Kenji y Ryoko se colocaron en posición, como si estuvieran en el dōjō del maestro Aoyama. Comenzaron a practicar repetidas veces la forma de combate de Genbu hasta que la completaron unas diez veces. Siguieron por la segunda forma, la de Seiryu, realizada con menos rigidez, más suave, pero sin perder la fuerza al final de cada movimiento, haciéndolos consecutivos, hasta igualar el número de ejecuciones que la forma anterior. Suzaku les interrumpió antes de que empezaran con la demostración de poder, para enseñarles su propia forma asignada por Vaél, hace mucho tiempo. Se puso delante de ellos, al principio fue suave para que se quedasen con cada movimiento metido en las cabezas. Tras cada repetición, les iba añadiendo más matices, con pequeñas indicaciones. La última vez la hizo ella sola para que viesen como debía ser en su totalidad. Cada movimiento era explosivo, sin pausas. Era una forma devastadora, orientada

a destruir al contrario. Sin dar opción a reaccionar, no dejando de él ni el recuerdo de su persona.

Suzaku les ordenó, como su maestra en ese momento, que lo repitieran hasta el límite de sus energías e incluso si podían un poco más allá. Esa era la manera de poseer el fuego, quemándose uno mismo para convertirse en el elemento, haciendo que hasta el aliento que sale por la boca quemase como el vapor de un volcán a punto de entrar en erupción. Ese es el espíritu del mismo fuego, la esencia del mismo, aunque también se utilice para otros múltiples usos.

Como siempre Kenji y Ryoko se esforzaron hasta el límite de sus fuerzas, cayendo casi desfallecidos sobre el mármol del suelo. Descansaron solo unos segundos, volviendo a la carga como les había indicado la diosa, así hasta que llegó un soldado con comida para reponer fuerzas. Suzaku les permitió parar para comer algo. El menú era asado de ciervo con especias, un poco de verdura parecida a los canónigos y un poco de tomate. Para beber les trajeron dos jarras de agua bien fresca, con tres vasos para servirse. La comida desapareció de la bandeja en menos de lo que se escucha un suspiro. Tenían tanta hambre, que se olvidaron hasta de cómo usar los cubiertos. Comían con las manos, devorando todo hasta los trozos de pan de cereales. A la diosa le hacía gracia, nunca había visto a alguien con tantas ganas de comer como los dos jóvenes que tenía a su cargo. Ella también comió, pero con menos ganas, pensando en cómo afrontar el resto del día con ellos. Posiblemente ellos sabían más de cómo aprender, que ella de cómo enseñar, pero después de tanto tiempo encerrada en una pirámide le parecía que era algo normal.

El descanso después de la abundante comida resultó reparador para los dos jóvenes, que en vez de seguir parados para acumular más energías se levantaron de un salto para seguir practicando los movimientos que les había enseñado Suzaku, sin dar tregua a sus músculos. Al ver tanto entusiasmo por su parte, la diosa del fuego se unió a ellos en la realización del ejercicio que casi realizaban a la perfección. Debían haber luchado mucho en la vida, para aprender tan rápido las formas de lucha de los dioses, pensó.

—Chicos, vamos a cambiar de punto de vista. Vamos a practicar con el compañero, para que sea más efectivo lo haremos de la siguiente manera. Kenji contra mí, luego Ryoko contra Kenji y finalmente Ryoko contra mí,

de esa manera avanzareis más rápido en la práctica —dijo Suzaku preparándose delante de Kenji.

Ryoko se separó a unos metros de distancia dándoles espacio para poder maniobrar, aunque la forma del fuego estaba ideada para un alcance cuerpo a cuerpo, generando una distancia corta. La iniciativa fue tomada por la diosa que comenzó por una serie de ataques rápidos, muy centrados en el objetivo de golpear y derribar a Kenji. El joven comenzó defendiéndose, pensando en la forma que habían practicado para poder contrarrestar la ofensiva. A los pocos segundos, comenzó a usar sus mismas técnicas. La diosa hizo una mueca de sorpresa, atosigando continuamente al joven con sus técnicas de pierna y brazo. Agarrándole de las muñecas para atraerle hacia ella, dio con la rodilla en el pecho de Kenji. Le giró, derribándole a sus pies, donde le marcó con una serie de golpes consecutivos a unos milímetros de la cara. El joven se dio por vencido quedándose en el suelo. La diosa le tendió la mano para ayudarlo a ponerse de pie.

Suzaku le cedió el hueco a Ryoko para que se enfrentase a Kenji, después de haber visto cómo se debían ejecutar las técnicas de forma correcta. Tardaron un par de segundos hasta que Kenji decidió comenzar con la ofensiva contra su compañera y pareja. Pero ella no era como él, ella respondió rápidamente al ver la secuencia de ataques, defendiéndose con una mezcla de las tres formas de las diosas, haciendo ver que no había que centrarse solo en la última forma, Ryoko se mantenía firme como la tierra, esquivaba como el agua y arremetía con la furia del fuego. Suzaku se dio cuenta de la forma en la que funcionaba el cerebro de la muchacha que, aprovechaba todo lo que sabía para alcanzar la victoria. Era una buena influencia para Kenji. Le ayudaba a ser cada día mejor, a superarse. El combate fue evolucionando de una forma sorprendente, sin que ninguno de los dos derrotase al otro. Los dos utilizaban el mismo estilo de lucha, basado en los tres primeros poderes. Era casi un enfrentamiento épico, pero sin usar magia elemental.

—Basta chicos, descansad un poco —dijo la diosa, deteniendo a la pareja—. Un par de minutos de descanso. Bebed agua. Luego practicaré contigo, Ryoko.

Los dos se acercaron al lugar donde seguía posada la bandeja con los platos, vasos y la gran jarra de agua. Ryoko asió la jarra por el asa con una mano, con la otra cogió un vaso y se sirvió agua con un caudaloso chorro.

Kenji le acercó un vaso, pidiéndole por favor que se lo llenase, cosa que ella hizo con mucho gusto. No era la primera vez que peleaban entre ellos, por esa razón no estaban molestos sino agradecidos. Entre ellos habían mejorado mucho en ese arte desde que eran niños, con sus cinturones blancos en el dōjō. Alzaron los vasos bebiendo el líquido de un trago. Sentían como recorría sus gargantas hasta llegar a los estómagos, refrescándoles de manera satisfactoria. La diosa se situó otra vez en el centro del recinto, esperando a Ryoko que la estaba mirando con ganas de batirse con ella. Le gustaba aprender de los mejores para superarse.

La joven dejó a Kenji atrás encaminándose al encuentro de la diosa para su lección de lucha, esperaba ser lo suficientemente buena para poder aguantar un poco más que su pareja antes de caer rendida a sus pies. Se colocaron en posición observándose la una a la otra durante varios e interminables segundos. La diosa había visto el nivel de comprensión de Ryoko en cuanto a las técnicas y su utilización. No solo de su forma, sino de la combinación de las anteriores, lo que la hacía una buena rival. Harta de esperar, la joven comenzó la ofensiva contra la diosa que se defendió rauda, cambiando el curso hacia un ataque veloz. Intercambiaron golpes y defensas. Ryoko se sonrió como si fuese un juego del que disfrutaba como nadie lo había hecho nunca. El combate continuó durante varios minutos. Empezaba a notarse el esfuerzo por las gotas de sudor que salían por los poros de su piel, siendo las más visibles las que recorrían su cara.

La chica era tan buena como esperaba. Kenji las observaba con cara de asombro. Habían pasado de estar entrenando a un enfrentamiento casi real en el que Ryoko y Suzaku se estaban volcando por completo. Una terrible idea le pasó por la cabeza, si una de las dos resultaba herida durante el adiestramiento, ¿Ante la ira de quién tendrían que responder? Sumergido en ese pensamiento no cayó en la cuenta de lo que estaba pasando, hasta que vio a Ryoko agarrar a Suzaku de las muñecas. Como ella había hecho con él antes, surgiendo de las manos de la joven una capa de escarcha que comenzó a cubrir las manos de la diosa, congelándoselas. La diosa sin dar un respiro lanzó una débil llamarada desde sus manos de forma inconsciente para derretir el elemento alcanzando levemente a la joven en las caderas, haciendo que se tirase al suelo. Kenji salió corriendo jarra de agua en mano hasta donde estaba Ryoko, para limpiarle la herida

rápidamente y que no se le infectara, ante la mirada atónita de la diosa que se había quedado en shock por lo sucedido.

—¡Suzaku haz algo no te quedes ahí mirando, reacciona! —le gritó Kenji sin surtir ningún efecto, limpió la herida con el frío líquido vertiéndolo sobre ella—. Vale, Suzaku parece que está paralizada por lo sucedido. Ryoko cambia tu forma física a tierra y luego vuelve a tu forma humana, elimina la herida de la imagen de tu mente.

La joven se concentró en lo que su amado le estaba diciendo que hiciese. A continuación, se transformó en un montículo de arena fina, blanca como las de las playas más deseadas del planeta. Seguidamente, comenzaron a unirse los granos minúsculos de arena formando de nuevo el cuerpo de la joven. Recobró poco a poco su forma original, esta vez sin herida como había pasado con Kenji la vez anterior con su pierna. Ryoko miró hacia sus caderas en donde ya no había quemadura. Suspiró aliviada irguiéndose, para besar al joven con mucha pasión, abrazando su cuerpo fuerte contra el de ella. La diosa del fuego se había derrumbado, permaneciendo de rodillas en el suelo marmóreo sin mediar palabra. En su primer día como maestra había herido a una alumna, cosa que era imperdonable.

La joven se levantó haciendo un gesto a Kenji para que se quedase quieto. Dio unos pasos hasta llegar donde estaba la diosa arrepentida. Se agachó poniendo la cara a la altura de ella, cogiéndole la cara entre sus manos y elevándola hasta que los ojos de esta se clavaron en los suyos mirándose de manera mutua. La diosa seguía sin reaccionar. Ryoko le dio un abrazo fuerte como quien abraza a un niño que no deja de llorar, intentando consolarla de la mejor forma que sabía hacerlo.

—No pasa nada Suzaku, ha sido un pequeño fallo. Estoy bien. ¿Ves? No estoy herida. Anda, levántate, tenemos mucho que aprender de ti, los dos. Y yo tengo que hablar con Neko, no sé qué es lo que ha pasado, pero creo que poseo el mismo poder que ella y ha despertado sin pretenderlo, gracias a ti. Por ello te estoy agradecida —las palabras de Ryoko hicieron salir del trance a Suzaku que pasó de tener los brazos colgando a corresponder a su abrazo. De sus ojos cayeron unas lágrimas, mezcla de dolor y alivio.

—Chicos demos la clase por terminada por hoy, creo que me he excedido. No estoy en condiciones físicas, ni emocionales para seguir —dijo separándose de la joven—. Muchas gracias Ryoko, pero dudo mucho

que Neko sea tan comprensiva con la situación. Ahora idos, necesito estar sola en esta cúpula un rato.

Las horas pasaron mientras se aseaban, preparándose para cenar junto con el resto del grupo, entre tanto se dedicaron a ver desde un rincón apartado de la planta superior como la vida de la ciudad se iba calmando, llena de luces de las velas y antorchas que iluminaban la imagen nocturna. Taka estaba en una pequeña parcela de terreno practicando una forma muy avanzada de lucha con su bastón mágico, que se estiraba más de tres metros. Luego, se encogía hasta medir menos de un metro. La verdad es que era impresionante admirar como se entregaba a la forma, como uno de esos guerreros que salen en películas clásicas de artes marciales.

Acabado el ejercicio tomó con una de sus manos una tela mullida que tenía colgada en una rama de un manzano cercano, se secó las gotas de sudor de la frente. Al levantar la cabeza vio a los dos jóvenes que le observaban emocionados. Pasándose la tela por encima del cuello, la dejó colgar a ambos lados, y se encaminó hacia donde se hallaban con sonrisa relajada, como no le habían visto desde que le conocían. Dejó el bastón en manos de Ryoko para que notase lo liviano que era, apenas pesaba como una pluma. Cosa que no debía de ser posible, por el material del que estaba hecho, roble macizo.

—Hola Taka, nos ha gustado mucho verte entrenar. Una pregunta, ¿por qué pesa tan poco? —preguntó la joven asombrada, mientras le pasaba el arma a Kenji para que supiera a que se refería.

—Es mi arma especial, nadie más la puede poseer, existe un vínculo. Es de un árbol extinto del que descende el roble actual, cayó delante de mí el último ejemplar. Es irrompible y se ha bañado en mi sangre, por esa razón puede hacer cosas que no son lógicas, encogerse, alargarse, no pesar casi nada y ser una extensión de mi poder del cielo. Tiene casi tanto tiempo en este mundo como yo mismo, le bauticé con el nombre de «Celeste».

—Celeste es un buen nombre, para un arma tan prodigiosa como esta —le dijo Kenji a Taka devolviéndosela—. ¿Cuándo nos enseñarás a manejar así un bastón?

—Cuando terminéis con vuestro adiestramiento con Byakko y con Vaél, tal vez lo haga —dijo cogiendo a Celeste, haciéndolo desaparecer dentro de su mano—. Deberíamos ir a cenar, las damas estarán ansiosas de que lleguemos. No es bueno hacerlas esperar mucho tiempo.

En la sala estaban todos sentados esperando a que llegasen para comenzar con la velada, todos menos Suzaku. En el centro de la mesa, frente a un montón de bandejas repletas de manjares que se extendían por toda ella, se hallaba sentada Neko que llamó a Ryoko, levantando la mano para que se sentase en la silla a su izquierda. Ella fue con Neko y Kenji se aposentó en una de las sillas al lado de Taka, con el que inició una agradable conversación sobre magia y artes marciales a la que se unieron al poco tiempo Byakko y Seiryu.

Las bandejas comenzaron a bajar, vaciándose, así como el líquido de las jarras, animados por la conversación que estaba en pleno auge. De hecho, el dios del aire y el trueno que había tomado demasiada cerveza de miel, quería defender su postura de que la mejor defensa en un combate real es un buen ataque, retando a cualquiera que quisiera enfrentarse a él para demostrárselo. Claro está que con la fama que le precedía nadie quiso hacerlo, quedando la estancia en silencio para escuchar una broma de Taka que liberó las tensiones de todos. Ryoko se colocó detrás de Kenji atenta a todo lo que se decía riendo y bebiendo como el que más.

—Ryo, ¿y Neko? —dijo Kenji mirando a su alrededor sin ver a la diosa del hielo, por ninguna parte.

—Me dijo que iba al aseo, la cerveza es diurética —respondió Ryoko contándole lo que le había dicho la diosa.

Tras un largo rato la algarabía del salón se vio interrumpida, sumiendo el salón en el silencio, por un estruendo que hizo temblar toda la ladera de la montaña. Taka se levantó de la silla apartándose hacia atrás sacando a relucir a Celeste en su mano derecha. Kenji volvió a mirar a su alrededor. Todos estaban esperando, callados, a ver qué sucedía. Neko, seguía sin regresar y Suzaku, no había aparecido en toda la noche. Aunque no quería pensar en la posibilidad de que tuviera que ver con el incidente de la tarde, un escalofrío le recorrió la espalda, ¿y si las dos diosas se estaban enfrentando?

No soportó más. Se levantó de la silla a toda prisa. Cogiendo a Ryoko de la mano, salió corriendo en dirección a lo alto de la montaña donde se hallaba la cúpula. Mientras subían rápido los escalones, Ryoko creyó averiguar lo que se le pasaba por la cabeza a Kenji, haciendo que se le acelerase el corazón de manera alarmante. Frenó en seco para hablar con

Kenji, antes de seguir adelante hasta la zona en la que creían que había un conflicto.

—Kenji, se me escapó en la cena que me había herido Suzaku durante el entrenamiento —su pecho subía y bajaba a una velocidad vertiginosa—. Solo quería que supiese que me salió hielo de las manos para que pueda enseñarme.

—Pues parece ser que una de las peores cosas que podía pasar está pasando, están luchando y eso no creo que sea nada bueno para nadie —dijo reemprendiendo el camino—. Vamos.

Unos escalones más para llegar a la puerta negra de metal que ocultaba lo que sea que estuviera sucediendo en el interior. Ryoko empujó una de las puertas y Kenji la otra. La escena que vieron en el centro de la cúpula no tenía nada de agradable. Neko, se había puesto un traje blanco brillante para la batalla. En su mano, tenía una larga lanza de metal plateado que terminaba en una punta de color azul hielo. Suzaku tenía otro traje parecido de color rojo con detalles amarillos. En las manos tenía una especie de látigos de longitud corta, impregnados en un color rojo vivo de lava.

Ambas se movían a una velocidad de relámpago lanzando ataques la una a la otra sin tregua. Más de una vez, habían quedado expuestas al arma de la otra, librándose por apenas el grosor de un pelo de distancia de ser dañadas. Nadie parecía poder pararlas. Los látigos de Suzaku derretían pequeños trozos de mármol al golpear el suelo como si de madera se tratase. La lanza de Neko congelaba todo a su paso, apagando las llamas de su contrincante a su vez.

Las dos diosas estaban tan concentradas que no habían notado la presencia de los dos muchachos, que las observaban, como si estuvieran viendo el mejor combate de toda la historia. Neko se encontraba en plena forma física. Ni siquiera había roto a sudar. Se la notaba descansada, como si aún no hubiese empezado a luchar en serio. Sin embargo, en Suzaku se estaban comenzando a notar los signos de cansancio por el esfuerzo realizado, después de tantos siglos sin hacer ejercicio con tanta intensidad como el que estaba sufriendo en esos mismos momentos. Lo peor era que Neko también lo había notado.

Reinició el ataque con una larga secuencia de lanzadas a todas las zonas del cuerpo de la diosa del fuego que se defendía como podía debido al cansancio. Uno de los estoques alcanzó el muslo derecho de Suzaku

haciendo que aullase de dolor. El grito retumbó en todo el recinto. Contraatacó con los látigos al abdomen de Neko rasgando sus vestiduras y quemándole la piel de forma superficial. Esto, hizo que retrocediese un poco hacia atrás, preparándose para un ataque final en el que esperaba acabar con su contraria. La responsable de haber dañado a alguien de su familia, por leve que hubiera sido. Se lanzó contra ella como un gato contra el invasor de su territorio...

—¡BAAAAASTAAAA! —el retumbar de una potente voz surgió desde la entrada de la sala, desviando la atención de las diosas y de los dos jóvenes. Taka estaba en la puerta, Celeste en mano, para intervenir en la pelea si fuese necesario—. ¡Guardad las armas, insensatas! ¡Ahí abajo vive gente que depende de nosotros! Si queréis mataros, enfrentaos a mí —de uno de los extremos de Celeste salió un círculo negro como el universo, que se iba haciendo más grande—. ¡Os aseguro que me quedaré solo si lo creo conveniente!

—Ella hirió a Ryoko —se quejó Neko que había parado en seco su ofensiva—. Te dije que no dejaría que nadie tocara a un miembro de mi familia.

—¡Yo la veo en perfectas condiciones físicas! ¿Ryoko estás bien? —dijo Taka intentando suavizar el tono con la joven. Esta asintió con la cabeza mirando al dios del cielo—. Está sana, sin heridas. Si queréis seguir adelante, me obligareis a intervenir... y lo haré.

Neko guardó su arma relajando la postura, dirigiéndose hacia la puerta. Atravesó la estancia sin parar y bajó las escaleras desapareciendo tras ellas. Suzaku seguía arrodillada sobre el suelo de mármol, retiró sus látigos de fuego y cayó desmayada a causa del esfuerzo. Taka se acercó a ella, haciendo desaparecer el agujero negro y a Celeste. Se agachó hasta el cuerpo de Suzaku, la tomó entre sus brazos y se encaminó hacia la salida para llevarla a su habitación. Al lado de la puerta, se detuvo sin mirar a los jóvenes.

—Id a vuestras estancias, se acabó la fiesta. Mañana repararemos los daños causados en la cúpula y hablaremos de esto todos juntos. Creo que he sido demasiado flexible con mis similares. Hasta mañana, descansad —terminó Taka bajando las escaleras, con la diosa en brazos, dejándoles solos dentro de la cúpula aún con el alma en vilo.

OceanofPDF.com

Capítulo XVIII

OceanofPDF.com

El concilio de Lukwos

Al día siguiente la agitación de la fortaleza se hacía palpable en el ambiente. Varios artesanos corrían de un lado a otro con sus aprendices para reparar lo que la noche anterior habían destrozado las dos diosas con su pelea. Ambas permanecían recluidas en sus dependencias a la espera de ser llamadas por Taka para comparecer en el gran salón. Ninguna daría su brazo a torcer, eran demasiado cabezotas. Estaba seguro, hacer que las diosas se entendieran no iba a ser tarea fácil.

Taka estaba sentado cerca de la entrada del edificio, solitario, con el bastón apoyado sobre sus rodillas, oteando el horizonte con cara de no saber qué debía hacer. Kenji le veía desde la puerta, estaba seguro de que no le agradaba tomar parte en la resolución de un malentendido entre una mujer como Neko, tan cercana a él y su propia nieta. Se acercó hacia donde estaba su mentor con ánimo de calmar sus preocupaciones. Taka le vio por el rabillo del ojo. Se apartó un poco y le dejó sitio para que se sentara a su lado en la escalera.

—No quiero cumplir con mi deber —suspiró el dios del cielo por lo bajo, con tristeza en su mirada—. Si lo hago, Neko será expulsada a las tierras gélidas, también llamado el Mundo de los Muertos, sin opción de regresar con nosotros. Pero si no lo hago seré cuestionado como padre de los dioses, nadie respetará mi autoridad.

—No creo que debas castigar a Neko, ni a Suzaku —comenzó a hablar el joven con un tono más sereno de lo que Taka estaba acostumbrado. El joven solía ser bastante más impetuoso—. Creo que deberías de darles un aviso y llegar a algún tipo de consenso. En una de las grandes guerras del Mundo de los Hombres, se llegó a un pacto de no agresión por parte de todas las naciones. Ordenaron un bloqueo militar a algunos de los países reticentes a ello —Kenji hizo una breve pausa mirando al cielo lleno de nubes blancas y rayos de sol—. Podrías hacer algo parecido, incluso llamarlo de alguna manera especial para que todos lo recuerden en el futuro —Taka le miró

impresionado, por lo mucho que había madurado en tan poco tiempo. Se sintió muy feliz.

—¿Sabes? Es la respuesta más sabia que me has dado desde que te conocí en el jardín botánico. Es más, creo que tienes razón, puede ser una solución excelente y evitaríamos la pérdida de uno de los dioses. Debería de ir dentro para prepararlo todo, ¿quieres venir? Necesitaré un asistente que tenga una buena sesera —Kenji asintió con la cabeza levantándose a la vez que lo hacía Taka.

Encaminaron su rumbo, más animados, hacia el interior del gran salón donde se habían colocado las mesas en forma de círculo dejando dos sillas a cada lado de la zona principal. Byakko estaba encargándose de la organización haciendo que los pobres licántropos se estresasen por momentos temerosos de no hacer lo que decía el dios al pie de la letra y provocar su famosa ira. Seiryu estaba delante de una de las mesas con la vista fija al mantel de lino claro, parecía preocupada. Algo normal dado que se iba a juzgar a su preciada hija. A su lado, intentando darle ánimos, se encontraba Ryoko. La abrazaba como una nieta hace con su abuelita. Esta miró a Kenji de soslayo, indicándole cómo estaba la situación, a través de su expresión facial.

Cuando el dios del aire y el trueno estuvo satisfecho, indicó a los hombres y mujeres de la sala que salieran, dejando la intimidad necesaria para que se pudieran desarrollar los asuntos de los dioses. En fila de uno todos los que habían colaborado en la preparación de ese evento de urgencia salieron al exterior, dejando atrás a los presentes, que cerraron las puertas con los postigos para evitar así miradas indiscretas. Taka se dispuso en el centro del espacio, llamando a todos para que se reuniesen a su alrededor. Una vez allí miro a sus dos discípulos que se habían mantenido fuera del círculo.

—¿Vais a venir o esperamos a que traigan la comida? —llamó con voz alta hacia los dos, que corrieron hasta donde estaba el resto.

—Ninguno de nosotros somos dioses, ¿qué pintamos en esta situación? —preguntó Ryoko inocente de ella.

—No, no lo sois, pero tenéis nuestra sangre —dijo Taka con una voz cortante, prosiguiendo—. Con eso me basta. Debemos escuchar los testimonios de las dos diosas para llegar a una conclusión aceptable para todos los implicados e incluso hacer lo que a nadie le gustaría hacer llegado

el caso. Seiryu, entendería que no quieras formar parte del tribunal, dado que Neko es tu hija.

—No pienso participar en lo que puede que sea su ejecución pública —su voz sonó quebrada—. No contéis conmigo.

—Yo tampoco lo hare, es mi antepasada, no sería nada imparcial —se unió Ryoko a la diosa del agua en su sabio parecer—. Y tú no deberías, Byakko. La otra parte implicada es tu hija —dijo ella, mirándole en forma de reproche. El dios no emitió palabra sobre ello, haciendo caso omiso a las palabras de la joven.

—Eso nos deja a mí y al joven Kenji al mando de la situación, pero la decisión no sería justa si hubiese un empate. Somos solo dos —razonó el dios del cielo en voz alta ante los presentes. Escuchando pasos detrás de él.

—Yo haré de desempate en este caso. Si no hay objeción a mi presencia —se alzó una voz masculina, potente como la de un montañés—. Además, no soy familiar directo de ninguna de ellas.

Al volverse hacia la voz del hombre lo vieron. Era alto, corpulento, con barba y pelo moreno, lleno de tatuajes hasta donde alcanzaba la vista. Tenía una gran sonrisa como la de alguien que está seguro de sí mismo, sus ojos grises eran fieros, pero no agresivos. Byakko se giró hacia él dando dos pasos para abrazarle como se merecía, con una tremenda fuerza que él mismo expresaría a su vez. Se abrazaron, haciendo sonar un gran estruendo de palmadas en las espaldas.

—Kuma, ¿cuándo has llegado? —preguntó Byakko con ímpetu.

—Esta misma mañana, hermano. Por lo que veo, se ha armado una buena en la cúpula. Tenéis a todo el mundo de reformas. Luego les echaré una mano. La roca es mi especialidad —se volvió a Taka—. Señor del cielo, si me aceptáis, estoy a vuestra disposición. Cuando quieras empezamos.

—Eres bienvenido dios Oso —aceptó Taka de buena gana su modesta intervención—. Los demás sentaos en los laterales, sed testigos de las diosas.

Taka caminó hacia el sillón central sentándose en él, seguido de Kenji y Kuma que se sentaron a ambos lados con delicadeza. Respiraron hondo un par de veces, haciendo acopio de toda la serenidad de la que fueron capaces, antes de que Taka llamase a las diosas para que comparecieran ante él y sus asistentes. Por fin las llamó a su presencia. Ambas entraron en la sala caminando despacio hacia el centro situándose paralelas la una a la otra.

Mantenían las cabezas agachadas en señal de respeto al tribunal de justicia de los dioses. Esperaron pacientes a que el dios del cielo hablara. Taka se levantó de la silla, arrastrándola ruidosamente.

—Este tribunal se ha reunido para esclarecer los hechos de la riña entre las dos diosas presentes, acaecida durante la pasada noche, poniendo en peligro a los seres no divinos que habitan en esta ciudad. En primer lugar, dando un trato preferente por haber ocupado el lugar del dios Vaél durante su ausencia en las Llanuras de Plata, rigiendo la vida de sus súbditos, cedemos la palabra a la diosa del hielo, Neko, para que nos explique su versión de los hechos —Taka se sentó de nuevo una vez acabó de exponer los motivos de la reunión, preparado para escuchar sin prejuizar.

Suzaku se retiró hacia atrás para dejar todo el centro de la sala a Neko. Se colocó fuera del círculo de mesas a la espera de que todo acabase bien para una de ellas o las dos. Neko levantó la cabeza. Viendo que se había quedado sola en el epicentro de la sala, miró a Suzaku, siguió el recorrido para ver a Byakko, Ryoko y por último a su madre. Ella le había advertido que no quería que se diese esa situación, aun así, no pudo evitarlo por su familia, por su honor. Con la vista al frente de nuevo, con aire digno, dirigió la mirada a los ojos de sus ajusticiadores, como una guerrera que está en un juicio por haber defendido lo que es justo.

—Mis muy señores míos y joven lobo. Me presento ante vosotros libre de culpa. Mis acciones son lícitas por varios motivos que son más antiguos que la pasada noche. La diosa del fuego nos dejó a la deriva cuando el engañoso Kitsune le robó su poder y lo usó contra nosotros. En vez de luchar por sus congéneres, por su familia... no lo hizo. Cuando acabó todo, huyó lejos para encerrarse en una pirámide en el Desierto dorado del Fénix. Miles de seres buenos habían muerto bajo las llamas que una vez le pertenecieron y por el acero que blandían sus antiguos súbditos, que la rechazaron como su legítima regente. No bastando con eso, hirió a mi descendiente Ryoko a pesar de que estaba haciendo uso de su poder para enseñar a nuestros jóvenes a acabar con el mal de raíz. Ella que es sangre de mi sangre. Bien sabéis que la alejé de todo esto justo para evitarle sufrimiento junto con el resto de mis hijos. Por todo ello mi riña es lícita, defendía a mi familia y todo en lo que creo, como una madre defiende a sus hijos con uñas y dientes, hasta las últimas consecuencias. Taka levantó la mano derecha para hacerle un gesto de retirada hacia atrás. El dios del cielo

sabía que, en gran parte, esta situación había sido culpa suya por haber traído a Ryoko acompañando a Kenji desde el Mundo de los Hombres. Neko se situó dónde estaba minutos antes Suzaku, viendo como la otra parte de la disputa se aproximaba al centro desde donde se dirigiría a los presentes. La diosa del fuego habló con voz avergonzada tras las recientes palabras pronunciadas por la diosa del hielo.

—Mis señores y dulce niño de la manada de Vaél. Es cierto que mis actos no tienen excusa. Es verdad que, humillada ante el robo de parte de mí poder, salí huyendo a refugiarme en la soledad de mis dominios después de haber dejado a todos a merced de la mayor plaga que ha asolado las Tierras de la Eternidad. Tampoco tengo excusa por haber infringido heridas a la joven Ryoko, sin motivo alguno más que una falta de control de mis emociones. Por ello, me someto al castigo que consideréis oportuno, incluida la muerte por el Cosmos Oscuro. O si, por el contrario, creéis que aun puedo ser de alguna ayuda dejad que muestre mi valía, aportando a la causa para recobrar el equilibrio de nuestro mundo.

Taka se levantó delante de la diosa, como con Neko levantó la mano para hacer que se retirase con calma hacia atrás junto a su congénere. Una vez allí ante la mirada de los presentes, Kenji, Kuma y el dios del cielo se reunieron en una sala posterior del salón central, saliendo con tranquilidad. Estuvieron largo tiempo deliberando. Ante la impaciencia de la sala, se comenzó a escuchar una hoja de papel de pergamino estirarse en una mesa, seguido del sonido de una pluma escribiendo de forma hábil, rápida, como la de alguien que está acostumbrado a escribir durante muchas horas al día. Para finalizar con un prolongado silencio, que duró varios minutos.

Los tres salieron hacia los sillones, se sentaron de nuevo haciendo que todos los presentes se colocasen en el centro de la sala, no solo las ajusticiadas. Kuma y Taka, cedieron la palabra a Kenji que no estaba acostumbrado a hablar en público. Hasta en el instituto, le daba mucha vergüenza haciendo que sus mejillas enrojecieran. Sacó un pergamino, desplegándolo ante los presentes para leer lo que en él estaba escrito. Tomó aliento durante dos o tres segundos.

—Hemos tomado una difícil decisión, por la cual no vamos a emprender acciones contra Neko a consecuencia de su actitud, ni tampoco contra Suzaku. A pesar de que, se ha declarado culpable de hechos que han desestabilizado la integridad de este mundo en tiempos pasados. En otro

orden de factores y para evitar situaciones similares, hemos redactado un documento que me dispongo a leer a continuación —dijo Kenji mirando a los presentes de forma fija, hablando sin titubear, demostrando así la entereza de sus palabras. Con la atención de todos los presentes, comenzó a leer.

«Por la presente Taka dios del cielo, Kuma dios de la Roca y Kenji del Mundo de los Hombres y descendiente del dios Vaél, dan por abierto el Concilio de Lukwos. En él, todos los dioses de las Tierras de la Eternidad presentes, así como los regentes llegan al acuerdo de dejar las rencillas pasadas, presentes y futuras a la observación de un tribunal que decidirá si es o no lícita por parte del demandante, para evitar daños entre los habitantes de cualquier población, así como entre los dioses. Si alguno de los implicados se toma la justicia por su mano será condenado a pena de muerte, por parte de un dios elegido al azar. A este se le eximirá de cualquier culpa por ejecutar el veredicto del tribunal asignado. Este documento será firmado por todos y cada uno de los dioses de las Tierras de la Eternidad en el plazo de dos lunas llenas sin excepción, incluyendo a Ryoko y Kenji, como descendientes de los dioses Neko y Vaél». Kenji se aproximó a una de las mesas, donde Kuma le acercó un tintero y una pluma a la espera de la reacción de los presentes.

El primero en acercarse a la mesa fue el propio Taka, que asió la pluma con firmeza, la mojó en el tintero y ejecutó una rúbrica estilizada en la parte asignada para tal fin. La siguiente en acercarse fue Seiryu, seguida de Ryoko, Kuma el oso, Byakko el dios del aire y el trueno, la diosa del fuego Suzaku, Kenji con una firma nueva para ese mundo y finalmente Neko, aunque un poco a regañadientes por todo lo que había sucedido, aunque en el fondo sabía que era lo mejor para todos.

Una vez acabaron de firmar cada cual volvió a su sitio, esperando que hablase Taka como dirigente principal de ese tribunal. Se colocó en el medio para dar por terminada esa reunión de urgencia, mirando a las dos jóvenes diosas con cara de alivio tras ver como se habían desarrollado los acontecimientos. Se aproximó hacia ellas, posó una mano en el hombro de cada una sin perder el contacto visual.

—Ahora tenemos otro asunto que tratar, pequeñas diosas. Sois las más jóvenes e impulsivas de todos nosotros. Hay que decir a vuestro favor que, la paciencia se adquiere con los siglos de experiencias vividas, y eso que yo

mismo no soy un ejemplo de serenidad. En estos tres días antes de partir a la casa de Byakko quiero que terminéis de instruir a los chicos. Suzaku te vas a encargar de Kenji. Termina de enseñarle el arte del fuego hasta el último detalle —se giró hacia su querida Neko, enterneciendo aún más la mirada, haciendo que la diosa lo notase—. Neko, necesito... —hizo una pausa—. No, más bien, Ryoko necesita de tu sabiduría más que nunca en su corta vida. Se han despertado los poderes del hielo en su sangre, factor por el cual no podrá terminar el adiestramiento con Suzaku, para generar fuego con su poder. Ayúdala a ser tan poderosa como lo eres tú misma, haz que sea una digna descendiente de tu familia. Claro está que, seguirá entrenando con Kenji en la forma de Byakko para dar más fuerza a su hielo y con los demás para mejorar sus técnicas de lucha. Esta situación no es excluyente.

—Lo haré con gusto —dijo con la orgullosa mirada de la joven Ryoko clavada en ella.

—Kuma, coge el pergamino, enróllalo y ve a ver a cada uno de los dioses restantes para que lo firmen. Empieza con Genbu en el Palacio de Diamante. Cuéntale lo sucedido, para que entienda el motivo de tal pacto entre los dioses. Luego ve a los Bosques del Renacer a ver a tu hermano Shika, haciendo lo mismo. En cuanto a los pocos restantes, toma el orden que consideres oportuno para la firma, nos encontraremos en el norte en dos meses como máximo. Allí, se guardará el documento —terminó de ordenar Taka, viendo cumplida su orden al instante. Kuma asintió con la cabeza. Cogió el pergamino de la superficie de la mesa y lo enrolló, atándolo con un cordón de cuero alrededor, tras lo cual salió por la puerta trasera de la casa principal a cumplir el encargo—. Demos por terminada esta reunión. Kenji, Ryoko id a la cúpula a ayudar con vuestros poderes de roca a los artesanos. Antes de la comida quiero que todos los desperfectos hayan sido reparados. Así podréis reemprender vuestros adiestramientos cuánto antes. El resto, ayudadme a colocar esta sala como estaba.

Los jóvenes quitaron los postigos de la puerta principal, abriendo la puerta a la multitud curiosa que estaba esperando fuera del edificio. Como no se les ocurría qué decir, Kenji hizo un gesto a Taka para que tranquilizase a los presentes de la mejor manera. Entre tanto, ellos echaban a correr hacia la cima en dirección a su aula de entrenamiento, para dejarla como nueva. El sonido de los escalones al compás de sus pies, fue su único acompañamiento, hasta llegar a la cúpula donde más de una veintena de

hombres y mujeres trabajaban con ahínco. Levantaban bloques pesados de piedra del suelo, para sustituirlos por piedras nuevas.

Haciendo caso omiso, de uno de los hombres que les indicaba que no entrasen hasta terminar, pasaron al interior. Contemplaron cada detalle de lo que había sido la escena de la pelea más violenta que habían visto hasta la fecha. Ryoko fue a un lado de la estancia, Kenji hacia el otro, palpando con las manos las paredes de piedra. Se comenzaron a concentrar en el tipo de roca, paseando con toda la calma del mundo, sin separarse de los muros. Pronto, los desconchones de los bloques de piedra, las grietas y demás imperfecciones generados por las diosas empezaron a desaparecer ante la vista de los presentes. Como si nunca hubiesen estado allí. La sala, parecía estar como cuando sus antepasados la construyeron por primera vez para contentar a su regente, el dios lobo Vaél. Los pasos de los dos jóvenes se fueron aproximando cada vez más entre ellos, hasta confluir en la mitad del muro de piedra, interrumpidos por la puerta de color obsidiana con sus respectivos postigos reforzados.

Ambos acariciaron la fría puerta metálica, era suave, sin defectos de fabricación. Como si hubiese sido hecha por una empresa de la industria metalúrgica moderna. La pregunta que vagaba en la mente de los dos jóvenes era, ¿Qué es lo que ocultaba? ¿Tan terrible era como para tenerlo que encerrar con tanta seguridad? Lo más seguro, es que fuese otra sala parecida a la que estaban o el acceso a una escalera para subir a un lugar más elevado. Ryoko salió de tales pensamientos, agarrando a Kenji de la muñeca que se alzaba hacia uno de los postigos, bajándola.

—Sigamos con las tareas de reparación, ya habrá tiempo de preguntar qué hay detrás de esta puerta —comentó la joven, aplazando el secreto de la puerta para otro momento. Los hombres y mujeres lobo, no daban abasto con las labores del suelo de mármol de la cúpula, dado que tenían que sacar las piezas dañadas para luego sustituirlas por las nuevas. Kenji se arrodilló sobre el suelo de mármol, fundiendo sus piernas con la roca. Analizó a gran escala los daños ocasionados. Cerró los ojos lentamente para intentar algo que no había hecho hasta la fecha, reparar todo el suelo de una vez. Ryoko intuyó lo que intentaba realizar e hizo salir de la cúpula a todos los presentes por si hubiera algún fallo. Los artesanos salieron de mala gana, echando miradas hacia Kenji quedándose en el umbral de la puerta para ver si el joven lograba hacer lo que esperaba.

Las placas de la fría y blanca piedra comenzaron a regenerarse a su alrededor como si las hubiera recubierto de masilla, dejándolas lisas de nuevo como recién puestas. Solo las más cercanas al muro de roca se le resistían un poco más por la cercanía a los extremos de la sala, Kenji se esforzó un poco más a fondo logrando recuperar las pocas piezas que le faltaban. Hasta la más mínima hendidura que hubiese sobre ellas había quedado lisa y pulida como la piel de un recién nacido. Los artesanos presentes rompieron en aplausos al ver la cantidad de trabajo que les había ahorrado el joven con su actuación, dejándoles solo la actividad de volver a bajar las piedras restantes. El joven volvió a separarse de la materia rocosa, poniéndose de pie. Se sacudió el polvo del suelo que se había aferrado a su ropa, generando unas pequeñas nubes.

Varios de los artesanos y artesanas, se acercaron para dar las gracias a los dos jóvenes que les preguntaron cómo podían ayudar en las tareas de reconstrucción restantes. El hombre a cargo de la cuadrilla, les indicó que habían hecho bastante por el momento, pero que si querían podían ayudarles a cargar con los bloques de piedra hasta el barrio donde se hallaban los marmolistas, para poder almacenarlo. Ryoko y Kenji accedieron de buena gana, considerándolo parte del ejercicio para fortalecer sus músculos. Las horas pasaron raudas, más veloces de lo que ellos habían esperado cuando se despidieron del marmolista jefe y su mujer, para subir a la casa central, apenas una hora antes de comer.

Después de un abundante banquete, se dirigieron junto con las dos diosas a la cúpula para entrenar como les había ordenado el dios del cielo. Para evitar intervenir en el adiestramiento impartido por la otra parte, dividieron la cúpula en dos mitades. En una estarían Neko y Ryoko, en la otra Suzaku y Kenji. Durante la primera parte de la tarde se dedicaron a reforzar todo lo aprendido en las lecciones anteriores, luchando con cada maestra sin usar sus respectivos poderes hasta que estaban satisfechas con lo realizado. Durante la segunda parte de la instrucción solo se escuchaban frases orientativas del tipo; «Siente el calor de tu interior» o «Recuerda el frío de los glaciares» entre muchas otras de esa índole.

Ryoko lo tenía un poco más sencillo, el hielo, la nieve y el frío en todo su esplendor recorría cada uno de los átomos de su anatomía, sin contar que su poder había salido a relucir sin pensar ni siquiera en ello. De hecho, en la última media hora que llevaban, desde que habían cambiado de ejercicio,

Ryoko había conseguido congelar una baldosa de mármol entera hasta los rebordes, haciendo que el orgullo de Neko se elevase como la espuma. Por otro lado, Kenji estaba muy obcecado en conseguir que de un chasquido de los dedos corazón y pulgar saliera una llama como la de un mechero para encender un cigarrillo. Al final de la tarde, después de varios y numerosos intentos consiguió, lo que le había propuesto la diosa del fuego. Llegar a hacer una hoguera tan grande que, se podría pasar la noche entera en un bosque sin tener frío, pudiendo ver con su luz en varios metros alrededor sin dificultad.

Ryoko y Neko se despidieron para ir a cenar. Kenji seguía con Suzaku entregado al entrenamiento, como cuando de niño su maestro le enseñaba una forma nueva adecuada a su nivel. Para él, alcanzar la perfección en todo lo que se proponía era su máxima prioridad. Es cierto que, para la mayoría, ese comportamiento sería síntoma de que poseía un trastorno obsesivo compulsivo, pero para él era una de sus mayores virtudes. Sentada en uno de los extremos de la cúpula, la diosa veía como se entregaba hasta quemar el mínimo resquicio de energía que le quedaba en el cuerpo, terminando agotado.

—Kenji, deberías descansar un rato o irte a dormir —comenzó a hablar la diosa, levantándose del suelo con ganas de salir de allí, darse un baño y comer algo antes de dormitar hasta el día siguiente—. Si te agotas, lo único que harás es entorpecer tu progreso en mi arte elemental. Recuerda uno puede ser joven, pero no por ello debe pecar de idiota.

—Lo sé, pero tengo el presentimiento de que voy a lograr desbloquearme de un momento a otro, liberando todo mi potencial. Te juro que lo noto en las yemas de los dedos, me arden como... —por un momento recordó las barras de hierro al rojo candente de la fragua del herrero del barrio de los artesanos, dejando a la diosa pendiente de su próxima palabra.

Las puntas de sus dedos comenzaron a arder, extendiéndose el fuego por los brazos, hombros, llegando a cubrir su cuerpo por completo, ante la mirada de Suzaku. Esta se quedó de brazos cruzados esperando a ver como acababa lo que se había iniciado hacía unos segundos, preparada para intervenir si fuese estrictamente necesario. Kenji se quedó en el sitio, levantó los brazos situándolos delante de la cara observando sus manos en llamas, como si de un demonio del infierno se tratase. Con la vista al frente comenzó a correr todo lo rápido que le permitían las piernas haciendo que

tras de sí quedase una estela de fuego hasta completar casi toda la circunferencia de la cúpula, para regresar al punto de partida.

—Si has terminado, deberías de apagar las llamas que te cubren. Nos vamos —espetó Suzaku con una gran sonrisa en la cara, al verle ardiendo—. Pero recuerda esta sensación para mañana, debes aprender a controlarlo mejor.

—Tienes razón, deberíamos acabar por hoy —dijo con el crepitar del fuego en la voz, pues hasta los dientes tenía en llamas.

El joven cerró los ojos, como tantos cientos de veces había hecho, concentrándose para recordar cómo era él en realidad sin ningún otro aditivo de forma elemental. Poco a poco, dejó de sentir el calor que fluía desde su interior saliendo a la superficie. Lo sintió menguar encerrándose de nuevo en el centro de su pecho, hasta notarlo como una pequeña chispa. Abrió los ojos con la mirada fija al suelo de piedra marmórea, descubriendo que sus botas, pantalones y demás ropajes habían sido calcinados por él mismo, minutos antes. La diosa se le quedó mirando emitiendo una risita, al verle en una situación tan cómica. Kenji se ruborizó, hasta el punto de que su cara se tornó de color rojo, a causa de la vergüenza por estar desnudo frente a su actual maestra. Una joven que solo aparentaba unos veinte años.

—¿Ahora ves por qué te digo que tienes que aprender a controlarlo? —repitió la diosa intentando no seguir riendo—. Si no lo haces, no vas a tener ropa con la que vestirme —dicho esto, salió de la cúpula unos minutos, volviendo con una capa de color marrón con la que el joven podría taparse hasta llegar a su habitación—. Toma esto para cubrirte. Al menos así, no te vera toda la ciudad paseando desnudo por las calles. Vámonos, no quiero que piensen que abuso de tu devoción por el entrenamiento.

Una vez fuera del recinto cerraron las negras puertas, colocando los postigos por la parte de fuera. Encaminaron sus pasos escaleras abajo, con el objetivo de llegar a la casa principal donde les esperaba un descanso reparador y una cena caliente con la que poder llenar el estómago. Una vez dentro, Kenji se despidió de la diosa del fuego hasta el día siguiente en el que se iba a iniciar el penúltimo día de entrenamiento. En él, debería comenzar a controlar todo lo que surgía de su interior, como había hecho con los poderes aprendidos de Genbu, la diosa de la tierra y Seiryu, la diosa del agua.

Una vez en la habitación, se metió en una cuba de madera que contenía agua limpia en el interior, para quitarse toda la suciedad y el sudor acumulado desde la mañana. El líquido aún estaba tibio como si lo hubieran llenado hacia relativamente poco tiempo. El joven lobo se frotó con una esponja natural hasta que quedó aseado, saliendo del recipiente para secarse con una suave toalla hecha de una tela fina, pero muy absorbente. Sobre la cama había unas ropas limpias de color negro sin adornos, el pantalón a juego, con un cinturón y unas botas color marrón de cuero, que debería de ponerse por la mañana.

La verdad no tenía mucha hambre, así que se metió en la cama bajo las mantas de pelo, apagando de un soplo la vela que tenía en una mesa de madera tallada con ilustraciones del día a día de la sociedad de Caer Lukwos. Pronto, se concentró en el sonido de los animales nocturnos que paseaban y sobrevolaban la ciudad, dejándose atrapar por un sueño de lo más sereno. La oscuridad dejó paso a la luz. Se embarcó en otro pequeño viaje astral de lo más perturbador. Delante de él, en un campo que había visitado recientemente en sus viajes, vio a miles de víctimas en el suelo. Este estaba encharcado de sangre que manchaba los verdes pastos. Los cuerpos presentaban heridas de diferentes orígenes. Algunos habían sido decapitados, a otros les faltaba algún miembro, otros tenían armas clavadas en el cuerpo.

Miró para ver si reconocía alguno de los muertos, sin hallar a nadie familiar. Allí había de todo, centauros, ninfas, hombres lobo, dragones, hadas, animales de todos los rincones del mundo que se habían sumado, a lo que parecía una causa claramente perdida. Vio algo que le dolió sobremanera, una escena de lo más macabra. Un bebé recién nacido, de la raza de los elfos, había sido mutilado. Su madre, ahora pálida por la frialdad de la rígida muerte, le sostenía protegiéndolo entre sus brazos. Un carraspeo fuerte sonó a sus espaldas. Kenji, se giró sobre sí mismo para encarar a la persona o ser que tenía allí en su presencia.

—No te habían contado esto, ¿verdad? —dijo la sombra con forma humana, un poco distorsionada—. Esto sucedió hace milenios, cuando me revelé contra el resto de los míos. La masacre del Páramo del Abismo, cerca de la fortaleza de Genbu y sus elfos oscuros. No me enorgullece lo que pasó en aquellos días sombríos. Con lo fácil que hubiera sido que me nombrasen

monarca de los dioses. Así, esto y mucho más se habría evitado. Pero el pasado no se puede cambiar, así que hablemos de cosas más importantes.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Kitsune? —preguntó Kenji sin mostrar debilidad alguna ante el ser que le acechaba.

—Nada que no sepas ya, para empezar —dijo con un poco de sarcasmo—. Solo deseaba asegurarme que habías entendido bien mi mensaje anterior. Con la carta tan bonita que te escribí... Soy muy sentimental.

—Como para no entenderla, aunque el mensaje oculto es que tú y los tuyos sois unos capullos —contestó Kenji, intentando que su enemigo perdiera la calma.

—No eres nada hábil en este juego. Lo sabes, ¿verdad? Tú solo aparece en la torre de Londres en la fecha señalada como habíamos acordado, y todo ira de rechupete, nadie sufrirá... —Kitsune comenzó a andar en dirección a la masacre con calma. La sombra tenía las manos metidas en lo que parecían los bolsillos de un pantalón—. Nadie, excepto tú. Una vez hallas desaparecido, perdonaré a los demás. No les haré daño. Ellos se quedarán con las Tierras de la Eternidad y yo me adjudicaré el gobierno del Mundo de los Hombres.

—¿Y si lucho contra ti? —la conversación se estaba tornando seria, entre los dos contrincantes.

—¿Tú? No me hagas reír. En tu mundo, no eres más que un adolescente sin poderes de ninguna clase, que añora poder ser el héroe que salve a todos de su cruel destino final. Pero la realidad es que no vas a salvar a nadie, ni siquiera a ti mismo. Tengo el gran placer de recordarte que, en el Mundo de los Hombres, los poderes de los dioses se ven mermados en un porcentaje muy alto. Así que, el tuyo puedes imaginártelo —se jactó Kitsune ante el joven.

—Entonces tú tampoco tendrás poder, más que el de las comadreas a tus órdenes —Kenji sabía que no era la mejor manera de sonsacarle información, pero debía intentar parecer estúpido ante Kitsune.

—Pobre, ¿en serio te crees esas palabras? —Kitsune comenzó a rondar a Kenji como la primera vez—. No tienes ni idea, te enseñaré una cosa —sacó una daga de hoja curva hecha de metal negro brillante, con un filo tan cortante que parecía de nueva forja—. Esta es Ladrona, la daga que forjó tu antepasado Vaél. Resulta que, el material del que está hecho, proviene de las estrellas que iluminan nuestros mundos y muchos otros, generando una

red como las de los satélites que permiten que conserve todos y cada uno de mis poderes. A más metal, mayor es la conexión. Podría freírte como a un huevo en este momento si quisiera, pero el día de nuestro primer cara a cara está cada vez más cerca, ¿no es así? —miró a Kenji con aire de suficiencia guardando la daga de nuevo en el lugar de donde la hubiese sacado—. Bueno, creo que debería irme a ver a mis queridos Kamaitachi. Están tan mermados de ánimos, desde que les privaste de la compañía de su tercer hermano —levantó la mano para despedirse, su cruel voz le siguió—. Quédate un poco más joven lobo, disfruta del espectáculo que hay ante tus ojos. Nos veremos muy pronto.

Kitsune desapareció como un mal espejismo que se hubiera personado en medio del desierto para recordar, en cierta manera, que tenía la sartén por el mango y que no lo iba a soltar. Kenji se agachó para cerrar los ojos del pequeño bebe elfo que le miraba con los globos oculares carentes de vida. Volvió a mirar hacia donde había desaparecido su enemigo. El causante de toda esta historia, con el cual un día u otro debería luchar para poner fin a todo el horror. Pero, ¿Cómo podría luchar sin usar sus poderes contra Kitsune? La cabeza de Kenji se devanaba los sesos, rodeado de ese paraje ausente de ánimo alguno, para alguien que estuviera soportando toda esa presión. Algo se le tenía que ocurrir. Por lo pronto, su cuerpo reaccionó al contacto de alguien. Abrió los ojos saliendo de toda aquella pesadilla. Allí se hallaba Ryoko, se había acurrucado con él para pasar la noche.

—Mañana pensaré en la mejor manera de solucionarlo —pensó, abrazando a la chica de sus sueños, para dormir a su lado hasta que el sol les despertase de nuevo.

Capítulo XIX

OceanofPDF.com

Fuerte Helado

Caído sobre el suelo de fría piedra sin poder levantarse, Kenji no lograba concentrarse. Había enojado al dios del engaño la pasada noche y no sabía cómo remediarlo, para ser más poderoso en su propio mundo. Tal vez la batalla estuviese perdida de antemano por ese pequeño detalle, ínfimo, pero aun así determinante para el resultado final. Taka había acudido a ver como entrenaban junto con las diosas, las cuales estaban luchando sin cuartel. Ambos debían avanzar más rápido que nunca para proseguir con el plan del dios del cielo y que tuviera el éxito esperado.

Suzaku se aproximó a él tendiéndole la mano, ayudándole a ponerse en pie por enésima vez en aquella calurosa mañana. La diosa se secaba el sudor de la frente, a la vez que su alumno se quitaba la chaqueta para seguir con la dura tarea que tenía encomendada. Se puso en guardia delante de su maestra con postura firme, no quería decepcionar a Taka. Antes de reiniciar el ejercicio la maestra puso su mano apoyada en el pecho del joven, dirigiendo unas sabias palabras a sus oídos.

—Kenji, al igual que Ryoko debe estructurar sus pensamientos para que el nitrógeno del aire haga fluir su poder a través de ella, congelándolo todo a su paso. Tú, debes pensar en otro elemento fundamental del aire para que surja lo que hay dentro de ti... —apartó la mano en dirección a la pared más cercana sin mirarla siquiera, lanzando una bola de fuego que chocó contra el muro—. El oxígeno. Si logras que entre en estado de ignición, las llamas se propagarán allá donde lo desees sin apenas esfuerzo. Con un simple chasquido de dedos bastará.

Kenji recordó la teoría de combustión que le acababa de explicar. Todo lo que había sobre ello en libros científicos coincidían en la misma fórmula, sin oxígeno no se genera la chispa para hacer fuego. Elevó la mano delante de su cara, con los dedos corazón y pulgar juntos listos para chasquearlos, de un instante a otro. Debía tener cuidado de no llenarse el cuerpo de llamas, lo que menos necesitaba ahora era otra situación embarazosa. Chasqueó fuerte los dedos en la cúpula, haciendo que el sonido se

propagase por todo el espacio. De su mano salió una pequeña chispa que se engrandeció en forma de llama y permaneció sobre su dedo índice como si fuese una vela. Pensó en jugar con ella como un niño que es atraído por lo que le prohíben. Dobló el dedo hacia la palma haciendo que se formara una bola que creció hasta ocupar toda la mano.

El movimiento de cabeza de Taka asintiendo en sus progresos, le animó aún más en su determinación. Estiró el brazo como lo había hecho instantes antes Suzaku, con la palma extendida hacia el muro soltando la bola, que voló como un relámpago hacia la piedra estallando hasta extinguirse. Se situó de cara a la pared, sin previo aviso de sus intenciones levantó las manos en guardia. Lanzó una serie consecutiva de ataques de palma abierta, que lanzaban bolas de fuego cada vez más potentes hasta que finalmente dejó la mano derecha en alto, logrando un chorro continuo de fuego como el de un lanzallamas, calentando la roca al rojo vivo. Taka le hizo un gesto, indicando que era suficiente. Kenji elevó la otra mano y, de un puñetazo al aire, lanzó un chorro de agua que enfrió el muro en poco tiempo.

Con su autoestima tan alta, se giró para ver cómo le iban las cosas a Ryoko con Neko. Estaban luchando la una contra la otra con el ímpetu de unas legendarias guerreras amazónicas. Las combinaciones de ataque y defensa se alternaban con esquivas, derribos y contrataques además de otros muchos movimientos. Pero lo que más le impresionó, es que algunos de los ataques iban acompañados de dardos de hielo que salían de los dedos de cada una de ellas. La actitud de su compañera de aventuras había cambiado, era más fría en su toma de decisiones. No se lanzaba dejando que su ímpetu juvenil le guiase, sino que calculaba todo al milímetro. Cansada de tanto luchar, Neko aprovechó un descuido de Ryoko para colocarse a su espalda, inmovilizándola con un bloque de hielo a la altura del codo.

—Por hoy creo que es más que suficiente, pequeña mía —dijo Neko mientras caminaba en dirección a Taka, dejando que Ryoko deshiciese el hielo con su poder tardando lo mismo que un pestañeo.

—Podemos seguir un poco más, Neko, yo todavía no estoy cansada —exclamó Ryoko, viendo llegar a su maestra junto al dios del cielo.

—Lo sé, pero a este paso, me dejarás agotada a causa de la energía de tu juventud —le explicó brevemente—. Por la tarde si seguimos aquí entrenaremos otro poco, aunque me da a mí que no tengo mucho más que enseñarte, aprendes demasiado rápido. Come algo y luego hablamos.

Suzaku había estado contemplando la escena con los brazos cruzados justo por debajo del busto, viendo como la joven se retiraba, al mismo tiempo que lo veía Kenji. Este tenía la impresión de que el avance de la propia Ryoko era cosa de la genética que compartía con Neko. La joven diosa se había percatado del cambio en la expresión de la cara de su joven aprendiz. Así que descruzando los brazos le abrazó fuerte contra sí misma. Con la mano le revolvió el pelo despeinándoselo por completo.

—Tranquilo, tú estás tan preparado como lo está ella, en realidad —comenzó manteniendo el abrazo, pero más calmado—. Es más, nosotros no podemos luchar con el fuego para entrenar, es más bien un complemento para las situaciones de riesgo, como en una lucha a muerte. El fuego y el hielo es de lo más destructivo que existe, en todos y cada uno de los mundos. No lo olvides, el único poder que los puede superar es el del propio Taka. Ve a cambiarte y a descansar, por la tarde repasaremos un poco todo lo aprendido e intentarás hacer todo lo que haga yo misma. Si lo consigues y me derrotas en combate, te consideraré mi igual, pasando a estudiar con mi padre.

Kenji saludó al estilo del karate japonés presentando así sus respetos a la diosa, quien le correspondió. El joven lobo se retiró a sus aposentos. Al salir por el arco de la puerta, apoyando la chaqueta por encima del hombro, vio a Neko sonriendo como una colegiala en pleno coqueteo, al lado de Taka mientras susurraba cosas en su oído que no se podían escuchar de forma nítida. En el exterior el sol del mediodía le golpeó de lleno en la cara con sus cálidos rayos. Bajó trotando las escaleras de piedra grisácea hasta llegar al pequeño terreno ajardinado delante de la casa central. En un banco, hecho con un tronco de madera, estaba Ryoko. Sentada mirando el vuelo de los pájaros. Kenji se acercó a donde se hallaba, posó la chaqueta en el banco y se sentó al lado.

Durante largo rato solo disfrutó de la mutua compañía de su pareja, en silencio, delante del espectáculo volador de unos pájaros parecidos a las golondrinas, que volvían a la ciudad una vez regresaban las temperaturas cálidas. Los dos estaban estupefactos cuando, por delante de ellos, pasó a toda velocidad un joven que se agachó al salir volando una silla de madera detrás de él, seguido de los gritos del dios Byakko que estaba en pleno ataque de ira homicida.

—¡INÚTIL! —la cara de Byakko estaba más tensa de lo que les tenía acostumbrado—. Cualquiera sabe entregar un mensaje como es debido, hasta el tonto del pueblo, pero no... me toca un niño imberbe que no sabe ni enlazar dos palabras seguidas.

El dios se percató de la presencia de los dos jóvenes sentados en el jardín delantero, le miraban con gran expectación. Levantó la mano para rascarse la cabeza intentando calmarse y sonreír, sobre todo para no molestar a la joven Ryoko que le recordaba mucho a su hija cuando tan solo era una niña. Se les acercó calmándose a cada paso que daba hasta llegar a donde estaban, se arrodilló ante la joven de modo suave mirándola a los ojos. En los suyos se podía apreciar el resplandor dorado heredado de Taka.

—Lo siento si os he molestado con mi mal humor. Ryoko, no fue mi intención. Pero recuerda que por mucho que me enfade no debes temerme, nunca os haría daño ni a ti ni a Kenji —se disculpó con el tono de voz más tierno que podía mostrar.

—Byakko, ¿a que venía eso? —le interrumpió Kenji, Byakko se giró para prestarle atención—. Ese joven casi se muere del susto.

—Nada con demasiada importancia, por los balbuceos que logró emitir de su boca, he podido deducir que mi lugarteniente Sören me comunicaba que otros seis gigantes han incurrido en nuestras tierras, haciendo salir a la guardia de élite de Fuerte Helado. Mi hogar en lo alto de las montañas —Byakko hablaba de sus tierras y guerreros con mucho orgullo—. Debería volver allí. Creo que te gustaría. Pero aún no has vencido a mi preciosa hija, ¿o sí? —Kenji se limitó a seguir callado ante el padre de su maestra actual—. Ya me parecía a mí. Os dejo, debo prepararme y comunicarle a Taka que me vuelvo a casa. Se levantó de nuevo emprendiendo el camino hacia las escaleras en dirección a la cúpula. Los dos jóvenes pasaron una velada agradable paseando por todo Lukwos, conversando sobre sus diferentes experiencias, riendo y bromeando ante las diferentes anécdotas que les pasaban con sus respectivas maestras que, aunque no lo creerían, tenían mucho más en común de lo que parecía, sobre todo en la forma de ser. El resto hasta la hora del almuerzo fue de lo más normal. Visitaron a la niña que había estado bordando con Ryoko en la fuente días antes, jugando esta vez un poco con ella al escondite y recogiendo flores para que le llevase a su madre que estaba un poco enferma.

La tarde después de llenar el estómago fue otro cantar para los dos. En la cúpula las dos maestras habían preparado una especie de ritual elaborado, que constaba de tres partes bien diferenciadas. La primera parte era enfrentarse entre ellos en un combate sin poderes hasta que uno fuese tocado o derribado por el otro. La segunda parte era referente a luchar con cada maestra, primero con una, después con la otra sin poderes también hasta ser derrotados. La tercera parte, y última, era un enfrentamiento final de poder contra poder en el cual si se igualaba o superaba al de la diosa en cuestión se daba por terminado el entrenamiento, considerándoles sus iguales.

Ryoko combatió contra Kenji como nunca lo había hecho, él le correspondió empleándose a fondo. Las técnicas y combinaciones volaban como cuchillos por el aire, mezclando todas y cada una de las cosas que habían aprendido de lucha tanto en el Mundo de los Hombres, como en las Tierras de la Eternidad. Por último, en un afán de terminar con una pelea que duraba demasiados minutos, los dos jóvenes se golpearon a la vez con un puño en el pecho con tanta fuerza que les hizo retroceder hacia atrás por el impulso generado, tocándose cada uno en la zona dañada. Neko al ver el dudoso resultado del combate, hizo retroceder a Kenji quedándose a solas con Ryoko para comenzar con la segunda fase. El enfrentamiento alumna contra maestra del elemento del hielo. Estaba muy seguro de que sería más duro de lo que había sido la pelea con él mismo.

Kenji se sentó apoyado en una de las paredes de la cúpula junto a Suzaku, con los ojos clavados en el duelo entre las dos damas de hielo. Se observaban con detenimiento, buscando un hueco por el que colarse para alcanzar la ansiada victoria. Una vez iniciado el combate, varias sensaciones recorrieron la mente del joven. Era como ver la pelea entre dos gatas de mismo linaje, en el que las probabilidades de ganar estaban igualadas hasta el más mínimo detalle. Los gritos de guerra eran como maullidos rabiosos, cada respiración como un bufido, cada golpe como un zarpazo que esquivaban en la última milésima de segundo. En un ataque desesperado Ryoko agarró la mano de Neko saltando para enroscar las piernas alrededor del cuello de la diosa, derribándola impulsada por el peso de su cuerpo. Neko aceptó la derrota, incorporándose, saliendo del centro de la sala, en dirección a la pared de la cúpula, dejando el puesto libre.

La diosa Fénix se situó donde instantes antes había estado Neko, para comenzar con la última lección que le podía impartir al joven hijo de Vaél. Kenji se puso en frente de ella con respeto, nunca había pensado en combatir con una diosa, mucho menos después de lo que había pasado con Byakko en Finisterre. Pero si quería aprender del dios que casi le mata en España debía vencerla, demostrar que podía, al menos, igualarla en poder y habilidad. Suzaku no perdió el tiempo con nimiedades, era el orgullo de su padre, una hija peligrosa, guapa e inteligente. Los ataques se sucedían como si fuesen las alas de un pájaro que quemaba todo con su vuelo.

Kenji mezcló todo lo que sabía, como había hecho anteriormente, para salir airoso de situaciones difíciles. La maestría de la joven diosa era asombrosa, le costaba seguirle el ritmo, sobre todo si seguía las reglas que le habían inculcado. La mente del joven reaccionó rápido con un solo pensamiento, defiende y ataca a la par, se cómo el fuego por una colina arrasándolo todo a tu paso. Tras varios intentos fallidos de poner en práctica su táctica de rechazo, consiguió emplearla desencajando a Suzaku por completo. Tras defender, conectó una serie veloz de puñetazos laterales alcanzándole pecho, hombros y abdomen. La diosa se relajó mirando a Neko que asentía con la cabeza situada justo al lado de Byakko, que sigiloso se había colado para ver el encuentro. Estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados y la mirada fija.

Sin descanso, Neko y Ryoko, se situaron en paralelo a ellos para la última parte del ritual final. Las tres mujeres levantaron las manos al frente, contra su oponente inmediato. Kenji abrió los ojos de par en par, sin poder creer lo que estaba presenciando en ese mismo momento. Estaban locas de remate, ¿Cómo iban a probar su poder de esa manera? Byakko se agachó para ponerse de cuclillas, apoyando los codos en las rodillas y juntando las manos para ver el desenlace final de todo ese circo que habían montado las dos preciosas diosas.

De las manos de Neko y Ryoko, surgieron sendos torrentes de hielo que chocaron justo en el centro, manteniéndose con la presión del poder que emergía del interior de cada una. Lo mismo pasó por parte de Suzaku que, sin previo aviso, abrió la veda de las llamas desde sus manos, haciendo que Kenji levantase las suyas raudo para corresponder al ataque de fuego. Las chispas saltaban del centro de las dos llamaradas como si bailasen al compás de una canción que solo ellas podían escuchar. La confrontación

entre Neko y Ryoko terminó con un largo empate. El enfrentamiento con Suzaku no iba de la misma manera, el joven Kenji comenzaba a flojear. En los días que llevaba fuera de la pirámide la diosa había recobrado gran parte de su poder recuperándose casi por completo.

Las llamas que procedían de las manos de Kenji comenzaron a retroceder, acercándose peligrosamente a su cuerpo. No podía perder se decía a sí mismo. Debía demostrar su valía, si no todo por lo que había luchado no valdría para nada. Si Taka confiaba en él, tenía que tener fuertes motivos para ello. Pensando en el dios del cielo le vinieron una de sus primeras frases a la cabeza: *Todo ser está formado de energía, si sabes cómo canalizarla tuyo será el poder*. Por fin había comprendido del todo el significado de esas palabras. Kenji dejó que las llamas de Suzaku le envolviesen absorbiendo todo el poder del fuego con sus manos, como si fuese el suyo propio. Un aplauso tras otro sonó en la cúpula desde donde se había colocado Byakko, se había levantado, caminaba hacia él con una mueca de suficiencia. Posó la mano derecha encima de su hombro apretando con fuerza.

—Eres el primero que soporta el ataque de fuego más poderoso de mi hija —le señaló con la punta del dedo índice en el centro del pecho, dándole pequeños golpecitos—. Ninguno lo había hecho hasta ahora, todos y cada uno de los que lo intentaron ahora son cenizas, pero tú lo asimilaste como si fuese tu propio fuego. Estás listo para venir conmigo a aprender, tienes mucho poder. Descubramos cómo hacer que explote hasta alcanzar su límite... —hizo una pequeña pausa antes de seguir—. Si es que lo tienes. Bajemos, Taka nos está esperando a todos en la casa principal.

En el salón sentado en el mismo sillón que días antes, Taka estaba pensativo. Tenía la barbilla apoyada en su puño y vestía con la ropa de viaje. Poco a poco vio entrar a cada uno de los integrantes del grupo hacia su persona con aire desenfadado, bromeando como un equipo bien avenido. Presenciados ante él, acallaron sus voces a la espera de que el cabecilla actual de los regentes de las Tierras de la Eternidad les dirigiese la palabra. Este se irguió de la silla dando un paso hacia adelante, con los brazos relajados a los costados.

—¿Cómo ha ido la prueba de los dos jóvenes? ¿Están listos para proseguir? —preguntó Taka a Neko y Suzaku, recibiendo por respuesta un asentimiento unánime con la cabeza—. Entonces recoged vuestras

pertenencias, viajamos a Fuerte Helado con Byakko. La travesía nos llevará varios días de camino con temperaturas bastante bajas, así que coge ropa de abrigo. Nos vemos en las puertas de la ciudad en cuánto terminéis.

Una vez acabó de dar las órdenes pertinentes, salió por la puerta de atrás de la casa principal en dirección a su habitación. Los demás siguieron su ejemplo, volviendo a sus estancias. Kenji extendió una tela de cuero sobre la cama comenzando a poner sobre ella la ropa sobrante que le habían ido dando desde que llegó estas tierras, lo enrolló sobre sí mismo atándolo con una cuerda y la colocó sobre uno de sus hombros. En sus pensamientos tenía presente que la cita en la torre de Londres con Kitsune estaba cada vez más cerca. Si pensaba en el Mundo de los Hombres, parecía mucho menos dada la diferencia del transcurso del tiempo entre los mundos. En esos días debía llegar al norte, robar con disimulo el amuleto de Vaél y emprender el viaje a su mundo para el enfrentamiento. Aunque todavía tenía pendiente el tema de poder amplificar sus poderes.

Intentó disipar tales pensamientos de su mente. Salió de la habitación encaminándose rápido hacia la salida. Recorrió las calles, hasta las puertas de madera donde aún no había llegado ninguno de los demás viajeros. Mientras esperaba observaba el paisaje de los exteriores de las murallas. El campo era muy verde con algunas flores de la época del año que estaban viviendo. El viento que le soplaba en la cara, era como el de los primeros días de su viaje, tan suave que se podía decir que le acariciaba y le mesaba los cabellos entre susurros de una lengua desconocida.

Las más jóvenes de entre los dioses, bajaban con una alegre conversación, dirigidas por la diosa del agua. Todas ellas llevaban sus correspondientes equipajes a cuestas. A muchos metros de distancia, Taka y Byakko, las seguían callados andando en paralelo, sin acercarse demasiado a las mujeres. Sin mediar palabra, Taka comenzó el camino hacia el Río Escarlata, siguiendo el recorrido hacia su nacimiento. Según avanzaban, el paisaje cambiaba un poco con respecto al de las tierras de Vaél. Cada vez aparecían más montañas a la izquierda de los caminantes, haciendo una curva enorme hasta colocarse frente a ellos en el horizonte. Los árboles cada vez eran más escasos, formando más bien arboledas distantes, que frondosos bosques.

Antes de la bifurcación del Río Escarlata con el Río del Sueño Eterno, decidieron cruzar en dirección a los colosos de piedra gris. Sus picos,

estaban comenzando a cubrirse de nieve inmaculada. La Columna del Dragón, como lo llamaban los dioses, estaba formada por una gran cordillera de montañas escarpadas que recorrían más de la mitad del continente. Siguieron con el ascenso del río hasta que alcanzaron la parte cercana a su nacimiento, al norte más extremo. Una vez allí comenzaron a subir por un sendero de montaña, atravesando un desfiladero angosto lleno de alimañas, tales como ratas, arácnidos venenosos, culebras entre una amplia amalgama de seres. Por suerte, al ser un grupo bastante numeroso solían esconderse sin hacer daño a ningún integrante. Después de un largo tiempo de viaje, divisaron a lo lejos una enorme fortificación de piedra, cubierta de nieve por muchas de sus partes, rodeada por una muralla alta del mismo material. Byakko levantó la mano con energía, señalando con el dedo índice hacia la magnífica fortificación. Su melena se mecía al viento, al girar la cara para mirar a los jóvenes que les acompañaban.

—Bienvenidos a Fuerte Helado, mi hogar —exclamó con mucha alegría en su voz y una gran sonrisa que se contagiaba a cualquiera que la mirara—. Un último esfuerzo, apenas unas horas más y os enseñaré el orgullo que fabriqué con mis propias manos.

Cuánto más se acercaban a la casa del dios del aire y el trueno, más grande les parecía, era incluso más grande que Caer Lukwos en cuanto a sus dimensiones. Ante las puertas metálicas de aquella inmensa fortificación, con la mirada hacia arriba, se podía divisar a guardias fornidos con lanzas en las manos realizando sus rondas. Byakko cerró el puño con fuerza golpeando en la puerta, para llamar la atención de los soldados, desprendiendo a su vez el hielo de sus bisagras, haciéndolo caer al suelo. Uno de ellos se asomó por la muralla, fijó la mirada al hombre que llamaba. Al reconocerlo dio un salto hacia atrás, seguido de una voz a los guardias de las puertas. Estas se abrieron con un crujido rompiéndose el poco hielo que quedaba en las juntas, hasta que hubo hueco suficiente para que entrase todo el grupo.

—¡Bienvenido de nuevo a casa, Señor! —exclamó el guardia de la puerta poniendo el puño cerrado en su propio pecho, mientras golpeaba en la cota de malla, mostrando los hermosos tatuajes tribales que lo cubrían.

—Gracias soldado, ¿dónde está Sören? —preguntó Byakko con impaciencia.

—En la sala de despiece, con uno de los últimos gigantes que aparecieron. Esta vez, nos han dado más trabajo de lo habitual, mi Señor —contestó serio el soldado.

—Chicos venid conmigo, os presentaré a mi fiel amigo y lugarteniente —dijo emprendiendo la marcha calle arriba con pasos amplios, haciéndole parecer un hombre aún más grande de lo que era.

Tres de los soldados que allí estaban, recogieron las pertenencias de cada uno para llevarlas a sus estancias en el norte de la fortaleza, alejándose a paso militar. Byakko tomó la calle de la derecha, pasando por delante de más de cincuenta casas, desde donde los habitantes se asomaban a ver el regreso del dios con mucha alegría. Al fondo de la calle se hallaba una especie de edificio de gran tamaño, rectangular con el tejado en pico. Este, se presentaba ante ellos como un coloso. A ambos lados de la puerta, dos soldados musculados, también con tatuajes, cerraban el paso con dos lanzas cruzadas a todo el que no tuviese permiso para acceder al interior.

Ante la visión del dios Byakko frente a ellos, descruzaron las lanzas abriendo las puertas a la vez y saludando a su señor. Siguieron caminando hasta el fondo del edificio, atravesando el espacio hasta llegar a una sala con tres grandes mesas de piedra, donde había tres cadáveres de gigantes tumbados, vestidos con pieles de animales y bastante desaliñados. Sobre ellos un grupo de hombres trabajaban con toda dedicación en su labor. Uno de ellos, corpulento, moreno, con trenzas en el pelo, barba recortada y un tatuaje en el cuello se acercó hasta Byakko. Se estrecharon la mano agarrándose por el antebrazo.

—Dichosos los ojos que os contemplan, mi Señor. Se os echaba de menos por aquí —exclamó el hombre con algarabía demostrando su entusiasmo—. Por lo que veo os llegó mi mensaje, justo a tiempo.

—Sí me llegó, pero el niño que lo recibió casi no me lo podía transmitir a causa del miedo que me tenía. ¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó sin dilación.

—Unos gigantes atravesaron la barrera de los mundos apareciendo por Ecos del Rugir. Saqué a los mejores guerreros e incluso a algunos que aún estaban en adiestramiento, para acabar con ellos a la mayor brevedad posible... —comenzó a explicar con todo detalle, siendo interrumpido por Byakko.

—¿Cuántos eran? —preguntó cortante.

—Siete, mi Señor. Casi el doble que en todo el año pasado. Eso en tan solo un par de semanas —dijo agachando la cabeza con desesperación, por la situación vivida.

—No te preocupes, lo solucionaremos pronto —dijo el dios apoyando la mano en el hombro de su amigo para intentar calmarlo—. Dejémonos de asuntos incómodos, te presento a mis acompañantes, aunque a alguno ya lo conoces de sobra, como a mi padre y a mi hija. El resto son la diosa del agua, Seiryu, la diosa del hielo, Neko y, por último, estos dos jóvenes de aquí son Ryoko y Kenji. Chicos este es mi amigo y persona de confianza, Sören. Es el mejor estratega de todos los elfos del norte, un buen guerrero. Sus antepasados inspiraron a los primeros viajeros escandinavos, emprendiendo travesías por mar y tierra a otros reinos e incluso les ayudaron para llegar a ser grandes guerreros, haciendo que sus nombres y sus gestas permaneciesen en la memoria de la humanidad a través de los tiempos.

—Encantado de conocerlos —contestó Sören, correspondido por el asentimiento del grupo con la cabeza—. Dejad que dé unas indicaciones a mi grupo, para terminar de despiezar a estos especímenes de gigantes. Estaré con vosotros en menos de lo que grazna un cuervo.

El guerrero se alejó de ellos en dirección a los elfos que tenía a su cargo. Les reunió en círculo, dando unas breves explicaciones de cómo debían de proceder en las siguientes horas, para terminar con éxito el trabajo. Sören se despidió de ellos hasta el día siguiente, volviendo con el grupo de recién llegados, con el que se disponía a salir del edificio. Una vez fuera, bajo el manto de estrellas del cielo norteno, siguieron camino hacia el Palacio Atronador hogar del dios del aire y del trueno, Byakko, desde donde se impartía justicia y se entrenaba a los reclutas de élite.

Las adoquinadas calles de piedra, hacían resonar el eco de sus pisadas con su caminar. Los elfos del norte se habían metido en sus casas para hacer vida familiar después de un largo día de trabajo, habiendo cumplido cada uno con su deber. A mitad del fuerte, giraron para subir unas escaleras anchas por las que cabían hasta diez hombres adultos a la vez. A cada lado de ellas había una barandilla de piedra tallada con líneas entrelazadas formando animales de diferentes especies, parecido a las ilustraciones nórdicas. Tras alcanzar la cima, se presentó ante ellos el palacio, que estaba

construido con bloques de piedra muy alta, como si de un rascacielos de la época medieval se tratase.

Entraron tras las puertas que tenían una imagen de Byakko enfrentándose a un animal gigantesco, como la serpiente de la leyenda del dios Thor del Mundo de los Hombres, sobre ellos había nubes con rayos que descendían de forma aleatoria. El dios del aire abrió las puertas sin esfuerzo, generando un gran estruendo en la entrada principal. Constaba de un largo pasillo flanqueado por dos hileras de columnas en cuyo centro había una alfombra alargada de colores azul celeste, blanco y dorado. Al fondo de la alfombra se podía ver un trono de piedra de color zafiro, de forma geométrica. Sobre él había un disco del mismo material de tamaño descomunal, con un martillo de mango corto como símbolo de su fuerza. A sus lados, un par de estatuas de machos cabríos en clara pose defensiva.

Separándose de los demás, Byakko se aproximó con paso firme hacia el trono de zafiro. Subió el escalón que le daba una altura superior al resto del piso. Miró a ambos lados, a las dos figuras, por un instante. Se giró y, apoyando las manos en los reposabrazos, se sentó cómodamente. Levantó la mano, agarrando el cordón que tenía al cuello, sacando de dentro de la camisola un martillo diminuto de color negro metalizado del que surgían unos pequeños destellos. Al contacto de su mano creció convirtiéndose en un martillo con el que se podría forjar un arma en una herrería. Tocó a las dos estatuas con él, acariciándolas. Estas se empezaron a mover dejando atrás su estado de piedra, mientras les crecía visiblemente el pelaje en el cuerpo. Emitieron sonidos de bienvenida a su amo, mostrando sus dientes y sus ojos rojos brillantes a la luz de las antorchas.

—Mis pequeñas bestias de cuatro patas, tenía ganas de veros de nuevo. Llevo mucho tiempo fuera de casa —dijo acariciándoles las cabezas, mientras los animales le intentaban lamer la cara—. Id a corretear por el palacio, pero... no rompáis nada —les advirtió en un tono de lo más cariñoso.

Las dos bestias salieron de la sala dando saltos de alegría correteando de un lado a otro, chocándose entre ellas como los niños cuando juegan sin control en un parque. Riendo a carcajada limpia, Byakko, observaba lo contentos que estaban todos de verle de nuevo en la calidez del hogar. El dios se irguió, asía aun el martillo en la mano y bajó del trono. Taka se acercó con cara de no gustarle mucho las dos mascotas de su primogénito,

ante la mirada de los demás que observaban la escena, con leves despistes para ver la hermosa arquitectura de la edificación.

—Te dije que las cabras no eran buenas mascotas hace más de un milenio. Todavía, a día de hoy, lo mantengo, hijo mío —dijo Taka pasando hacia el fondo de la sala a la derecha para ir tras los animados caprinos, seguido por el guerrero élfico.

—Es muy posible que sean un poco alborotadores, pero el cielo lo surcan como ningún otro animal en las frías noches de tormenta —el orgullo se le notaba en el tono de voz, trasluciendo a través de sus palabras. Byakko, mientras tanto, jugaba con su martillo lanzándolo al aire y recogiendo al caer, repitiéndolo unas pocas veces.

—¿Cómo se llama tu arma, Byakko? —preguntó Ryoko impresionada por el martillo, que parecía muy pesado.

—Se llama Demoledor, fue un regalo que me hizo Vaél. Lo forjó con el material del meteorito que le sobró después de sus experimentos. Tiene unas propiedades asombrosas, entre las cuales está canalizar mi poder para ser más eficaz —Kenji se quedó mirando el martillo, ¿qué más cosas se podría hacer con ese metal? —. Debería guardarlo como estaba antes, no quiero llamar la atención demasiado. Vamos al comedor, seguro que mi padre está comiéndose todo lo de la mesa, junto a Sören.

Siguieron a Byakko hasta llegar a una sala grande con una serie de mesas unidas entre sí, las rodeaban unas cómodas sillas de madera color caoba. En el centro de la estancia había un hueco donde ardía un enorme tronco. El fuego de la hoguera les daba luz y calor. En uno de los laterales, estaban tres elfas con distinto color de pelo, ataviadas con vestidos de color verde, llenando los platos de los dos hombres que charlaban animadamente. Suzaku, Neko, Seiryu y Ryoko se acercaron a las mesas sentándose a cenar animando con su charla a las tres sirvientas, con quienes entablaron una conversación entre risas y halagos. El padre de Suzaku seguía a la vera del joven Kenji, con las manos apoyadas en las caderas, se notaba que por fin estaba cómodo y relajado, más de lo que el joven le había visto hasta entonces.

—No tengas miedo, aunque lo parezcan a simple vista no son peligrosas —dijo dándole una palmada en la espalda a Kenji, alentándole a entrar—. Aunque a tu chica sí que la temería un poco, es de armas tomar —rio a carcajadas de nuevo. Kenji entró con pasos calmados hasta llegar donde

estaban todos los demás, sentándose a comer seguido por el dios del aire. Se sentaron juntos compartiendo carne asada, patatas cocidas y frutos de temporada. La velada se alargó tanto que cuando se quisieron dar cuenta había pasado la media noche. El cansancio no aparecía, a pesar de haber realizado tan largo viaje. Sören se había retirado hacía varios minutos, despidiéndose de los presentes hasta el día siguiente, dejando a Taka derribado sobre la mesa a causa de todo el trajín del día. El joven miró al dios del cielo, pensando en si podría aprovechar el momento para coger el amuleto de Vaél que tenía colgando al cuello y así, poder usarlo para ir al portal de Stonehenge. Desde allí, viajaría a la torre de Londres a ajustar cuentas con el dios del engaño y las mentiras, Kitsune.

La sala aún estaba muy concurrida. Ryoko, por ejemplo, seguía reunida con Suzaku, Seiryu, Neko y las otras tres mujeres hablando de temas muy variados. Era muy arriesgado coger el amuleto en ese momento a la vista de todas. Byakko se había acercado al grupo de mujeres agarrando a una de las elfas por la cintura, de forma muy cariñosa, a causa de las muchas copas de hidromiel que había bebido durante el transcurso de toda la noche. Esta se giró, dando un beso al dios en los labios. Le cogió de la mano, incitándole a abandonar la sala, haciendo escuchar sus voces mientras se alejaban por uno de los pasillos.

Vista la situación que tenía delante de sus narices, desistió de la idea por completo. Todavía le quedaban unos días para hacerse con el objeto, ir a la cita con su siniestro destino y además de descubrir la manera de canalizar toda su energía mágica en el Mundo de los Hombres. Así, al menos, tendría alguna posibilidad de salir airoso del combate. Despacio, se levantó de la silla hasta donde estaba Ryoko para comunicarle que se iba a descansar, siendo acompañado por ella. Una elfa les guió a ambos hasta donde se hallaba su alcoba. Ryoko acostumbrada a dormir en los brazos de Kenji, entró en la estancia despidiéndose de la amable elfa y cerró la puerta tras de sí. Se prepararon para irse a dormir, se metieron bajo las mantas y, apagando las velas, se abrazaron para descansar mejor hasta la llegada del alba.

Capítulo XX

OceanofPDF.com

La dulce cara de la mentira

Las horas de los días restantes, pasaron como el tiempo de las vacaciones de verano. Empiezan con gran alegría, pero cuando te quieres dar cuenta han volado como las emociones vividas en ese periodo de descanso. Kenji entrenaba con diligencia, acompañado por Ryoko que no hacía más que esforzarse en perfeccionar todas las variantes de los poderes adquiridos, para estar más preparada para la lucha final. A su paso era capaz de congelar, prácticamente sin mirar, a todo lo que lanzaba su ataque, incluso realizó una réplica en hielo de la lanza de Neko.

Los soldados entrenaban en otra parte del campo de adiestramiento, bajo la dirección de Sören que les demostraba cómo se debía luchar con un hacha y escudo redondo en mano. Se enfrentó a cinco de ellos a la vez, demostrando el extenso conocimiento que tenía sobre el tema y, uno tras otro, los derribó a todos. El joven, estaba casi seguro de que estaban bastante distraídos, por los ejercicios que estaban realizando de magia elemental. No era lo más común por allí, exceptuando a Byakko que siempre que se enfadaba hacia caer rayos sobre las montañas.

Los pensamientos de Kenji discurrían sobre la mejor manera de acceder a la habitación de Taka cuando estuviese ausente para coger el amuleto e ir al encuentro de sus enemigos. La sola idea de no aparecer, de que pudieran hacer daño a sus seres queridos le volvía loco de rabia e impotencia por no saber cómo hacer funcionar sus poderes en el Mundo de los Hombres. Era consciente de que, con el amuleto de Vaél, tenía una oportunidad de asestar un golpe definitivo y así, acabar con toda esta historia de una vez por todas. Tal y como había demostrado en Finisterre, contra el dios del aire y el trueno. Otras dudas le estaban quitando el sueño ocupando su cabeza, pero durante mucho menos tiempo que esta, que era la preocupación principal.

—Kenji, cuidado —gritó Ryoko, volviendo la vista justo cuando un hacha se dirigía a toda velocidad hacia su pecho. Elevó la mano derecha con la palma abierta, para tomar contacto con el arma, que giraba sobre sí misma, sin pausa. En el momento en que la hoja tocó la mano, comenzó a

caer al suelo empedrado en forma de polvo formando un pequeño montón a escasos centímetros de sus pies. Miró hacia dónde provenía el objeto arrojado descubriendo a un elfo alto, fuerte, de ojos saltones al que le temblaban las piernas como si le hubiesen echado un cubo de agua helada por encima de su cabeza. Sören corría hacia él con mezcla de preocupación y enfado en la cara. Se acercó, le agarró de los hombros con las manos sudorosas.

—¿Estas bien Kenji? Ese soldado recibirá un castigo ejemplar si te ha hecho el menor rasguño, tenemos que inculcar disciplina sin excepciones.

—Estoy perfectamente, no te preocupes Sören —contestó Kenji, haciendo que el guerrero respirase aliviado—. Ha sido un descuido, a cualquiera le podría pasar. Además, nadie ha salido herido. Lo único que siento es haber desintegrado el hacha, sé lo mucho que debe costar hacer una.

—Eso es lo de menos. Los Enanos de Hocico del Unicornio, nos mandan repuestos cada vez que los necesitamos. Son devotos de Byakko. Él mantiene a todos a salvo de los visitantes no deseados —continuó el Elfo con la conversación—. Si quieres, puedes entrenar un rato con nosotros. Nuestro señor me ha comentado que eres muy diestro en el combate. Es más, así nuestros nuevos reclutas puede que aprendan algo.

—Tal vez en otra ocasión, creo que voy a estar bastante tiempo por aquí —dijo de forma amable haciendo que el temblequeo de las piernas del Elfo, que le había arrojado el hacha, desapareciera.

—¿Seguro? —insistió Sören, dejando entrever que quería verle en acción. Kenji asintió con la cabeza dando el asunto por zanjado—. Otro día entonces, no sabes las ganas que tengo de verte luchar, me gustaría que nos acompañases a por los próximos gigantes. Son muy duros de pelar —añadió entre risas. Como alguien que se ha enfrentado múltiples veces a la muerte y ya no le teme a nada—. Os dejo con lo vuestro, debo dar ejemplo.

Sören salió en busca de los impacientes soldados que se preparaban para defender la ciudad y a todos sus habitantes de los peligros que acechaban en el frío norte. Ryoko se colocó a la espalda de Kenji extendió los brazos y le rodeó con ellos a la altura de la cintura, en un instante notó como la chaqueta se humedecía llegando a rozar su piel. Kenji cogió de los brazos a la joven, la volvió para tenerla de frente. Elevó con delicadeza su cara con la mano agarrándola de la barbilla. Tenía los ojos anegados en lágrimas. En

ese momento, rodaban por sus mejillas y caían al suelo describiendo su trayectoria. El pecho de Ryoko subía y bajaba a gran velocidad por su respiración agitada, denotando el rápido latir de su corazón.

—¿Qué te pasa Ryo? ¿Por qué lloras? —preguntó al verla en ese estado emocional.

—Pensé que no llegarías a tiempo de pararla —dijo la joven entre balbuceos, nerviosa—. No quiero que estés de nuevo herido como en el hospital, no quiero tener que verte en peligro una vez más. Por eso me esfuerzo al máximo cada día que pasa, para poder protegerte de todo y de todos los que te intenten matar.

—Cálmate, Ryo. En una batalla, que me hagan daño va a ser casi inevitable. Estoy mucho más preparado que entonces. En cuanto a la muerte, es algo que, tarde o temprano, nos llegará a todos. A unos más pronto que a otros... —dijo haciendo una breve pausa, recordando para qué iba a ir a Londres—. Todo irá bien.

Ryoko, se quedó pensativa tras la pausa de Kenji en su discurso. Aun así, se abrazó a él con más fuerza que antes, apoyando su cabeza en el pecho. Intentó parar las lágrimas que, no dejaban de salir de sus ojos castaños. Kenji correspondió al abrazo, apoyando una de las manos en la nuca de la joven de forma tierna. Así permanecieron durante largo rato hasta que la respiración de Ryoko se había normalizado para adquirir un ritmo sereno, como el de alguien que se encuentra dormido. Kenji no quería separarse de ella, en ese mismo momento deseaba que el mundo se congelase, deteniendo el paso del tiempo por completo.

No sabían cuánto tiempo había pasado desde que se habían embarcado en el abrazo, pero los soldados comenzaron a desfilar por su lado retirándose a descansar, equipamiento en mano, seguidos por Sören que les dedicó una sonrisa. Ryoko se separó lentamente del pecho del joven, lo justo para mirarle a los ojos azules viéndose reflejada en ellos. Kenji la miró a los ojos castaños, se aproximó despacio a sus labios besándola por última vez antes de emprender un viaje del que no sabía si iba a poder regresar.

—Creo que deberíamos ir al comedor. Estarán a punto de servir la cena —dijo la joven, usando un tono de voz pausado. Notaba que algo extraño le estaba pasando a Kenji, por su forma de actuar, no era la habitual en él—.

No deberíamos hacer esperar a Byakko, sabes de que humor se pone si llegamos tarde.

Se cogieron de la mano, con los dedos entrelazados, situándose uno al lado del otro. Entrando en el edificio recorrieron los pasillos a la tenue luz de las antorchas hasta llegar a su destino. En las mesas, dispuestos a acabar con todas las bandejas de comida, estaban los comensales habituales. Comenzando por Taka que, tenía una copa de vino de la que bebía un sorbo, mientras les veía acercarse. En sus ojos se percibía un semblante serio. Seiryu hablaba animadamente con Neko y Suzaku sobre las diferencias entre fluir del agua serena de una cascada y el torrente de un río a punto de desbordarse. Todo ello, aplicado a la energía tanto en combate, como al propio universo que les rodeaba.

Una vez llegaron al lado de los dioses, se sentaron a la mesa para disponerse a cenar junto a ellos. Por lo visto, la mano derecha de Byakko le había contado a todos los de la sala lo sucedido en el campo de entrenamiento de los soldados. La mayoría no parecía haberle dado más importancia que la mera anécdota, pero Taka seguía callado con su atención fija en el joven. Se levantó de su silla para sentarse al lado de Kenji, que estaba disfrutando de una zanca de pato asada con hierbas recogidas de la montaña.

—Creo que hoy te has divertido un poco —comenzó a hablar el dios del cielo cerca de la cara de Kenji sin interrumpirle demasiado—. He tenido una visión fuera de lo común a la hora de la siesta. En ella, sucedían unos acontecimientos que no deseo relatar, pero sí te puedo decir que aparecías tú, mi joven pupilo. A raíz de ello, quiero preguntarte una cosa, ¿hay algo que quieras contarme? —entre alumno y maestro se hizo un silencio incómodo, ¿cómo le iba a decir lo que pasaba sin poner a nadie más en peligro? Debía callarse, por el bien de todos.

—No, creo que no. Todos saben lo que pasó, por lo visto y en cuanto a la visión no sabría qué decirte —Kenji intentó disimular, no quería mentirle, pero sabía lo mucho que estaba en juego.

—Bien, no te lo preguntaré más veces —Taka se levantó despacio de la mesa, con la copa todavía en la mano. De pie, al lado de la silla de Kenji añadió—. Pero... sí es cierto lo que he visto, correrás un gran peligro y si fallas, nos condenaras a todos a una extinción más que segura. Piensa bien

en las decisiones que tomas, joven lobo, pues no afectan solo a tu persona, nos afecta a todos.

El dios del cielo se alejó, paso a paso, hasta llegar donde Neko y las demás seguían hablando de temas diferentes uniéndose a la conversación, aportando su propio punto de vista sobre ellos. Al verle así, Kenji, se puso a meditar sobre las palabras que le había dedicado. Lo tenía claro, Taka sabía lo que estaba pasando. Sabía lo que se disponía a hacer y, aun así, le dejaba libertad para tomar su camino. A riesgo de que todo por lo que habían trabajado desde hacía meses se fuese al traste en milésimas de segundo. Por ello era el dios del cielo, él más sabio de todos, podía ver pasado, presente y futuro, pero no por ello intervenía en la toma de decisiones de los demás, por caras que estas pudieran salir.

Dejó que sus pensamientos vagaran un poco más por su cabeza, hasta que cayó en la cuenta del tiempo que le quedaba para actuar. Miró la sala en todas las direcciones para ver cómo estaba la situación a su alrededor, todos y cada uno de los asistentes estaban ocupados, ninguno reparaba en su presencia desde hacía varios minutos. Se levantó cuidadosamente de la silla en donde estaba aposentado. Salió sigiloso del comedor, dando pasos como los de un pequeño felino. Recorrió los pasillos de piedra fría como el hielo, lo más ágil que pudo con sus jóvenes piernas. Tras escasos cinco minutos, llegó al acceso que daba al pasillo de la alcoba del dios del cielo. Subió las escaleras hacia la segunda planta, algunos de ellos de dos en dos, hasta quedar en frente de la puerta de la habitación en donde le habían alojado.

Levantó la mano agarrando el pomo de hierro pintado de negro, sin brillo, que había en la puerta de madera oscura. Lo giró abriendo la puerta muy despacio, para evitar que sonara el menor crujido de esta. Así no se alertaría ningún criado cercano, de que la habitación estaba siendo invadida por otro que no era su huésped original. Entró en la estancia, de decoración austera. Arrimó la puerta tras de sí para que pareciese estar cerrada. Dio un par de pasos mientras escudriñaba todo lo que había en ella. A simple vista no se podía ver el amuleto de Vaél, debía investigar más intensamente para hallarlo. Antes de dar un solo paso más, un zumbido intenso se coló en el interior de su mente. Era molesto, pero también de sobra conocido.

«Joven Lobo, estoy aquí», dijo la voz que salía siempre del objeto de su predecesor «Ven, acércate, me hallo reposando en el cajón de la mesa de noche de la derecha». Kenji se apresuró hacia donde le había indicado la

voz del amuleto. Abrió el cajón sin esfuerzo alguno. Lo tomó en su mano, colocándoselo al cuello. «Eso está mucho mejor, no me gusta estar encerrado, ¿hacia dónde nos dirigimos?», preguntó la voz, con gran disposición.

—A acabar con Kitsune de una vez por todas, tenemos una pelea pendiente —declaró el joven—. Solo tengo una pregunta, ¿cómo puedo hacer que nuestros poderes se mantengan en el Mundo de los Hombres? —el silencio se hizo en su mente por unos instantes. Como si la voz necesitase un poco de tiempo para recapacitar, antes de dar una respuesta correcta a dicha pregunta.

«Existe una remota posibilidad que había contemplado. En los libros de notas escritos por el dios Vaél, sobre las muchas pruebas que estaba haciendo con el nuevo material caído del cielo», comenzó a divagar la voz del amuleto, como un académico que explica una disparatada teoría. «En ella hablaba de los componentes que forman el cuerpo a nivel molecular de diversos seres en los dos mundos. Dejando entrever, sin una conclusión empírica, que el material del cielo podría ejercer un efecto amplificador si se insertaba en el cuerpo como un huésped. Dejando que los minerales de la sangre, como el hierro o el carbono, lo nutriesen siendo su alimento, logrando así el efecto deseado. En el libro, no se habla de los riesgos que podría implicar esta práctica».

—Sé que es una locura e incluso puede que peligroso, pero no hay gloria sin correr riesgos —Kenji se quitó la prenda que cubría su parte superior del cuerpo, cogió con fuerza el amuleto. Le quitó la cuerda, tirándola sobre la cama y lo apretó contra el pecho—. Allá voy estés preparado o no. El joven cerró los ojos centrándose en la respiración más profunda que había realizado en su vida. En el centro del pecho, su materia se transformaba poco a poco en una masa parecida a la arcilla. En la cual, el amuleto se hundió lentamente hasta llegar al centro del esternón, donde se fusionó con el hueso. Las pulsaciones de su corazón se dispararon al notar el agente invasor dentro de él. Ante esta situación, separó la mano del pecho con sumo cuidado, dejando que la carne volviese a ocupar el lugar que le correspondía, sin dejar rastro del objeto. Antes de abrir los ojos, intentó tranquilizarse dejando que las pulsaciones del músculo cardíaco volviesen a su ritmo, asimilando el amuleto como parte de su propio ser.

—Es la hora de irnos, esperemos que esto funcione —dijo Kenji en su propia mente, abriendo los ojos azules, desapareciendo el poco rastro de morado que quedaba por el esfuerzo, en el interior de su pupila.

«Si Vaél se equivoca en su predicción estamos perdidos contra Kitsune. Lo sabes, ¿verdad?», contestó el amuleto desde el interior.

—Lo sé, pero hay que intentarlo —prosiguió con la conversación mental—. Si lo logramos te sacaré de mi cuerpo para que descanses de mi compañía. Ahora, pongámonos en marcha —terminó poniéndose la chaqueta.

Con las manos alzadas formó un círculo delante de él como varias veces había visto hacer a su mentor, el dios del cielo. Centró sus pensamientos en la puerta, que quedaba activa, para viajar a su mundo. Ante él se abrió un pasaje que conectaba la propia habitación con la réplica de Stonehenge en las tierras regentadas por Byakko. Con un par de pasos al frente se encontró en el campo justo delante del monumento. Tras cerrar el pasaje se dirigió con paso calmado hacia el centro de la estructura de piedra maciza. Una vez allí le invadió una sensación de pesar. En el fondo no le gustaba dejar a sus compañeros de fatigas atrás, mientras avanzaba hacia lo que podía ser una muerte segura. Estaba seguro de que podía habérselo contado todo a Ryoko, ella lo habría comprendido. Por otro lado, habría intentado acompañarle a toda costa para luchar a su lado. Era mejor de esa forma. Así, todos permanecerían a salvo, fuera del alcance de las fauces de Kitsune.

Apoyó las manos en la roca central, debía canalizar toda la energía que le fuese posible para abrir el portal, deprisa y sin despertar sospechas que alertasen a los seres de la zona. Estos patrullaban por órdenes de Neko, para evitar que intrusos entrasen desde el otro lado. Siguió el ritual para regresar al Mundo de los Hombres. Cerró los ojos concentrándose sin decir ni una sola palabra. De sus manos surgió un haz de luz recorriendo toda la puerta. Separó las manos, cruzando los brazos sobre el pecho como había hecho Taka las veces anteriores. Alzó los brazos uniendo las manos, entrelazó los dedos, haciéndolos bajar para golpear la tierra haciendo que sonara un estallido que no logró disimular. La puerta se volvió de color blanco, dejando ver el otro lado hacia su mundo de origen. A lo lejos, escuchó el sonido metálico de las armaduras de varios soldados, corriendo rápido en su dirección. Era hora de irse. Corrió en dirección a la abertura espacio-

temporal y saltó al interior, haciendo que se cerrara dejando a los soldados sin saber qué había pasado en ese lugar.

Por fin estaba en Inglaterra. Si no recordaba mal, el coche de carrocería azulada debería seguir estacionado en el aparcamiento, camino abajo desde el monumento. Recorrió el sendero a toda prisa hasta la zona donde se supone que debía de estar. Su instinto no le había fallado, allí estaba sin moverse de la plaza tal como lo habían dejado, resplandeciendo bajo los primeros rayos del día. Apoyó las manos en la ventanilla del conductor para ver si estaba abierto. El pestillo estaba hacia arriba. Cogió la manilla y abrió la puerta, se sentó dentro buscando las llaves. Las halló dentro de la guantera. Puso la puesta en marcha arrancando el motor, cerró la puerta y empezó el viaje hacia Londres.

Era la primera vez que viajaba solo en coche, sin las instrucciones de James de cómo debía conducir, ni acompañante alguno. Se sentía libre de tomar decisiones al volante sin tener que dar explicaciones a su padre, ni tener la responsabilidad de otras vidas a bordo del vehículo, ni en el trayecto dado que la carretera estaba desierta. El sol poco a poco se fue alzando hasta cubrir un cuarto de su recorrido habitual, cuando entró en la zona más externa de Londres. Recorrió las calles de la ciudad, hasta llegar a un aparcamiento cercano al lugar de la reunión. Decidió descansar un poco hasta que cayera la noche. Estaba seguro de que no le estarían esperando a plena luz del día, para terminar con el asunto que les traía a uno de los monumentos más emblemáticos del país. Cerró los pestillos del coche, disponiéndose a dormir en la parte de atrás.

Las horas pasaron con el sueño reparador, las nubes habían cubierto parte del cielo Londinense haciendo que el sol no le molestase. El sonido del motor de un autocar al arrancar a su derecha le despertó, haciendo vibrar toda la estructura del coche. Kenji se incorporó echando un vistazo a su alrededor. El aparcamiento estaba casi desierto, no sabía cuánto tiempo había dormido. Miró al reloj del salpicadero. Eran casi las siete de la noche. Se recompuso la ropa, sabiendo que no era la menos llamativa para la era actual, y el pelo antes de salir al exterior para ir en busca de su destino. Una vez fuera, cogió camino hacia la Torre de Londres, desde donde se divisaba el puente que cruzaba el río Támesis. Sus pies le dirigieron hacia la entrada del recinto. Una vez allí, espero a que llegasen Kitsune y sus aliados.

Pasaron los minutos viendo pasar a distintas personas en diferentes direcciones. Un anciano de traje, bien vestido, con bastón en mano, se le acercó con cara sonriente mirándole de arriba abajo. Se sacó un papel doblado del bolsillo del pantalón extendiendo la mano hacia el joven. Kenji lo cogió, lo desdobló para leer el contenido, con letra de ordenador estaba escrito: *Ve al puente del rio, allí nos veremos. No hagas preguntas al anciano, no sabe nada.* El viejo se despidió con un leve gesto de cabeza alejándose con paso lento y torpe, como marcaba la edad de sus cansados huesos a causa de los años vividos. Cruzó la distancia que le separaba entre la torre y el puente, presto a acabar con aquella pantomima que habían montado sus enemigos. Encaró el puente, divisando por debajo del arco a cuatro personas que esperaban impacientes delante de un coche elegante de marca inglesa.

Justo debajo de la estructura de piedra pudo distinguir a los dos hermanos, que aún quedaban con vida de los Kamaitachi. Justo a ambos lados de un hombre mayor que vestía traje de Armani color gris. No dejaba de mirar el reloj que llevaba en la muñeca de la mano derecha, como si hubiese quedado con una persona impuntual. Detrás de él, apoyada en el capó del coche, estaba la mujer de unos veinticinco años que había visto en las noticias meses atrás. Se trataba de Diane Ninetails, la hija del hombre que tenía delante con cara de pocos amigos. Kenji se paró a una distancia prudencial de ellos, pero quedando a la vista para que le pudiesen ver.

—Pensé que no vendrías, muchacho —dijo el Señor Ninetails, mirándole con cara de desprecio—. Eres poquita cosa, parecías más en nuestros encuentros astrales. Tengo prisa, muchachos acabad con él. No tenemos toda la noche para nimiedades.

Los dos hermanos resentidos, sacaron un cuchillo cada uno echando a correr hacia Kenji. El joven se mantuvo sereno, con la mente conectada al Amuleto de Vaél, esperando que este le guiase en el combate, reservando los poderes para el final contra su enemigo principal. Sin armas la situación era un poco más compleja de lo que había cabido esperar, aun así, debía aguantar todo lo que pudiese. El primero de los Kamaitachi llegó, asestando el primer golpe. Intentó clavar su arma contra el pecho del joven, que lo esquivó más rápido de lo que se podía imaginar. Pronto llegó el segundo, describiendo un semicírculo para rasgar su carne. Kenji lo interceptó derribándole con una proyección, lanzándole lejos de su cuerpo.

Ambos se dispusieron a presionar al joven guerrero, sabían que aun sin poderes era capaz de hacerles mucho daño y estaba dispuesto a ello. Su fiera mirada le delataba, aunque su silencio era perturbador. A distancia padre e hija no se perdían detalle del enfrentamiento que estaba sucediendo en el puente. Observaban a sus esbirros dudar, como nunca antes lo habían hecho contra otros adversarios. Reanudaron el ataque, esta vez simultáneamente. El joven se centró en lo que había aprendido en los últimos meses en las Tierras de la Eternidad, junto a los cuatro dioses. Sus pies parecían ser firmes como las montañas. Los movimientos de su cuerpo eran fluidos, como el más caudaloso río, sorteando los obstáculos en vez de enfrentarse a ellos. Sus ataques, eran rápidos como el fuego que devastaba bosques enteros.

Los minutos pasaban sin que los dos asesinos del magnate alcanzasen al joven causante de sus molestias y desvelos. Las gotas de sudor comenzaban a aparecer en la frente de los tres implicados. Uno de los hermanos se lanzó con desesperación, intentando salvar el poco orgullo que le quedaba delante de su jefe. La hoja, se quedó a tan solo un palmo del vientre de Kenji, que lo esquivó cogiendo el brazo del susodicho. Le giró quedando a espalda descubierta. Le arrebató el arma de la mano asiéndola con fuerza, clavándosela entre las costillas. La retorció en su interior, haciendo que manase un chorro abundante de sangre. La hija del Señor Ninetails soltó un grito de horror, ante la visión que tenía delante de sus jóvenes ojos. No hubo tiempo para reparar en sus impresiones, el otro Kamaitachi se abalanzó sobre él con una combinación de cortes al aire. Kenji sacó rápido el arma del cuerpo, dejándolo caer a sus pies, para responder al ataque con una serie de maniobras evasivas. Aprovechó las trayectorias curvas de los golpes de su oponente, para adelantar la mano parándole a la altura de la muñeca, agarrándola. Mientras la sujetaba, sesgó el tendón del hombro del brazo que sostenía el arma, para seguidamente cortarle el cuello escuchando un sonido ahogado y un borboteo. El Kamaitachi se sujetaba con fuerza la herida con una de sus manos. El joven le derribó sobre el asfalto, dejándole agonizante, y le arrebató el arma.

Con un cuchillo en cada mano, se dirigió hacia el Señor Ninetails con paso decidido. Su mirada era de color morado como las flores de las montañas de las Llanuras de Plata, símbolo de su linaje. El hombre maduro, al ver como se aproximaba a su persona, miró hacia Diane a la par que le

comenzaron a temblar las piernas debido al terror que empezaba a sentir en su corazón. La mujer no se dignó ni siquiera a mirarle, tenía los ojos fijos en el muchacho, que parecía la fría muerte en persona, ejecutando la sentencia de los dioses. Cuando estaba un paso del hombre trajeado, este se arrodilló ante Kenji juntando las manos e implorando piedad. Esto no fue suficiente para él, debía evitar a toda costa que hiciesen daño a sus seres queridos, debía salvarlos y si la solución era acabar con ese hombre, que así fuera. Las puntas de las dos armas rodearon las manos implorantes hundiéndose en el pecho del hombre. Este le miró con cara de haber encontrado la paz por primera vez en mucho tiempo. Exhaló un último aliento, desmayándose lentamente delante del joven, que le observaba dedicándole una intensa mirada llena de compasión. Unos aplausos comenzaron a sonar de forma rítmica, como los de quien acaba de ver una buena obra de teatro. Se trataba de Diane, que seguía apoyada en el elegante vehículo de color negro.

—No ha estado nada mal, joven lobo, nada mal —comenzó a hablar con un tono bastante familiar, pero esta vez sin distorsión alguna—. Por lo visto el viejo halcón no perdió el tiempo, te ha enseñado a luchar mejor de lo que sabías. Es una lástima que ese esfuerzo no sea suficiente, aunque ha sido bastante para animarme a renovar toda la plantilla. Te explicaré como va esto, dame un momento —dijo levantando el dedo, seguidamente sacó de un pequeño bolso una barra de labios color carmesí. Se retocó los labios con cuidado, lo volvió a guardar y sacó del mismo bolso una daga de color negro metalizado. Se trataba de Ladrona, la daga que había visto en sus sueños—. Tu vida acaba hoy, aquí en este mismo lugar. Como habrás averiguado, Kitsune soy yo, la diosa de la mentira, y el madurito a tus pies, es un simple señuelo. Sin poder usar tus nuevas habilidades, no eres rival para mí. Una vez mueras, de igual forma mataré a todos y cada uno de los que aprecias.

—Me prometiste que no les harías nada —replicó Kenji, viendo como su enemiga se ponía de pie jugando con la daga en las manos.

—Lo sé, pero... siempre miento. Es una costumbre —dijo con voz de niña buena, acompañado de pucheritos a la par que una brisa mecía sus cabellos morenos—. Espero que estés preparado, porque te voy a dejar calcinado por completo. A estas alturas James y Elisabeth ya estarán muertos. Vamos a empezar —dijo intentando desconcentrarle con la noticia.

Kitsune comenzó a caminar en dirección al joven guerrero que se apresuró a sacar las dagas del cuerpo inerte del falso Kitsune, retrocediendo varios pasos hacia atrás, poniendo distancia entre ellos.

Ladrona comenzó a brillar en la mano de la hermosa a la par que peligrosa mujer. Tenía un tono anaranjado, como el de una barra de hierro candente en el fuego de una fragua, convirtiéndose en la preocupación principal de Kenji. Aunque, la noticia de que había algún ser a las órdenes de Kitsune que estaba a punto de matar a sus padres o ya lo había hecho, no era nada alentador. Le distraía un poco de su objetivo principal: Acabar con la diosa de una vez por todas. El zumbido volvió a su cabeza, después de las largas horas que habían pasado desde que regresaron al Mundo de los Hombres. La voz habló con claridad.

«Vaya, vaya, sigue igual de serio que siempre. Los siglos no le han ablandado nada el carácter, por lo visto. ¿Necesitas que te eche una mano?», preguntó la voz del interior de su pecho.

—Es una buena idea, ¿cómo lo hacemos para enfrentarnos a ella y vencerla? —contestó dentro de su mente, dando pasos hacia atrás a cada paso que daba la diosa.

«Concéntrate en conectar con tu poder interior, de esa manera el efecto será más duradero. Si tomo el control como la otra vez, nos agotaremos antes. Recuerda que tienes más poder del que te crees. Adelante», tras eso le dio unas detalladas instrucciones.

Kenji respiró hondo llenando sus pulmones, concentrándose en lo que sabía. Ese era el momento de demostrar que Genbu, Seiryu y Suzaku no habían perdido el tiempo con sus enseñanzas. De la punta de Ladrona salió una llamarada de fuego, tan potente como las de la diosa del fuego en dirección al joven. Respondió con un puño al frente, con toda la energía que fue capaz, desprendiendo un torrente continuo de agua fría que chocó con la llamarada, creando una nube de vapor al contacto. Ninguno de los dos cedió en su ofensiva, aunque Kitsune estaba ganando terreno centímetro a centímetro. Kenji comenzaba a notar el calor de su fuego. El vapor cada vez era mayor aparentando una niebla tan espesa, que no eran capaces de verse entre ellos a un palmo de distancia. La diosa intensificó su ataque, aproximándose para intentar acabar con su joven enemigo, pues le estaba causando más molestias de las que estaba acostumbrada a soportar por parte de nadie.

Al ver la silueta borrosa de Kenji, lanzó un ataque definitivo. Al notar que la temperatura subía de manera descomunal, se transformó en piedra, pero sin dejar de pensar en el fuego, sorprendiéndose al verse con un cuerpo de magma que absorbió el fuego de Kitsune en su interior sin que ella se diese cuenta. El vapor comenzó a disiparse dejando ver a la diosa que portaba su arma, con el brazo caído al costado y el otro apoyado en sus caderas, mostrando una cara de asombro ante el joven de cuerpo volcánico.

—¿No te rindes nunca, lobato de pacotilla? —dijo emitiendo un suspiro de exasperación al hablar, colocándose el pelo hacia atrás con la mano que tenía libre—. Te pareces más a él de lo que crees. Eso me irrita —los dientes le rechinaron al pronunciar la última frase, apretándolos sin cesar.

—Estoy seguro de que, pensaría que tu carácter venía así de nacimiento y que el paso del tiempo no haría que mejorase en absoluto —respondió Kenji a la diosa, con un sonido crepitante en su voz—. Espero que la noticia que me has dado hace unos momentos, sobre lo de mis padres, no sea más que otra de tus malditas mentiras.

—No lo es... —hizo una pausa para darle un efecto trágico, como en la mejor obra dramática de teatro—. Huérfano —acabó con una carcajada que denotaba toda su maldad. Kenji se abalanzó hacia ella con rapidez, iniciando la ofensiva. Lleno de rabia a causa de la palabra que más odiaba en el mundo. Nunca había soportado que le llamaran huérfano. Tenía padres, eran James y Elisabeth, los cuales le esperaban para pasar el verano juntos en España para ver a sus abuelos maternos. Con la idea de la posible muerte de sus padres adoptivos perdió el control de sí mismo, dejando su destino en manos de la mentirosa Kitsune.

Esta aprovechó la baza que acababa de jugar, viendo a cámara lenta como el joven se abalanzaba sobre ella con la furia que caracterizaba a los de su especie, cuando les tocabas su punto débil. En el caso del joven hijo de Vaél era la familia. Esquivó el ataque del joven, clavando a Ladrona en su costado izquierdo, retorciendo con fuerza hasta que escuchó el grito de dolor más fuerte que había oído nunca, parecido a un aullido. Sacó el arma dando un paso hacia un lado, para recibir otra ofensiva del joven. Así se repitió la escena, una y otra vez, hundiendo la hoja del metal estelar en el cuerpo para hacerlo sangrar a borbotones. Kenji notó que le flaqueaban sus rodillas, doblando una de ellas hasta tocar el suelo. Apoyó una mano para

equilibrarse, evitando caer, con la mirada hacia abajo jadeando por el esfuerzo de respirar.

—Pobre Kenji, como se van a decepcionar los demás dioses con tu impulsiva actuación —Kitsune comenzó a rondar alrededor como un depredador con su presa—. ¿Creías que ibas a vencerme con los poderes aprendidos de tres diosas enclenques? Genbu y Seiryu son unas blandas mediocres, pero a la ardiente Suzaku la conozco bien. A decir verdad, la conozco de forma muy íntima. Fuimos amantes tiempo atrás. Ella podía haberse esforzado un poco más contigo. Siento la muerte de tus padres, pero hemos llegado al final de tu camino, ¿Tienes algo que decir? ¿Unas últimas palabras antes del descanso eterno?

La diosa elevó su daga a la altura de su cara, como hacían los antiguos samuráis del viejo Japón feudal, marcando con la mano libre la zona donde se hallaba su corazón, decidida a partirlo por la mitad. La voz de su interior emitió unas últimas palabras, algo que no creía haber entendido por completo pero que iba a seguir al pie de la letra. Elevó la cabeza e irguió el pecho, asimilando su destino funesto. Miró a los ojos carmesí de su verdugo con cara de compasión. En el fondo le daba pena la diosa cuya única ambición era el poder absoluto y reinar en las Tierras de la Eternidad.

—Te pudrirás en el Mundo de los Muertos, Kitsune. No puedes ganar siempre —dijo Kenji con voz temblorosa. La diosa usó toda la potencia de sus músculos para asestar el golpe final, notando como la hoja de la daga se hundía hasta el músculo cardíaco del joven.

«Ahora Kenji, fúndelo a tu ser», ordenó la voz del amuleto de Vaél.

La carne de Kenji se convirtió en piedra haciendo que la daga se quedara atorada en su interior, hundiéndose cada vez más profundo hasta que en el exterior solo quedó el mango del arma. La diosa apoyó el pie en el pecho del joven con fuerza, agarrando la daga con las dos manos para forzar que saliera de su prisión, sin éxito. Se separó de él, dejando el arma clavada en su sitio, con cara de indignación mientras Kenji sonreía de felicidad, con un fino hilo de sangre saliendo por la comisura de sus labios.

—¿Estás dispuesto a morir con tal de despojarme de la daga que me otorga el poder de Suzaku? —cruzó los brazos bajo su busto, mirando al joven herido de muerte—. Mi poder es más grande, no necesito la daga, aunque si la quisiese mandaría que te llevaran a mis instalaciones donde

conseguiré recuperarla... con el tiempo... —su voz sonó desesperada por primera vez durante todo el encuentro.

Las piernas de Kenji comenzaron a sentir frío. No sabía por qué, aunque su mente le decía que era lo que debía sentir cuando la muerte se apodera de tu ser, quitándole todo lo que una vez le perteneció en vida. Cerró los ojos ignorando el discurso que le estaba emitiendo Kitsune, propiciado por su desesperación. Intentó concentrarse en el último viaje que iba a realizar de manera solitaria. Pero no fue así, sus oídos escucharon un silbido que atravesó el aire con tanta rapidez que ni siquiera él podría haberlo advertido a tiempo, seguido de un gemido de dolor. Abrió los ojos de par en par. En el vientre de la diosa de la mentira estaba clavada una lanza con el mango de metal. Esa arma le era muy familiar. Unos pasos sonaron a su espalda, caminando como si estuvieran dando un paseo, notó una mano que le tocó el hombro de pasada, continuando su camino hacia Kitsune. Se trataba de la diosa del hielo, Neko. Esta agarró la lanza de su extremo sacándola de golpe de su enemiga, dejando relucir su punta azulada con un toque del rojo elemento.

—Kitsune, vieja zorra —dijo apoyándose con las dos manos en la maravillosa lanza—. Taka no va a estar nada contento con que hayas herido a su discípulo. La parte positiva es que, después de tantos milenios, vamos a poder acabar con la situación tan desagradable que provocaste.

Alzó la lanza de nuevo, con el filo señalando a la garganta de la diosa de la mentira. Apuntó con certeza hacia su objetivo soltando el arma con fuerza, sin que esta llegase a alcanzar a su oponente. Kitsune alzó el vuelo sujeta por un ser con alas negras como la noche. Se trataba de un hombre joven de facciones hermosas, tenía el torso desnudo. Iba vestido con pantalones vaqueros y zapatos negros. Neko le miró con la curiosidad típica de los gatos, sin desviar la mirada. El ser dejó a la diosa herida en lo alto de una de las torres del puente, bajando en picado a por la diosa del hielo atrapándola por los brazos. Neko no opuso resistencia como si estuviese hipnotizada. Se elevó a varios metros de altura. La soltó dejando que se precipitase sobre el asfalto. Neko cayó rompiéndose los huesos de las piernas, evitando que se pudiese levantar, cuando el hombre alado descendió de nuevo hacia ella.

—¿Quién eres? —preguntó Neko con cara de dolor producido por las piernas rotas, sin poder dejar de mirarle, saliendo de su ensimismamiento.

El ser se agachó, arrancó una de las plumas de una de sus alas, que brillaba como el metal. Cogió la barbilla de la diosa con suavidad apoyando el filo de la pluma en el cuello, clavando sus ojos negros en los verdes de ella.

—Mi nombre es Nakuma, El Bastardo. Un placer conocerte bella dama —dijo deslizando la pluma por el cuello de la diosa, sesgándole la vida de un solo tajo. El cuerpo de Neko cayó al frío suelo.

Los pasos de dos personas se aproximaban, Kenji no podía creer que Neko hubiese sido vencida por un ser inferior a ella, pero allí estaba tendida sobre el asfalto, inerte. Nakuma salió volando para recoger a Kitsune de su lugar de reposo, mientras llegaron apresurados Taka y Ryoko. La joven vio a Neko tendida sin vida, se precipitó al suelo abrazándola con lágrimas en los ojos. Acababa de perder a alguien muy importante para ella. Taka vio el estado en el que se encontraba su discípulo. Echo un vistazo alrededor, para ver la situación. No era tiempo de regañinas. Kenji señaló arriba con esfuerzo, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

Los dos miraron en la dirección de Kitsune y Nakuma, que estaba en pleno vuelo. La diosa de la mentira aún tenía ganas de combatir, era tan terca como una mula. Ryoko logró ver a unos pasos la lanza de Neko que brillaba como nunca, buscando a su dueña. La joven besó en la mejilla a su antecesora mientras las lágrimas seguían resbalando por su cara. Extendió el brazo con la mano abierta en dirección a la lanza, con la mirada fija en el arma.

—*Escarcha*, ven a mí. —dijo, haciendo que la lanza volase hasta su mano reconociendo la sangre de la familia de Neko. Ryoko elevó la lanza hacia Nakuma que portaba a la mujer, en señal de amenaza, apuntando para lanzarla.

—No voy a bajar a pelear, jovencita —soltó Nakuma, con tono de suficiencia—. Estoy en clara desventaja en estos momentos. Será mejor que nos veamos en otra ocasión más propicia. Por cierto, joven lobo, siento ser el que ha acabado con la vida de tus padres... por segunda vez. Al menos, tus padres biológicos opusieron algo de resistencia. Taka también siento haber matado a tu nieta, era una mujer hermosa. Adiós, nos veremos muy pronto.

El ser alado se alejó con un rápido batir de sus alas negras, desdibujando su silueta en el horizonte con el cuerpo de Kitsune colgando de sus manos.

La escena de batalla en la que les había dejado, más que terminar en una pobre victoria, había terminado con un herido de muerte y una baja importante del lado de los dioses, Neko, la diosa del hielo.

OceanofPDF.com

Epílogo

Una gota de agua recorre una formación rocosa en el techo de una caverna. Se detiene por unos instantes en la punta hasta dejarse caer. En el descenso un brillo de llamas atraviesa su estructura hasta llegar a la cabeza de una joven de pelo rubio, con ojos verdes y traje blanco de batalla. La joven se ve encadenada a una de las paredes de la cueva, con unos grilletes gruesos ajustados a sus muñecas y tobillos, evitando así cualquier movimiento que la permitiese poder escapar.

A su alrededor parecía haber más prisioneros encadenados, como ella, por toda la eternidad. Algunos estaban incluso peor que ella. El ejemplo claro, era un joven de piel morena, pelo largo negro y plata que le caía por la cara impidiendo ver su rostro. Se encontraba desnudo de cintura para arriba, mostrando su torso torneado, atravesado por dos barras de metal que impedían que pudiera descansar en paz. Por alguna extraña razón ese hombre le resultaba muy familiar. Su aspecto, coincidía con la descripción de uno de los dioses de leyenda de las Tierras de la Eternidad.

Miró un poco más allá rodeada por cuatro antorchas que la iluminaban, tendida sobre una mesa de madera, se encontraba la diosa de la mentira, Kitsune. Estaba recibiendo atención médica, por parte de otras dos mujeres que no había visto en su larga vida. Le estaban cerrando la herida, que instantes antes recordaba haberle propinado ella misma en su vientre con la lanza que le pertenecía por derecho. Indignada se movió intentando deshacerse de los grilletes que la aprisionaban, nadie debía sanar a esa bruja hija de mil madres.

Un ser se acercó desde las sombras hasta donde estaba ella. Tendió la mano a la altura de su cabeza, comenzando a acariciarle el pelo suavemente, con un movimiento constante. Dio un paso adelante para personarse ante ella iluminado únicamente por la tenue luz de las llamas. Se trataba de Nakuma, «El Bastardo». Cogió la cara de la mujer, acercándose lentamente, juntó los labios con los de ella y la besó. Al separarse esta le

escupió a la cara, no aceptaría el beso de alguien que está de parte de la diosa de la mentira.

—Tranquila, era un beso tierno, no de amor —dijo Nakuma con una sonrisa, limpiándose la saliva de la mujer—. Pronto entenderás que no es tan malo lo que queremos hacer. Solo queremos poner un poco de orden en la sociedad.

¿Ves a ese de allí...? —señaló al hombre que estaba siendo atravesado por las barras—. Ese es el único que ha podido terminar con todo lo que iniciamos, ¿y sabes por qué no pudo? Por sus sentimientos. Se enamoró, un amor puro, fuerte. Pero la ambición de ella fue más grande que el amor que pudiera llegar a sentir hacia él. Bonito, ¿verdad?

—Deberías callarte de una vez, engendro —una voz salió del fondo de la cueva, alguien estaba sentado entre las sombras sin esperar ser advertido por los demás.

Ese ser se levantó de su asiento. Era alto. Por la constitución parecía elfo o humano. La sombra que le cubría no dejaba ver cómo era en realidad. Se acercó a ver a Kitsune y a las dos mujeres. Colocó la mano sobre la herida todavía a medio cerrar. Emitió un fulgor rojizo viendo como la carne se unía cosiendo los tejidos entre sí. La diosa de la mentira se despertó. Vio al ser que tenía delante y bajándose de la mesa se arrodilló, siendo secundada por las otras dos que hincaron rodilla a la vez. El ser se paseó calmado delante de ellas, tocando la cabeza agachada de cada una, susurrando palabras que solo podían escuchar los oídos cercanos a él.

Hizo un gesto para que se levantasen. Abandonaron el lugar para hacer lo que sea que les hubiese encomendado. El ser que había hecho callar a Nakuma se aproximó hasta donde se encontraba la encadenada, parecía sonreír. Ordenó irse al ser alado, obligándole a abandonar la escena dejándoles en absoluta soledad, exceptuando a los demás presos. La mano del ser tomó la barbilla de la joven elevándola para que le mirara a la altura del rostro en penumbra.

—Pobre diosa del hielo, Neko. ¿Por qué has tenido que interponerte en mis designios? —realizó una pausa para verse reflejado en los ojos color esmeralda de la diosa—. Taka cree saber a lo que se enfrenta, pero mi poder es mucho mayor que el suyo, incluso con ese mestizo a su lado. La culpa de todo recae sobre los hombros de Kitsune, pero esta guerra es más antigua que los dioses menores. ¿Y ahora, qué hago contigo?

Colocó las manos detrás de su espalda, dando un pequeño paseo de un lado a otro delante de ella. Neko estaba inquieta por no saber quién era ese ser que tenía enfrente. Este parecía pensativo, pero si ella había muerto, ¿Cómo podía estar allí encadenada, respirando? No tenía lógica ninguna, incluso si eres un dios y mueres no puedes regresar al mundo de los vivos. Excepto que uno de los dioses mayores te devuelva el cuerpo y el alma a la vida.

—¡Lo tengo! —dijo el ser aún envuelto en las sombras—. No es lo más creativo que he hecho desde hace mucho tiempo, pero por haberte devuelto a este mundo, me perteneces. Serás mi fría diosa de la muerte. La cuarta y última pieza de mis generales en la guerra contra las Tierras de la Eternidad. Juntas por orden mía, devastaréis todo lo que encontréis a vuestro paso, sin excepciones.

—No lo haré, no masacraré a seres inocentes —contestó por primera vez en minutos la diosa.

—Tú no lo harás querida, pero lo oscuro que vive en lo más profundo de cada ser, que coexiste con el bien supremo en una lucha continua... esa parte de ti, sí lo hará —su sonrisa, denotaba una maldad muy por encima de todas las que había conocido hasta la fecha. Estaba segura de que había más de lo que decía, oculto en su plan—. Desdoblaré tu ser, sacando todo el mal que habita en ti, para que me sirva sin objeciones. Puede que incluso sea mucho mejor que esa descocada de Kitsune, con sus ambiciones casi hecha a perder todo por lo que he luchado. Ahora duerme, pronto estarás a mi lado con un poder mayor del que tenías antes.

El ser apoyó la mano en su cabeza sumiéndola en un sueño profundo, que hizo que cerrara los ojos sin poder evitarlo. Relajó su respiración, agitada por el estrés de la situación. Una vez dormida, el ser se dio la vuelta hacia donde había estado sentado con anterioridad. Apoyó sus manos en el reposabrazos al llegar, sentándose cómodamente cruzó las piernas, mirando descansar a la indefensa Neko.

—Esto, no ha hecho más que empezar —terminó diciendo, mientras le invadía la más absoluta oscuridad, desapareciendo por completo.

Glosario de Personajes

Mundo de los Hombres

Kenji Wolfman: Joven adolescente, de origen japonés adoptado por los Wolfman.

James Wolfman: Padre adoptivo de Kenji, original de Nueva York.

Elisabeth Wolfman: Madre adoptiva de Kenji, original de España.

Ryoko Aoyama: Hija de Seiyuro Aoyama y Nicolle Bellerose, mejor amiga de Kenji.

Seiyuro Aoyama: Maestro de Karate de Kenji, padre de Ryoko.

Nicolle Bellerose: Madre de Ryoko y especialista de moda.

Ayame Himura: Prima de Ryoko, encaprichada de Kenji.

Ray Ninetails: Empresario y el origen de muchos de los problemas de Estados Unidos entre otros países.

Diane Ninetails: Hija de Ray Ninetails y heredera de su imperio.

Sloan: Amigo de la universidad, capitán del equipo de kumite.

Lean: Joven superdotado amigo de Sloan, Kenji y Ryoko.

Las Tierras de la Eternidad

Dioses menores

Taka/Gael: El Merlín de las leyendas, dios del cielo, mentor de Ryoko y Kenji. Regente de la Isla de los Sueños.

Genbu: Diosa de la tierra. Regente del Abismo oscuro.

Seiryu/Mei: Diosa del agua, Nimue en las leyendas artúricas. Regente del Reino de las Brumas.

Suzaku: Diosa del fuego, la más joven de los dioses. Regente del Desierto Dorado del Fénix.

Byakko/Aarón: Dios del aire y el trueno. Regente de Ecos del Rugir.

Shika: Dios de la Naturaleza, el dios más pacífico. Regente de los Bosques del Renacer.

Vaél/Ōkami: Dios del metal, y de las artes guerreras, asociado con el Mundo de los Muertos. Desaparecido desde hace tiempo. Regente de las Llanuras de plata.

Neko: Diosa del Hielo, sustituye a Vaél regentando sus tierras hasta su regreso.

Kuma: Hermano mayor de Vaél, dios de la Roca. Es bastante solitario, aunque acude si es necesario.

Kitsune: Dios de la mentira.

Elfos Oscuros/Drow

Enelyë: Princesa de los Drow e hija del Rey de los arbóreos.

Amara y Shalendra: Las consejeras de Enelyë, con muchas ansias de poder.

Eldar: Hermano menor de Enelyë y jefe de la Guardia real, heredero al trono.

Sudryl: Capitán de la Guardia de la ciudad, es la mano derecha del príncipe Eldar.

Nindrol y Anairë: Guardianes de la puerta, camuflados en forma de estatuas a cada lado de la puerta de la muralla, son padre e hija.

Elfos del Bosque/Arbóreos

Seith: Rey de los elfos del bosque, padre de Enelyë y Eldar.

Keishara: Pareja del dios Shika.

Elfos de las Montañas/Norteños

Sören: Mano derecha de Byakko. Guía con mano de hierro a los fieros guerreros en la batalla contra seres de otros planos, entre ellos a los gigantes.

Dragones

Ryūjin/Naelyan: Es conocido como el gran dragón de agua, siervo de la diosa del agua y su fiel defensor. Tiene tres hermanos, dos de ellos en

localización desconocida. El tercero, Fafnir, se encuentra en Ziel, en la forja del maestro.

Otros

Nakuma: Sirviente alado, protector de Kitsune. Causante de la muerte de los padres adoptivos de Kenji.

Kamaitachi: Trillizos que generaban problemas en el Japón feudal, llamados comadreja. Eran la guardia personal de Kitsune. Muertos por la mano de Kenji en la confrontación del puente sobre el río Támesis.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Este, libro es el primero de la saga de las tierras de la eternidad fruto de la constancia en el trabajo en la escritura, realizado con mucha ilusión, imaginación y cariño. Esto no habría sido posible sin el apoyo de algunas de las personas que me rodean. Por ello quiero dar las gracias, aunque sea en estas breves líneas a todas ellas. A mis compañeros del trabajo diario, Alejandro que me dio un buen consejo en el momento justo. A Rebeca, Sandra y Patricia, que habéis aguantado mis idas de cabeza hablando sobre miles de ideas para la trama del libro. A mi hermano y amigos por el apoyo recibido en este viaje tan loco por las páginas llenas de tinta hacia otro mundo. A mi madre que, aunque no siempre está cerca, llenó mi infancia de arte, de escritura, lecturas e imaginación desbordada.

A la más incondicional de todos a Mrs. Wolfman que ha sido mi principal apoyo, primera lectora, editora y correctora, soportando las bajadas del típico escritor inconformista, en fin, no hay palabras suficientes para decir todo lo que ha hecho por este proyecto. Y sobre todo a ti que estás leyendo estas líneas, así como el resto del libro que sostienes en tus manos, porque gracias a eso las Tierras de la Eternidad no vivirán solo en mi mente, también en la tuya. Gracias por hacerlo posible.

Kenji Wolfman

OceanofPDF.com

El autor

Kenji Wolfman, nació en Trobajo del camino, León, en 1983. Desde su infancia se vio atraído por la literatura fantástica entre otras artes, gracias a su entorno familiar. En la adolescencia comenzó a escribir sus primeros relatos, llegando a presentar alguno a concursos de literatura.

Con el paso de los años tuvo más contacto con niños y adolescentes, por su afición al karate, siendo su profesor, sin dejar de escribir. En la actualidad, ha escrito la primera novela de la saga «Las Tierras de la Eternidad - El Comienzo», queriendo llenar de aventuras e ilusión a esos niños, al igual que otros autores hicieron por él, con sus libros.

www.wolfmancreations.com

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com